

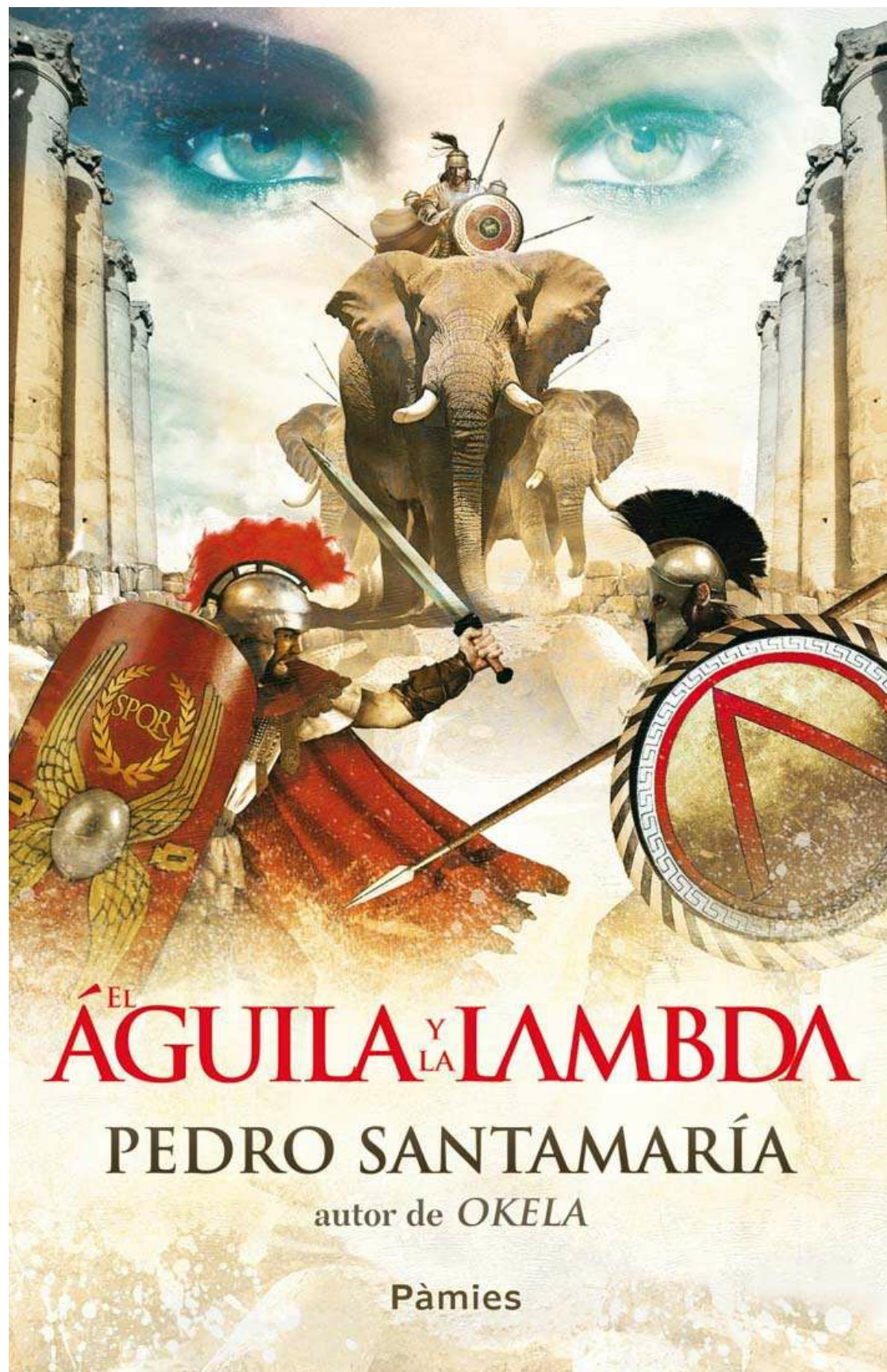


EL ÁGUILA Y LA LAMBDA

PEDRO SANTAMARÍA

autor de *OKELA*

Pàmies



EL ÁGUILA Y LA LAMBDA

PEDRO SANTAMARÍA

autor de *OKELA*

Pàmies

PEDRO SANTAMARÍA

EL ÁGUILA Y LA LAMBDA

Pàmies

Primera edición: diciembre de 2014

© 2012 de Pedro Santamaría

© de esta edición: 2014, Ediciones Pàmies, S.L.

C/ Mesena,18

28033 Madrid

editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-15433-63-7

Ilustración de cubierta y rótulos: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

A Federico Pacheco Gutiérrez,
por el don de la amistad.

*Historia... testis temporum, lux veritatis, vita memoriae,
magistra vitae, nuntia vetustis.*

«La historia... testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida
de la memoria, maestra de la vida, testigo de la
antigüedad».

Cicerón

«La historia es una rama de la literatura».

Pío Baroja

«El único deber que tenemos con la historia es
reescribirla».

Oscar Wilde

PRIMERA PARTE

LA SOMBRA DEL ÁGUILA

1

Cuando la esclava apartó las telas que cubrían la ventana, el sol inundó la estancia de la bella cartaginesa. Hacía poco tiempo que el astro había comenzado a descender desde su cenit rumbo a las profundidades del océano. Las motas de polvo, revueltas por el súbito movimiento de las telas, volaron erráticas en todas direcciones solo para calmarse un instante después y descender lentamente. Arishat se revolvió en el lecho para evitar la luz y afeó la cara con una mueca serena. No estaba durmiendo, tampoco estaba despierta. Era ese plácido momento en el que la mente se despereza y comienza a despertar al cuerpo. Movi6 los pies en círculo bajo la manta, emiti6 un leve y sosegado gemido, entreabrió un ojo, estir6 los miembros con la delicadeza de una bailarina, se cubrió los ojos con las manos y sonrió.

—Es la hora, señora —susurr6 la esclava.

—Gracias, Elissa.

Un quedo bostezo que se tap6 con la mano. Una breve pausa meditabunda mirando al techo de la estancia mientras sus ojos se hacían a la luz, y Arishat se incorpor6 lentamente. Busc6 sentarse en el lecho deslizando los pies hasta el suelo. Sintió frío en las plantas, un frescor agradable y vigorizante. Un suave temblor recorrió su cuerpo. Vestía una delicada túnica, ligera como el aire, blanca como una niebla a punto de disiparse, que permitía apreciar un cuerpo de tez morena y de divinas formas.

—Es tarde, señora. Recordad que el sufete os espera esta noche.

—Sí, lo sé.

Se irgui6, cerr6 los ojos y respir6 profundamente para llenar los pulmones de aire. Los perfectos y redondos pechos acogieron la bocanada con un leve movimiento. La túnica acarici6 sus senos mientras estos se elevaban como dos volcanes gemelos surgidos de la bruma, coronados por perfectos círculos de lava. Las costillas se marcaron en la delicada piel y su vientre se desdibuj6 tras la tela.

—¿Quién fue el afortunado anoche, señora?

—Un joven comerciante de Massalia. No estuvo mal. Más parecía que le hubiese pagado yo a él. —Y la cortesana rio infantilmente.

La esclava no pudo evitar esbozar una sonrisa cómplice mientras arreglaba el lecho. Disfrutaba con aquellas historias. Arishat se acerc6 a la ventana grácilmente, como era su costumbre al levantarse. Observ6 el cielo

de Cartago. Ni una nube. Una mujer canturreaba a lo lejos una monótona y alegre melodía. El alboroto de las plazas de la ciudad quedaba lejos de aquella zona acomodada de casas grandes y silenciosas. Como si el dinero atrajese la paz.

—¿Fuiste al mercado, Elissa?

—Por supuesto, señora. Tal como me pidió, en cuanto despuntó el alba.

—¿Y conseguiste el perfume que te encargué?

—Sí, señora. Aunque muy caro. Hace días que no llegan barcos de Alejandría. La gente está nerviosa.

—La gente siempre está nerviosa.

—Se dice... —La esclava enmudeció. A su ama no le gustaba oír los rumores que circulaban por ahí, especialmente si eran malos, y menos aún nada más despertarse. No obstante, Arishat pareció interesada.

—¿Qué se dice?

—El trigo cuesta el doble que hace tan solo unos días. Y eso que ya estaba por las nubes. Mucha gente ha empezado a comprar cebada para hacer el pan. El cordero cuesta cuatro veces más y ya no llega vino de Eubea. Atracan muy pocas naves en el puerto, cada día menos...

—¡Ay! Deja de quejarte, Elissa. Siempre estás igual. Me aburres. Pareces una plañidera. Ni que el dinero fuera tuyo. —Arishat se volvió a la esclava—. No me has contestado, Elissa. ¿Qué se dice?

—La gente tiene miedo. Se rumorea que los romanos planean desembarcar en nuestras costas. Se dice que por eso está todo tan caro, que por eso no atracan más que un puñado de naves extranjeras. Se hacen corrillos en las plazas y todo el mundo habla de ello. Los comerciantes se escudan en eso para pedir más y más por sus mercancías. ¿Es verdad eso, señora? ¿Realmente hay un ejército romano camino de la ciudad?

—Vaya —exclamó la cartaginesa, divertida—. Sí que corren los rumores.

—¿Es verdad, señora? —insistió la esclava con preocupación, dejando su tarea a medio hacer.

—Eso dice algún senador. Pero se supone que es un secreto, Elissa. Yo no me preocuparía demasiado, el populacho se altera muy fácilmente, y más cuando se trata de detallar inminentes desgracias. Deberías saberlo ya. Alguien se habrá ido de la lengua para darse importancia, quizá uno de esos comerciantes que desea justificar el precio de sus mercancías. Solo son eso, Elissa: rumores. Nada más.

—Dicen que los romanos son unas bestias sedientas de sangre.

—Tengo hambre. —Arishat bostezó y se estiró un poco.

—Dicen que roban, matan, incendian y violan.

—Como todos los hombres, Elissa —repuso Arishat con una condescendiente sonrisa—. Como todos... Pero a nosotras nos da lo mismo.

—¿Cómo puede decir eso, señora?

—Hablas demasiado con la gente del mercado. Parece que solo eres feliz estando preocupada. Llevamos diez años de guerra, Elissa, y nuestra situación particular no ha hecho más que mejorar. ¿Recuerdas a aquel mercenario hispano tan peludo?

—Cómo lo iba a olvidar.

—Bueno, pues tenía más oro que pelo.

—¿Y qué queréis decir con eso, señora?

—Pues que la guerra nos beneficia. La guerra hace a los hombres más deseosos de los placeres mundanos y más dispuestos a gastar su dinero en ellos. Apuran su vida y su oro por si los dioses deciden cortar su camino. De todos modos, lo mismo nos da quién gobierne. Un hombre es un hombre venga de donde venga, y los hombres necesitan distraerse de su lento camino hacia la muerte. Necesitan sentirse inmortales de vez en cuando, y para eso estoy yo. Lo mismo me da un sufete de Cartago que un cónsul de Roma. —Arishat hizo una leve pausa para cambiar de tema—. Anda, ve a prepararme el desayuno, ya acabarás eso luego.

—Pero si llegan a desembarcar...

Arishat emitió un suspiro de fastidio.

—En primer lugar, Elissa, para llegar aquí los romanos tendrían que enfrentarse a nuestra flota, y te recuerdo que nadie ha sido capaz de vencer a Cartago en el mar. Si superan ese escollo tendrán que derrotarnos en tierra y, si lo consiguen, deberán escalar nuestras murallas. —La cartaginesa frunció el ceño y alzó ligeramente la voz. No estaba enfadada, tan solo quería parecerlo—. Deja de preocuparte por los romanos y preocúpate más por los palos que te daré si no haces lo que debes. Prepara algo de comer.

—Sí, señora. Disculpadme, señora. —Y la esclava salió de la habitación con absoluta humildad.

La puerta se cerró sin apenas hacer ruido. Arishat sonrió para sí, coqueta. Se acercó al gran espejo de bronce bruñido y se observó adoptando diferentes posturas. Le gustaba admirar su imagen ante el espejo y comprobar que su belleza seguía intacta a pesar de los excesos de la noche anterior. Pero no era

solo belleza lo que buscaban y encontraban sus clientes. Para saciar a un perro solo son necesarios unos instantes y había mujeres más jóvenes en el puerto que, por un poco de comida, ofrecían sus cuerpos en sucias calles a jadeantes marineros. Mujeres cuyos encantos las abandonaban frente a las brisas marinas en cuestión de meses. Ella era diferente. Había llegado un momento en Cartago en el que decir que se había disfrutado de las mieles de Arishat era símbolo de estatus, de riqueza, de influencia. Y no es que no hubiera en Cartago mujeres más bellas en el oficio, o que supieran tañer mejor la lira, o que bailasen de forma más sensual. Pero a veces el precio de un perfume depende más de quién lo venda que del perfume en sí.

Había sido una buena noche. Aquel massaliota, a pesar de su juventud, había resultado ser un amante experimentado, pausado, hábil y placentero. Habían estado solos, habían comido sabrosos manjares. Él habló de amor mientras recitaba versos de su tierra y alabó su belleza como lo hubiera hecho un hombre enamorado. Era curioso cómo algunos clientes, a pesar de pagar por sus servicios, parecían verse en la obligación de seducirla. Ella se dejaba seducir, le gustaba ese juego aunque no fuese más que eso, un juego. Al final, todo se reducía al comercio, a saber vender lo que uno tiene y hacer que otros lo quieran. Crear, por lo inabarcable, una necesidad.

Descendió lentamente hasta el patio interior de su lujosa vivienda. Un constante fluir de agua daba paz al armonioso lugar. Allí, Elissa y sus otras dos esclavas aguardaban con todo lo necesario para un sabroso y merecido almuerzo. Arishat se sentó a la mesa. Se oyó el llanto de un niño y la cortesana hizo un mohín de hastío.

—Disculpadme, señora —dijo Elissa.

—Deberías haber tomado el silfio cuando te dije. Este no es un mundo al que traer criaturas. Bastante tuve con tus berridos el día que pariste.

—Señora... —suplicó la esclava.

—Ve, anda, ve.

—Gracias, señora.

Un poco de pan recién horneado, algo de miel, unos dátiles y un huevo. Una excelente forma de empezar el día, aunque quizá un poco tarde.

Mientras masticaba, Arishat reparó en un minúsculo frasco de marfil con forma de ánfora decorado con motivos egipcios. Debía contener el delicado perfume que Elissa había comprado aquella mañana. Alargó la mano y lo acercó hacia sí. Destapó el recipiente, aproximó el perfume a la nariz, cerró los ojos y se deleitó con su olor a rosas frescas. El sufete, hombre de

refinados gustos, sabría apreciar el aroma.

Repugnante. Nauseabundo. Se decía que los oteadores, antes de divisar una flota, la olían. Ni siquiera habiendo pasado toda la vida sumergidos en la Cloaca Máxima hubiese olido peor aquella caterva de *proletarii* aferrados a sus remos. No se dejó de bogar a pesar de que fuese un cónsul quien entraba en la maloliente bodega del quinquerreme. No era cuestión de detener a toda la flota por un absurdo ritual.

Marco Atilio Régulo, cónsul de Roma por segunda vez, caminaba lentamente. Los tablones crujían bajo sus pies mientras observaba a los que, vestidos con taparrabos, hundían acompasadamente sus remos en el agua y propulsaban la nave rumbo a África. Sentía desprecio y asco, admiración y orgullo a partes iguales por aquellos hombres. Cumplían con su deber desde sus bancos, apiñados, al ritmo que marcaba el monótono silbato del oficial, atrayendo hacia sí los remos cuando estos hacían contacto con el agua para luego elevarlos, moverlos hacia delante y volver a hincarlos en el mar. Bajar a las tripas de la nave desde la cubierta era como descender a los infiernos. Los remeros vivían en las tinieblas. Tan solo unos tímidos destellos se escurrían por los huecos abiertos para los remos, como si a cada palada la luz amenazase con irrumpir en la bodega solo para ser engullida de nuevo por la oscuridad.

En cubierta, por el contrario, el aire era puro y limpio. Se mirase donde se mirase, tanto el mundo como la flota romana parecían no tener fin. Cientos de velas decoraban el horizonte y avanzaban lentas y seguras, impulsadas por los vientos y por los brazos de más de cien mil hombres. Pero ahí abajo, en aquel submundo, casi al nivel del agua y rodeado de lo más granado de los suburbios de Roma, el universo se reducía a unos cuantos tablones de madera que olían a resina y alquitrán, y a un molesto silbato que se paseaba lentamente arriba y abajo. El oficial miraba a izquierda y derecha marcando el ritmo de la boga.

Tan pronto como habían zarpado de Siracusa y la flota había adoptado la compleja formación en cuña ideada por el cónsul para contrarrestar cualquier ataque cartaginés, Régulo inició una búsqueda que se había convertido en algo personal. Observaba las caras afeadas por muecas de esfuerzo, examinando cada una de ellas durante unos instantes. Todos parecían iguales en aquella penumbra, pero nunca olvidaba una cara, y estaba seguro de que el

hombre al que buscaba remaba en su quinquerreme.

Eran trescientos los remeros que propulsaban aquel infierno de madera, colocados en tres niveles diferentes. Ya había recorrido cada una de las caras de los pisos superiores, solo le quedaban unas cincuenta por examinar. Y daría con él, sin duda. Aquel rufián no quedaría impune. Además, era una buena ocasión para demostrar que al cónsul no se le escapaba nada, pues haría de él público ejemplo.

El cónsul sintió un hilillo de lluvia cálida e intermitente en el cogote mientras parecía diseccionar con la mirada a uno de los remeros. El líquido siguió su camino por la nuca y la espalda, empapando la túnica purpura. Tardó unos instantes en darse cuenta de lo que ocurría. Por mero instinto, se apartó repentinamente, pero era ya tarde para evitar el desagradable y caliente chaparrón que ya había dejado de caer. Maldijo al remero del piso superior entre dientes y creyó observar alguna sonrisa burlona. En otra situación, orinar sobre un cónsul de Roma hubiese supuesto la muerte segura para cualquier hombre, pero no allí, pues una vez en su puesto un remero no debe dejar de remar, ocurra lo que ocurra, hasta atracar, ser relevado o morir. No era solo sudor lo que humedecía los miembros de aquellos *proletarii*.

Desde el principio del año, Régulo era el padre de aquella gran familia compuesta por ciento cuarenta mil hombres, entre remeros, marinos y legionarios. Sería generoso con los hijos que le sirvieran bien y severo con aquellos que no lo hicieran. Las naves eran nuevas, pero la madera ya había hecho suyo el olor viciado a sudor viejo, orín, vómitos y excrementos. Después de diez años de guerra, y de muchos sinsabores en el mar, los dioses habían sonreído a la ciudad.

La nueva flota romana se había construido siguiendo el modelo de una nave cartaginesa encallada en las costas de Italia. Solo cuando los ingenieros romanos estudiaron el diseño de esa nave comprendieron las derrotas que habían estado sufriendo. Era una nave magnífica, ligera y a la vez robusta, que resumía el poder de Cartago; antaño amiga del pueblo de Roma y hoy mortal enemiga. Hasta ese momento, los cartagineses habían mantenido una indiscutible hegemonía sobre las aguas, producto de siglos de tradición marinera.

La guerra en Sicilia duraba ya demasiado. La condenada isla estaba formada por un conglomerado de pequeñas ciudades griegas, en su mayoría amuralladas, que tenían entre sí un complejo sistema de tratados, alianzas y conflictos, y no dudaban en rendirse a un bando o a otro sucesivamente. Los

asedios eran largos y penosos, pues tanto sitiadores como sitiados sentían el aguijón del hambre; los defensores por no poder acceder a sus campos, y los sitiadores porque alimentar a grandes cantidades de hombres en una tierra yerma era una tarea imposible para los mandos. A estos últimos les atormentaban además otros males: la lluvia, el barro, el calor, el tedio y las ratas.

Muchos eran los que desertaban. Al menos, los defensores tenían la calidez de sus casas y no podían ir muy lejos. Los asaltos resultaban demasiado arriesgados y sangrientos; demasiado costosos en número de efectivos. De vez en cuando se tomaba una fortaleza, más a menudo por la traición de los ocupantes que mediante un aguerrido ataque. Malditos griegos. Después, los habitantes se rendían a los púnicos cuando estos se encontraban cerca. Malditos griegos: oligarcas, demócratas, tiranos, demagogos. Una miríada de gente decadente, de comerciantes, de charlatanes. Malditas ratas traidoras y chaqueteras.

Régulo había centrado su campaña electoral en convencer al Senado y al pueblo de Roma de que Sicilia era una ratonera. Argumentó que la única forma de ganar aquella guerra interminable era llevarla al corazón del enemigo para asestarle un golpe mortal. Él se ofreció a su vez como el mejor de los candidatos para esa empresa, dada su experiencia. Si era elegido cónsul, aseguraría, doblegaría a Cartago como había doblegado a los salentinos durante su primer consulado: llevando un ejército a las mismas puertas del enemigo.

Las legiones de Roma debían desembarcar en África y llevar allí la destrucción y la muerte. Esa era, defendía, la única manera de poner fin al conflicto. Los sólidos argumentos, y la vehemencia con que los expuso, le valieron el cargo.

Al final de su discurso electoral, haciendo uso de su potente voz y levantando enérgico el brazo, había dicho ante la airada muchedumbre de la urbe: «¡Lo que propongo, en definitiva, pueblo de Roma, es ir a su casa y sacarles a patadas! ¡Dadme las herramientas y acabaré el trabajo!». Aquel rugido de odio, aquel pálpito de entrega, aún resonaba en sus tímpanos y le erizaba el vello. Régulo sabía hablarle al pueblo en su propio idioma.

Como a todo buen romano, no era solo la gloria de Roma lo que le interesaba al ahora cónsul, sino también la suya propia y la de su familia. Haría lo posible porque sus logros quedasen en la memoria de todos; marcados a fuego en la historia, recordados en los tiempos por venir.

Como cónsul, tenía un año por delante, más de trescientos quinquerremes a su mando con cuatro legiones enteras embarcadas en ellos. Además de eso, cerca de dos mil caballos, vituallas para la expedición y una gran cantidad de armas surcaban las aguas en transportes que a su vez eran remolcados por galeras de guerra. La flota avanzaba lenta, pues las naves iban repletas de todo lo necesario para la empresa y los transportes retrasaban la marcha. El esfuerzo para Roma y sus aliados había sido inmenso, monstruoso. Bosques enteros habían sido talados para crear la nueva flota de la República.

Era la mayor expedición que jamás se hubiese hecho a la mar. Pero Régulo tenía dos problemas. Uno que esperaba poder evitar: la flota cartaginesa; otro inevitable: Lucio Manlio Vulso Longo, su co-cónsul. Un tipo estúpido, un patricio recalcitrante, una sanguijuela que, en vez de ser enviado a Sicilia como correspondía, había conseguido convencer al Senado de que una acción tan ambiciosa requería a ambos magistrados. ¿Y por qué una sanguijuela? Porque Longo era un estúpido, pero no era tonto. Si la operación propuesta por Régulo conducía al éxito sobre Cartago, los honores y el botín serían para ambos; pero si fracasaba, entonces Longo se las arreglaría para mostrar a Régulo ante el Senado como el único responsable por haber propuesto un plan absolutamente descabellado. Pero la historia juzgaría. Al final, lo temerario solo se diferencia de lo audaz en una cosa: el resultado.

Longo, como todo patricio, parecía no haber asimilado aún las *Leges Liciniae Sextiae* que llevaban en vigor más de cien años. Según estas, de los dos cónsules elegidos al año uno debía ser patricio, el otro plebeyo. Hasta la promulgación de aquellas leyes, tan solo los patricios podían acceder al consulado, y muchos aún consideraban aquellos edictos como algo pasajero, como un río que se ha desbordado y tarde o temprano debe volver a su cauce, pues, bajo su punto de vista, tan solo las más insignes familias de Roma debían guiar el destino de la ciudad. De forma velada, muchos patricios trataban de entorpecer las acciones de sus homólogos plebeyos.

—Señor —susurró la voz sumisa y alarmada de un legionario a su espalda.

A pesar del olor de la bodega, el soldado no se tapaba la nariz ni la boca por respeto al magistrado. Régulo se dio la vuelta lentamente después de haber observado con atención otra de las caras que remaban y que lucía, como un trofeo, una horrible verruga en la nariz.

—Habla, legionario.

—El tribuno requiere vuestra presencia en la torre de mando. Se ha avistado un grupo de barcos hacia poniente.

—¿Cuántos?

—Muchos, señor.

Con un gesto de desgana, Marco Atilio Régulo, cónsul de Roma por segunda vez, suspendió su personal búsqueda para volver a cubierta.

3

Aulo Porcio Bíbulo no había podido evitar sonreír mientras propulsaba el remo hacia sí. Había sido una buena noche en Siracusa antes de zarpar y, aunque hubiese preferido dormir hasta la tarde del día siguiente, no era cuestión de tentar a la suerte. Aún tenía la boca pastosa por la cantidad de vino que había ingerido en las escasas dos horas que se había ausentado de su puesto. Todavía sentía entre las piernas el cosquilleo provocado por los labios ardientes de la loba siracusana que, por una miserable moneda, había accedido a sus demandas en una sucia esquina de la ciudad. Pero, sobre todo, aún oía el tintineo de las monedas que le habían proporcionado aquellos dos seises en la mugrienta taberna. Dos seises. No podía creer su suerte. ¿Podía mejorar el día?

—Eh, Bíbulo —dijo su compañero desde el remo de su derecha—. ¿Ganaste mucho ayer?

—Ayer me tocaba guardia —dijo Bíbulo con aire socarrón.

—Venga, se te ve en la cara que te hartaste de vino. ¿Cuánto ganaste?

—Te digo que me tocaba guardia.

—Eres un maldito embustero —repuso su compañero con aire divertido.

—¡Silencio! —rugió una voz marcial—. ¡Cónsul de Roma en la bodega! ¡No dejéis de bogar!

«Un cónsul de Roma, nada menos. Cuánto honor», pensó Bíbulo para sí.

Era cuestión de callar durante un rato, cualquier senador aguantaba muy poco en el piso más bajo de un quinquerreme. Sería por el olor. Así también le daba tiempo a Verrucoso, su compañero de la derecha, a olvidarse del tema. Y es que a esa velocidad, entre palada y palada, se podía hablar tranquilamente, aunque, eso sí, de forma entrecortada. Otra convención no escrita decía que había que lucir cara de esfuerzo cuando alguien principal bajaba al infecto lugar.

Estaba bien aquello del remo, mucho mejor que andar corriendo por la Subura un día sí y otro también, buscando trabajillos que muchas veces ni te pagaban; y robando cuando no había qué llevarse a la boca.

Enrolarse en la flota había sido, sin duda, la mejor decisión. No había que pensar en lo que ibas a comer mañana, se cobraba puntualmente y se recalaba en lugares donde nadie te conocía y, por tanto, ni tus acciones ni tu cara eran recordadas. Luego estaba el prestigio de pertenecer a la flota de la

República y, aunque esto no proporcionara la reputación de ser legionario, la gente se andaba con cuidado en tabernas y burdeles. En la Subura llegaba un momento en el que todo el mundo sabía quién eras, y eso había llegado a resultar incómodo. Ahora pertenecía a algo mucho más grande y, aunque probablemente fuese de los hombres más prescindibles de aquella expedición, una vez en territorio ocupado o aliado, como Siracusa, cualquier ciudadano romano se volvía alguien importante por el mero hecho de ser descendiente de la loba.

De su madre, Bíbulo solo recordaba una cosa: la constante cantinela de que él era hijo de un hombre principal, fruto de una noche de pasión con un patricio. El cubículo que llamaban hogar, y que ocupaban los dos, estaba en lo más alto y estrecho de una ínsula. Era uno de esos edificios inestables que salpicaban Roma y que parecían haber llovido sobre la ciudad, o haber sido dispuestos por un gigante loco. A menudo se incendiaban con asombrosa facilidad y virulencia o, sencillamente, se desplomaban un buen día sepultando a sus moradores.

En algún momento, su madre debía haber sido bella; pero murió, hecha una auténtica anciana, cuando él contaba seis años. Según le dijo alguien, su madre había muerto de una enfermedad típica de recibir a hombres en casa.

A esa edad, el rugir de sus tripas pronto hizo que se olvidase de penar por su pérdida. Pocos días después, tuvo que abandonar la mohosa morada cuando el propietario pidió, como hacía puntualmente, la excesiva renta que se le adeudaba. Nada le importó que aquella mujer estuviera muerta. El pequeño Bíbulo se escurrió de entre los dedos del propietario cuando este declaró su intención de venderlo como esclavo para cobrarse la deuda. A partir de entonces, las calles habían sido su hogar, y conseguir comida día a día su única ocupación.

A pesar de aquellas primeras desgracias, lo cierto es que a Bíbulo siempre le había sonreído la suerte. Solía ganar a los dados, era ingenioso con las chanzas, hábil en la conquista de las mujeres y, según decían, un bribón guapo. La cantidad de trabajos físicos que había desempeñado hasta enrolarse habían hecho que desarrollase una imponente musculatura a la que su cuerpo parecía destinado. Descargar sacos y ánforas, empujar o tirar de pesadas carretas, cargar con lotes de ladrillos... Cada día era diferente. Y, cuando el trabajo escaseaba y el hambre apretaba, se confundía con la noche para robar, desarrollando asimismo un instinto felino y un hacer sigiloso a pesar de su musculosa complexión. Así que, cuando lo único de lo que se hablaba en la

ciudad era que se preparaba una gran leva para la flota y las legiones que irían a África a conquistar Cartago, Bíbulo decidió alistarse. No tenía ni idea de lo que era África, mucho menos el mar, pero se prometía paga regular, comida y botín abundante.

Cuando le llegó su turno ante una de las mesas donde se encontraban tres hombres con atuendo militar, le pidieron su nombre, y el que estaba sentado, aparte de esbozar una burlona sonrisa cuando respondió, le miró de arriba abajo, diciendo simplemente: «Remero. Nave capitana», mientras otro apuntaba algo en una tablilla y el tercero le entregaba una bolsa tintineante.

No duró mucho el contenido de la pequeña bolsa en manos de Bíbulo, pasando pronto a engrosar las arcas de un tabernero y una prostituta.

Aulo Porcio Bíbulo. Tan solo los nobles tenían nombres tan largos; pero dado que él siempre decía descender de un patricio, los graciosillos suburbanos habían añadido a su *praenomen*, que recordaba a una flauta griega, un *nomen*: Porcio, que significaba «cerdo» y, al estilo de las familias más ilustres, un *cognomen*: Bíbulo, que significaba «borracho».

Sí, el día podía mejorar. Un reguero de orín, al que ya estaban acostumbrados, había caído sobre el cogote del cónsul. Bíbulo no pudo evitar esbozar una sonrisa. Por alguna razón, el cónsul se detenía ante todos y cada uno de los remeros y examinaba su cara durante unos instantes. Algo muy extraño. Cuando el cónsul estaba observando a Verrucoso, su compañero de la derecha, un legionario descendió a la bodega y susurró algo a su oído. Aquel tal Régulo dio media vuelta y se fue, empapado de orín.

Como muchos, Bíbulo emitió un ronquido que consiguió evitar que se convirtiese en carcajada haciendo que se confundiese con un gruñido de esfuerzo. Son esas pequeñas cosas las que le hacen pensar a uno que los dioses existen.

—¿Entonces, qué? —continuó Verrucoso cual perro de presa—. ¿Ganaste mucho?

—Ya te he dicho que estuve de guardia.

—Bueno, vale. Recuerda que esta noche, con el descanso, me debes una partida.

Verrucoso era un perdedor irredento; un campesino de las afueras de Roma que, agobiado por las deudas, había abandonado su trozo de tierra, también para alistarse. Al igual que Bíbulo, carecía de dinero suficiente para comprar el equipo del legionario, y por eso acabó en las bancadas de la flota. El campesino tenía una horrible y gigante verruga que le nacía de la nariz.

Según decía, era lo único que había heredado de su padre. Bueno, eso y deudas. Era un tipo simpático que nunca se enfadaba por nada, con muy poca picardía y, desde que había descubierto el apasionante mundo de los dados, no hacía más que apostar y perder.

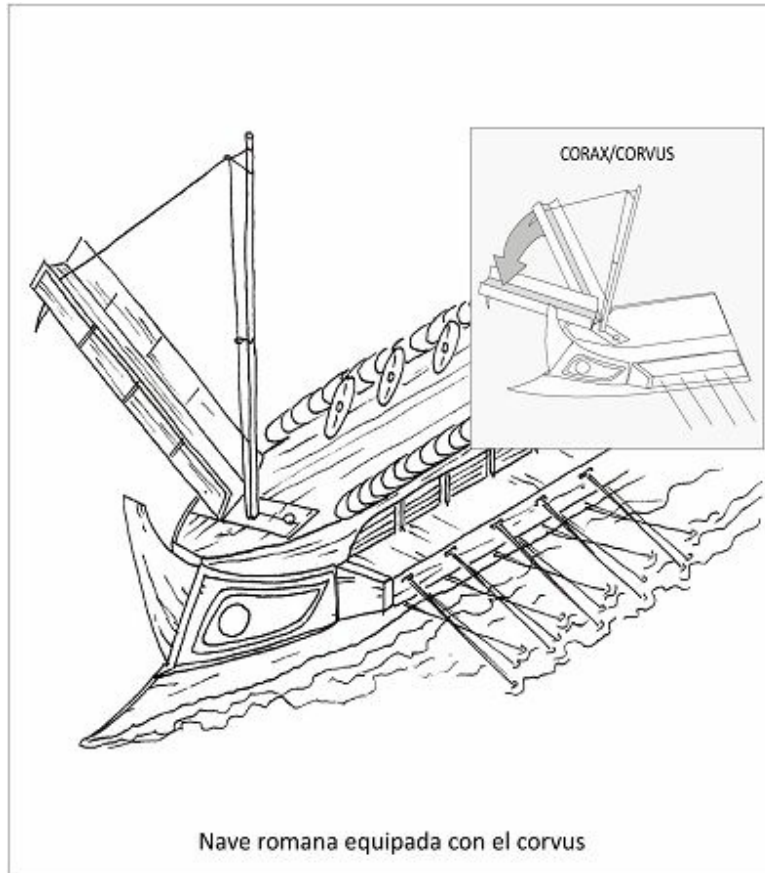
—¡Boga de combate! —gritó una voz que daba órdenes a la que Bíbulo aún no le había puesto cara.

El silbato comenzó a sonar más deprisa y los remeros apretaron la marcha.

—Otro caprichito del cónsul —dijo Bíbulo a Verrucoso sin poder decir más, pues el esfuerzo, ahora sí, iba a impedir que hablasen.

Desde que saliesen de Ostia, habían hecho un sinfín de esos simulacros. Era como si el cónsul hubiese bajado a la bodega a ver a los remeros antes de dar la orden y volver a examinarlos luego para comprobar en ellos el efecto del esfuerzo. Pero hubo algo diferente después de oír la palabra «combate», algo que no había ocurrido hasta ese momento en ningún otro de los simulacros. Comenzaron a oírse órdenes para los legionarios que abarrotaban la nave.

Cientos de pies castigaron la cubierta de la nave haciendo que la madera crujiera y se estremeciese. Las pesadas carreras de hombres ataviados para el combate, prestos para la lucha, hacían parecer que la cubierta al completo fuese a venirse abajo de un momento a otro.



Marco Atilio Régulo se tambaleó ligeramente hacia atrás cuando notó bajo sus pies el repentino empuje de la nave momentos después de dar la orden. Desde la torre de mando, ubicada cerca de la proa de su nave capitana, se podía observar cómo se iban materializando a lo lejos innumerables velas que les cortaban el paso. Era difícil calcular de cuántos navíos se trataba, pero lo que sí estaba claro es que eran cartagineses. Máquinas infernales, rápidas y maniobrables, tripuladas por marinos expertos y remeros bien entrenados.

El día anterior, el cónsul había soñado con la posibilidad de pasar desapercibido; pero no era más que un sueño, pues sabía que mantener en secreto una invasión de tal calibre, cuando su marcha se había cacareado a los cuatro vientos, era imposible. Las calles de Roma y Siracusa estaban plagadas de espías cartagineses, así que los púnicos habrían sabido exactamente cuándo habían zarpado de Siracusa y la ruta que probablemente seguirían. También tendrían una idea aproximada sobre la composición de la flota y la formación en cuña adoptada.

Al norte se divisaba la costa siciliana y la pequeña población de Ecnomo. Al sur, la inmensidad del mar. El sol lucía radiante, la mar estaba en calma y las gaviotas emitían sus estridentes chillidos, ajenas a la locura de los hombres.

La nave de Régulo y la de Longo ocupaban la primera posición de la flota, el vértice del triángulo perfecto que formaban las trescientas naves a su mando. Ese triángulo protegía los barcos de transporte que venían detrás, más lentos y pesados, remolcados por galeras de guerra y cargados de caballos y suministros. La retaguardia estaba protegida, a su vez, por un tercer escuadrón de naves romanas, a las que, por su posición en la formación, Régulo había llamado «Los triarios de la flota». Por el contrario, la flota púnica estaba desplegada en una larga línea que iba de norte a sur, ligeramente avanzada por los flancos. El centro de aquella línea parecía débil.

El cónsul observó la disposición cartaginesa entrecerrando un poco los ojos. Se quedó pensativo unos instantes, escrutando el horizonte. Esbozó una media sonrisa y anudó las manos a la espalda como era su costumbre antes de dar una orden.

—Mensaje para Longo —dijo Régulo al oficial que tenía al lado—. Nos lanzamos al ataque. Que se recojan las velas y se arríen los mástiles. Boga de

combate.

—¿Señor? —repuso el oficial, confundido.

—Al ataque, mi buen Lucio, al ataque —repitió Régulo pausadamente, con suma confianza, sin apartar la vista de las naves cartaginesas.

Las reservas de Lucio eran comprensibles. La flota romana iba cargada hasta los topes de tropas y suministros. Las naves resultaban, por tanto, mucho menos maniobrables y más lentas.

Los espolones romanos serían fáciles de evitar por un enemigo más ligero y experto que, probablemente, se escurriría entre ellos como anguilas para embestirlos, retirarse acto seguido y, mientras su víctima se anegaba e iba siendo engullida por las aguas, buscar otra en la que clavar el mortífero aguijón. Sí, podía ser una locura, pero dar la vuelta no era una opción, tampoco quedarse parados. Si los cartagineses querían una batalla, Régulo se la daría.

Tal y como se esperaba de un comandante romano, Régulo era impetuoso. Al fin y al cabo solo tenía un año de mandato y en ese tiempo debía vencer o fracasar. No había lugar para dudar con la opinión de un subordinado. Además, su intuición como militar le decía que los cartagineses habían cometido un error: su línea era alargada y poco profunda. Le vino a la mente una carga de caballería en cuña; si conseguía romper la línea enemiga por el centro, y dividir a los cartagineses en dos, la victoria estaba asegurada. Fácil.

Es cierto que los cartagineses tenían sus espolones, pero los romanos tenían el *corax*: un puente levadizo situado en la proa de las naves romanas, ideado por alguno de esos griegos locos, que permitía llevar al mar la lucha en tierra. El ingenioso artefacto caía sobre el barco asaltante enganchándolo a la nave romana, y por él se enviaba a los legionarios para llevar la muerte al barco enemigo. Debido al natural desprecio por lo heleno que debía sentir todo buen romano, Régulo llamaba a aquel artilugio *corvus*, una traducción literal al latín de la palabra griega «cuervo».

No tardó mucho la flota romana en coger cierta velocidad con el propósito de llegar hasta línea cartaginesa. Miles de remos azotaban al unísono la líquida llanura, propulsando la poderosa flota en pos del temido enemigo. Lucio, que observaba el aplomo de su superior con admiración, sintió como si un puño de hierro le oprimiese el corazón ante la inminencia del enfrentamiento, pero se sentía orgulloso de estar al servicio de un hombre audaz. Régulo era un auténtico romano: valiente, orgulloso, tenaz y austero.

Los quinquerrems cortaban las aguas como una tijera corta la tela. Éstas se abrían ante el cónsul de Roma y lamían los flancos de la nave con su salada caricia. Era una acción que, a juzgar por la reacción cartaginesa, estos últimos no esperaban. Régulo observó satisfecho cómo los púnicos que tenía enfrente comenzaban a dar media vuelta y a retirarse con asombrosa velocidad. Sonrió y palmeó la espalda de Lucio, ofreciéndole una condescendiente sonrisa.

—Los primeros compases de una batalla marcan su devenir —dijo Régulo como si hablase para sí—. Una actitud impetuosa es la que suele ganar batallas, Lucio. —Apuntó hacia la flota cartaginesa—. ¿Lo ves? No se esperaban esta reacción por nuestra parte. Ahora se desorganizarán.

Romperían el centro cartaginés aprovechando el desorden y pronto estarían celebrando la victoria. Una victoria que, por otro lado, si acababa con suficientes naves enemigas bien podría hacerle merecedor de un *triumfo*. Eso siempre y cuando el enemigo no emprendiese una huida en toda regla. Al fin y al cabo, dos no pelean si uno no quiere. Régulo miró a su izquierda. Longo, con su escuadrón, no se quedaba a la zaga. Al menos, el muy idiota comprendía que la decisión era la acertada.

Al principio, Régulo había observado, sin inmutarse, cómo los dos escuadrones de los cónsules cabalgaban sobre las aguas a buena velocidad e iban ganando terreno al enemigo; sin perder la formación, directos como un toro hacia la línea cartaginesa que ya les daba la espalda. Pero algo comenzó a resultarle extraño a pesar del peso de sus barcos, la flota romana se encontraba cada vez más cerca de los púnicos, que seguían dándoles la espalda a una velocidad menor. Al principio no lo comprendió. ¿Huían pero reducían la marcha?

Entonces la flota cartaginesa al completo comenzó a virar como un solo barco, dibujando estelas en el agua. Esta vez hacia el sur; contra el viento.

—No creía a los cartagineses tan ineptos como para perder la ventaja que nos llevan y ofrecernos su costado —observó Régulo—. El viento en contra debería retrasar su huida. Creo que les tenemos, Lucio. —El oficial asintió satisfecho.

Pero aquella maniobra carecía de toda lógica. Solo después de unos instantes, a Régulo comenzó a cambiarle la cara. Parecía desconcertado. Los púnicos no detuvieron su maniobra una vez hubieron virado noventa grados hacia el sur, sino que continuaban dándose la vuelta con precisión, y envidiable eficacia, para ofrecer a los romanos sus amenazantes espolones.

Las velas púnicas comenzaron a arriarse en ese momento y los mástiles de la flota enemiga fueron desapareciendo a medida que eran recogidos por las tripulaciones para descansar en cubierta. Las naves ahora solo dependían de los remos para ser propulsadas. Señal inequívoca de que lucharían. Habían dado media vuelta casi sobre su propio eje.

Pronto, el enemigo comenzó a castigar las aguas batiendo los remos en dirección a la cuña romana. A máxima velocidad.

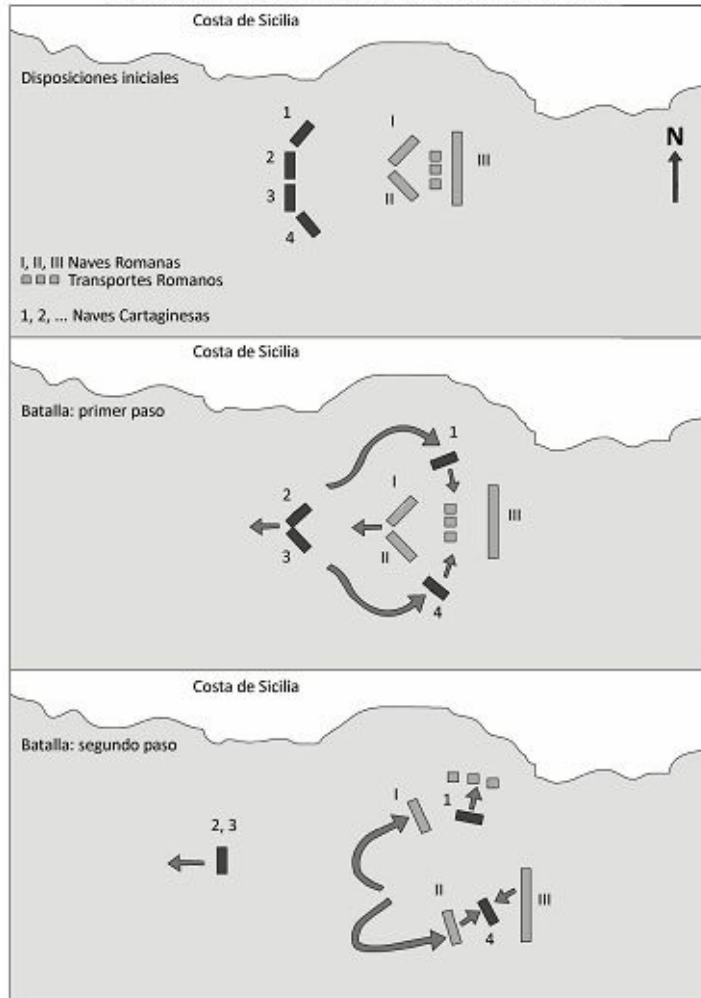
Régulo apoyó sobresaltado las manos en la regala, como intentando adivinar las intenciones de los cartagineses. El cónsul no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Lo que él, en un principio, había considerado una huida en toda regla ante el ímpetu de su ataque, no era más que una retirada fingida. Lucio, de reojo, pareció advertir el desconcierto del cónsul, aunque no se movió de su sitio. Régulo maldijo a los dioses. La velocidad que sus naves habían alcanzado era tal que la inercia misma de la boga hacía todas sus posibles maniobras predecibles. Miró a la derecha, luego a la izquierda. También hacia atrás y solo entonces lo comprendió todo. Habían caído en una trampa.

Las galeras que remolcaban los transportes, incapaces de mantener el ritmo de la embestida, se habían quedado descolgadas, a merced de los flancos púnicos que no se habían retirado, sino que, al morder los romanos el anzuelo de la delgada línea cartaginesa, se habían lanzado al ataque envolviéndoles y buscando con sus aguijones los costados de las débiles y pesadas presas, a casi una milla de distancia. No había tiempo ni espacio para reaccionar. Régulo recuperó la compostura bajo un semblante serio, cerró los ojos y hundió la barbilla en el pecho. Un breve instante y asintió pragmático para sí, aceptando el reto.

Ya no había nada que hacer; llega un momento en el que las batallas adquieren una inercia. Las naves chocarían en cualquier momento. El escuadrón que cerraba la marcha tendría que ocuparse de defender a las galeras que remolcaban los transportes, y los dos cónsules se las tendrían que ver con los púnicos que habían puesto proa hacia ellos y se encontraban a menos de dos estadios.

La espada del cónsul, asida por este con firmeza, se deslizó de su vaina emitiendo un metálico siseo. Régulo se dispuso a bajar de la torre de mando para guiar a sus hombres en el combate que se avecinaba. Lucio respiró hondo y también desenvainó, dispuesto a seguir a su comandante hasta el mismísimo Tártaro.

BATALLA DEL CABO ECNOMO (1ª Guerra Púnica), 256 a. C



Caía la noche sobre la esplendorosa Cartago y esa misma oscuridad invadía el semblante del sufete. La gran ventana, que desde la lujosa habitación daba al norte, dejaba pasar una bienvenida brisa proveniente del mar. Las delicadas cortinas, hechas con finas telas traídas de recónditos y misteriosos reinos, se movían suaves y antojadizas. Era una noche calurosa. Las llamas de las lámparas de aceite se mecían bailarinas al ritmo que marcaba el aire. Quietud.

Hacía unos ocho días que el sufete no reclamaba los servicios de Arishat y parecía más viejo, más cansado. La energía y buen humor que había mostrado entonces, dando grandes zancadas por la habitación, incapaz de contener su entusiasmo, y la forma en que la había tomado aquella noche, embistiéndola como un ariete, contrastaban con el silencio y la mirada perdida en los luceros del máximo dirigente de Cartago. Aquel día le daba la espalda; no miraba al lecho, sino al horizonte. Tan solo parecía querer compañía, quizá se tumbase más tarde y la dejase hacer. Quizá ni eso.

—Agrigento y ahora Ecnomo —dijo el sufete, rasgando el silencio con impotencia y hablando para sí. No dijo nada más. Su mirada volvió a perderse en la inmensidad de la noche.

Arishat mantenía la distancia oportuna; sentada en la cama sin acomodarse, más disponible para escuchar que para satisfacer los deseos de su cliente. Su espesa y brillante melena azabache, ligeramente rizada, le caía suavemente sobre los hombros, hasta los pechos. Estaba descalza. Vestía una delicada túnica que cubría un cuerpo moreno que, ella sabía, valía su peso en oro.

La labor de Arishat consistía en hacer sentir bien a los hombres, ya fuese mediante conversación, baile, canto o lecho; esto último casi siempre. Sabía, con solo entrar en una habitación, si quien requería sus servicios deseaba una mujer salvaje, una chiquilla enamorada, una muchacha inexperta, una esclava sumisa o una aristócrata respetable. Ella podía ser todas esas cosas, o una mezcla de ellas. Era, en resumen, una mercenaria del amor.

Pero lo que hoy necesitaba el sufete eran unos oídos dispuestos, descargar toda su frustración con alguien discreto para luego ser alejado de sus preocupaciones. Quizá con un masaje o con una charla banal. Olvidar el mundo, el estado y la guerra por unos momentos.

La cartaginesa se levantó lentamente y se acercó al hombre abatido.

Deslizó sus delicadas manos por la cintura del sufete para anudarlas a la altura del ombligo del hombre, apretó su menudo cuerpo contra él con ternura y descansó la cabeza sobre su espalda. Cerró los ojos, tal y como hubiera hecho una mujer enamorada para atenuar el dolor de quien ama. El hombre respiró hondo muy lentamente, suspiró y apretó las mandíbulas al tiempo que buscaba las manos de la cortesana para acariciarlas. Ella percibía su impotencia.

Ecnomo había sido un desastre. El sufete, conocedor de las intenciones romanas, de su formación y de su ruta, había trazado un ingenioso plan. Si algo definía a los romanos era su ímpetu. El máximo dirigente de Cartago pretendía utilizarlo contra ellos.

Trescientas cincuenta naves habían partido al encuentro del enemigo. El plan, meditado y discutido hasta la saciedad con los generales, consistía en atraer a los romanos hacia el centro fingiendo una retirada mientras los flancos de la flota avanzaban para envolver al enemigo que, con suerte, dejaría desprotegidos a los transportes.

La primera fase de la batalla, según los informes, había sido un éxito. Las pesadas naves romanas habían caído por decenas mientras eran arrinconadas contra la costa de Sicilia. Pero algo salió mal. Hannón el Grande, encargado de liderar aquella retirada fingida para atraer al enemigo, había virado demasiado pronto, celoso del éxito inicial de Himilcon, quien lideraba los flancos. Se había detenido la falsa retirada y hecho frente a las naves romanas de forma demasiado temprana y en extremo imprudente.

La lucha fue sangrienta. Los espolones púnicos habían causado algunas bajas iniciales, pero Hannón se trabó en un cuerpo a cuerpo que, dada la cantidad de tropas que los hijos de la loba transportaban, resultó desastroso. Cuando se vio perdido, Hannón se dio a la fuga abandonando a Himilcon a su suerte. Los cónsules romanos, lejos de perseguir a Hannón de nuevo, conscientes del peligro que atenazaba a sus transportes, habían virado en redondo para ayudar a su retaguardia, atrapando y destrozando a Himilcon frente a la pequeña ciudad de Ecnomo.

Cerca de un tercio de la flota de la ciudad había sido hundida o capturada; cuarenta o cincuenta mil hombres engullidos por las aguas o de camino a algún lejano mercado de esclavos, y lo peor de todo era que ahora no había nada ni nadie que pudiese detener el desembarco de los pérfidos romanos en tierras africanas.

La flota, dispersa después de la derrota, había buscado fondear en

cualquier puerto amigo. Muchas naves llegaban lentamente al puerto circular de Cartago. Pocas eran las embarcaciones que arribaban indemnes. Los marineros llegaban agotados a los hangares, desplomándose muchos nada más pisar la sagrada tierra de Cartago.

Los que aún podían tenerse en pie eran acosados por auténticas huestes de madres, esposas e hijas que pedían noticias desconsoladamente, buscando algún resquicio de esperanza, deseando oír que el barco en el que habían salido a luchar sus seres queridos no había sido hundido o apresado. Muchas mujeres se rasgaban las ropas, arañándose la cara, cayendo al suelo, impotentes; aullando de dolor cuando un marinero utilizaba sus últimas fuerzas para, sencillamente, negar con la cabeza ante una pregunta.

Aquella triste procesión duró días. Con la noticia llegaron cerca de cincuenta naves, las pocas que Hannón había podido reunir en buen orden para huir. A medida que los días avanzaban iban llegando, en un lento goteo, pequeños grupos de dos o tres naves deshechas.

Tras un intervalo de dos días sin más noticias, llegó la última, prácticamente hundida, con las velas rasgadas y la mitad de los remos rotos; contando tan solo con cincuenta de los trescientos tripulantes originales. El poder de Cartago parecía haberse desvanecido de la noche a la mañana. Engullido por las aguas. La ciudad se hallaba sumida en la desesperación, la pena y la incertidumbre.

—¿Cómo ha podido suceder? Les aventajábamos en número y en pericia. Sabíamos cuántos eran, conocíamos su formación y su ruta... —El sufete dejó la observación en el aire, cerró los ojos de nuevo e hincó la barbilla en el pecho, negando con la cabeza.

—Quizá no hayan sido esas las claves del combate, mi señor —repuso Arishat con delicadeza.

Una mujer nunca hablaba de política ni de estrategia, so pena de recibir un buen tortazo; pero ella era especial. Estar al servicio de hombres importantes y escuchar sus conversaciones le había hecho conocer los entresijos de la política, la lógica de la estrategia y, sobre todo, su forma de pensar. Ella era algo más, y por eso aquellos hombres demandaban sus servicios, pagando gustosos por ellos. Además, sabía que lo que acababa de decir era exactamente lo que el cartaginés estaba pensando.

—No, no han sido esas las claves.

—A nadie se le puede pedir más. Hiciste todo lo que estaba en tu mano.

—No, por lo visto no. Además, lo que importa son los resultados

—repuso el sufete, abatido—. Esos dos ineptos...

—¿Hannón? —susurró Arishat con dulzura, sabiendo que aquel era el nombre que le rondaba la cabeza.

—Sí —afirmó—. Hannón e Himilcon, los dos. Bueno, y en general todos los mandos cartagineses. Cada uno busca su propio interés, intentan entorpecerse entre ellos y, para colmo, el resto del Senado no acaba de comprender que esto es una guerra total contra un enemigo que busca nuestra aniquilación, no una pugna por una mera ruta comercial. El problema es que llevamos diez años reaccionando a las operaciones romanas, ellos deciden dónde pegan y nosotros procuramos bloquear el golpe, pero nunca golpeamos. Ese es el problema. ¿Acaso no hay en Cartago un hombre capaz de darnos una victoria? ¡Solo uno! —El sufete estaba irritado, pero parecía encontrar cierto sosiego acariciando con ternura los suaves brazos de su mercenaria amante. Exhaló un suspiro, mezcla de resignación y rabia.

—Quizá, mi señor —susurró Arishat después de un largo silencio con su habitual sutileza—, lo que necesite Cartago sean los servicios de un general que nada tenga que ver con la ciudad. Alguien que no esté contaminado por la ponzoña de los intereses personales.

El sufete se giró bruscamente, con los ojos abiertos al máximo, como si estuviese a punto de estallar en un arrebato de cólera. La aferró de los hombros con fuerza, clavando la mirada en los negros ojos de la púnica. No pidió que la mujer dijese aquello de nuevo. Se detuvo un momento y miró a un lado, como sopesando lo que acaba de escuchar.

Por un instante, y por primera vez, Arishat creyó haber ido demasiado lejos en sus opiniones. Tras unos interminables instantes, una especie de ronquido surgió de la garganta del sufete para luego convertirse en una sonora carcajada.

—¡Qué gran hombre de estado pierde Cartago contigo, mi dulce gacelilla! —rugió el hombre, complacido.

Arishat bajó la cabeza, la ladeó un poco y alzó la mirada. Una de esas miradas seductoras que mezclaba el deseo de una loba con la candidez de una muchacha ansiosa y sumisa en su noche de bodas. Se puso de puntillas para susurrar al oído del sufete.

—Me alegra complacer a mi señor —suspiraron con suavidad los carnosos labios de la africana, buscando con su aliento un cosquilleo en la oreja del sufete y una reacción animal en su cliente que, repuesto en su ánimo, no se hizo esperar.

El sufete era un hombre impulsivo a pesar de sus más de cincuenta años de edad, y el comentario de la cortesana le devolvió el vigor de días anteriores. Asió con ambas manos la túnica de la mujer, rasgándola fácilmente hasta que, falta de sujeción, la prenda cayó en el suelo dejando primero los perfectos senos de la púnica al descubierto y después el resto del cuerpo. Bruscamente, e impregnado de deseo, el hombre giró el cuerpo de su eventual compañera, mordiéndole el cuello con ansia, buscando con sus manos el plácido tacto de los pechos de la muchacha. Ella cerró los ojos y, llevando las manos por detrás de la cabeza, asió la poblada cabellera del hombre, notando a su vez cómo la virilidad de este buscaba acomodo entre sus prietos glúteos. Lo que el sufete pretendía no era lo que más le gustaba, pero ella estaba allí para complacer a quien le pagaba, y eso, a su vez, era para ella un placer en sí.

Las manos de la cartaginesa buscaron apoyo en el quicio de la ventana. Arishat se inclinó un poco para dejar expedito el acceso a su cuerpo. El cartaginés aferró sus caderas con fuerza. Ella era consciente de que la embestida sería ansiosa. El brusco vaivén del sufete y sus apasionados y entrecortados gemidos de satisfacción, se mezclaban con los solícitos movimientos del cuerpo de la cortesana. La brusquedad del encuentro contrastaba con las caricias cariñosas de unas cortinas mecidas por la brisa, decoradas por la luna.

6

Helios parecía ser el único dios que se acordaba de aquel infierno de arena al que llamaban Siria. Si el mundo tenía un culo, era ese. Los cuerpos sudaban profusamente y los caballos, empapados, babeaban sin apenas haberse movido. Ni siquiera una débil brisa bendecía el lugar. Los yelmos ardían bajo un sol inclemente que se desplomaba con rabia sobre la arenosa llanura. Ni siquiera los cuerpos daban sombra.

Desde su posición, un tanto elevada sobre una duna, rodeado de sus compañeros y de un nutrido estado mayor, el espartano Jantipo, general mercenario al servicio de Antíoco II Theos, rey seléucida, solo veía la arena suspendida en el aire por el efecto de miles de hombres y caballos luchando. Tan solo el sonido de los últimos estertores de una batalla confusa daba a entender que esta aún se libraba. El espartano sabía que la lucha sería agotadora para el ejército que comandaba bajo un sol castigador, después de días de marcha. Los generales de Antíoco habían protestado con vehemencia cuando el espartano ordenó una marcha, amparada por el bienvenido frescor de la noche, para tomar posiciones con la espalda pegada al único río que atravesaba la región. Ambas decisiones eran una locura, pero el lacedemonio se mantuvo firme y, con suerte, las líneas de Ptolomeo II Filadelfo estarían empezando a quebrarse. No porque los seléucidas fueran más aguerridos o más fieros, sino porque con aquella acción los hombres del faraón no tenían forma de acceder al agua.

En una guerra como aquella, en la que los contingentes eran tan homogéneos, las ventajas no había que buscarlas en el armamento o en las tácticas, sino en la estrategia. En algo que te diese una pequeña ventaja que explotar. Nadie, salvo Jantipo, parecía haber reparado en ello.

No hacía ni ochenta años que el gran Alejandro había muerto sin dejar sucesor. Los fastuosos juegos funerarios que encargara a sus generales y compañeros en su último aliento llevaban ya celebrándose ocho décadas por los campos de batalla de Asia, África y Europa. Sus generales se habían repartido el imperio como si fuese un botín, aunque, no contentos con eso, habían luchado entre ellos en guerras largas, sangrientas e infructuosas por unos trozos más de tierra o por un palmo de prestigio. Los hijos y nietos de

estos generales, los *diádocos*, habían heredado los tronos y los ejércitos, pero también las guerras. El mundo helenístico se desangraba en batallas donde la única mejora táctica parecía ser la de alargar las *sarissas* de las falanges desde los catorce codos hasta llegar a alcanzar longitudes absurdas de veintiocho o más.

Un jinete seléucida emergió de la nube de arena espoleando enérgicamente a su agotado caballo para que galopase, incapaz de hacer que este llegase a más que un lento trote. El hombre llegaba jadeando, cubierto de sangre y a la vez eufórico. Alzó el brazo en señal de victoria. No era necesario que revelase su mensaje. El clamor de la batalla, cada vez más difuso, no dejaba duda de cuáles serían sus palabras.

—¡El ejército de Ptolomeo se resquebraja! ¡Huyen! ¡Victoria! ¡Victoria!

En ningún momento había dudado el espartano de que ese sería el mensaje al final de la jornada; pues, como decía, las batallas hay que ganarlas antes de librarlas. Y así había sido, sin duda. Habían sorprendido al enemigo de madrugada, evitando que accediese a la única fuente de agua disponible en cientos de estadios a la redonda.

El estado mayor de Antíoco estalló de júbilo, no así Jantipo y sus seis acompañantes lacedemonios, que asistían impasibles al espectáculo. Contentos, sí, porque habían hecho bien su trabajo y para eso se les pagaba; pero impasibles como corresponde a un lacedemonio. La feliz algarabía que siguió al silencio de los metales, producido por gargantas roncadas y resacas que reían y lloraban, fue más ensordecedora aún que el clamor de la batalla en su cénit. También el aullido guerrero comenzó a corear el nombre del rey Antíoco.

Brásidas se acercó a su comandante. Tuvo que levantar la voz para que sus palabras no fuesen engullidas por los gritos de victoria.

—Enhorabuena, señor. Otra más.

—Otra más, sin duda, mi buen Brásidas. Otra más.

—¿Y ahora, qué?

—Pues ahora a disfrutar de la victoria, a recoger el botín y, con suerte, a comprar un buen trozo de tierra a la sombra del Taigeto. Estamos ya un poco viejos para esto, ¿no te parece?

—Con todos mis respetos, señor. Creo que aún tenemos unas buenas diez campañas dentro —rugió Brásidas golpeándose el pecho y riendo estruendosamente.

Jantipo sonrió complacido ante el comentario e hincó los talones en los

flancos de su caballo para llevarlo al paso e inspeccionar el campo de batalla. Los hombres de Antíoco hacían gozosos gestos de reconocimiento a su paso mientras el espartano sorteaba con su montura heridos agonizantes de ambos bandos, que se mezclaban con cuerpos desmembrados. Las arenas de Siria volvían a teñirse de negra sangre. A lo lejos, una nube de arena indicaba la dirección en la que los hombres del faraón huían.

Cabalgando al paso por el lugar donde había tenido lugar la cruenta batalla, Jantipo sintió esa tristeza que le atenazaba al final de cada combate. Una tristeza que le invadía repentinamente y a la que se había acostumbrado. Una sensación que, no obstante, y por alguna razón, siempre le cogía de sorpresa. Como dijo alguien memorable: «Nada hay tan triste como una batalla ganada salvo, quizá, una batalla perdida».

El júbilo de los vencedores es monstruoso, pero jamás completo, porque ahí, en el campo, han quedado tendidos amigos y familiares por los que nada se puede hacer. Porque se ha luchado por la propia vida contra alguien que luchaba por la suya en beneficio de hombres que estaban lejos y que, tarde o temprano, comerían y reirían juntos. Porque una vez de vuelta al hogar, los que habían combatido ya nunca volverían a ser los mismos. Y porque uno siempre se preguntaba quién era él para sobrevivir a hombres mejores.

Después de una batalla, el rugido de los vencedores dura poco, pues pronto estos se dedican a despojar a los caídos de todo aquello que llevan de valor. Ya sean amigos o enemigos.

Es un grotesco espectáculo ver, por ejemplo, cómo a un muchacho de apenas dieciséis años, agonizante y cubierto de sangre, dos de tus hombres le cercenan brutalmente un dedo para robarle un miserable anillo; mientras el inocente e impotente fruto del vientre de una mujer humilde llama a su madre entre sollozos, con su último aliento, incapaz de comprender por qué su vida se derrama sobre la arena y por qué siente tanto frío y tanto dolor.

Jantipo, en un extraño alarde de piedad, desmontó de su caballo para dar muerte con su pequeña espada a aquel chiquillo. Limpió la hoja en la túnica del muchacho y se incorporó para mirar alrededor. La victoria podía considerarse completa. Antíoco se mostraría satisfecho cuando le llegase la noticia y la recibiría como solía: recostado en su inmenso trono de oro, rodeado de una corte aduladora que alabaría su grandeza.

Para Jantipo la guerra era una cuestión de honor, no aquello que presenciaba luchando como general mercenario al servicio de reyes divinizados. Hombres ante los que otros hombres se postraban. Esa era quizá

la razón de aquella tristeza repentina y pasajera. En otro tiempo la guerra había sido una cuestión entre hombres libres e iguales que defendían una forma de vida. Jantipo continuó a pie llevando su montura de las bridas.

El espartano vestía a la antigua, fiel a las ya arcaicas tradiciones de una Esparta que hacía tiempo había dejado de ser lo que el gran Licurgo quiso que fuera.

El anticuado casco corintio coronaba la casi legendaria figura del hombre. Por la parte trasera del yelmo sobresalía la poblada y cuidada melena de la que todo *espartiata* se enorgullecía. Una armadura de lino prensado, antaño blanca y hoy amarillenta, revestía su musculoso torso. A la espalda, cubriendo una ajada capa carmesí desteñida, llevaba colgado el gran escudo con la Lambda que ya nadie utilizaba. Era un escudo descolorido, que lucía los innumerables vestigios de incontables combates. Él y sus seis compañeros eran los últimos que llevaban dentro la llama de la Gran Rhetra: las leyes que habían hecho a Esparta. Aquellos siete hombres eran los últimos en haber cursado la *agogé*. Lo hicieron de forma totalmente clandestina.

Esparta ya no contaba en aquel mundo cambiante de grandes estados sometidos a la voluntad de un solo hombre, pero los servicios de Jantipo eran codiciados y bien pagados en el mundo helenístico. Se decía que jamás había perdido una batalla.

Anocheecía. Había sido un día agotador y la cena resultó no ser suficiente para Bíbulo. Sus tripas aún rugían. Así que, de la bolsita que llevaba al cuello donde guardaba el dinero, sacó un par de monedas y le compró a un legionario parte de su comida. Las cosas eran así: un legionario siempre comía más que un remero y solían mirar a estos últimos con un insoportable aire de superioridad. A Bíbulo le hubiera gustado ver a alguno de ellos remando. Lo que se hubiera reído.

Con la tripa medio llena, delante de la hoguera que le daría calor a él y a otros ocho compañeros a lo largo de la noche, el suburano se tumbó en la fina y mullida arena de la playa para descansar. Cruzó sus dedos tras la nuca y se quedó ensimismado observando el cielo de África. Era un cielo hipnótico, plagado de estrellas. Bostezó. No tardaría en vencerle el sueño.

La flota había arribado a una inmensa playa por la mañana, llevada por unos vientos favorables que hincharon las velas al caer la tarde del día anterior. Así que, durante la noche, habían podido descansar en sus bancadas. No obstante, tuvieron que hacerse a los remos para las maniobras de aproximación a la playa. Una vez atracados, y echadas al agua las gigantescas piedras que hacían de ancla, habían desembarcado varios manípulos de legionarios arreados por las roncadas voces de los centuriones, encargados de establecer un perímetro de seguridad a varios estadios de distancia; reconociendo, a su vez, el terreno. Ningún ejército cartaginés había ido a darles la bienvenida.

Aquella mañana, la primera reacción de Bíbulo al subir a cubierta fue, como la del resto de sus compañeros de boga, la de cerrar los ojos e hinchar los pulmones de aire fresco. Sus pupilas se habían acostumbrado a la penumbra de la bodega, y el sol, radiante, evitó que pudiera ver con nitidez durante un buen rato. Tuvo que entreabrir los ojos para no tropezar, dejando paso a los compañeros que, detrás de él, le empujaban a medida que iban emergiendo a tientas, como espectros, vomitados por las tripas del quinquerre. Apenas acostumbrados sus ojos a la luz del sol, los oficiales comenzaron a bramar órdenes que, sencillamente, se resumían en una sola: descargar todo lo que traían. Sacos con harina, agua, armas, cueros de oveja repletos de vino, ánforas con a saber qué y un sinfín de objetos.

Le resultó sobrecogedor observar aquel despliegue cada vez que subía al

quinquerreme para cargar un fardo. Naves y más naves hasta donde abarcaba la vista, algunas ya varadas y otras buscando un hueco para descansar sus pesadas panzas. Mientras, otras iban llegando a lo lejos. Miles de hombres subiendo y bajando la carga como laboriosas hormigas, legionarios formando alrededor de la playa para recibir instrucciones, ensuciándose las manos en la tala de árboles para crear una empalizada que protegiese los barcos en caso de un ataque cartaginés.

Era asombroso. En un primer momento, Bíbulo se había quedado pasmado, maravillado ante aquel grandioso espectáculo, hasta que el empujón de un oficial le hizo salir de su ensimismamiento. Por primera vez en su vida, el suburano se consideraba parte de algo mucho más grande que él mismo. Incomprensiblemente, un fugaz y extraño orgullo por ser romano se apoderó de él.

Aquella mañana, entre fardo y fardo, con el incesante subir y bajar por unos tablones de madera que pretendían ser pasarelas, las conversaciones entre los hombres se sucedían. Muchos, con gesto aterrado, aseguraban haber oído decir que los cartagineses no aparecían porque estaban esperando agazapados para darles caza como a conejos en cuanto hubiesen desembarcado. Otros afirmaban sin tapujos que habían oído entre susurros a los tribunos comentar que los emisarios cartagineses estaban pidiendo la paz. Otros, que, lo mismo que ahora desembarcaban, volverían a embarcar al día siguiente rumbo a otras costas; y que el despliegue era para confundir al enemigo. Algunos incluso llegaban a afirmar que no estaban en África, sino en Córcega.

La cantidad de comentarios era desconcertante. Las noticias y rumores pasaban de boca en boca a toda velocidad. Había ocurrido lo mismo cuando partió de Ostia: todo el mundo parecía tener información privilegiada sobre absolutamente todo. Todo el mundo, menos él.

Bíbulo, al principio, daba crédito a todo tipo de historias y teorías que a su vez él mismo iba divulgando, magnificándolas en ocasiones, bien porque no se acordaba de lo que había oído, bien para darse importancia, o simplemente para rellenar huecos en una narración donde faltaba algún detalle. Pero esa mañana no. Sencillamente no sabía ni dónde estaba, y todos aquellos que lo rodeaban, emitiendo constantes juicios y diciendo tener información fidedigna, no sabían nada. Y es que, en realidad, no tenían forma de saberlo. Simplemente era hablar por hablar, y si además se hablaba sobre inminentes catástrofes, pues mejor.

En ese sentido, Bíbulo tenía cierta ventaja. Observaba el mundo desde la plácida, consciente e inexpugnable atalaya de su ignorancia. Tampoco es que le importara, pues también percibía la de los demás. ¿Qué más daba saber o no saber? ¿Acaso podían hacer algo, fuesen o no fuesen ciertos los rumores? Estaba allí, en una playa; haría lo que le dijese, cuando acabase comería y después a dormir. Sencillo. Otros eran los que debían ocuparse de saber qué estaban haciendo. No él.

Pero eso había sido por la mañana y, de alguna manera, en ese momento, cubiertos por el manto y la tranquilidad de la noche, todos los charlatanes se sentían seguros gracias a la empalizada que habían construido los legionarios a toda velocidad. Estaba claro que alguien sí sabía dónde estaban y qué hacían. Con eso era suficiente. ¿Para qué preocuparse?

Se oía alguna conversación aquí y allá, alguna risa, pero eran pocos los que aún se mantenían despiertos a su alrededor; muchos ya roncaban plácidamente. Y es que para dormir bien lo de menos es el lecho, lo de más el cansancio.

Tumbado en la playa, con los dedos cruzados tras la nuca, Bíbulo observaba las estrellas, preguntándose qué eran aquellas lucecitas que coronaban la noche y embellecían el cielo. El remero no tuvo ocasión de cerrar los ojos.

—Eh, Bíbulo —dijo Verrucoso, medio susurrando, medio gritando, mientras se sentaba a su lado. Su compañero de remo venía con una pequeña bota de cuero en la mano—. Mira, vino siciliano. Me lo ha dado Tito, un legionario de la II Legión. —Bíbulo se incorporó sonriendo ante la buena nueva. Ya dormiría después.

—¿Un legionario? —preguntó extrañado.

—Sí, sus tierras lindaban con las mías, nos conocemos desde niños. Ha sido toda una sorpresa encontrarle.

Verrucoso acercó la bota al suburano y este dio un buen trago. Bíbulo paladeó. Delicioso. Era vino malo, rascaba la garganta al deslizarse gástricamente abajo, pero estaba delicioso.

—Dicen que Régulo está a punto de morir. Ya sabes, por la herida que recibió en Ecnomo —aseveró el campesino.

—¿Quién dice eso?

—Los de la II.

—¡Bah! Habladurías.

—Puede ser, pero ellos están más cerca del cónsul, ¿no? Digo yo que si

lo dicen por algo será. ¿Por qué iban a mentir?

Bíbulo emitió un gruñido de incredulidad, aunque todos sabían que el cónsul había recibido un buen corte asaltando un barco cartaginés. Él mismo había sido testigo de cómo cuatro *lictors* de su guardia personal habían bajado aquella mañana la pasarela de la nave capitana llevando al cónsul en una camilla, pálido, con la cara cubierta en sudor, vestido con ropa ligera y con la pierna vendada, empapada en sangre.

—¿Qué? ¿Unos dados? —sugirió Verrucoso después de darle un buen trago a la bota de vino.

—¿Seguro que quieres perder?

—Algún día te ganaré.

—¿A qué quieres jugar?

—¿Qué tal un *Jactus*?

—Venga. Vale. ¿Cuánto apostamos?

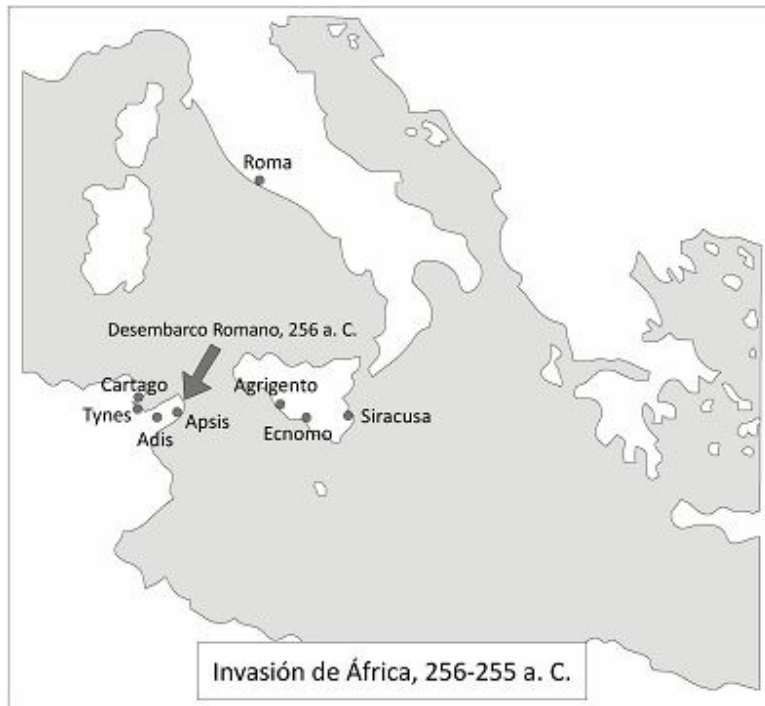
—La primera de prueba —dijo Verrucoso, ansioso y frotándose las manos.

El cansancio se evaporó ante la inminencia del juego. Bíbulo sacó cinco pequeños dados de la bolsita que llevaba al cuello, tomó una tabla de madera lisa, que en otra ocasión hubiese servido para alimentar las llamas, y la colocó entre ambos. También sacó una pequeña moneda de plata recién acuñada que mostraba por un lado la proa de una nave con espolón y por el otro al dios Jano, dios de las puertas, de los finales y los principios.

—¿*Caput aut navis*?

—Cabeza, sin duda —afirmó Verrucoso mientras Bíbulo lanzaba la moneda al aire, la cogía con la mano derecha y la posaba sobre la izquierda para desvelar el resultado.

—Nave. Empiezo yo.



El físico retiró lentamente, con mucho mimo, la venda empapada en sangre de la pierna de Marco Atilio Régulo. Dos de los *lictors*, rectos como una estaca, flanqueaban al cónsul con aire marcial, preocupados. Nadie hablaba dentro de la tienda de campaña, aunque, de fondo, las lejanas voces de los legionarios y el ajeteo informe del campamento se infiltraban en aquella tensa quietud para llegar a los oídos del cónsul. El médico examinó la herida con cuidado, apoyando los dedos sobre los flancos de la misma. Apretó un poco, emitiendo un gutural sonido de aprobación. Luego la limpió y volvió a cubrirla con una venda limpia.

La entrada a la tienda de campaña estaba abierta de par en par permitiendo que entrase la luz del sol matinal, brindando algo de ventilación a la austera y eventual vivienda del máximo representante de la República.

Desde su posición, Régulo tan solo veía una pequeña parte de la playa. También observaba cómo los legionarios y marineros iban de un lado a otro afanándose en sus tareas, siguiendo las órdenes que había dictado la mañana anterior nada más llegar a África. Él se encontraba postrado en una camilla.

—La herida es limpia y cicatrizará, señor; pero debéis guardar reposo. Hasta dentro de tres días no es recomendable que andéis. No debéis montar a caballo ni hacer esfuerzo alguno hasta que haya dejado de supurar. Volveré esta tarde, antes de que anochezca —dijo el médico, aderezando sus palabras con una reverencia que al cónsul se le antojó excesiva.

De forma pausada, con la seguridad que da la edad y la experiencia, el físico recogió sus bártulos, saliendo de la tienda del cónsul seguido de un joven aprendiz. Era uno de los médicos que acompañaba a la expedición, el mismo que trataba a los legionarios y remeros de la más baja estofa. Régulo, en ese sentido, se sentía como uno más. Su séquito se reducía a la docena de *lictors* que, cargados con las *fascas*, le acompañaban a todas partes, haciendo de guardia personal. Un formalismo de la República.

Por el contrario, Lucio Manlio Vulso Longo, su co-cónsul, había embarcado con un sinfín de enseres, además de tres concubinas egipcias de extraordinaria belleza; las únicas mujeres de la expedición. También había traído consigo dos médicos griegos, seis de sus dieciocho perros, cerca de veinte esclavos, un filósofo ateniense andrajoso y muy extraño, un poeta que amenizaba sus comidas y le cantaba sus propias hazañas, y hasta su propia

cama; un lecho extremadamente aparatoso, recargado con motivos helenísticos.

Había llegado a oídos de Régulo que la orden que dio en Ecnomo de embestir contra la línea cartaginesa había sido seguida, no por Longo, que en ese momento se encontraba durmiendo, sino por el capitán de la nave de éste. Según decían, Longo solo había despertado cuando el fragor del combate había llegado a cubierta y, lejos de lanzarse a la refriega para liderar a sus hombres, se había quedado en su lujoso camarote temblando de miedo. Eso decían.

—¡Manlio! —rugió el cónsul incorporándose trabajosamente con los brazos.

—Sí, cónsul —dijo el aludido, entrando veloz desde el exterior y cuadrándose como una vara ante el más alto magistrado de la República.

—Que Lucio reúna a los legados de la I y la II. Y que vengan todos aquí enseguida.

—A sus órdenes. —El lictor salió corriendo hacia la playa, no sin antes estampar con fuerza su puño derecho contra el pecho.

Régulo se incorporó con dificultad, acompañado de una mueca de dolor y esfuerzo, pero sin emitir quejido alguno.

—Señor —dijo uno de los *lictos* —, el físico ha dicho que debéis reposar.

—He visto a legionarios con heridas más graves asaltar murallas, Quinto. Sólo quiero sentarme. Acércame la silla y extiende el mapa sobre la mesa.

Quinto obedeció al instante. Una vez sentado y absorto, observando el trozo de cuero que definía la costa africana, Régulo apoyó el dedo índice sobre la zona en la que, según sus cálculos, habían desembarcado. Conocía el mapa de memoria, podría haberlo dibujado con los ojos cerrados. Había dado instrucciones precisas sobre dónde quería desembarcar y los capitanes de las naves habían dado con el punto exacto sin dificultad. Ahora se trataba de marchar al sur, sin demora, hacia la ciudad de Áspis, ocupar la plaza y su puerto, estableciendo allí una base segura de operaciones desde la que continuar la campaña antes de que los cartagineses pudiesen saber dónde había desembarcado realmente. No debía darles tiempo ni de respirar.

Una vez que aquella posición estuviese asegurada, habría que plantear la marcha sobre la mismísima Cartago.

Algunas otras plazas se interponían entre Áspis y su objetivo. Ecnomo

había sido una gran victoria, pero muchos transportes habían sucumbido a los espolones enemigos y tres cuartas partes de los caballos habían perecido. Eso suponía que, según los informes, de los dos mil sólo habían llegado a desembarcar quinientos. Régulo deslizó el dedo sobre el mapa hasta el punto que señalaba la posición de la capital enemiga.

—¡Abrid paso a un cónsul de Roma! —mugió una voz autoritaria, antes de que la luz que invadía la tienda proyectase una sombra alargada.

Régulo alzó la mirada lentamente, con fastidio. Era Longo. Su nariz huesuda y aguileña le precedía; su casco emplumado con carrilleras le hacía parecer una gallina. Entraba en la tienda vestido con su reluciente atuendo de campaña, la armadura inmaculada y ricamente decorada con motivos helenísticos y la capa roja extendida. La inmensa sonrisa del intruso, que rivalizaba con los rayos del sol, se le antojó desagradable. Maldito inepto.

—No sé cómo puedes acampar aquí, querido Marco —decía Longo mirando a su alrededor, mostrando incredulidad por la pequeñez y la falta de lujo en la tienda de su co-cónsul.

Un lictor se apresuró a ofrecer una silla de tijera al incómodo intruso mientras este se retiraba el casco extendiéndolo de manera desdeñosa al vacío esperando que alguien lo cogiese. Longo se recostó para estar más cómodo, cruzando las piernas.

—Bueno, pues nada. Ya estamos en África, tal y como querías. ¿Ahora, qué? —dijo con tono afable y despreocupado, como si aquello fuera un paseo.

—Pues ahora creo que deberíamos marchar a Áspis. —Régulo, como si estuviese hablando con una persona normal, apuntó a la posición de la citada ciudad en el mapa.

—¿Qué es eso?

—Una ciudad.

—No. Me refiero a ese mapa —dijo Longo apuntando con la barbilla, con sumo desprecio.

—La costa de África.

Longo se acercó un poco y observó el mapa por encima, con desidia, antes de volver a hablar. No parecía estar muy interesado.

—No tienes buena cara, Marco. Dicen por ahí que estás a punto de morir.

—¿Quién dice eso?

—Los hombres. He venido para ver si estabas bien, no me gustaría

celebrar un *triumfo* en Roma por lo de Ecnomo sin contar contigo. —Longo soltó una carcajada, como si se hubiese hecho gracia a sí mismo—. Entonces, ¿cuál es el plan, mi buen Marco?

—Atacar Áspis y tomarla como base de operaciones. Allí nos haremos con un puerto seguro, podremos recibir suministros por mar y mantener a resguardo las naves ante posibles tormentas. Después, la idea es marchar hacia el norte. Hacia Cartago.

El intruso no le dejó proseguir, interrumpiéndole para levantarse.

—Un plan excelente, mi buen Régulo. Excelente. —La condescendencia de Longo era insultante—. Aunque, en mi opinión, quizá en vez de marchar con todo el ejército yo debería quedarme aquí con mis dos legiones. —Longo hizo hincapié en la palabra «mis»—. Esta posición aún no es segura y alguien tiene que quedarse a defender la flota, ¿no crees? Nunca se sabe lo que puede pasar. Al fin y al cabo, estamos en territorio enemigo; es mejor ser cauto.

Régulo comenzó a irritarse. Primero por lo de Ecnomo, pues, sin duda, a Longo le hubiese encantado ser el único en celebrar un *triumfo* que no merecía; y luego por la propuesta de dividir el ejército. La idea no era mala en sí, pero viniendo de Longo resultaba mezquina. Si Régulo marchaba a Áspis con la I y la II, y era derrotado, Longo no solo tendría la ocasión de embarcarse y huir, sino que además el Senado le obsequiaría con un *triumfo*, quedando Régulo como un idiota para la posteridad. Pero, pensándolo fríamente, ante la impasible mirada de Longo, y tras una pausa, decidió aceptar el reto. Marcharía a Áspis con dos legiones con tal de no tener que compartir decisiones con aquel estúpido. Además, era poco probable que los cartagineses pudiesen reaccionar para defender aquella ciudad si las legiones partían de inmediato.

—Sí, no lo había pensado, Longo. Tienes toda la razón —repuso al fin—. Partiremos al alba y te esperaré en Áspis.

—Excelente, mi querido Marco. Excelente. Bueno —finalizó el cónsul extendiendo la mano al vacío para que alguien le devolviese el yelmo—, yo me voy. Un cónsul de Roma debe parecer atareado. Ya me entiendes.

Con las mismas, el intruso salió de la tienda junto con su comitiva, al tiempo que uno de sus *lictors* se alejaba berreando, de forma repetitiva y machacona, aquello de «Abrid paso a un cónsul de Roma». Régulo cerró los ojos, respirando profunda y pausadamente al tiempo que Lucio y varios tribunos entraban en la tienda, abarrotándola.

—Señores, la I y la II marcharán mañana hacia Áspis. —Los hombres se

miraron entre sí dubitativos. Acababan de llegar a África—. Lucio, ¿sabes si se dice por ahí que estoy cerca de la muerte o algo parecido?

—No he oído nada al respecto, señor.

—Bien, trae mi caballo, debemos hacer ver que estoy en plenas facultades antes de marchar.

—Señor, el físico ha dicho... —empezó a decir Quinto con preocupación.

—Sí, Quinto, lo sé. Lo sé.

Apenas amanecía cuando Arishat abandonó la mansión de Hannón el Grande. Caminaba apresuradamente, a grandes zancadas. Sus dos esclavas difícilmente conseguían mantener el ritmo. No le gustaba recorrer las calles de Cartago de día, ya que procuraba evitar cruzarse con las esposas de los hombres a los que servía. Además, siendo como era, probablemente, la mujer mejor informada de la ciudad, tenía prisa por llegar a casa y poner a salvo a Elissa, que había dado a luz recientemente. Sus delicados pies, más acostumbrados al mármol de las mansiones que a las sucias calles de la ciudad, caminaban cada vez más deprisa.

Nunca había entendido muy bien por qué a Hannón le llamaban el Grande, pues aparte de su inmensa fortuna, y de haber conseguido victorias fáciles contra las desorganizadas tribus númeridas del norte de África, no había hecho nada de mención para ganar tal apelativo. De hecho, las malas lenguas decían que era un sobrenombre que había ideado él mismo. Ni siquiera en lo que a atributos masculinos se refería podía llamársele el Grande, pues era, en ese sentido, un hombre muy pequeño.

Había sido una fiesta multitudinaria, con música, risas y succulentos manjares. Todos los hombres principales habían asistido. El vino corrió a raudales por las ávidas gargantas de los asistentes. Ella tuvo que satisfacer los deseos de dos invitados fenicios del cartaginés, hombres extremadamente rápidos en la consecución del clímax. Más tarde, ya en el lecho, Hannón había estado demasiado borracho para tomarla, quedándose dormido mientras ella procuraba provocarle una erección con los labios. Un estruendoso ronquido había sido la señal para que Arishat se incorporase, se vistiese, recogiese su dinero y se fuera.

Nadie hubiera dicho aquella noche que los romanos acababan de desembarcar a solo veinte días de marcha de Cartago, quizá incluso menos, según había dicho Hannón en una airada conversación en la que defendía pactar con Roma una paz digna. El Grande, o el pequeño, según se mirase, estaba más preocupado por el comercio que por ganar la guerra. Aquel conflicto, que amenazaba continuamente sus rutas comerciales, empezaba a ser para él un auténtico inconveniente.

Mientras Hannón deleitaba a sus invitados con toda clase de lujos, la población de Cartago sufría la carestía provocada por la pérdida de la flota,

que ahora ya era incapaz de garantizar un suministro continuo de grano a la ciudad. Pocos lo sabían, pero Hannón mantenía grandes reservas de grano en un edificio bien custodiado cerca del muelle, producto que iba vendiendo poco a poco y a precios cada vez más desorbitados. También se decía que adulteraba el grano mezclándolo con serrín.

Pero algo preocupaba a la bella púnica más que el precio del grano. Durante la gran fiesta había transcendido algo que le había estremecido, y por eso caminaba más deprisa que de costumbre. Uno de los invitados a la gran fiesta de Hannón había sido Sakárbal, sacerdote supremo de Cartago, un hombre de gran poder; especialmente cuando la ciudad atravesaba tiempos difíciles.

Era viejo, enjuto, encorvado, desagradable y lucía una mirada trastornada. Siempre abría mucho los ojos al hablar, esbozando una maléfica sonrisa cuando escuchaba a una mujer. Según decían, hablaba con los dioses. Arishat le había servido una sola vez, hacía años, y había sido suficiente, pues solo una crueldad despiadada parecía excitar los flácidos miembros de aquel hombre. La cartaginesa sabía que, al rehuirle, provocaba aún más deseo en él, pero no podía hacer más que evitarle. El insistente anciano siempre juraba, mientras la miraba de arriba abajo con esos ojos cargados lascivia y esa sonrisa extraña, que le pagaría muy bien y que sería bueno.

Durante la multitudinaria fiesta, el sacerdote supremo de Baal había defendido, ante la aprobación de muchos distinguidos senadores de Cartago, la necesidad de hacer sacrificios. Sacrificios humanos. Niños recién nacidos. Solo así, decía, ofreciendo sangre pura e incorrupta a los dioses, se podía aplacar su ira. Unos dioses que, según él, los cartagineses habían desdeñado durante los tiempos de bonanza. Al final, con los dioses, como todo en Cartago, se trataba de comerciar, de ofrecer algo valioso a cambio de su magnanimidad.

Los dioses, afirmaba, estaban resentidos. Así se lo habían manifestado los inmortales en sus sueños. Esa era la razón de las derrotas en Sicilia y en Ecnomo. Roma era el divino brazo vengador y querían que Cartago les entregase a sus hijos como prueba de aflicción y sumisión.

Hannón había aprobado las palabras del viejo loco enseguida, haciéndolas suyas. El Grande tenía ahora la coartada perfecta para afirmar que el desastre de Ecnomo no había sido culpa suya. Eran los dioses los que castigaban a la ciudad por una vida impía. Y lo decía él, el más impío de los mortales.

La noche se le hizo eterna a la cortesana en cuanto fue conocedora de las intenciones de Sakárbal. La púnica ocultaba tras su seductora sonrisa, su agradable conversación y sus gráciles movimientos, una inquietud que no debía mostrar, logrando disimularla con maestría. En su interior, no obstante, ardía por salir de allí para poner a salvo a su esclava y al pequeño.

Arishat se detuvo de repente, quedando pasmada unos instantes ante la puerta de su casa. Escrito en rojo, con la chorreante sangre de un animal y en grandes caracteres, estaba escrita la palabra «Puerca». Por alguna razón, cuando las cosas se ponían feas y los sacerdotes decían que los dioses estaban enojados, ella, y el resto de mujeres de su profesión, se convertían en el blanco fácil de una muchedumbre hastiada. La impiedad y el enojo divino no eran más que formas de desviar la atención de una ciudadanía analfabeta e ignorante para que no cargasen sus desdichas a hombros de los gobernantes. Pero, al menos, Arishat contaba con clientes poderosos, y la gente era consciente de ello. Su seguridad estaba garantizada por el momento.

No dejó, como era su costumbre, que sus dos rezagadas acompañantes le abriesen la puerta. La bella cartaginesa entró en la lujosa vivienda a grandes zancadas, dirigiéndose hacia la estancia de la joven esclava que acababa de dar a luz. Dormía con su bebé; una pacífica sonrisa alumbraba su cara.

—Despierta, Elissa —dijo moviéndola bruscamente.

—¿Señora? —La esclava se sobresaltó.

—Toma este dinero, coge a tu hijo y ve al puerto. Embarca en la primera nave que salga de la ciudad. Eres libre.

—¿A dónde he de ir, señora?

—Lejos. Todo lo lejos que puedas. Y no me llames señora —dijo Arishat mientras obligaba a la mujer a levantarse con premura.

—Pero, ¿por qué? —Acto seguido examinó el contenido de la bolsita—. Aquí hay mucho dinero, señora.

—Sí, ha sido una buena noche. Sal ahora mismo y no preguntes más.

Elissa cogió a su bebé en brazos, una túnica, una manta y la bolsa con el dinero. Dudó un instante. Con lágrimas en los ojos hizo amago de preguntar algo más pero una mirada de su ama se lo impidió. Salió de la casa sollozando, camino del puerto, sin entender muy bien lo que estaba ocurriendo. Arishat se quedó pensativa entre las cuatro paredes que hacían de habitación para la esclava. Suspiró aliviada, apoyó la espalda en la pared y se deslizó lentamente hasta quedar sentada. Siempre había pensado que era un error traer niños a este mundo despiadado y cruel.

El Delfín, nave correo de Cartago, y probablemente la más ligera del mundo, guiada por el mejor capitán de la ciudad, propulsada por los vientos junto con sesenta expertos remeros, había hecho en sólo ocho días la inmensa y tradicional ruta que llevaba a Tiro, la antigua metrópoli de la ciudad. Luego había recorrido en un día el espacio que la separaba de la capital seléucida: Antioquía.

La nave viajó ligera, sin mercancía, sin nada que pudiese entorpecer su vuelo sobre las saladas aguas. Un diplomático, esa era la única carga de *El Delfín*. El único propósito del púnico era llevar a Cartago a un tal Jantipo, un espartano que, decían, había ganado batallas imposibles para diferentes reyes y repúblicas.

El diplomático, después de haber presentado sus respetos a Antíoco II Theos en su fastuosa corte, y sabedor de que Jantipo estaba a su servicio, pidió humildemente tratar con el espartano para que sirviese a Cartago. Antíoco, que acababa de recibir noticias de la magnífica victoria obtenida en Siria contra Ptolomeo II, no puso ningún inconveniente, pues los emisarios del faraón derrotado ya estaban de camino para negociar la paz.

Aún tuvo que esperar el diplomático cartaginés dos interminables días para ver llegar al victorioso ejército del rey seléucida y contemplar cómo atravesaba las bulliciosas y jubilosas calles de Antioquía, plagadas de gente que vitoreaba a sus soldados, bendiciéndoles con una abundante lluvia de pétalos de rosa.

A la cabeza del ejército victorioso venía un grupo de siete hombres que no saludaba a la multitud, pero a los que la turba aclamaba. Sus monturas eran magníficas, vestían armadura de lino prensado, casco corintio al estilo griego antiguo y a la espalda llevaban colgado el *hoplón* típico de los guerreros de antaño, el gran escudo redondo que en todo el mundo helenístico había sido sustituido por escudos más pequeños tras las reformas de Filipo de Macedonia. Siete hombres. Siete Lambdas rojas sobre un fondo amarillo que no conocían otra cosa que la guerra.

Con la tarde a punto de convertirse en noche, el cartaginés, ataviado con sus mejores galas, tuvo que ir sorteando a soldados ebrios y a la alborotada muchedumbre para llegar hasta la modesta vivienda donde le habían informado que se alojaban los espartanos, recelosos de la fiesta, el jolgorio y

los lujos.

Dos lacedemonios flanqueaban la puerta, armados con la panoplia al completo, inmóviles como estatuas de granito. El cartaginés dudó un momento a diez pasos de la puerta, pues una inexplicable sensación parecida al miedo invadió su alma al ver a aquellos hombres. Se aproximó lentamente.

—Busco a Jantipo —dijo sin más cuando estuvo a un brazo de distancia.

El diplomático pudo advertir que tras el aterrador yelmo que escondía las facciones de la cara había vida, pues los ojos del soldado se movieron de arriba abajo inspeccionando al cartaginés antes de golpear dos veces la puerta con la lanza.

Un hombre en taparrabos, de musculosa complexión y porte aristocrático, descalzo, con la melena larga, el labio superior afeitado y la barba cuidada, abrió la puerta. Se apoyó en el quicio para examinar al cartaginés con desdén, con una media sonrisa. No parecía impresionarle la rica, aparatosa y florida vestimenta.

—Busco a Jantipo —repitió el cartaginés, casi titubeando, con las palabras pegadas a la garganta.

Un seco movimiento de cabeza le invitó a pasar.

El hombre que le había abierto la puerta le indicó con la mano que entrase en una pequeña estancia donde había siete triclinios y un gran puchero humeante en el centro, cuyo contenido olía a rayos. Cuatro hombres, también ataviados con un simple taparrabos e idénticos todos ellos en apariencia al que le había abierto la puerta, reían y mojaban pan marrón en el asqueroso caldo negro.

Solo al fijarse un poco más pudo advertir el cartaginés ciertas diferencias entre ellos, en complexión, edad y facciones. Las risas se detuvieron expectantes al reparar en su presencia. Ni en las más fastuosas cortes helenísticas, ni en la mismísima Roma ante un Senado airado, se había sentido aquel diplomático tan intimidado por un silencio abierto y vacío, creado para recibir sus palabras.

—Busco a Jantipo —volvió a decir el púnico.

—Aquí me tienes —respondió con afabilidad el hombre que le había abierto la puerta.

—¡Oh!, gran Jantipo. —El cartaginés hizo una exagerada reverencia ante el espartano—. ¡Oh!, general de generales. Tus hazañas surcan los mares y los cielos, tu legendaria espada lleva grabada a fuego el nombre de la victoria y los poetas cantan a tu grandeza. Ni siquiera el mismísimo Aquiles...

Los hombres callaban, observándole con incredulidad; boquiabiertos y divertidos. Una sonora carcajada de los cinco detuvo al diplomático en sus alabanzas. Unos instantes después, Jantipo, repuesto ya de la risa, de buen humor, palmeó la espalda del diplomático amistosamente y se sentó en el que debía ser su sitio.

—Si no quieres hacer cinco reverencias y cinco loas, no hagas ninguna, cartaginés. Aquí somos todos iguales. Te esperábamos. Antíoco ha dicho que nos buscabas. Túmbate, come y cuéntanos.

El cartaginés tenía hambre, observó de reojo el enorme caldero humeante, pero no tuvo arrestos para probar aquella bazofia digna de una piara.

—Lo que vengo a tratar es solo para los oídos de Jantipo.

—Jantipo, hoy por hoy, tiene catorce oídos. En esta sala hay diez. Habla.

—Señor, tengo instrucciones precisas de los sufetes de Cartago de tratar este asunto solo con Jantipo.

—En ese caso puedes marcharte. No tenemos más que hablar.

Se hizo un incomodo silencio. El diplomático observó a aquellos hombres extraños. Tragó saliva.

—Cartago... —comenzó a decir el cartaginés con tono dubitativo—, Cartago requiere vuestros servicios. Roma ha desembarcado un gran ejército en las costas de África. Mi tripulación y yo partimos hace once días con la noticia de que la ciudad de Áspis estaba siendo asediada. El Senado de mi ciudad ha llamado a algunas tropas desde Sicilia, se han despachado embajadores a Iberia y a la tierra de los celtas para reclutar mercenarios, pero la ciudad de Áspis se encuentra a sólo diez días de marcha de Cartago y el enemigo es implacable.

—¿Con qué tropas contáis?

—Ahora mismo, con la milicia de la ciudad y algún grupo de caballería nómada. Aunque las murallas son altas y fuertes. —Jantipo se quedó pensativo unos instantes, negando con la cabeza.

—¿Cómo lograron desembarcar?

—Nuestra flota fue derrotada en las costas de Sicilia.

Jantipo negó de nuevo.

—Estáis perdidos, cartaginés. ¿Qué opinas, Brásidas?

—Sí, están perdidos. Aunque sería todo un reto.

—¿Meleagro?

—Podríamos ir a ver.

—¿Arquíloco?

—Por ir... —dijo el aludido, con indiferencia, mientras masticaba.

—Tengo órdenes de llevaros a Cartago —intervino el diplomático—. Y licencia para negociar un precio adecuado por vuestros servicios.

Jantipo se incorporó, paseó meditabundo hasta el centro de la habitación y mojó algo de pan en el caldo negro. Mordió, masticó y tragó con absoluta tranquilidad antes de alzar la mirada y examinar de nuevo al cartaginés para luego hablar.

—Veinte talentos de oro —dijo al fin.

—No hay problema —repuso el púnico sonriendo, levantándose con la mano extendida para cerrar el trato.

—Veinte talentos de oro por ir a Cartago y valorar la situación. Si no lo vemos claro, nos pagaréis, nos iremos y en paz. Si podemos hacer algo, serán otros veinte talentos, más una quinta parte del botín de la campaña.

—Treinta talentos en total y una décima parte del botín —regateó el púnico.

—Lo siento, cartaginés, no estamos en un mercado fenicio. Además —dijo Jantipo después de una pequeña pausa—, soy pésimo negociando. Por eso nunca lo hago. Lo tomas o lo dejas.

El cartaginés dudó un instante, mirando al suelo. Era excesivo, sin duda, pero las órdenes del sufete habían sido sumamente precisas, aunque tampoco es que hubiese puesto un límite a lo que debía ofrecer. Además, volver con las manos vacías hubiese supuesto una mancha imborrable en su reputación. Al final, el púnico extendió la mano para sellar el pacto.

—Tenemos un trato —dijo al fin el diplomático.

—Muy bien. Tú dirás cuándo partimos.

—Cuanto antes —el cartaginés dudó sobre cómo dirigirse a su interlocutor—, señor. ¿Qué tiempo necesitáis? ¿Dos días? ¿Cuatro?

—Nosotros siempre estamos listos. Acabaremos de cenar y recogeremos nuestras cosas. Solemos viajar ligeros. —Jantipo se acomodó para seguir comiendo.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto, adelante. Ahora estás entre amigos.

—¿Por qué cobrar tanto para vivir sin lujos?

—Esa es una muy buena pregunta, cartaginés. Muy buena —respondió el mercenario, pensativo, como si nunca se lo hubiese planteado—. Imagino que es para hacer valer nuestro trabajo. Pero es que tampoco sabemos

disfrutar de los lujos.

Amanecía. Marco Atilio Régulo no había dormido en toda la noche. Caminaba exasperado, como un león enjaulado, de acá para allá, recorriendo su tienda de campaña ante la mirada de cinco de sus *lictos*. La herida de la pierna había cicatrizado, aunque había tardado mucho en hacerlo por el esfuerzo realizado en la marcha hasta allí. Llevaban doce días asediando las murallas de Áspis, y aunque, según estimaba, la guarnición púnica debía ser de unos dos mil hombres, tomar al asalto una ciudad amurallada suponía perder al menos el doble para el bando atacante.

Aún quedaba mucha campaña por delante como para arriesgar a casi toda una legión en la toma del enclave. Para colmo de males, el bloqueo no era completo, pues, por alguna razón, la flota no acababa de llegar, a pesar de la insistencia con que Régulo pedía a Longo que moviese aquel culo de cónsul y bloquease la entrada al puerto para rendir la plaza por hambre. O al menos debilitar y desmoralizar a sus defensores para que capitulase, o para que la resistencia ante un asalto fuese menor.

Cuatro penteconteras púnicas mantenían suministrada la ciudad, que parecía burlarse de las Águilas de Roma.

—¡Maldito imbécil! ¿Por qué no envía Longo las naves? ¿A qué está esperando? —bramaba Régulo—. ¡Necesitamos esta plaza y la necesitamos ya para avanzar sobre Cartago! ¡Ahora se estarán organizando y no debemos darles tiempo ni de respirar! ¡Deberíamos haber tomado Áspis hace días! ¡Ya estaríamos camino de Cartago! ¿A qué espera ese inepto?

—Puede que haya tenido problemas con la flota enemiga, señor —dijo Manlio.

—¿La flota cartaginesa? —rugió el cónsul—. ¿Qué flota cartaginesa, Manlio? ¿La que acabó en el fondo del mar en Ecnomo?

—Señor, correo de Longo —dijo uno de los *lictos*, dejando pasar a un legionario cubierto de polvo que se cuadró y se golpeó el pecho con fuerza.

—¡Por fin! —clamó Régulo mirando a los cielos y extendiendo los brazos—. ¡Por fin! —Régulo suspiró profundamente para calmarse y apoyó los puños sobre su mesa—. Habla, legionario —dijo expectante.

—Lucio Manlio Vulso Longo, cónsul de la República, investido con los poderes del glorioso pueblo de Roma y del Senado para comandar la flota y las legiones de África —Régulo cerró los ojos y negó con la cabeza—, me

manda decir: «Salve, mi muy querido Marco. Nuestra situación aún es precaria. Sigo trabajando en la empalizada de la playa. Dudo que pueda enviar barcos suficientes para apoyar un ataque sobre Áspis, aunque haré, como bien sabes, todo lo que esté en mi mano para ayudar. Por la gloria de la República».

—¡Fuera de aquí! —rugió el cónsul—. ¡Fuera!

El mensajero salió de la tienda como un huracán, presa del pánico ante la explosión de ira del magistrado. Régulo resoplaba como un toro antes de embestir. Golpeó su mesa con fuerza y, apretando los dientes, maldijo a Longo y a todos sus antepasados. Maldito Longo. Luego cerró los ojos y respiró profundamente. Procuró calmarse de nuevo. Salió de la tienda para observar las impertinentes murallas de Áspis una vez más. Debía actuar, con o sin ayuda. Tardó un rato en sosegar.

Repuesto de su ira, volvió a entrar en la tienda de campaña. Debía enfriar su mente para tomar decisiones. Si algo caracterizaba a Roma era el valor, el tesón y la audacia. Y Régulo se preciaba de ser un buen romano en algo más que en sangre y ascendencia.

—Muy bien, está claro que no podemos contar con él —aceptó para sí, dirigiéndose a los presentes con energía—. Que se pudra en su playa. Quinto, mi armadura. Cneo, que la I Legión prepare las escalas y los arietes y que forme para asaltar la ciudad por la cara norte. No dejaremos un perro vivo en Áspis, lo juro. Publio, la II quedará en reserva para aprovechar cualquier brecha.

Los *lictors* y legados estaban atónitos. Se miraban entre ellos dubitativos. Lanzarse al ataque, así, de repente.

—Vamos, vamos —azuzó el cónsul—. ¿A qué estáis esperando? Esta noche quiero estar durmiendo tras esas murallas.

El cónsul se quedó pensativo mirando su mapa al tiempo que se vestía, mientras tanto los aludidos salían a cumplir con su cometido. Ponderaba sus opciones.

—Lucio, tráeme al mejor mensajero, uno que sea de entera confianza, ya sabes.

Las trompetas comenzaron a sonar a lo largo del perímetro que formaban las legiones. Las roncadas voces de los curtidos centuriones agujijoneaban a los legionarios con una pléyade de insultos para tomar posiciones.

El cónsul emergió de la tienda vistiendo su gran casco de plumas rojas, la coraza musculada de bronce y la capa también roja. Su túnica púrpura

apenas cubría la venda que le oprimía el muslo. Su caballo lo esperaba. Montó con agilidad. Sus doce *lictors* hicieron lo mismo tras él, todos preparados para derramar su sangre por Roma.

Las legiones, ya en perfecta formación, rugieron ante la presencia del cónsul, coreando su nombre varias veces hasta quedar afónicos. Había derramado su sangre con ellos, era austero, audaz, valiente e intrépido. No era la primera vez que les llevaba a la victoria. Estaban dispuestos a morir por él y por lo que encarnaba: los sempiternos valores romanos. Valores que muchos de aquellos hombres no practicaban, pero que admiraban.

A lo lejos, en las murallas de Áspis, comenzaba a advertirse una frenética actividad. Los defensores de la ciudad, alertados por las trompetas de las legiones, se aprestaban también para la lucha abarrotando la muralla. Sería un combate difícil, pero ya habían perdido demasiado tiempo.

—Señor —dijo Lucio, golpeándose el pecho con fuerza—. El mensajero que pedisteis.

Régulo miraba resuelto desde lo alto de su montura hacia las murallas de la insolente ciudad púnica. Antes de decidir por dónde atacaría, observó al hombre de arriba abajo. El magnífico caballo del cónsul horadaba la tierra con sus pezuñas delanteras y piafaba; también parecía ansioso por entrar en combate.

—¿Cómo te llamas?

—Espurio, señor.

—Muy bien, Espurio. El mensaje que has de llevar a Roma es de vital importancia para el desarrollo de la guerra y para el bien de la República. Debe mantenerse en secreto, ¿me has entendido con claridad?

—Tan claro como un día de verano, cónsul.

—¿Estás dispuesto a ser torturado hasta la muerte sin desvelar lo que voy a decir?

—Por Roma y por el cónsul de Roma, señor —repuso el mensajero firmemente, sin un atisbo de duda.

—Muy bien, Espurio. Es un mensaje para mi hermano, el senador Cayo Atilio Régulo...

12

La flota romana iba llegando a Áspis como por goteo. Régulo había tomado la ciudad hacía tan solo dos días. Bíbulo y Verrucoso fueron acomodados con otros veinte compañeros en una de las casas de la ciudad y este último propuso salir en busca de su amigo Tito, el legionario de la II.

Las calles eran un hervidero de soldados y marinos, miles de hombres abarrotaban una ciudad cuya población probablemente no superase las seis mil almas. Las gentes de Áspis, aquellos que no habían muerto en el asalto, no salían de sus casas. En parte por miedo y en parte obligados por el cónsul a atender, dando cobijo y comida, a sus conquistadores.

Todos los romanos buscaban lo mismo por las saturadas calles: vino, mujeres y dados.

La resistencia de la ciudad tardó en desmoronarse a pesar del impetuoso asalto, pero, una vez que lo hizo, las legiones romanas anegaron el lugar como un torrente de acero líquido. A sangre y fuego. Durante cerca de una hora, los habitantes de Áspis fueron sometidos a las frías hojas de las espadas romanas que no respetaban ni a ancianos ni a niños. Los legionarios, desbocados y sedientos de venganza tras la dura lucha que habían mantenido en las murallas, abatían las puertas de las casas, asesinaban a sus moradores y violaban a las mujeres, que gritaban y lloraban hasta quedar afónicas antes de ser degolladas. Solo la intervención de Régulo detuvo la locura.

—¡Tito! Maldito bribón. —Verrucoso y su amigo de la II rieron al abrazarse—. Te presento a Bíbulo, rema conmigo en la nave capitana de Régulo. —Algo tenía que decir Verrucoso para darse importancia ante un legionario, aunque le conociese.

Tito aguardaba paciente su turno. Iba libre de armas y con su áspera túnica legionaria. Hacía cola tras una hilera de cerca de cien soldados que esperaban ansiosos para entrar en una de las casas que el cónsul había convertido en lupanar. El bueno de Régulo había hecho traer prostitutas de toda la región para calmar los ánimos de sus ansiosos soldados y, por qué no decirlo, a modo de recompensa.

—¿Cuánto cuesta? —dijo Bíbulo interesado.

—Es gratis, cortesía de la República y del cónsul —repuso Tito con sorna.

Bíbulo no pudo evitar esbozar una amplia sonrisa y frotarse las manos.

La larga espera dio alas a la conversación, y Tito relató con todo tipo de detalles el asalto a la ciudad púnica.

—¿Sabíais que Áspis significa «escudo» en griego? —comentó el legionario ufano de sus conocimientos. No sabía griego, alguien se lo había dicho por ahí.

—No tenía ni idea —respondió Verrucoso con cara de sorpresa mientras Bíbulo negaba con la cabeza.

—Pues así es. Veréis, llevábamos doce días rodeando el enclave. Todos creíamos que el asedio de Áspis iba a ser como los de Sicilia, ya sabéis: largo y tedioso. Una mierda, al fin y al cabo. El caso es que, cuando ya creíamos que nos tocaría pasar así todo el verano, el cónsul dio orden de formar para asaltar la muralla. Régulo juró ante nosotros que no dejaría ni un perro vivo en Áspis, y así lo gritó a los cuatro vientos para que todos lo oyésemos. Mira —dijo el legionario mostrando su brazo—, aún se me eriza el pelo solo de pensar en el discurso que dio. El caso es que, por la mañana, atacó la I Legión. Subieron las escalas a los muros y aporrearon las puertas de la cara norte con arietes. Dicen que solo eran unos dos mil defensores, pero por los dioses que luchaban como demonios. Lanzaban todo lo que tenían al alcance de la mano, muchos incluso empezaron a desmantelar casas y a quitar adoquines de las calles para lanzarlos contra los legionarios. Imaginaos. —Tito comprobó con deleite que sus interlocutores no le interrumpían. Algo inaudito entre sus compañeros de hoguera.

Los dos remeros escuchaban el relato boquiabiertos. Entretanto, daban pequeños pasos al frente a medida que la larga cola iba menguando por delante de ellos y aumentando por detrás.

—Llegó un momento —continuó diciendo Tito—, cuando el sol se encontraba en su cénit, en el que ni la puerta caía ni se podían ocupar las murallas y la I se retiró en desorden. Régulo bajó del caballo hecho una furia, seguido de sus *lictors*, caminando a grandes zancadas, desgañitándose y llamando cobardes a los de la I. Consiguió reagruparlos y se puso en cabeza. —Tito hacía desproporcionados aspavientos, sumergiéndose entusiasmado en el relato y fascinando a sus dos oyentes—. Tendríais que haberle visto llegar a las murallas prácticamente solo, dejando atrás a todos en su carrera, como si pretendiera conquistar la ciudad por sí mismo. Sin ni siquiera esperar la orden, y viendo que el mismísimo cónsul era el primero en trepar por la escala, los de la II nos volvimos locos y cargamos. Fue apoteósico. Magnífico. Cuando otros veinte compañeros y yo conseguimos asegurar una

de las escalas para trepar a las murallas, vi al cónsul, que había conseguido llegar a lo alto y que, rodeado de sus *lictos* y seguido por un manípulo de la I, ponía en fuga a un gran número de enemigos. La defensa empezó a desmoronarse en aquel momento, los arietes abrieron brecha y logramos entrar en la ciudad. Pero muchos de los defensores se encerraron en la ciudadela que protege el puerto. Régulo los persiguió seguido de todos los hombres que pudo encontrar en medio de la confusión. Ya sabéis lo que son estas cosas una vez que se ha entrado en una ciudad: todo es humo, fuego, gritos, chocar de metales y uno se pierde por las calles matando a cualquiera que no sea legionario; entrando en las casas a ver lo que se puede pillar —decía Tito crecido, desenfadado y con cara de veteranía a dos hombres que nunca habían empuñado las armas de un legionario, que le miraban embelesados y asentían embobados—. Aquellos condenados que se habían retirado a la ciudadela lucharon hasta la muerte. Ni uno solo pidió clemencia. Lo más asombroso de todo es que no eran soldados, sino ciudadanos jóvenes armados con aperos de labranza.

—¡Siguiente! —gritó un centurión, treinta cabezas más allá, apostado en el acceso al lupanar; mientras uno de los soldados entraba y otro salía, de muy buen humor, rascándose la entrepierna.

—Dicen que Régulo —continuó relatando Tito— había quedado tan impresionado por la fiereza de los defensores, por su juventud y determinación, que detuvo la matanza que en un principio había ordenado en la ciudad. Como os he dicho, había jurado ante los dioses que no quedaría ni un perro vivo en Áspis, así que, para no romper su promesa, ordenó capturar a todos los perros que se encontraran para darles muerte, perdonando a los habitantes de Áspis que aún quedaban con vida.

Los interlocutores de Tito asintieron asombrados, con una bobalicona sonrisa. Aquella era una forma muy ingeniosa de cumplir una palabra.

—Os lo aseguro, muchachos: veo en la mirada del cónsul que en dos semanas seremos dueños de Cartago. ¿Os imagináis las riquezas de esa ciudad? Dicen que, cuando tomemos Cartago, el cónsul piensa darnos seis días enteros para que nos dediquemos al pillaje.

—¡Siguiente! —gritó el centurión a un palmo de la oreja de Tito. Lo dijo de tal manera que el legionario, absorto en su relato, se cuadró y entró en el lupanar como si obedeciese una orden de carga.

A Bíbulo le dio la sensación de que su propio vello se había erizado ante el alarido del centurión. No debía ser agradable tener a ese tipo al lado dando

órdenes en medio de una batalla. Seguro que los legionarios cargaban con ese ímpetu para no oírle. No quería un sobresalto que acabase con su libido. Estaría atento. No tardaría en llegarle el turno. Volvió a frotarse las manos.

Era de día, pero Cartago se hundía en las sombras. Las mismísimas costuras del mundo parecían estar resquebrajándose. A las tropas cartaginesas venidas de Sicilia para defender la sagrada tierra se había unido una milicia ciudadana reclutada con celeridad, así como grupos de mercenarios nómadas e íberos y un centenar de elefantes de guerra. Tres generales ostentaban el mando: Bóstar, Himilcon y Asdrúbal. Tres hombres cuyas familias estaban enfrentadas pero que habían salido de madrugada con un solo propósito: acabar con el avance romano de una vez por todas.

Después de capturar Áspis, los romanos habían comenzado a saquear e incendiar todo el territorio colindante. Iban cada vez más, y más lejos, sin que el ejército púnico tuviese la fuerza suficiente para defender su territorio y a sus ciudadanos. Cada día llegaban a la ciudad cientos de hombres, mujeres y niños huyendo de las razias de los romanos, buscando protección tras las imponentes murallas de Cartago, donde la población aumentaba día a día. Esta marea humana, unida a la destrucción de los campos, la situación de Sicilia y el lamentable estado de la flota, creaba serios problemas a las autoridades para alimentar cada vez a más gente.

Hombres honrados se veían obligados a robar para llevar comida a sus aterradas y famélicas familias. Las enfermedades comenzaban a propagarse con facilidad debido al hacinamiento y la malnutrición. La mera visión de una ciudad que nunca habían tenido que pedir nada a nadie, ayer luminosa y hoy plagada de mendigos, sumía en la desesperación y el miedo a todos. No obstante, aquellos que se veían obligados a buscar la protección de las murallas podían considerarse afortunados, pues se calculaba que los romanos habían apresado a cerca de veinte mil cartagineses para venderlos como esclavos. La pérdida de los seres queridos, el hambre, la enfermedad y la desconfianza se adueñaban de las calles, engullendo la ciudad como una densa niebla de negra tristeza.

Ante esta situación, Sakárbal, sumo sacerdote de Cartago, un demente en opinión de Arishat, pero un hombre piadoso para la mayoría de los habitantes de la ciudad, había convencido al Senado y a los sufetes para revivir un ritual antaño olvidado. Había que aplacar a los dioses.

Los mismísimos rayos del sol parecían lúgubres. La explanada de los templos estaba abarrotada. Todo Cartago estaba allí, pero ninguno de los

presentes decía una palabra. Tan solo las lejanas toses de los enfermos se dejaban oír aquí y allá. Tal cantidad de gente apiñada y en silencio producía auténtico terror a la bella cartaginesa.

Era como estar rodeada de muertos vivientes en aquel Tártaro de los griegos que visitara Odiseo en sus viajes; el lugar donde aquellos que fallecieron solo son una desdibujada, quejumbrosa y lastimera sombra de lo que fueron en vida.

Desde donde estaba Arishat comenzaron a oírse a lo lejos, como en un murmullo, los versos rituales de los sacerdotes, encaramados a la escalinata del Templo de Baal. También se empezaron a oír los desgarradores llantos de las sesenta madres primerizas que habían sido seleccionadas para los sacrificios. Todas ellas esclavas o de familias humildes. En otro tiempo, Cartago se había nutrido de los primogénitos de las familias más insignes. Hoy, en cambio, el dinero podía más que la tradición. Las mujeres, custodiadas en un recinto cuadrado delimitado por ocho postes y una cuerda, y rodeadas por los soldados del templo, se aferraban a sus bebés aterradas. Debían entregar a sus hijos al fuego purificador que salvaría a la ciudad de la furia de Roma.

Hacía muchos años que el Senado no aprobaba un sacrificio ritual como aquel y todo el mundo debía asistir, so pena de ser tenido por impío y sumariamente ejecutado. Lo último que necesitaba Arishat era que la tuviesen por impía, particularmente ahora que Sakárbal comenzaba a ostentar tanto poder. Ahora que la única fuerza de mención en la ciudad era la guardia del templo.

La cortesana se sintió mareada. Quiso vomitar. Tuvo que agachar la cabeza, cerrando los ojos cuando comenzó a oír los lejanos gritos de una madre a la que dos soldados habían arrebatado su bebé. No era necesario que muriesen todos, los dioses dirían cuándo era suficiente, así que las desgraciadas mujeres aún conservaban un hálito de esperanza.

Esperanza que perdían cuando Sakárbal les apuntaba con un dedo dubitativo. De nada servían las súplicas de clemencia ni sus lastimeros gritos. El viejo parecía no oír más que a sus dioses y esperaba en lo alto, sonriente, para recibir en sus brazos a la inocente víctima que los soldados le entregaban respetuosos; él los cogía en sus brazos como un bondadoso abuelo. De nada les servía a aquellas mujeres aferrarse a la carne de su carne. De nada servía aferrar con ambas manos las frías espadas de los hombres de Sakárbal empapándolas en sangre.

La estatua de Baal presidía el templo. Era una estatua de bronce de tamaño humano, con los brazos extendidos y las palmas de las manos mirando al cielo. Bajo las manos del dios, en un profundo foso, ardían las llamas rabiosas. Sakárbal elevaba al neonato a los cielos y recitaba sus enigmáticas plegarias. Colocaba al inocente condenado en los brazos del dios donde el bebé, al revolverse inquieto, perdía sujeción y se precipitaba a las llamas que lo devoraban. Un fugaz grito de dolor y terror apagaba la vida, el grito de desesperación e impotencia de una madre anegaba el ambiente. Luego Sakárbal miraba pausadamente al cielo, buscando una señal y, al no verla, volvía a señalar con su dedo a una de las desgraciadas. También los llantos y los gritos de las mujeres tenían que llegar a los cielos, porque los dioses debían saber que su pueblo era víctima de la aflicción y que se arrepentía de su impiedad, que ofrecía lo que es más sagrado a cambio de su benevolencia.

Veintitrés neonatos fueron sacrificados aquella mañana antes de que una bandada de pájaros oscureciese el sol, dando Sakárbal por buena la señal de los dioses. Una vez concluido el ritual, el silencioso tumulto que abarrotaba la explanada comenzó a dispersarse lentamente. En unos instantes, la plaza, hasta entonces plagada de gente, quedaría poblada sólo por aquellas madres cuyos hijos habían sido sacrificados; tendidas en el suelo, llorando o con la mirada perdida, libres ya de hacer cuanto quisieran, pero incapaces de guiar sus pasos hacia su casa, así como habían sido incapaces de proteger a sus pequeños.

Arishat caminaba de vuelta, cabizbaja y despacio, seguida por sus dos esclavas. Ninguna de las tres mujeres podía contener el llanto. ¿En qué se estaba convirtiendo la ciudad? ¿Qué siniestro espíritu se estaba apoderando de ellos? Quizá Hannón el Grande tuviera razón y la única posibilidad era pactar con los romanos, aunque fuese una paz indigna, con tal de acabar con aquella locura.

Cuando llegaron, el habitual emisario del sufete de Cartago aguardaba paciente a la puerta.

—El sufete me envía. Quiere verte.

—Dile que estoy indispuesta —repuso Arishat con entereza.

—No, no es para eso.

El máximo dirigente de Cartago se encontraba de espaldas cuando Arishat

entró en la lujosa estancia que este utilizaba para recibir a generales, dignatarios y practicar algunos juegos sexuales. El emisario susurró al oído del sufete que la cartaginesa había llegado y este dio media vuelta.

—Déjanos —ordenó el sufete al emisario. Este salió de la habitación sin hacer ruido. Las puertas se cerraron tras él y el dirigente tomó asiento e invitó a Arishat a que también lo hiciese —. ¿Vino?

—No, gracias, mi señor —negó sumisa la púnica—. ¿En qué puedo complacerte, gran señor?

—Me han informado de que Jantipo, probablemente el mejor general que el dinero puede pagar, está desembarcando ahora mismo en el puerto.

—Me alegra que mi humilde sugerencia te sirviese, gran sufete.

—¿Tu sugerencia? —repuso el magistrado como intentando recordar, gélido como no le había visto nunca—. Bueno, dejemos eso. El caso es que este hombre, este tal Jantipo, va a alojarse en tu casa.

—¿Mi señor?

La cartaginesa se mostró extrañada.

—Sí, Arishat. De hecho, he dado órdenes para que él y los seis hombres que le acompañan se instalen allí. Primero vendrán a verme, así que no les esperes hasta la noche. Deberás seducirle. Deberás satisfacerle como solo tú sabes hacer. En todo. Y no solo eso, también deberás abrir bien los ojos para mantenerme informado puntualmente de cualquier movimiento que pueda parecerle extraño. Tendrás que estar muy atenta a todo lo que haga o diga. Al final, los mercenarios son mercenarios. Ya me entiendes, no se puede confiar plenamente en ellos.

—Por supuesto, mi señor, te serviré a ti y a Cartago con sumo placer.

—Efectivamente, Arishat —repuso cortante—. Servirás a Cartago, porque tal y como están las arcas, el Senado no puede pagarte. Confío en que te hagas cargo.

—Por supuesto, mi señor. Se hará como deseas. Es un honor ser de utilidad a la ciudad.

La bella mujer hizo un gesto de acatamiento con la cabeza y sonrió cálidamente.

—Bien, puedes irte —acabó diciendo el sufete, moviendo la mano con un irreconocible menosprecio, como si estuviese espantando una mosca.

Arishat se levantó humildemente con una sonrisa cómplice, aunque hubiera apuñalado al sufete allí mismo por obligarla a alojar en su casa a siete soldados apestosos y por tratarla como estaba haciéndolo. ¿Acaso él también

había enloquecido? Dio media vuelta y se aproximó a la puerta donde, antes de llegar, fue increpada de nuevo.

—Arishat, querida gacelilla; una cosa más.

—¿En qué más puedo servirte, mi señor? —dijo sin volver la cara.

—Procura ser discreta durante al menos una luna. He oído que Sakárbal está un tanto preocupado con ciertas, digamos... prácticas impuras en la ciudad.

El sol comenzaba a ponerse a lo lejos, tiñendo de rojo un puñado de lejanas nubes que parecían inmóviles. Los espartanos caminaban con paso firme por las calles de Cartago siguiendo al hombre menudo que uno de los sufetes había puesto a su disposición. Les guiaba hacia la casa donde se alojarían el tiempo que estuviesen al servicio de la ciudad. La visita había sido fugaz y cordial, al modo que gustaba a los lacedemonios. Tan solo se les dio la bienvenida y se habló de la situación.

Iban vestidos simplemente con unas ásperas túnicas. Portaban las pequeñas espadas al cinto. Llevaban los grandes escudos con la Lambda colgados a la espalda, la lanza asida por su extremo con la mano izquierda, reposada en el hombro a modo de petate. Colgando de ella, el casco corintio, y, atada a la punta, se balanceaba la tradicional capa carmesí anudada como un saco, la cual contenía los pocos enseres que llevaban consigo.

Al llegar a la casa, el mensajero del sufete golpeó la puerta con ímpetu. Los espartanos miraban alrededor, como queriéndose hacer una idea del lugar al que llegaban. Parecía una zona tranquila y acomodada de la ciudad, no tenía nada que ver con la pestilente y embarullada zona portuaria ni con el lamentable espectáculo que habían presenciado en otras calles cercanas a esta, atestadas de refugiados hambrientos y sucios mendigando no ya una moneda, sino un trozo de pan. La puerta se abrió y la calle entera pareció ser iluminada por la sonrisa de una mujer de una belleza sublime. Vestía, sin ostentación, una delicada túnica blanca que dejaba adivinar los contornos de un cuerpo bello y que invitaba a mirar como si, fijando los ojos, se fuesen a ver los velados encantos.

—Tus invitados, Arishat —informó secamente el emisario del sufete antes de desaparecer como el humo.

—Sed bienvenidos a mi humilde morada —dijo la mujer en perfecto griego y extendiendo la mano con delicadeza hacia el interior de la casa. Dos expectantes esclavas la flanqueaban.

Los espartanos asentían a medida que iban accediendo a la vivienda, pasando al lado de su anfitriona. Jantipo, el último en entrar, inclinó la cabeza a modo de saludo, dirigiéndose a ella con sumo respeto.

—Procuraremos molestar lo menos posible, señora.

—Estáis en vuestra casa.

La mujer se había quedado unos instantes mirando a Jantipo como embobada. Probablemente, aquella mujer no dominara la lengua helena tan bien como parecía.

—Se lo agradezco. De todas maneras, señora, procuraremos causar las menores molestias posibles. —Y dirigiéndose a sus hombres, que iban soltando el petate en el suelo, Jantipo comenzó a dar órdenes—: Brásidas, ventanas y accesos. Meleagro, Aristodemo, panoplia y a la puerta. Cleómenes, camino más rápido hacia el puerto y hacia las salidas de la ciudad. Arquíloco, puntos de guardia a cinco estadios de distancia. Lisandro, tú y yo a cenar.

—¿Hay algún problema? —preguntó la bella cartaginesa confundida pero con una amplia sonrisa, mientras observaba aquel despliegue.

—No, señora. Simplemente no me gusta entrar en un sitio del que no sé cómo salir.

Jantipo hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza, rebasó la posición de la cartaginesa y sus esclavas y caminó hasta el pequeño jardín interior de la vivienda acompañado por Lisandro. La cartaginesa y sus dos esclavas les seguían asombradas. Por el piso superior iba Brásidas de puerta en puerta. Jantipo miró a lo alto. El cielo de Cartago comenzaba a estrellarse, reinaba la tranquilidad.

—Aquí, en el jardín, estaremos bien —dijo el mercenario secamente a su acompañante.

Dejaron sus enseres en el suelo y se sentaron cruzando las piernas. Las mujeres observaban tras ellos entre petrificadas, extrañadas y divertidas, al tiempo que el espartano y su acompañante, ajenos a sus miradas, deshacían el nudo de sus petates y sacaban un mendrugo de pan marrón, un trozo de queso y una cebolla cruda.

—Hemos preparado comida y lecho para los siete —dijo la cartaginesa sonriente cuando salió de su asombro—. Estaréis más cómodos, más descansados y mejor alimentados. Sois, si no me equivoco, los salvadores de Cartago. —Los dos espartanos se miraron extrañados—. Además, ¿a qué anfitrión no le agrada una charla con sus invitados? ¿Acaso me vais a negar el placer de vuestra compañía? Comprended que, como toda mujer, siento curiosidad por las personas a las que alojo.

Jantipo carraspeó y se incorporó para ofrecer sus disculpas, al tiempo que Brásidas bajaba al patio para informar.

—Las ventanas son pequeñas, no cabe un hombre por ellas. Excepto una

en el piso superior, pero es de difícil acceso. También hay una salida trasera que da a un pequeño callejón.

—Bien, Brásidas, gracias. —Y dirigiéndose a su anfitriona prosiguió—. Os ruego que disculpéis nuestras rudas maneras, señora. Será un honor compartir vuestra mesa.

Las esclavas prepararon una mesa larga en el centro del patio interior con cuatro sillas, también encendieron lámparas de aceite alrededor dando al pequeño jardín una fina calidez. Una luna llena, plateada y hermosa, comenzaba a asomar por una esquina. Las esclavas trajeron vino, pan y carne de cordero que chorreaba sabor. Los espartanos comenzaron a comer. Vestían como mendigos, pero actuaban como una extraña mezcla de aristócratas y soldados.

Después de un rato de silencio, que a Arishat le pareció interminable, la cartaginesa se decidió a entablar una conversación. Era extraño que un hombre no empezase a hablar acerca de lo que fuera, para darse cierta importancia, con el único objeto de acabar aquella noche compartiendo lecho y jadeos con ella. La mujer acercó la mano a una jarra decorada con motivos griegos.

—¿Vino? —dijo solícita y con una amplia sonrisa.

—No, gracias. No solemos beber vino.

La cartaginesa no pareció molestarse, aunque le extrañó la respuesta.

Hubiera sido más fácil así, pensó la púnica. El vino siempre enciende el deseo de los hombres, adormece sus sentidos y les hace más maleables. Aunque, pensándolo fríamente, ella no necesitaba esos ardides baratos de prostituta de taberna para seducir a nadie. Menos aún tratándose de un rudo guerrero, hombres básicos de apetito.

—Cuéntame, Jantipo, ¿cómo es Esparta?

—Depende.

—¿Depende?

—Sí, depende. En comparación con Cartago es pequeña.

La cartaginesa soltó una delicada carcajada, que se tapó con la mano en un pequeño alarde de estudiada coquetería para tantear los gustos de su invitado.

—No me refiero a eso. Pero también me vale. Me refiero a cómo vivís, a cómo es vuestra vida. He oído que sois grandes guerreros.

—No somos guerreros. Somos soldados. De todos modos, hace tiempo que no estamos allí, y además hace mucho que Esparta ya no es lo que era.

Fuimos los últimos en hacer la *agogé*.

—¿La *agogé*?

—Sí, nuestro sistema educativo, por llamarlo de alguna forma. Esparta ya no es lo que era. Dejémoslo ahí.

Arishat quiso continuar hablando, pero el espartano únicamente respondía con monosílabos y frases muy cortas. Correctas todas ellas, directas, pero no se entretenía mucho en explicaciones. Incluso, a veces, parecía rehuirle la mirada. Nunca un hombre se había mostrado tan correcto y a la vez tan distante. En el momento de abrir la puerta a aquellos mercenarios supuso que su labor de conquistar al espartano sería tarea fácil, porque los hombres de armas siempre son tarea fácil. Pensó que aquella misma noche iban a acabar en el lecho. Lo cierto es que no le hubiese disgustado para nada desempeñar su trabajo con aquel extraño de porte aristocrático y musculosa complexión. Pero no fue así.

La actividad en la tienda del cónsul, Marco Atilio Régulo, era frenética. Mensajeros y tribunos iban y venían continuamente informando sobre el más nimio de los detalles. Él mismo estaba eufórico y transmitía su buen humor a todos los que le rodeaban. Las legiones de Roma se habían establecido en África con pie firme. Áspis era una excelente base de operaciones, y el hecho de que los suministros que llegaban por mar desde Italia fuesen escasos no suponía un problema. Era época de cosecha y la rica tierra de África proveía de todo lo que sus hombres necesitaban.

Los informes que llegaban de los responsables de intendencia eran excelentes. Las tropas estaban bien alimentadas y eso contribuía a mantener la moral alta y los miembros fuertes. Estaba claro que los cartagineses se veían incapaces de hacer frente a sus constantes incursiones, que cada vez habían ido un poco más lejos.

El objetivo de estos avances limitados tenía tres vertientes: por un lado, tantear el terreno y explorar para hacerse una idea de la topografía circundante; por otro, el saqueo y la obtención de esclavos que se venderían a buen precio en los mercados de Roma; y, por último, tentar al enemigo a un enfrentamiento, pues cuanto antes se diese la batalla decisiva peor preparados estarían los cartagineses. Había que hacer que los púnicos saliesen a campo abierto para evitar la devastación de sus tierras, había que probar sus nervios, hacer que los sufetes fuesen incapaces de alimentar a los refugiados que, sin duda, ya estarían anegando las calles de la ciudad. Hundir el deseo del pueblo de resistir y arrastrar a sus gobernantes a la mesa de negociaciones.

Asaltar Cartago era imposible: las épicas murallas de la ciudad eran imponentes. Un puñado de niños de siete años encaramados a ellas hubiesen podido rechazar a cien legiones. Y Régulo no quería sostener un asedio que durara años, entre otras cosas porque su mandato hubiese expirado antes de la toma de Cartago y otro se llevaría la gloria. Así que había que sacar a los cartagineses de su madriguera, hacerles entablar batalla cuanto antes y luego imponer condiciones. Tres meses más y la guerra estaría ganada gracias a una mezcla de astucia, tesón y, sobre todo, audacia. Era, por tanto, el momento de dar un paso más hacia la capital enemiga.

La caballería, junto con algunos manípulos, hostigaban ya los alrededores de la ciudad de Adis, sometiéndola a un moderado asedio. El

enclave se encontraba a menos de dos días de marcha de Áspis y a seis o siete de Cartago. Régulo hubiese marchado hacia Adis una semana antes, pero esperaba ansioso noticias de Roma, en particular del Senado. No marcharía con Longo a su lado. Se negaba. Aquel estúpido solo entorpecería las cosas, no podía confiar en él.

—Señor, correo de Adis —dijo Lucio al entrar en la tienda.

—Adelante, que pase.

—Mensaje de Manlio, señor —dijo el legionario cuadrándose.

—Habla.

—Los exploradores informan de que hace unos días salió un ejército de Cartago. Calculan que deben de ser unos veinte mil hombres. Han tomado la ruta hacia Adis. Dice el tribuno que lo más probable es que estén de camino hacia allí.

—Sí, es lo más lógico —dijo Régulo inclinándose enérgicamente sobre el mapa e intentando calcular cuánto tiempo tardarían los púnicos en llegar. Trazó la ruta con el dedo—. Tarde o temprano tenía que ocurrir, ya han tenido suficiente —continuó diciendo el cónsul con satisfacción—. Es una buena noticia, legionario, gracias. Vuelve con Manlio y dile que se retire a media jornada de Adis y que busque un lugar propicio para acampar cuando lleguemos con el grueso del ejército. Que vigile los movimientos de los cartagineses, que me mantenga informado y que no busque enfrentarse a ellos directamente.

—Sí, señor.

—Ni siquiera en escaramuzas, legionario —aclaró el cónsul alzando la mirada y observando fijamente al soldado—. Dile que marcharemos hacia allí lo antes posible para apoyarle. Puedes irte.

—Hay algo más, señor.

—¿Y bien?

—Traen elefantes. Cerca de cien.

—Gracias, legionario, puedes retirarte.

El legionario saludó y salió de la tienda corriendo, montó en su caballo de un brinco, lo espoleó y salió disparado como una flecha, presto a cumplir su cometido.

Elefantes... el terror que aquellas bestias infundían entre los hombres dejó a Régulo inmóvil durante unos instantes. Ensimismado, se quedó mirando el vacío que había ocupado el mensajero. Pensativo, el cónsul se dejó caer en la silla lentamente. Elefantes... bestias de los infiernos capaces

de derribar manípulo tras manípulo esparciendo el caos y la confusión; animales que aterraban con sus bramidos y cuyas pisadas hacían temblar la tierra. Elefantes... ¿cómo detenerlos?

El cónsul apoyó los codos sobre la mesa y anudó los dedos de ambas manos. Elefantes...

—¡Abrid paso a un cónsul de Roma!

Régulo esbozó una mueca de fastidio. Ese berrido le desconcentraba de nuevo. Ahí estaba Longo, con su nariz aguileña y su fingida sonrisa, como siempre. Si no hacía nada, al menos que no molestase.

—¡Salve, mi querido Marco! —Régulo no soportaba aquella perenne sonrisa estúpida, cargada de suficiencia.

—Salve, Longo.

—Dejadnos —ordenó el cónsul intruso.

Los *lictors* y tribunos de Régulo le miraron buscando confirmación y este sencillamente asintió con resignación.

Longo pareció molestarse ante la duda de los hombres de Régulo. Una vez solos, el uno enfrente del otro, sentados a la mesa sobre la que se extendía el mapa de África, Longo cambió el registro de su cara a una algo más seria y prosiguió:

—Me han llegado noticias de Roma, Marco —dijo como distraído, acariciando el penacho de plumas rojas de su immaculado casco.

—Me alegro por ti. ¿Son buenas o malas?

—Ni buenas, ni malas.

—¿Y bien?

—Dicen que el Senado lleva discutiendo acaloradamente durante una semana sobre la necesidad de mi relevo en el mando de África. Que la moción se propuso con celeridad al principio de una sesión cuando el *quórum* era el justo para que se aprobase. Por fortuna, uno de mis partidarios, Claudio el Cojo, pidió la palabra y estuvo hablando hasta que la sala se llenó. Aún no se ha llegado a ningún acuerdo sobre el tema en cuestión. Un tipo curioso ese Claudio. Muy leal. Tú no sabrás nada sobre todo esto, ¿verdad?

—¿Cómo iba a saber algo? Estoy tan lejos de Roma como tú.

—Pues puede que a ti no, pero a mí me gusta estar enterado de lo que pasa en mi casa. Aunque esté lejos. Pido que se me informe con cierta regularidad y procuro que mis opiniones se hagan oír. —Longo hizo una severa pausa para enfrentar sus ojos a los de Régulo—. Verás, Marco, parece que ha sido alguien cercano a ti quien ha propuesto la moción de mi relevo

aduciendo que mi presencia no es necesaria, de ahí que haya pensado que igual sabías algo. ¿Entiendes?

—El Senado es libre de discutir lo que estime conveniente —repuso Régulo impasible.

—Sin duda, mi buen Marco, sin duda. Y yo acataré las decisiones que se tomen, como corresponde a un cónsul de Roma. —Y volvió a colocarse más cómodamente—. Te seré sincero, Marco: no me gusta este agujero infecto al que me has traído. No me sienta nada bien. Al final nos estamos dejando la piel en este pozo de inmundicia por el bien de la República y nadie nos agradece nada. ¿No crees?

—¿Que yo te he traído aquí? No me hagas reír, Longo.

—Bueno, de manera figurada, claro. Al fin y al cabo, la idea fue tuya. Tú ya me entiendes. El caso es que, quizá, lo que se discute en el Senado sea acertado y ya no hagan falta dos cónsules en África.

—Eso no es de mi incumbencia. El Senado sabrá lo que es mejor para la República.

—Sí, bueno. Pero, digo yo que, si no se necesitan dos cónsules, entonces, lo más lógico es que tampoco se necesiten las dos legiones que tengo asignadas. Quizá sean de más utilidad en Sicilia, ya sabes cómo está la situación de estancada allí. Lo mismo pasa con la flota. Coincidirás conmigo en que con lo que se saquea de África no es necesario tener a la flota yendo y viniendo de Italia con el riesgo que eso supone, ¿no te parece? Ya sabes: tormentas, flotas enemigas, piratas... Además, los suministros que llegan a Áspis bien podrían estar yendo a las tropas que luchan en Sicilia. No sé, solo son ideas. —Longo hablaba con estudiado sosiego.

—Si queremos rendir Cartago necesitaremos más tropas, Longo, no menos. Y un abastecimiento continuo.

—Por supuesto. —Ahí afloraba de nuevo la paternalista actitud del patricio—. Si yo no digo que no tengas razón, Marco, pero como tú bien dices, eso ya es cosa del Senado.

Por primera vez en su vida, Bíbulo se negó a comer más. Un sonoro eructo y luego un bufido fueron prueba suficiente de su sensación de saciedad y plenitud. La cena, en una de las calles de la ciudad, había sido copiosa. Rechazó amigablemente una succulenta costilla de cordero que goteaba sabor. Sí, bebería vino, y mucho. Y jugaría a los dados con Verrucoso, Tito y otro legionario de la II. Aquella noche no irían al lupanar, estaban ahítos de fornicar, y la sola idea de hacer cola con la tripa llena les resultó suficiente razón a los cuatro como para quedarse tranquilamente al calor de la hoguera. Ya irían al día siguiente. O al otro.

El buen ánimo se desbordaba por las calles. Áspis se hizo mucho más amplia de la noche a la mañana. Hacía escasas horas que habían acabado de embarcar todo lo necesario para que el cónsul, Lucio Manlio Vulso Longo, con la IV y la III se hicieran a la mar. Doscientas sesenta de las trescientas naves surcarían las aguas hasta a saber dónde, y Bíbulo y Verrucoso, al ser remeros en la nave capitana de Régulo, se quedarían en Áspis.

Algunos decían que Longo iba a desembarcar al norte de Cartago para sorprender al enemigo por la espalda, otros, entre los que estaba Tito, defendían que, dado que la guerra ya estaba ganada, iban a licenciar a las otras dos legiones para ahorrar en gastos. Eso era una excelente noticia según él, pues aquellos no participarían del botín que sin duda se conseguiría a partir de ese instante y tras la toma de Cartago.

Veinte mil africanos habían sido capturados y enviados a Roma para ser vendidos como esclavos, y, aparte de eso, todo el botín que iba acumulándose quedaba en manos de los cuestores de las legiones que iban haciendo inventario de lo que se saqueaba. Al final de la campaña serían también los cuestores los encargados de repartir las ganancias de la misma entre todos y cada uno de los hombres que habían participado en ella, en proporción a su rango.

Los dados sonaban al agitarlos en el vaso de metal de uno de los legionarios para estrellarse después en un adoquín, desvelando resultados que a unos alegraban y a otros enfurecían. La partida era animada. Entre tirada y tirada, los hijos de la loba charlaban. Si caía Cartago, como sin duda caería, podrían vivir como reyes el resto de sus vidas. Verrucoso volvería a comprar sus tierras; Tito, por el contrario, pensaba establecerse en Roma, buscar una

buena mujer y abrir un comercio de lo que fuese. Bíbulo, por su parte, viviría como un rey hasta que se le acabase el dinero; luego, si había otra guerra, se volvería a enrolar.

—¿Seguir cultivando un trozo de tierra? —exclamó Tito extrañado y frunciendo el ceño—. Ni loco, Verrucoso, ni loco. Además, no te hará falta.

—Hombre, a mí me gusta la tierra y me gusta cultivarla. Yo creo que aunque estuviese podrido de dinero seguiría haciéndolo.

—¡Qué tontería! —rugió el legionario.

—¡Cinco seises a la primera! —dijo Bíbulo lanzando una sonora carcajada y palmeándose las piernas—. Ale, ya estáis soltando el dinero.

La cara de Verrucoso hizo primero una mueca de incredulidad y, acto seguido, el campesino clamó a los cielos enfurecido. La bolsa que Bíbulo llevaba al cuello cada vez pesaba más, incluso había tenido que cambiar algunas monedas de plata por una de oro, de proporciones minúsculas, para que no le abultase tanto.

—Maldita sea —gruñó Tito.

El suburano contaba las monedas que acababa de ganar cuando el estruendoso sonido de las trompetas interrumpió el juego llamando a formar. Los dos legionarios no se habían levantado aún cuando un centurión que enfilaba la calle empezó a ladrar órdenes a diestra y siniestra.

—¡Venga, a formar, malditos perros! ¡No estamos en las saturnales! ¡Paso ligero, malditos vagos! ¿O es que tenéis la panza demasiado llena? ¡Deberíais tener los huevos ligeros de tanto follar! ¡Vamos! ¡Vamos!

Tito y su compañero dieron un brinco y se pusieron en marcha sin despedirse siquiera. Como perseguidos por las furias, corrieron hacia la casa que tenían asignada para enfundarse la panoplia en el menor tiempo posible, salir de la ciudad y formar ante sus murallas. Su prisa era comprensible: el último del manípulo en formar cuando se requería siempre era sometido a un duro castigo.

Bíbulo y Verrucoso se quedaron ante la hoguera, embobados, mirando alrededor; observando cómo cientos de legionarios se apresuraban en todas direcciones saliendo de los lugares más inesperados. Pero el jaleo fue muriendo y las voces de los apresurados soldados se fueron perdiendo a lo lejos. Una repentina calma se apoderó de las calles. La noche era placentera. Los dos amigos se miraron.

—¿Qué pasará?

—Ni idea. Cosas de legionarios. Qué más nos da.

—Bueno, ¿qué? ¿Seguimos tú y yo? —dijo Verrucoso impaciente, frotándose las manos.

—Por mí, bien. ¿Seguro que quieres perder de nuevo?

—Aún tengo dinero. Además, Tito me trae mala suerte.

—Tarde o temprano acabarás apostando tu parte del futuro botín, amigo mío. —El suburano rio mientras meneaba el vaso de metal.

—¡Bah!

No le dio tiempo a Bíbulo a soltar los dados. Un centurión, que se había aproximado a ellos sin que se diesen cuenta, estaba de pie ante la hoguera; con los brazos en jarras. Les observaba luciendo una maléfica sonrisa amarillenta. A la luz de la hoguera, aquel hombre parecía llegado del inframundo. Mostraba una cicatriz en la cara y tenía un ojo completamente blanco. Los dos amigos le miraron como si aquello no fuese con ellos.

—¿Y vosotros? —dijo el centurión con aire irónico. Los dos amigos se miraron de nuevo y tragaron saliva—. Hace buena noche para jugar a los dados, ¿verdad? No hace ni calor ni frío y la brisa es agradable. Quizá luego os apetezca ir un rato al lupanar, que ya no hay que hacer cola y han llegado de Roma unas galas con unas tetas que no caben en la mano ¿Tenéis suficiente vino? ¿Os hace falta alguna cosa?

—Somos remeros, señor. —Verrucoso había captado la ironía, pero no le dio tiempo a dar más explicaciones.

—¡Arriba, malditos hijos de puta! ¡Arriba y delante de mí, a paso ligero! ¡A formar como los demás! ¡Ahora sois legionarios! ¡Órdenes del cónsul!

Arishat estaba histérica. En cuanto los espartanos salieron por la puerta, agarró un jarrón de cerámica griega y lo estampó contra el suelo haciéndolo añicos. Las esclavas, sorprendidas, se apresuraron a recoger los mil pedazos.

—¡Pero, quién se ha creído que es! —rugió enfurecida.

Sus manos se tensaron, su ceño se frunció y su garganta emitió un ronquido de rabia e impotencia. Enrojeció de ira.

Las dos esclavas observaban incrédulas el repentino e inesperado arrebató de cólera de su ama, quien, con una tranquila y cálida sonrisa, acababa de despedir a sus huéspedes. Los espartanos habían estado allí cinco días, con sus noches, hasta que el joven Amílcar Barca, un noble cartaginés de buena familia, había ido a su encuentro para llevarles con el ejército que marchaba al sur, al encuentro de los romanos.

—¡Malditos griegos! ¡Homosexuales! ¡Pedófilos! —decía Arishat apuntando hacia la puerta, mientras se retiraba al patio interior renegando.

La cortesana se sentó a la mesa bruscamente, volvió a gruñir de rabia y la golpeó con la palma de la mano. Se hizo daño. De pronto recordó la misión que le había encomendado el sufete pues, obsesionada como estaba por conquistar al mercenario, su cometido real había caído en el olvido. Se sobresaltó. No había conseguido averiguar nada de valor sobre el impertinente extranjero. Lo mismo daba. Informaría al sufete de cualquier cosa. Inventaría cualquier historia que pudiese resultar convincente. Nada mejor ni más fácil de creer que aquel hombre tramaba algo contra la ciudad. El sufete la creería, entre otras cosas porque querría creerla. Se quedó pensativa. No. No podía hacer eso.

Cinco días atrás, a la mañana siguiente de que llegasen sus invitados, justo antes de que despuntase el sol, la cartaginesa había oído gruñidos de lucha en el patio de su casa. Al asomarse a la balconada interior que daba al pequeño jardín había visto al tal Jantipo y al tal Brásidas completamente desnudos, luchando mientras tres de sus acompañantes, sentados, observaban sus movimientos. Los fibrosos cuerpos se retorcían, pugnando por derribar al otro, haciendo que sus bellos músculos se definiesen a cada postura que adoptaban. Los hombres resoplaban por el esfuerzo.

Hipnotizada por la insólita escena, digna de un fresco, Arishat había bajado al patio, donde sus dos esclavas miraban desde una esquina, cuchicheando entre risillas. La bella púnica llamó la atención a las dos muchachas con una sonora palmada y pidió el desayuno. La palmada también hizo que los espartanos se detuvieran de súbito. Con sumo respeto, sudorosos y desnudos como estaban, saludaron a su anfitriona inclinando la cabeza para, acto seguido, pedir permiso para continuar con el ejercicio. Arishat, sencillamente, no pudo devolver el saludo. Se limitó a sonreír y a asentir con una mezcla de asombro y diversión.

Una vez sentada a la mesa, la cortesana no comió ni bebió mucho, absorta como estaba en el combate. Aunque, en realidad, el combate era lo de menos. Hubo un momento en que se percató de que una de las esclavas le acababa de preguntar varias veces seguidas si deseaba alguna otra cosa. La púnica simplemente negó con la cabeza y meneó la mano como espantando una mosca, incapaz de apartar la vista del glorioso espectáculo que se presentaba ante ella. Eran cuerpos perfectos, bellos como hacía tiempo que no veía, pues estaba más acostumbrada a servir a viejos ricos o a los jóvenes e inexpertos hijos de estos. Se sorprendió a sí misma fantaseando con el cuerpo brillante de sudor de Jantipo, imaginando los poderosos brazos aferrándola con ansia, amándola con delicadeza. Aquella misma mañana, ante tan insólito espectáculo, había llegado a notar cómo el deseo humedecía sus entrañas.

No obstante, nada de lo que había dicho o hecho Arishat en aquellos cinco días parecía inducir al tal Jantipo a tomarla. Nada... Ni las ropas más seductoras, ni las miradas más cautivadoras, ni los quedos mensajes que emitían sus labios. Nada... Tampoco la conversación, fuese banal o profunda. O la delicada música de su lira. El hombre era un témpano de hielo. Un bloque de granito. Siempre correcto y amable, siempre imperturbable y distante, siempre diciendo muchas cosas con pocas palabras, las justas. Siempre sencillo.

Ella debía hacer que la tomara, pues sabía que una vez que lo hiciera, como todos los hombres, estaría a su merced; lo dominaría a su antojo, le abriría su mente y podría informar al sufete de las posibles intenciones ocultas del molesto extranjero, si es que las tenía.

La corrección de Jantipo y sus hombres había llegado a exasperarla. Precisamente, le exasperaba porque le gustaba que la trataran como una auténtica dama. Hubiera dado lo que fuera por escucharle decir algo fuera de

tono, algo soez, algo estúpido o mezquino. Era una sensación extraña. Una contradicción absurda, estaba confundida. Se imaginaba haciéndole el amor de forma rabiosa para que el mercenario supiese lo que se perdía. Sentía un deseo incontrolable de estar cerca de él, de saber todo lo relativo a su vida; pero, por otro lado, ardía en deseos de arañarle la cara y abofetearle por no insinuar ni un pequeño avance siquiera, ni una pizca de interés. ¿Quién era él para rechazarla? Un hombre podía rechazar a otras mujeres, pero no a ella. A ella no.

Al tercer día de su estancia, había llegado un momento en que su misión de informar al sufete había caído en el olvido, no así su intención de hacer que el mercenario se le rindiese pleno de deseo. Pocas veces había ansiado tanto la cartaginesa yacer con un hombre, y nunca, jamás, ninguno que se preciara de serlo había resistido mucho tiempo a su lado sin desearla. Unas horas a lo sumo. Salvo los pocos estúpidos que se mantenían fieles a una sola mujer, o aquellos cuyos gustos poco tenían que ver con lo femenino. Tan solo esto podía explicar la desconcertante actitud del mercenario. Cuando sospechó esto último, decidió indagar.

Con su habitual maestría, Arishat había conseguido sonsacar a Brásidas que los espartanos sí solían disfrutar de compañías femeninas cuando sus obligaciones se lo permitían. Aquella confesión desbarató sus esquemas. La cortesana escondió su desconcierto tras una estudiada y coqueta carcajada.

Pero hubo algo, la última noche, que hizo que el vaso de su rabia se colmara. De todo lo concerniente al mercenario, lo que más había exasperado a la bella cartaginesa fue que, la noche anterior a su partida, ella, decidida a actuar, se había acercado al lugar donde él se tumbaba para dormir, en la pequeña celda de Elissa. La púnica, conocedora de su inminente partida a la mañana siguiente, había esperado hasta la mitad de la noche, cuando todos dormían. No sabía por qué, pero antes de entrar en el cubículo se encontraba algo nerviosa, como una de esas muchachas en su noche de bodas. El silencio lo envolvía todo. Se había vestido con una delicada túnica transparente, ligera como el aire mismo. Llevaba los firmes y morenos muslos al descubierto. Se había revuelto el pelo para resultar un tanto más salvaje. Había entrado a la estancia descalza, sin hacer ruido y con una pequeña lámpara de aceite. Se había arrodillado a su lado colocando la lámpara de tal modo que sus formas resultasen aún más sugerentes, oníricas. El mercenario, acostumbrado a percibir presencias cuando dormía, despertó y echó mano a la espada. Se detuvo paralizado. La observó detenidamente, absorto, sin poder evitar que su

mirada fuese a parar unos instantes a los pechos de la mujer.

—Jantipo... —había dicho Arishat poniendo esa cara de niña inocente y deseosa que sabía irresistible.

—Señora... —El mercenario se apartó un poco, como un ciervo acorralado.

—No me llames señora, llámame como deseas. Sílbame si quieres, pero no me llames señora.

Ella le había acariciado la cara con ternura. Sonriendo como una mujer enamorada. Él se dejó. Ella inclinó un poco la cabeza y, mirándole fijamente, se acercó a un palmo de sus labios. No debía faltar mucho para que el animal salvaje que sin duda había ahí dentro despertase y se abalanzase sobre ella. Aquel bloque de granito estaba a punto de derretirse como se derrite la manteca al fuego. O eso pensó.

—Me dijo el sufete que colmarías todos mis deseos —dijo al fin el espartano, dando a entender que era consciente de su oficio.

—Y así es —había dicho Arishat en un solícito susurro—. ¿Qué deseas?

—Dormir, señora. Deseo dormir.

Al recordar el vano encuentro, una súbita tristeza se apoderó de la bella cartaginesa e invadió el lugar que hasta entonces había ocupado la rabia. Aquel hombre bello y honesto había partido a una batalla. Muchos de los que se iban nunca volvían. De repente, y sin saber por qué, su corazón comenzó a latir desbocado. Temió por la vida del mercenario. Quiso que volviera.

Por lo que decía el joven Amílcar Barca, el ejército cartaginés había formado en lo alto de una colina cerca de la ciudad amurallada de Adis. Los destacamentos romanos que se encontraban por la zona habían huido sin oponer resistencia. Al menos, eso era alentador.

Los espartanos cabalgaban tras él. Ya se podía ver a lo lejos la posición que los tres generales púnicos habían decidido fortificar para mantener en jaque el avance romano sobre Cartago. Adis era una posición clave. Amílcar decía que, dado que aquella era la ciudad que se interponía entre los romanos y Cartago, había sido la posición elegida para resistir.

—¿Y dices que se han apostado en lo alto de esa colina? —pregunto Jantipo, sorprendido.

—Sí, en opinión de los generales es la mejor posición para establecer una defensa sólida.

—Ya, y una defensa... ¿de qué, exactamente?

—Pues, de los romanos.

—Sí, estamos de acuerdo, de los romanos. Pero, ¿por qué defenderse? Además, contando con elefantes y buena caballería, es absurdo esperar a que vengan. Más absurdo todavía en una colina donde las ventajas que confieren estos animales están totalmente anuladas. Habría que salir a darles caza, ofrecer batalla en campo abierto, preferiblemente en una llanura donde la caballería pueda flanquear sus posiciones, no esperar a que vengan ellos. Haciéndolo, obligas a tu enemigo a buscar soluciones y te aseguro que tarde o temprano acaba por encontrarlas.

—Aún soy joven para saber de estrategia, señor. La decisión de los generales, tal y como la han expuesto, parece razonable. Dudan de que los hombres estén preparados para una batalla campal, pero tampoco creen que quedarse en Cartago sea una opción. De ahí su decisión de mantenerse por ahora a la defensiva.

—Tres generales al mando de un ejército —dijo Jantipo para sí, negando con la cabeza—. Es absurdo. Y, además, esperando a un cuarto. Escucha una cosa, Amílcar: Un ejército lo tiene que mandar un solo hombre. Es mejor un mal general que tres buenos. Los hombres deben tener confianza en quien los lidera, deben saber que las decisiones que se toman no admiten discusión. Deben sentir que desde el más alto general hasta el más joven recluta forman

parte de algo sólido. En un ejército con más de un general suelen aflorar discusiones y cambios de criterio continuamente; esto confunde a los hombres, creándoles inseguridad. Y recuerda también esto: Roma no es un enemigo como los demás. Roma es implacable, lenta y tozuda. Si alguna vez se les llega a expulsar de África, alguien tendrá que llevar la guerra a su terreno, a Italia, o esto no acabará nunca. Puedo asegurártelo.

Pasaron las horas a caballo camino de Adis. A lo lejos, cerca de la ciudad, en lo alto de la colina, los cartagineses levantaban una empalizada. Amílcar cabalgaba diez pasos por delante. Brásidas aprovechó para acercarse a Jantipo y ponerse a su altura.

—Parece avisgado el joven cartaginés, creo que llegará lejos.

—Si no lo matan antes —repuso Jantipo.

Tras una larga pausa, Brásidas volvió a hablar.

—Interesante mujer nuestra anfitriona.

—Sin duda, mi buen amigo.

—No me digas que no te atrae.

—Mucho, Brásidas. Mucho.

—Jamás había visto una mujer que incitase tanto el deseo. Desde que llegamos te mira con ojos muy sugerentes. Tiene pinta de conocer bien los secretos de Afrodita.

—Eso parece. Pero no puede ser. Sabes que si llegase a yacer con ella mis prioridades cambiarían por completo, todos mis actos se centrarían en ella, en su seguridad y su bienestar. No tendría la mente fría para la labor que nos ha traído aquí. Pasó en Tesalia hace mucho tiempo y me volvería a pasar. Aún me acuerdo de Arsíone y sueño con ella por las noches. Sueño que vuelve a mí, que no ha muerto a manos de los soldados macedonios. ¿Recuerdas?

—¡Cómo voy a olvidarme! —rugió Brásidas—. Pero era la favorita del rey de Macedonia, aunque la repudiase en un principio. Así son los celos: «Mía o de nadie», ya sabes. Arishat es diferente, parece una mujer sin ataduras.

—No creo que esté libre de ataduras. Es una cortesana, eso le ata a unas expectativas por parte de sus clientes. Sencillamente no puede ser, Brásidas. Otra cosa es ir de vez en cuando a buscar alguna *hetaira* para una noche. Pero esa mujer es algo más que un cuerpo hermoso. Lo veo en sus ojos cuando

mira cualquier cosa, cuando observa, cuando se le habla, cuando camina. Es una mujer inteligente, Brásidas. Sé que me embaucaría y no puede ser. No puede ser —repitió Jantipo, esta vez para sí, con resignación—. Además, querido amigo, si estamos allí alojados es por algo. Si me mira con esos ojos, no es por casualidad. No creo que los sufetes de Cartago la eligieran al azar.

A medida que las uñas de los caballos iban ascendiendo la colina fortificada, y los ocho hombres se iban adentrando en el campamento, Jantipo echaba un vistazo a la empalizada a medio construir. Era débil y parecía no tener una estructura concreta; se estaba levantando despacio, sin orden aparente, como con desgana. Los cartagineses que formaban el ejército que se enfrentaría a las legiones romanas eran en su mayoría jóvenes. Eso no era malo en sí, pero ni siquiera llevaban las lanzas con soltura de un lado a otro, como si les molestase cargar con ellas. Era fácil ver que no habían empuñado un arma en su vida. El campamento destilaba desorden.

Los recién llegados desmontaron cerca de las lujosas tiendas de campaña de los generales, donde parecía que se debatía airadamente. Jantipo, con un silbido, llamó la atención del joven cartaginés que les había guiado hasta allí y que se disponía a avisar de su llegada.

—Joven Barca, acércate. Antes de entrar, prefiero dar una vuelta por el campamento. Si hablo ahí dentro tendré que hacerlo con conocimiento de causa. No me gusta opinar a la ligera. Echemos un vistazo. ¿Dónde están los elefantes?

—Seguidme.

A Jantipo no le gustaba nada lo que estaba viendo. El campamento era un auténtico caos. A la inexperiencia de los propios cartagineses se añadía un grupo de ruidosos mercenarios íberos completamente borrachos. De repente, una trifulca estalló entre dos de ellos, y lejos de ser amonestados por algún oficial, se formó un corrillo para disfrutar de la pelea y vitorear al uno o al otro. Empezaron a gritarse apuestas. Aquellos íberos seguramente tendrían experiencia, pero confiar en ellos para otra cosa que no fuese una impetuosa carga en los primeros compases de la batalla era pedir demasiado. Al menos el recinto de los elefantes parecía otra cosa. Los paquidermos estaban metidos en una especie de cercado que se mantenía pulcro y limpio.

Jantipo observó al animal que tenía más cerca. Era un ejemplar de un porte soberbio, estaba limpio y parecía bien alimentado. El mercenario se

metió en el recinto seguido de sus acompañantes, pidiéndole a Amílcar que aguardase fuera. Dos de los cuidadores se acercaron. Observaban a los espartanos con interés, divertidos hasta cierto punto, pues tan solo ellos se atrevían a entrar en aquel recinto que pisoteaban las terroríficas bestias de amenazantes colmillos.

—¿Qué opinas, Brásidas?

—Son más pequeños que los elefantes indios, pero quizá sean más ágiles. Tienen muy buena pinta.

—No sé —repuso Jantipo dubitativo—. Me parecen demasiado jóvenes. Hagamos una pequeña prueba. Formad conmigo.

Jantipo se caló el yelmo y embrazó el gran escudo con la Lambda, lo mismo que los otros seis espartanos. Juntos formaron una pequeña fila de siete delante de una de las bestias. El paquidermo observaba tranquilo, como si ese despliegue no tuviese relación alguna con su plácida existencia. La espada de Jantipo siseo lentamente al ser extraída de la vaina. Sus hombres imitaron el gesto y, siguiendo su ejemplo, las espadas de los mercenarios comenzaron a golpear los escudos mientras ellos gritaban como demonios, emitiendo un sonido aterrador. Los cuidadores se llevaron las manos a la cabeza y, dirigiéndose a Amílcar Barca, empezaron a preguntar a gritos qué era lo que estaban haciendo aquellos siete locos.

La tierra tembló. El elefante que tenían delante se encabritó, y salió corriendo en dirección opuesta a los espartanos. Los demás elefantes, algo más alejados, también corrieron para apiñarse entre ellos, buscando así la seguridad de la manada.

Jantipo calló, observó a los animales y salió tranquilamente del recinto retirándose el yelmo mientras era increpado por uno de los cuidadores; el otro corría a calmar a las espantadas bestias. El espartano hacía caso omiso a las extrañas palabras del cuidador y a sus aspavientos.

—Echarán a correr en cuanto comience la batalla, Amílcar. Si no lo hacen antes. No están preparados. —El joven cartaginés estaba estupefacto—. ¿Dónde está la caballería?

—Bueno... —respondió Amílcar vacilante.

—¿Bueno, qué, muchacho?

—Es que son húmedas. Van un poco por libre. Acampan algo más allá. Mantienen ocupados a los romanos, les hostigan, pero es que no les gustan los recintos cerrados.

—En ese caso, lo mejor que podemos hacer es retirarnos. Nos barrerán a

la primera embestida, tenlo por seguro. Ya podemos ir a la tienda de los generales.

La I y la II Legión hicieron un alto a tan solo media jornada de Adis. Siguiendo las órdenes del cónsul, y la rutina de la legión, comenzaron a levantar el campamento donde pasarían la noche. La luz del sol languidecía. Un atardecer anaranjado embellecía el horizonte africano.

Régulo se mostraba inquieto. No podía estar en su tienda de campaña. En cuanto estuvo disponible, entró, miró alrededor, se sintió atrapado entre las lonas y volvió a salir para recorrer el campamento seguido de sus *lictos*.

Dos legiones. Tan solo dos legiones para doblegar a Cartago y, según los informes de Manlio, a un ejército que tenían prácticamente enfrente, superándoles en unos cinco mil hombres. Cinco mil nada menos, el equivalente a una legión. Lo necesario para desbordar el centro de una formación o para rebasar sus flancos.

Tan solo una pequeña guarnición romana había quedado en Áspis para defender la plaza, suficientes para mantener a la población bajo control, pero serían incapaces de resistir un asalto.

Régulo había decidido asumir el riesgo de salir al encuentro del enemigo. Además, había ordenado armar a un buen número de remeros para completar aquellos manípulos que habían sufrido bajas en el asalto a la ciudad. Tardaría en recibir los refuerzos que había solicitado al Senado de Roma.

En total, tenía quince mil hombres que se tendrían que enfrentar a cerca de veinte mil. El ejército púnico contaba con los cinco mil mercenarios veteranos de Sicilia y con un centenar de elefantes. No solo eso; además, los cartagineses habían logrado reunir cerca de dos mil jinetes. Él disponía de quinientos. Estaba en clara inferioridad. No pudo evitar acordarse de Longo y de todos sus antepasados. En una situación así, presentar batalla a la manera tradicional resultaba tentar demasiado a la suerte. Confiaba en sus hombres, ya que la mayoría de ellos habían servido en Sicilia, llevando algunos enrolados incluso desde el principio de la guerra, hacía ya diez años. Pero ni la infantería más aguerrida mantiene su posición si sus flancos son rebasados por caballería experta, como decían que eran los númidas. Además, muchos de los hombres que habían sido reclutados de entre los remeros para completar su ejército aún no sabían ni blandir la espada.

Régulo sabía que no podía plantar cara en campo abierto. La audacia era

una cosa, la temeridad otra. Si al menos hubiera tenido más caballería, hubiese sido cuestión de ofrecer batalla en la llanura de Adis y de lanzar un ataque impetuoso contra el centro mientras las alas resistían a los jinetes enemigos como podían. Una vez roto el centro de cualquier formación, la victoria era segura.

Pero no. Sencillamente no podía arriesgarse a una batalla a campo abierto. Si los cartagineses al final descendían de su colina para hostigarle, avanzando contra él, no tendría más remedio que retirarse a Áspis y esperar refuerzos del otro lado del mar. Eso, aunque fuese lo que dictaba el sentido común y el arte de la guerra, no le gustaba. Maldito Longo y maldita la mujer que le trajo al mundo. El cónsul valoró muy seriamente la posibilidad de volver a Áspis para encerrarse allí hasta que le llegasen tropas suficientes.

Después de recorrer el campamento, Régulo al fin entró en su tienda. Se sentó a la mesa. Rodeado de sus *lictos*, no apartaba la vista del mapa de África. Una voz le sacó de su ensimismamiento. Fuera, el campamento bullía con actividad.

—Correo de Roma, señor.

—Que pase.

Un legionario cubierto de polvo accedió a la tienda del cónsul, se cuadró y entregó a Régulo un papiro enrollado.

—Gracias, legionario. Ve a descansar.

Régulo se acomodó y desenrolló la misiva. Leyó. Primero con interés, luego con decepción, después con rabia. Arrojó el papiro al suelo y golpeó la mesa con el puño cerrado sobresaltando a sus oficiales.

—¡Es increíble!

—¿Qué ocurre, señor?

—Estamos solos, eso es lo que ocurre. El Senado se niega a enviar refuerzos. Dicen que, dado que la guerra en África está ganada, no es necesario hacer nuevas levadas, que es un gasto innecesario. Y lo sella Longo. ¡Que los dioses me permitan vivir lo suficiente para ver morir a ese hombre! —Régulo se incorporó—. Si tuviésemos una legión más, mandaría formar frente a Adis en orden de batalla. —El cónsul enseguida se corrigió—. No, media legión, con media me conformaría —bramaba Régulo, que empezó a dar grandes zancadas alrededor de la tienda mientras se explicaba—: Porque si no les atacamos tomarán confianza, entonces bajarán de su colina y nosotros tendremos que retirarnos. Si nos retiramos, nos hostigarán; y una vez en Áspis, quedaremos sitiados. La situación es delicada, caballeros.

Ante la mirada preocupada de sus *lictos*, el cónsul abrió la cortina que daba al exterior, observando durante unos instantes cómo sus hombres seguían levantando el campamento de acuerdo a sus órdenes. Ya existía entre ellos el inquebrantable vínculo de la guerra. Sabía que le seguirían al infierno si él así lo ordenaba.

—Vamos, caballeros —dijo volviéndose a sus oficiales—. Necesito ideas. Por absurdas que sean.

Los oficiales se mantuvieron en silencio. Por fin, Quinto habló.

—Volver a Áspis, embarcar, navegar hacia el norte y desembarcar cerca de Cartago, señor.

—Gracias, Quinto. Esa quizá sí sea un poco absurda. —El cónsul se mostró afable—. Llevaría demasiado tiempo —explicó—. No tenemos naves suficientes, y para cuando llegásemos a nuestro destino, los cartagineses habrían tenido tiempo de organizarse y plantear una defensa sólida.

—Quizá un ataque nocturno, señor. Sería para ellos una sorpresa. Anularíamos su superioridad con la caballería y los elefantes. Ahí arriba no les sirven de nada —dijo Lucio con firmeza.

Régulo se quedó mirando a Lucio fijamente. Con interés.

—Temerario, Lucio. Temerario hasta decir basta. Las marchas nocturnas son peligrosas, podríamos acabar demasiado dispersos, es muy complicado mantener la cohesión de la tropa en la oscuridad, los hombres llevan marchando todo el día y para colmo tendríamos que asaltar una colina fortificada. Sería como apostar todo a una simple tirada de dados. —Pensativo, volvió a mirar el mapa de África—. Pero me gusta. La suerte solo sonrío a los audaces, ¿no es así, caballeros? —dijo al fin, con el ánimo repuesto—. Manlio, ¿puedes dibujar la colina en la que se han establecido los cartagineses?

—Por supuesto, señor.

Manlio dibujó sobre una parte del mapa el aspecto aproximado del lugar. Cuando acabó, explicó con detalle cada uno de los trazos.

—Esta de aquí es la cara norte, es bastante escarpada pero hay algunos accesos. Por las caras sur y oeste la pendiente se suaviza. Aquí es donde guardan los elefantes. Los nómadas acampan a unos treinta estadios hacia el este.

—¿Cuánto tiempo tardaríamos en llegar a esa posición, Manlio?

—Unas cuatro o cinco horas, señor.

—Muy bien —dijo el cónsul después de una larga pausa—. Parece que

no nos queda otra opción. Marcharemos despacio para evitar la confusión. Avanzaremos de noche y les sorprenderemos de madrugada. La I Legión se colocará al oeste, los fuegos de las hogueras cartaginesas nos guiarán. Al sur ubicaremos a la II. En cuanto despunte el alba atacaremos. No habrá órdenes, el único objetivo es tomar la colina. Una vez hecho eso, el enemigo debería dispersarse. Con suerte, si consiguiésemos rodear la posición incluso podríamos atraparles en su colina y aniquilarles. Si fracasamos, sabed que ha sido un honor combatir a vuestro lado. Quinto, mi armadura.

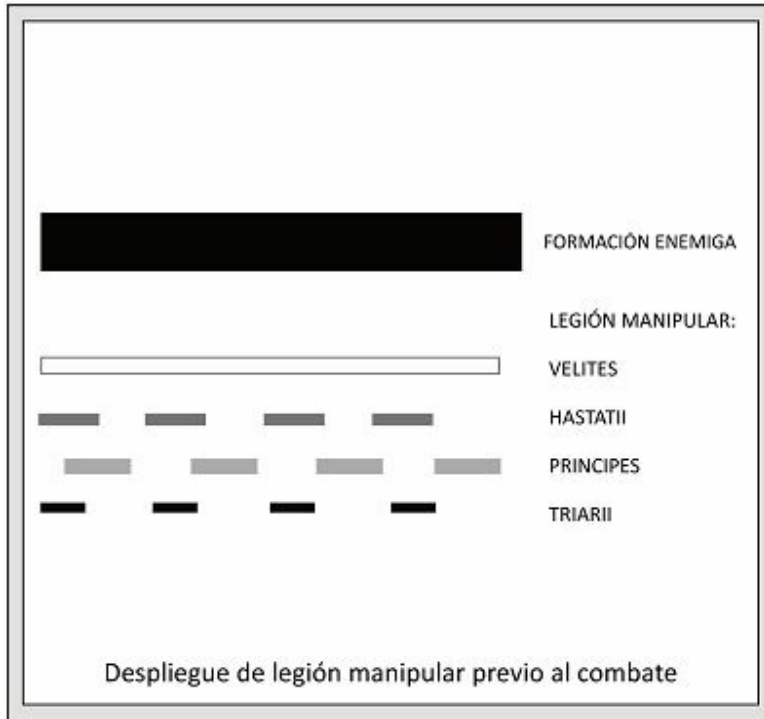
Los *lictos* y tribunos se miraron confundidos

—¿A qué estas esperando, Quinto? —dijo el cónsul impaciente, mientras Quinto salía de su aturdimiento y le tendía la coraza musculada y el casco.

—No pretenderá hacerlo esta misma noche, señor —dijo Lucio extrañado—. Los hombres necesitan descansar y bien podríamos esperar a mañana.

—Lucio, será esta noche. Yo también estoy cansado, pero un buen plan hoy es mil veces mejor que uno excelente mañana. Si los cartagineses están informados de nuestros movimientos, como sin duda lo están, ahora mismo alguien les estará diciendo que hemos acampado aquí, que estamos demasiado lejos y que llevamos marchando todo el día sin descanso. Que duerman tranquilos. Nosotros tenemos una colina que tomar.

Con las mismas, Marco Atilio Régulo, cónsul de Roma por segunda vez, dejando con la palabra en la boca a sus subordinados, salía de la tienda vestido para la batalla y empezaba a dar órdenes sin esperar a que sus *lictos* y tribunos lo hicieran por él. Los últimos rayos del sol bendecían las fértiles tierras de África.



Si ya en general era difícil saber dónde se encontraban de día, de noche era prácticamente imposible. Bueno, al menos sabían que estaban en algún lugar de África, aunque eso no suponía ningún consuelo.

Los pies les ardían, los roces que producían las sandalias, que no se había quitado en horas, y las incipientes ampollas, dificultaban la marcha. Caminaban despacio. Estaban agotados. Verrucoso conseguía mantener su posición en la línea con mucha dificultad. Una rama afilada en el camino le había causado una herida en el pie, haciendo que sangrase copiosamente. Pero el miedo a los berridos del centurión era inmensamente mayor al dolor que sufría.

En uno de los altos que hizo la legión para reorganizarse, Bíbulo sacó una venda que se le entregó como parte de su equipo de legionario, limpió la herida con agua de su cantimplora y la tapó con mimo. El suburano no hubiera podido decir si sus pies le dolían más al marchar o al pararse. Hubiera jurado que, a ratos, aun caminando, los ojos se le cerraban y soñaba.

Avanzaban a ciegas, sin saber adónde iban, sin saber lo que tenían alrededor o cuándo vendría un obstáculo en el camino: un pequeño montículo, una piedra o un tronco atravesado. Había que ir muy despacio, mirando al culo del legionario que marchaba delante. Las antorchas que llevaban los centuriones iluminaban lo justo, apenas servían de guía. Caminando así podían acabar en cualquier parte. Por eso era importante detenerse cada poco tiempo. No para descansar, aunque los legionarios aprovecharían para hacerlo, sino para que los centuriones pudiesen reorganizar a sus descarriadas ovejas y proseguir la marcha.

El crujir de las piedras al pisar el camino, mezclado con el continuo tintineo de los metales, se escuchaba por doquier. No se oía nada más. Era un sonido extraño el que provocaban los treinta mil pies que batían la tierra en dirección a quién sabía dónde. A Bíbulo se le antojo que así era como sonaba la tenacidad de Roma. Antorchas aquí y allá moviéndose como luciérnagas, voces silenciadas, pisadas castigando la tierra invadida y un sordo rumor metálico.

Caminaban agotados. Habían salido al alba de su posición anterior. Después de estar marchando todo el día, y con el campamento a medio levantar, cuando ya soñaban con el descanso, el cónsul había aparecido dando

órdenes e instando de nuevo a marchar. Cuando amaneciese, Bíbulo habría estado andando durante veinticuatro horas seguidas. Como todos los demás. Con los miembros doloridos y los ojos secos por la falta de sueño, el suburano estaba sumido en un aura de irrealidad. Como si el cuerpo que ocupaba no fuera el suyo.

El cónsul, consciente de que lo que pedía a sus hombres era una durísima acción, había prohibido que ningún oficial montase a caballo. Él también iba a pie. Compartía la fatiga con sus hombres. Aunque no solo era la marcha y la falta de sueño lo que consumía las fuerzas de Bíbulo, sino cargar con el peso de toda la indumentaria del legionario.

A los remeros les habían sido entregados los equipos de hombres que habían muerto en el ataque a las murallas de Áspis. Era fácil identificarles, pues vestían desgarrados su nuevo atuendo. Muchas túnicas, incluida la de Bíbulo, aún lucían el desgarró que había provocado alguna espada cartaginesa. La mayoría estaban empapadas en la sangre seca de los infelices que habían visto sus últimos días en ellas. Las ropas apestaban a sudor rancio y a muerte. Prefería la bodega de un quinquerreme y que le measen encima a llevar las ropas de un tipo que había tenido mala suerte.

El casco, dos jabalinas, un escudo grande y ovalado que pesaba más a cada paso que daban y que estaba cubierto por un protector de cuero desgajado, una espada y una daga. Y eso que había tenido suerte. Al menos no le habían dado una cota de malla, o el incómodo y pesado protector redondo de hierro que llevaban algunos para protegerse el corazón de estocadas mortales. El suburano se sentía como una auténtica mula de carga. Se preguntaba cuánto peso llevaba encima.

Verrucoso, con la herida del pie, lo tenía que estar pasando aún peor. El campesino cojeaba, lamentando su suerte a cada paso.

Habían sido incluidos en el manípulo de Tito. De alguna manera, el legionario había convencido al centurión para que se uniesen a ellos. El manípulo, ahora al completo tras la inclusión de los marinos, contaba con ciento veinte hombres. Era uno de *hastati*, los más jóvenes e inexpertos, los que menos equipo llevaban y los que ocupaban las primeras líneas en la batalla. También estaban los *velites*. Estos sí que iban ligeros; eran más jóvenes aún, no llevaban armadura, portaban pequeños escudos redondos y tres o cuatro jabalinas. La edad resultaba importante para dividir a los hombres en las diferentes secciones de la legión. Los *principes* eran algo mayores que los *hastati* y más veteranos, aunque su equipo era parecido al de

Bíbulo. Luego estaban los *triari*, auténticos veteranos, hombres curtidos que superaban la treintena y que llevaban escudos aún más grandes y larguísimas lanzas. Daba auténtico pavor mirar a estos últimos. La labor de los *triari* era, en teoría, formar una línea infranqueable de lanzas y escudos tras la cual, en caso de dificultades, el resto de la legión pudiese refugiarse. Aunque su mera presencia detrás de las líneas incitaba de alguna manera al valor, pues también servían como muro de contención a la retirada de legionarios aterrorizados. Dependiendo de quién los mandara, los *triari* no dudaban en hacer pagar cara la cobardía.

El centurión dio el alto repentinamente, alzando la mano. Pero no ordenó el descanso. Bíbulo se empotró contra el legionario que tenía delante, deteniéndose. Verrucoso se apoyó en el suburano para no caer, intentando mirarse la herida del pie. La venda estaba empapada en sangre y cubierta con el polvo del camino. Era el momento más oscuro de la noche. Debía faltar poco para el amanecer. Bíbulo se puso de puntillas. Pudo ver entre las astas y los cascos, a lo lejos, sobre una colina, el resplandor de miles de hogueras. Permanecieron inmóviles mientras el centurión caminaba de aquí para allá, como un perro buscando donde mear, atento a cualquier orden de un superior.

Comenzó a clarear.

Cuatro manípulos por delante de él, percibió movimiento y el lejano y característico sonido metálico del paso ligero de los legionarios. El primer manípulo de *hastati* de la II Legión corría hacia la derecha con brío, como si se acabasen de despertar de un sueño reparador. Luego le tocó al segundo, que corrió hasta colocarse a varios pasos a la izquierda de aquel, dejando el espacio justo para que cupiese otro más. Luego pudo oír el ladrido del centurión del tercero que hizo la misma operación y se colocó a la misma distancia del segundo, también a la izquierda. El centurión del cuarto, el suyo, gritó un audible «¡Cuarto manípulo, paso ligero, a posición!». Bíbulo sintió como si unas piernas que no fuesen suyas le llevasen a ocupar, a la carrera, cien pasos más allá, el puesto que les correspondía. Verrucoso utilizó sus últimas fuerzas para correr y no tropezar.

Cien pasos. Aquello resultó ser una eternidad. Las plantas de los pies y las articulaciones se resentían ante el peso del cuerpo y el equipo. Una vez en posición, se oyeron los primeros gritos de alarma en el campamento cartaginés. Había al menos trescientos pasos colina arriba hasta llegar allí. No podían pedirles hacer eso, no podían caminar más. Menos aún correr. Y muchísimo menos luchar. ¿Qué pretendía el cónsul?

—No puedo más —dijo Verrucoso casi llorando, apoyándose en el escudo mientras con la otra mano levantaba el ensangrentado pie del suelo.

—Aguanta, compañero. Seguro que no nos toca avanzar.

—¡Silencio en el manípulo! —rugió el centurión que ocupaba su posición a la izquierda—. ¡Atentos a la orden!

Bíbulo y Verrucoso se encontraban en la tercera fila, dos cabezas más allá solo se extendía el campo abierto, y allí arriba, en lo alto de la colina, sonaba el confuso ruido de voces, pisadas y metales que llegaban desde el campamento enemigo.

Miles de sombras iban ocupando sus puestos para recibir la acometida de los romanos. En muy poco tiempo, los diferentes manípulos se habían colocado en orden de batalla. Los tribunos cabalgaban ya alrededor de ellos, confirmando que la posición era la correcta.

El sol no había aparecido aún, pero el amanecer, emergiendo tras ellos y poniendo en fuga a la oscuridad de la noche, decoraba el horizonte con una bella escala de colores anaranjados que se iban tornando azules.

Se apreciaba la agitación de los cartagineses en lo alto de la colina, los lejanos gritos de sus oficiales instando a que los hombres fuesen formando un bosque de picas amenazantes, una barrera de puntas de hierro en apariencia infranqueable. De súbito, desde la derecha, veinte pasos por delante de los manípulos, el mismísimo cónsul irrumpió al galope seguido de sus *lictors*, con el puño en alto y gritando a pleno pulmón «*Roma Victrix*». Sin apenas haber acabado de gritarlo, volvía a repetirlo: «*Roma Victrix*».

El clamor se escuchó por toda la legión. Un clamor que, como una ola, comenzó a oírse a lo lejos, por donde Régulo había hecho su aparición, rompiendo con fuerza en los oídos de Bíbulo, envolviéndolo todo.

No hubo ningún gran discurso. El suburano coreó la consigna y vio pasar a Régulo galopando ante ellos. Quince mil gargantas resacas, la suya una más, gritaban con el cónsul. Quince mil espadas salieron de su vaina para golpear rítmicamente los escudos con fuerza. Era embriagador. Era grandioso. Por un momento le pareció haber perdido el miedo a todo; era como si el cansancio y el dolor se hubiesen esfumado.

Los *velites* salieron disparados de entre los manípulos como un enjambre de abejas emergiendo rabiosas de su panal. Corrieron colina arriba dispersos, en aparente desorden. Acto seguido, el centurión desenvainó la espada, la puso en alto, observó la formación que estaba a su mando y alzó la voz.

—¡Cuarto manípulo! ¡Atención!

Y el cuarto manípulo embrazó los escudos.

—¡Al paso!

Comenzaron a subir la colina lentamente. Paso a paso. Verrucoso cojeaba, pero mantenía su posición. Los *velites*, a quince pasos del enemigo, habían comenzado a hacer llover sobre los cartagineses una intensa lluvia de hierro que en algunos casos encontraba la carne de algún desgraciado y en otros impactaba contra un escudo, incrustándose de tal manera que su portador se deshacía de él incapaz de manejarlo.

Algunos *velites* caían abatidos por las armas arrojadas de los cartagineses, pero no eran muchos, el enemigo no había tenido tiempo suficiente de organizarse.

Comenzaron a advertirse algunos huecos en la amenazante falange púnica. La formación enemiga se estremecía. Los gritos de los oficiales cartagineses se oían con claridad, pero, más que mermar, parecían aumentar la confusión en la colina. El cuarto manípulo ya se encontraba a treinta pasos de las lanzas enemigas y a quince de los *velites* cuando estos últimos, tras haber agotado su letal munición, comenzaron a retirarse a la carrera entre los huecos de la legión.

—¡Os los dejamos blanditos! —gritó hacia el cuarto manípulo uno de los jóvenes *velites* orgulloso de su reciente labor.

—¡Cuarto manípulo! ¡*Pila!* —gritó el centurión.

Cada hombre del cuarto manípulo cogió una de sus jabalinas en la mano derecha. Siguieron avanzando. Cuando se encontraban a quince pasos de las picas, comenzaron a caer algunos dardos cartagineses abatiendo al menos a tres compañeros de la primera línea, que cayeron al suelo retorciéndose de dolor.

—¡Lanzad!

Bíbulo, Verrucoso, el cuarto manípulo, y todos los *hastati* de la II lanzaron sus jabalinas casi a la vez.

La intensa lluvia de madera y metal describió una parábola que, momentos después, repiqueteó a lo largo de toda la línea al impactar sobre los escudos enemigos. El daño causado en la compacta falange cartaginesa fue aún mayor del que habían infligido los *velites*.

—¡Cuarto manípulo! ¡*Pila!*

Y una segunda lluvia de madera y metal cayó sobre el enemigo como un castigo.

—¡Cuarto manípulo! ¡Desenvainad!

El centurión cada vez tenía que gritar más para hacerse oír, pues los gritos de los heridos propios y enemigos empezaban a llenar el aire.

Miles de espadas sisearon al ser desenvainadas. El oficial mantuvo el brazo en alto con la espada apuntando al cielo, observando a sus hombres con tranquilidad mientras daba la espalda al enemigo; parecía que despreciase su propia vida.

Bíbulo nunca había estado en una batalla, pero sabía por instinto que la siguiente orden era cargar. No hacía falta ser legionario para eso. No quedaba otra. Además, ahora quería hacerlo. Y quería porque ahí quieto, viendo cómo algunos de los compañeros de la primera y la segunda línea caían atravesados por las jabalinas enemigas, fieles a la disciplina de la legión; viendo cómo sufría Verrucoso, sintió que, si descargaba toda su furia contra los púnicos, al final hallaría reposo; fuese de una manera u otra. Bíbulo, el don nadie, el remero, el agotado legionario, recibió agradecido, ansioso y repleto de ira, la orden del centurión que ladraba de forma repetitiva: «¡A la carga!».

Y cargó con toda su alma, expulsando un aterrador alarido de furia. Buscó un hueco entre los que corrían delante de él para embestir a los púnicos, deseoso de matar o morir. Lo mismo daba. El espíritu de la Subura guiaría su mortífera espada. El foro de Roma parecía palpitar en su interior.

«¡Roma Victrix!».

Antes de acostarse, recordó un verso de Safo, la poetisa de Lesbos:

«Ya se ocultaron la luna
y las Pléyades.
Promedia la noche.
Pasa la hora.
Y yo duermo sola».

Arishat se levantó del lecho cuando apenas amanecía. Su mente estaba sumida en la contradicción y la duda. De vez en cuando, su corazón palpitaba desbocado. Al igual que la noche anterior, no había podido conciliar el sueño. Había dado vueltas y más vueltas, incapaz de apartar al espartano de su mente. No podía pensar en otra cosa. Por alguna extraña razón, odiaba al mercenario. También se odiaba a sí misma por odiarle. Deseaba arañarle la cara, abofetearle para mostrarle su indignación. Y su indignación, ¿por qué? ¿Por haberla tratado con corrección? ¿Porque era un ser perfecto?

Luego se arrepentía de haber pensado de esa manera, para más tarde volver a abofetearle en su mente.

Se tumbó de nuevo en la cama. Querría haber dormido, pero no tenía sueño. Cerró los ojos y, cuando fue a acomodarse, notó cómo su túnica acariciaba la parte interior de su muslo. Sintió un placentero escalofrío. Cerró los ojos. Deslizó delicadamente la mano hasta aquel punto. Jantipo, de nuevo, apareció en su mente. Desnudo.

Sintió el agradable cosquilleo que le proporcionaban sus propios dedos deslizándose por la piel, buscó el punto donde nace el placer. Al principio solo se acariciaba, pero pronto deseo más, presionó la brecha que conducía a sus entrañas, dibujando círculos en su ser. Comenzó a suspirar, a jadear... Tan solo unos instantes después, la bella cartaginesa emitía un fugaz gemido de gozo. Su moreno cuerpo se retorció, aprisionando sus manos con las piernas.

El placer fue fugaz. Arishat volvió a revolverse en la cama, inquieta. Las imágenes se sucedían en su mente despierta. Tan pronto se sentía colmada, embriagada de felicidad, soñando con un Jantipo que volvía a ella victorioso

y deseoso, que la abrazaba y besaba; como la imagen cambiaba a la de un Jantipo rodeado de romanos, luchando hasta la muerte en la batalla, empapado en sangre propia y ajena para acabar ensartado en una lanza enemiga.

Seis días hacía que se habían ido los espartanos. Una eternidad. Nada se sabía del ejército que había partido hacia el sur.

Se incorporó abrumada por un extraño peso. Arrastró los pies hasta la amplia ventana, corrió las cortinas para que la luz del sol y el aire fresco de la mañana bendijesen su alcoba. No se sintió mejor. Aquella mañana, hasta su habitación, invadida por la luz de un sol naciente, le resultó tan lúgubre como un calabozo. Se sentó al lado de la ventana, de la misma manera que se hubiese sentado una anciana: cogiendo la silla a tuestas, lentamente. Tomó su espejo de bronce bruñido y se miró en él: ¿quién era la mujer que la observaba desde el otro lado con intensa tristeza? ¿Qué había sido del bello rostro con la mirada viva y decidida que la saludaba todas las mañanas? Solo quería saber que él estaba bien. Con eso se conformaba.

No se comprendía a sí misma. No sabía a qué venía aquella preocupación por un hombre con el que solo había compartido mesa durante cinco días, con quien únicamente había cruzado unas secas palabras y que la había rechazado continuamente. Pero es que, durante aquellos días, Arishat se había sentido una dama. La más alta de las damas. Se había sentido protegida y respetada. Completa.

Estaba cansada. Había pensado tanto... Por fin había conocido a un hombre merecedor de tal apelativo. Aquel extraño no la juzgaba, a pesar de saber, como había dado a entender la última noche, la forma en que se ganaba la vida.

La última noche.

No, no podía haber sido la última. Los dioses le debían otra oportunidad. Cerró los ojos, apretando los labios. Una lágrima salada surcó sus mejillas hasta la comisura de los mismos. Por primera vez en su vida, se sorprendió a sí misma rezando a sus dioses por el bienestar de un extraño que, de alguna manera, creía conocer profundamente. Rogaba al vacío por un feliz regreso.

La espera, la lenta y amarga espera. La angustia, la tortura silenciosa a la que eran sometidas miles de madres y esposas que penaban por sus seres queridos, buscaba un hueco para anidar en el alma de la bella cartaginesa. Un nido de cuervos que le picoteaban el corazón y el ánimo. Ahora sabía perfectamente cómo se sentían aquellas mujeres a las que nunca se había

querido parecer.

Cartago podía hundirse en el mar si, con ello, él regresaba.

—¿Qué me pasa? ¿A qué viene este penar? —suspiró para sí. Recordó otro verso griego, recitándolo en un suspiro.

«Un cierto anhelo de morir me domina
y de ver las riberas del Aqueronte
florecidas de loto...».

Aquellas palabras que hasta el día anterior solo habían servido para acompañar el plácido caminar de sus dedos sobre la lira, que durante tanto tiempo carecieron de sentido, cobraban vida. Aquella lengua que había aprendido a satisfacer a sus clientes, sonaba fresca como el agua de un riachuelo. Bella, sutil, profunda, melancólica. ¿Cómo sonarían esos versos en labios del espartano?

Descendió las escaleras lentamente, desgarrada, cansada, como un espectro. Fue a despertar a la más joven de las esclavas. Con un hilillo de voz, pidió que le preparara el desayuno, pero, una vez servido en el patio, sintió ganas de vomitar. Pidió que se lo llevara de nuevo a la cocina.

Su mirada se perdió sin enfocar ninguna forma. Su corazón se encogía. Su estómago no soportaba alimento alguno. El patio, vacío y silencioso, se le antojó oscuro sin sus invitados. Tan triste, tan gris a pesar de la luz del sol. Era como si durante un fugaz instante su vida hubiese tenido sentido, demasiado fugaz para poder definirlo. Un suspiro. Se miró las manos. Le daba la sensación de haber tenido en ellas algo inmensamente valioso y bello que se hubiera esfumado antes incluso de poder contemplarlo.

—¿Estáis bien, señora?

—Sí, sí. Déjame.

—Tenéis mala cara.

—¡He dicho que me dejes! ¡Fuera! ¡Largo!

Arishat rompió a llorar cuando la joven esclava corrió despavorida hacia la cocina. Después de reponerse de su llanto, se secó la cara con las manos y fue en su busca.

—Perdóname. No sé lo que me pasa —dijo la púnica con los ojos hinchados.

Se oyó un grito de mujer a lo lejos. A aquel, como cuando empieza a llover, se le fueron juntando otros hasta que, de pronto, la ensordecedora

tormenta de voces ahogó las calles de la ciudad.

—Ve a ver qué ocurre —dijo Arishat, procurando esconder el temblor de su voz ante el peor de los presentimientos.

La joven esclava tomó un manto y salió corriendo a la calle. Alertada por el tumulto, la otra esclava apareció por la cocina.

—¿Qué es ese griterío, señora?

—No lo sé. No quiero saberlo.

Sin embargo, había enviado a una esclava a enterarse de lo que ocurría.

Transcurrieron unos tensos pálpitos que Arishat sufrió de pie en el patio, con la mirada fija en la puerta que daba a la calle. Quería que esta se abriese para recibir noticias de lo que estaba ocurriendo. Presentía lo peor. La esclava procuraba calmar a su señora agarrándole la mano, acariciándola; perfectamente consciente del mal que padecía.

Por fin se abrió la puerta. Pudo verse por un instante a la gente desbocada corriendo de un lado a otro, gritando poseída. La joven esclava entró como un huracán, con la cara desencajada, sollozando. Arishat se abalanzó sobre ella, la aferró de los hombros y la zarandeó. Su cara inquisitiva pedía respuestas sin abrir los labios.

—Una terrible derrota, señora —decía la muchacha, entre lágrimas—. Adis ha caído en manos de los romanos. Nuestros soldados llegan en pequeños grupos, se desploman por las calles. Nadie sabe cuántos han sobrevivido.

—¿Los generales? ¿Te han dicho algo de los generales? —dijo Arishat sin soltarla de los hombros, zarandeándola de nuevo.

—Sí, llegaron los primeros con un puñado de hombres. —Arishat respiró con alivio antes de que la esclava, cabizbaja, prosiguiera—. Tres de ellos, señora.

—¿Jantipo?

La esclava negó con la cabeza y, entre lágrimas, hundió la barbilla en el pecho, como si tuviese la culpa de lo que acababa de contar.

Arishat soltó a la muchacha. Se dejó caer lentamente sobre el suelo, incapaz de asimilar lo que la esclava le decía; incapaces sus piernas de soportar el dolor; incapaces sus ojos de contener el torrente de lágrimas que habían estado agolpándose en su interior para reventar, ya fuese de dicha o de pena. Los dioses quisieron que fuese esta última. Arishat, sentada en el suelo, se agarraba impotente a la esclava que le había estado sosteniendo la mano y, con la cabeza, buscaba acomodo en el pecho de aquella, llorando

desconsoladamente, con la mirada perdida. La esclava acariciaba con la ternura de una madre la desaliñada melena de su ama.

—El amor duele, señora. Duele mucho.

La noche, con sus tinieblas, fue engullendo los caminos. Las puertas de Cartago se cerraron pesadamente detrás de Amílcar Barca y cinco de los espartanos. Llegaban cubiertos de polvo y sangre, cabalgando sobre sus monturas agotadas, brillantes de sudor. Los caballos casi tocaban el suelo con sus babeantes hocicos.

No solo el negro manto de la noche cubría la ciudad, a él se unía el quejumbroso rumor del llanto de miles de dolientes mujeres que se agolpaban a las puertas e impedían el progreso de los caballos. Los cerca de dos mil hombres que Jantipo había conseguido reunir durante la confusa batalla para cubrir la retirada de un ejército en absoluta desbandada se desplomaban exhaustos sobre los brazos de sus anhelantes madres y esposas, que los cubrían de frenéticos besos, a pesar de estar cubiertos de sudor seco y suciedad.

Jantipo estaba furioso. Colérico. Espoleó su caballo con rabia para apartar de su camino el mar de cabezas que pedían noticias sobre hombres que no conocía, apartando los brazos de mujeres suplicantes, directo a la mansión del sufete de Cartago. Una vez hubieron atravesado aquel tumulto, se encontraron con las calles vacías, privadas de vida. Sentidos lamentos surgían de las pequeñas ventanas que daban a ellas. La ciudad se hundía.

El espartano desmontó con ímpetu ante la puerta de la casa del sufete. No hizo falta que dijera nada, los guardias abrieron sin titubear al hombre que, seguido de Amílcar Barca y otros cuatro espartanos, resoplaba como un toro. Cruzó el amplio pasillo en diez zancadas hasta la estancia donde había sido recibido hacía unos días. Iba dispuesto a derribar la puerta. Tampoco hizo falta, los dos cartagineses que la flanqueaban también abrieron de inmediato.

Allí estaban, de espaldas, volviendo lentamente la mirada hacia la puerta, los tres generales que provocaron el desastre huyendo de la refriega en cuanto la situación les pareció comprometida. Vestían sus mejores galas ante el sufete de Cartago, que escuchaba su informe con atención. Los cuatro callaron.

—¡Malditos ineptos! —ladró Jantipo—. ¡Cobardes! —Y escupió al suelo con absoluto desprecio, llevándose la mano a la espada listo para desenvainar.

Los generales púnicos dieron un paso atrás aterrorizados. Solo la rápida intervención de Brásidas y Meleagro, que aferraron a su jefe fuertemente de los brazos, evitó un baño de sangre en la lujosa estancia del sobresaltado sufete. Brásidas cerró los ojos, negando con la cabeza. Jantipo miró a los generales con odio y gruñó de impotencia antes de que sus compañeros le soltaran. El mercenario resopló de nuevo para calmarse, sin desplazar la mirada de los tres hombres.

—Entonces, Bóstar —dijo el sufete repuesto del susto—, ¿me estás diciendo que este hombre que apesta a sudor, que viene cubierto de sangre y polvo y que acaba de llegar a la ciudad es el culpable de la derrota?

Bóstar y los otros dos generales callaron intentando mantener la compostura y la dignidad.

—Mientras que tú, que llegaste esta mañana entre los primeros, que te has lavado y perfumado para presentarte ante mí con tus mejores ropas, no tienes culpa de nada.

Bóstar tragó saliva.

—Responde, Bóstar. ¿Es eso?

—Tal y como lo he descrito, gran sufete. —E hizo una desproporcionada reverencia—. No escuchéis al extranjero, sin duda busca nuestra ruina para entregar la ciudad a los romanos —apostilló.

—Ya veo. Amílcar, muchacho, acércate —pidió amablemente el sufete—. En tu opinión, ¿lucharon estos tres hombres como se espera de un general de Cartago?

—¿Vais a hacer caso de un mocoso? —interrumpió Bóstar.

—Cállate, Bóstar. Has tenido ocasión de exponer tu versión, y este mocoso, además de pertenecer a una de las familias más insignes de la ciudad, tiene pinta de haber pasado un mal día. Habla, Amílcar.

El muchacho observó uno a uno a todos los presentes antes de hablar.

—Jantipo advirtió a los generales que la posición no era la adecuada, que las tropas no estaban preparadas y que la mejor opción era la retirada. —Amílcar, dubitativo, calló ante la afilada mirada de los generales.

—Continúa, muchacho —dijo el sufete—, continúa.

—Propuso la retirada ante el informe de que los romanos habían acampado a media jornada de la posición, y fue tachado de cobarde. Propuso dejar una fuerte guarnición en la ciudad de Adis para así obligar a los romanos a un largo asedio y volver a Cartago con el resto del ejército para entrenarlo convenientemente. Los generales hicieron caso omiso, aludiendo a

la idoneidad de la posición que habían decidido ocupar en lo alto de una colina. Los romanos debieron marchar toda la noche ya que, por la mañana, para nuestra sorpresa, nos tenían prácticamente rodeados. No nos dio tiempo a organizar la defensa, y, cuando nada más despuntar el alba, comenzó el ataque, los generales no supieron reaccionar, pues aún no sabíamos qué estaba pasando. Cuando los romanos hicieron su primera carga, la confusión se apoderó del campamento. Jantipo organizó a un grupo de hombres al que fue uniendo más y más hasta formar una fuerza de unos tres mil. Con ella, rechazó un ataque que pretendía envolver la posición para bloquear cualquier intento de huida por nuestra parte. Más tarde consiguió abrir una brecha en las líneas enemigas que los generales y muchos otros utilizaron para escapar del cerco. Jantipo pudo organizar una barrera para permitir la retirada del ejército y mandó a buscar a los nómadas que, hostigando a los romanos, evitaron la persecución y la aniquilación completa del ejército. —Amílcar Barca descansó.

—Conciso informe, joven Barca. Gracias. —Y, dirigiéndose a los generales, el sufete continuó—. Lo que dice Amílcar no tiene nada que ver con lo que me contáis vosotros.

—¡Miente! —gruñó Bóstar enfurecido, apuntando al joven con el dedo.

—No, Bóstar. Está claro que el joven Barca no miente. Mentís vosotros. Y a la mentira sumáis una derrota ignominiosa que pone en peligro de muerte a la ciudad. Así que, dad media vuelta, volved a vuestras casas y procurad que no os vea hasta que se me hayan olvidado vuestras caras, pues de lo contrario os haré crucificar. Y os aseguro que disfrutaré viendo cómo se os escapa la vida. —El sufete hablaba pausadamente, pero se percibía que, por dentro, estaba a punto de estallar en un arrebato de cólera—. Y Bóstar: si Cartago se hunde, tú te hundirás con ella. Te lo aseguro. Me encargaré personalmente.

—Yo...

—No te esfuerces. He ordenado que cierren el puerto. Ninguna nave puede entrar o salir de Cartago sin mi consentimiento. Y, por precaución, también he dado instrucciones para que confisquen el barco que tenías en el muelle repleto de oro y comida. Ya sabes que no me gusta dejar cosas al azar. ¿Adónde ibas exactamente? ¿A Iberia a resolver unos asuntos como Hannón el Grande?

—Os aseguro... —El general cartaginés se sintió ultrajado.

—¿Me crees imbécil? Todos estamos tomando esas precauciones,

Bóstar. Pero Hannón tiene más dinero y partidarios que yo. Tú no. Él puede hacer lo que le venga en gana. Puedes irte.

Los tres generales abandonaron la estancia, no sin antes dedicarles a Jantipo y al joven Amílcar una mirada de profundo odio que irradiaba sed de venganza. Las puertas se cerraron tras ellos. El sufete apoyó las manos sobre la mesa y miró a Jantipo fijamente.

—Dime, espartano. ¿Puedes o no puedes vencer a los romanos?

—Dadme un mes y el mando absoluto.

—No tenemos ese tiempo.

—Entonces, gran sufete, no puedo.

Cartago estaba perdida. El sufete observó al mercenario durante unos instantes. Luego dio media vuelta y se acercó a la ventana. Observó el tumulto que se estaba organizando en el puerto. Los guardias del templo y la milicia urbana mantenían a raya, aunque a duras penas, a una informe muchedumbre que gritaba aterrada, que suplicaba acceso al puerto para subir en la primera nave que zarpara. Suspiró profundamente, hundiendo la barbilla en el pecho. Entrelazó las manos a la espalda. Desde su ventana la ciudad parecía la misma, pero no lo era. No lo era... Cartago sentía sobre la nuca la pesada respiración y el fétido aliento de la bestia que amenazaba con devorarla. Estaba moribunda y de rodillas, aguardando el golpe mortal de un implacable enemigo. Sin flota, sin comida, con una población sumida en la desesperación, con un ejército diezmado, derrotado y acobardado. El sufete tomo aire y se volvió.

—Bien —asintió con gesto severo—, procuraré comprar ese tiempo.

Los cinco espartanos caminaban en silencio por la ciudad, rumbo a la casa donde se alojaban. Aristodemo y Lisandro habían caído organizando la retirada, luchando como leones contra una avanzadilla de *triari* que les cortaban el paso. No hubo tiempo de recoger sus cuerpos para incinerarlos de la manera que merecían. Ahora se estarían pudriendo en la llanura, en el mismo lugar donde la muerte les había encontrado. Allí donde las Moiras habían dejado súbitamente de tejer para ellos.

Brásidas aporreó la puerta de la vivienda. La esclava más joven de la cartaginesa abrió. En el patio, con la cabeza reposada en el hombro de la otra esclava, llorosa y con la mirada perdida, estaba Arishat, que, lentamente se incorporaba, llevándose las manos a la boca mientras suspiraba al ver cómo

iban entrando Brásidas, Meleagro, Arquíloco, Cleómenes y, finalmente, Jantipo. A la púnica comenzó a acelerársele la respiración, empezó a sollozar con más y más intensidad, ahogando con sus suspiros incipientes carcajadas. Echó a correr hacia un extrañado Jantipo, abrazándose a su cuello mientras seguía llorando y riendo.

La victoria había sido completa, arrolladora, absoluta. El último ejército cartaginés, el último escollo antes de acampar ante las murallas de Cartago, había sucumbido al empuje de las legiones y a la audacia de Régulo. La ciudad de Adis, testigo impotente de la carnicería, se había rendido sin luchar.

El movimiento envolvente y la aniquilación completa del ejército cartaginés no fueron posibles, aunque poco había faltado para completar el cerco. De alguna manera, los púnicos consiguieron abrir una brecha para escapar con parte del ejército gracias a la actuación de un hombre que el cónsul consiguió ver en la lejanía. Un hombre montado a caballo, seguido por otros seis, que portaban a la espalda un gran escudo redondo decorado con la Lambda lacedemonia. Aquel demonio recorría las líneas enemigas desgañitándose para organizar una defensa lo suficientemente sólida como para cubrir la retirada del ejército derrotado.

Lucio informó de que los hombres pudieron contar entre los caídos, heridos y apresados a cerca de diez mil cartagineses. La mitad del ejército enemigo. Tan solo quinientos romanos se hallaban entre los muertos, aunque muchos de los que estaban siendo atendidos por los médicos, cerca de dos mil, también morirían tarde o temprano.

Pero Cartago estaba indefensa. Y a tan solo unos días de marcha.

Después de la agotadora pirueta que Régulo había pedido a sus hombres, los médicos, los tribunos y el sentido común, recomendaban un descanso de al menos una semana.

Régulo observaba complacido el mapa de África en su tienda, rodeado por sus *lictors* y vestido con su traje de campaña, dispuesto a salir para ser ovacionado por sus legiones. Estas aguardaban afuera, en formación, jubilosas, en silencio. Eran sus hijos. Ahora sí le seguirían hasta las puertas del mismísimo infierno. Estaba orgulloso de ellos.

Una vez fuera, diría en alto el nombre del legionario que, según los tribunos y los centuriones, hubiese hecho gala de un valor y un arrojo dignos de la República. Le entregaría una corona de laurel y una bolsa con el sueldo de diez años.

—Los hombres están preparados, cónsul.

—Gracias, Lucio.

Marco Atilio Régulo, cónsul de Roma por segunda vez, respiró hondo antes de salir de su tienda de campaña. Era su momento. El momento de gloria que todo romano ansía. Nadie podía ya igualar sus logros. Había derrotado a los cartagineses en el mar, había llevado el Águila de Roma a África, había derrotado a los púnicos en Áspis y en Adis, y pronto Cartago se rendiría a sus pies para la gloria de la República, para el recuerdo de las generaciones por venir y para orgullo de todos sus descendientes.

Régulo descorrió la cortina mostrándose ante sus hombres, que nada más verle comenzaron a gritar, golpeando sus espadas contra los escudos produciendo un atronador y delicioso escándalo acompasado.

—*¡Imperator! ¡Imperator! ¡Imperator!*

Régulo montó su caballo dispuesto a recorrer el pasillo que formaban sus legiones.

—*¡Imperator! ¡Imperator! ¡Imperator!*

Mendigos, campesinos, ladrones, gentes sin futuro que se habían alistado hacía unos meses, o unos años, eran ahora los portadores de la gloria de Roma. La piedra angular sobre la que se establecía el poder de la República.

—*¡Imperator! ¡Imperator! ¡Imperator!*

Una vez en el centro del pasillo, Régulo alzó la mano pidiendo silencio. El clamor de las legiones murió súbitamente. Callaron las voces y los metales. Régulo les observó orgulloso.

—*¡Aulo, Porcio, Bíbulo!* —tronó la voz del cónsul.

Un murmullo recorrió las filas de los legionarios, repitiendo el nombre de aquel al que el cónsul había nombrado para recompensarle con generosidad.

—*¡Aulo, Porcio, Bíbulo!* —volvió a gritar el cónsul.

De entre la maraña de lanzas y escudos, a lo lejos, el cuarto manípulo de *hastati* de la II Legión hacía un pasillo por el que sus hombres palmeaban al aludido en la espalda. El cónsul desmontó, esperando de pie al lado de su caballo, con los brazos abiertos y una amplia sonrisa, al legionario que caminaba lentamente hacia él con semblante avergonzado.

—*¡Bíbulo! ¡Bíbulo! ¡Bíbulo!* —bramaban las legiones.

Pronto se volvió a hacer el silencio, como muestra de respeto a la importante ceremonia. Aquel honor no solo era para el aludido, lo era también para su manípulo, para la II y para las legiones de África al completo. El cónsul recompensaba a uno, pero de alguna manera les recompensaba a todos.

Cuando Régulo pudo distinguir las facciones del hombre que se le acercaba, no dio crédito. Era aquel hombre, aquel rufián al que había visto borracho, abrazado a una mujer, sumido en el juego por las calles de Siracusa la noche antes de partir. Aquel al que había estado buscando por las bodegas de sus naves porque había descuidado su guardia. Y avanzaba hacia él, dispuesto para recibir el máximo de los honores que podía recibir un legionario. La pena por abandonar la guardia era la muerte, ejecutada a palos por los compañeros.

—Tú... —dijo el cónsul sorprendido, sin acabar la frase ante la mirada complacida y vergonzosa del remero convertido a legionario, que miraba a derecha e izquierda sin entender ese «Tú...».

Régulo se mostró indeciso durante unos instantes ante un Bíbulo expectante. Por fin, le entregó la bolsa con el dinero. Hizo que inclinase la cabeza para ceñirle la corona de laurel y le abrazó con fuerza, para acto seguido tomarle de la muñeca, alzándola a los cielos.

—*¡Imperator! ¡Imperator! ¡Imperator!*

A Bíbulo le resultó prácticamente imposible llegar hasta el recinto que se había habilitado como enfermería. Era acosado por multitud de legionarios que ni siquiera conocía y que le palmeaban la espalda saludándolo. Bíbulo era, junto con el cónsul, el hombre más aclamado de las legiones de África. Incluso el rabioso centurión del manípulo le abrazó efusivamente, como si estuviese abrazando a un hijo al que no había visto en años, dándole dos cariñosas palmadas en la mejilla.

Más difícil aún era caminar por la enfermería, donde diez médicos, ayudados por una treintena de legionarios, no conseguían dar abasto a las súplicas de los heridos. Tuvo que esquivar a un legionario que arrastraba por las muñecas el cuerpo sin vida, desnudo y blanco, de un soldado al que le faltaba una pierna. Estaba lleno de heridas que no sangraban, cubierto de cientos de moscas que le perseguían. La bodega de la nave capitana era un jardín de rosas comparado con el olor viciado y el triste paisaje que mostraba aquel lugar. Allí, la gloria de Roma quedaba difuminada entre grotescas imágenes. Los gritos de un dolor imposible de mitigar, las súplicas de auténticos niños que, con su último aliento, llamaban a sus madres. El olor a sangre fresca de las amputaciones, a carne gangrenada y putrefacta. Cestas de mimbre repletas de miembros que, al ser arrojadas fuera del recinto, servían de alimento a perros rabiosos y famélicos. Las moscas, implacables, iban de herida en herida depositando sus larvas, acosando a hombres ayer aguerridos, hoy indefensos, que no tenían fuerzas para espantarlas.

En medio del caos estaba Verrucoso, en el mismo sitio, en la misma postura del día anterior. Incapaz de responder a la orden de cargar y con el pie ensangrentado, el pobre infeliz había tropezado, siendo aplastado por miles de pies que no pudieron esquivarle. Estaba boca arriba, surcado por innumerables magulladuras, cortes y moratones. No podía mover más que los ojos y la lengua. Aunque no era eso lo único que le arrancaba la vida. La estampida le había aplastado las costillas, dejando sus pulmones demasiado oprimidos para permitirle respirar. Bíbulo se sentó en el suelo, a su lado. Podía oír el silbido que provocaba su pesada respiración.

—¡Eh!, Verrucoso —dijo intentando dar a su saludo un tono jovial.

Verrucoso esbozó una débil sonrisa. Apretó los párpados y gimió. Hasta eso parecía provocarle dolor.

—Bíbulo —dijo Verrucoso en un susurro a modo de reconocimiento.

—Mira, te he traído vino, es horrible. Haría vomitar a una cabra, pero bueno, mejor eso que nada, ¿no? —Bíbulo se mojó los dedos en el vino y los acercó a los labios del moribundo, que los movió un poco, pretendiendo paladearlo.

—Malo —susurró.

—Es repugnante, sí. ¿Quieres más?

—Claro.

Bíbulo no entendió muy bien a su amigo, pues la voz era sumamente débil y el ajetreado rumor de la enfermería parecía hacerse cada vez más ensordecedor, pero por la expresión dedujo que sí. Volvió a mojarse los dedos y volvió a acercarlos a los labios de su amigo. Los aullidos de un legionario al que estaban serrando una pierna, seis cuerpos más allá, no detuvieron al suburano en su diálogo, aunque se le erizase el vello.

—Por cierto —continuó Bíbulo como si estuviesen teniendo una conversación normal y las palabras no se le pegasen a la garganta—, el cónsul me ha abrazado. Y, ¿sabes qué?, me ha dado una bolsa con dinero. Diez años de salario. Imagínate, con eso tenemos para recomprar tus tierras y comprar una esclava egipcia para cada uno, como tenía Longo, ¿recuerdas?

Una mueca parecida a una sonrisa decoró la cara de Verrucoso hasta afearla más aún. Luego, dos lágrimas se desprendieron de sus ojos convirtiéndose en minúsculos ríos que, utilizando los surcos que habían labrado las risas, fluyeron hasta las orejas.

—Jugaremos a los dados todas las noches, e iremos a la Subura.

Llegado a este punto, viendo como la vida de su amigo se extinguía, incapaz de hacer nada para atenuar el dolor que consumía al pobre Verrucoso, Bíbulo ya no pudo contener las lágrimas.

—Allí están los lupanares más infectos y más asquerosos de Roma y el peor vino —decía entre sollozos, con la nariz congestionada por los mocos que comenzaba a sorber entrecortadamente. Intentó secarse las lágrimas con el dorso de la mano. Otras ocuparon su lugar—. Seremos famosos; todas dirán: «Ahí vienen. Son ellos, los más apuestos, los más gallardos, los héroes de África». Y gritarán: «Yo me pido al de la verruga». —Bíbulo se frotó las lágrimas de nuevo con las callosas manos—. No me dejes, Verrucoso; no te vayas.

Pero ya era tarde. Un largo suspiro expulsó todo el aire que el campesino tenía en los pulmones. Los ojos de Verrucoso habían dejado de llorar. Bíbulo

estalló en inconsolable llanto, asiendo la rígida mano de su amigo, besándola.

Lentamente fue cayendo la noche. Bíbulo no se movió. Siempre había estado solo, pero nunca había sentido esa sensación de vacío que es la soledad cuando estás rodeado de miles de personas. Ese sentimiento de que el mundo al completo está de más. Incluso uno mismo.

—Este ya llegó donde iba —dijo uno de aquellos legionarios de enfermería que pasaba por allí—. Venga, ayúdame —le ordenó a otro mientras se lanzaba a despojar a Verrucoso de su túnica como un cuervo y lo dejaban desnudo.

Cuando el primero le tenía cogido por los pies y el segundo asido por los brazos, dispuestos a llevárselo, Bíbulo, que hasta entonces había sido un mudo e inmóvil testigo de lo que hacían con el cuerpo de su compañero, les dio el alto con sequedad. El suburano se incorporó, sacó su espada de la vaina lentamente, cortando un mechón de pelo a Verrucoso, que guardó con mimo en la bolsita que llevaba al cuello. Se quitó la corona de laurel y la ciño a la cabeza de su amigo. Verrucoso aún lucía una mueca que parecía una sonrisa.

Tampoco aquella noche había podido dormir la bella cartaginesa. Pero esta vez era de felicidad. Una felicidad absoluta. Él dormía en su lecho y lo hacía plácidamente. Ella estaba sentada, observándole, como una leona que contempla sus cachorros con un amor desmedido. Nada perturbaría el sueño del espartano. No si ella podía evitarlo.

Aquella noche, antes de que el mercenario entrase por la puerta, la cartaginesa se estaba dejando morir. Su cuerpo no había tenido fuerzas para moverse del lugar donde su ánimo la había dejado tendida, y allí había estado desde la mañana hasta la noche. Cuando llegaron a casa, Arishat había corrido hacia él, colgándose de su musculoso cuello, sollozando como una esposa, como una madre, como una hija... No lo había podido evitar.

Ella, que siempre había escondido sus sentimientos con maestría, que había sido capaz de domar sus palabras y sus actos, de esconder con sus gestos los pensamientos, diciendo mentiras con las palabras mientras su mirada las hacía parecer verdades, se había visto empujada a abrazarle por una fuerza superior a sí misma. Una fuerza que le oprimía el pecho como un puño de hierro y que se liberó cuando estuvo en sus brazos colmándola de felicidad. Hasta cierto punto lamentaba haber dado aquel espectáculo, aunque no lo suficiente como para arrepentirse. Había sentido el cuerpo y la vida del espartano.

Cuando se recompuso, con voz sincera, sin nada más que el bienestar de Jantipo en su mente, Arishat le había dicho al mercenario que necesitaba descansar bien, y que para eso el mejor lugar era su propio lecho. Allí se había desplomado agotado el espartano, vestido, cubierto de sangre, barro y sudor. Bendiciendo esa cama con su mera presencia, impregnándola de su olor. Ella se había sentado a observarle, y estaría allí cuando despertase. Para servirle. No como le había dicho el sufete que lo hiciera, sino como lo haría una esposa anhelante y abnegada.

Jantipo se revolvió y, en sueños, dijo algo incomprensible. Volvió a sosegar. De repente, se incorporó sobresaltado, buscando su espada, como si no supiese dónde se encontraba.

—¡Brásidas! —gritó.

Y Arishat se levantó luciendo una sonrisa franca y cálida para sentarse a su lado. Le acarició la mejilla.

—Brásidas duerme —dijo Arishat con un dulce susurro.

Jantipo observó el lecho y se observó a sí mismo. Pareció recordar.

—Muchas gracias, señora.

—Por favor, no me llames señora, te lo ruego. Llámame por mi nombre. Ya te he dicho que prefiero que me silbes como a un perro a que me llames señora. Tendrás hambre. —La cartaginesa se incorporó—. Voy a pedir que te preparen algo para comer. Te espero abajo. ¿Te apetece algo en especial?

—No —titubeó—, gracias... —Pero el dedo de Arishat en la boca del espartano impidió que dijese nada más.

—Ahí tienes una túnica limpia y un ánfora con agua fresca. Deja tu ropa ahí, pediré que la laven. Voy abajo.

Jantipo no tardó en aparecer, bajando las escaleras pausadamente, encaminándose hacia el patio donde Arishat esperaba sentada de espaldas a él presidiendo una mesa repleta de manjares. Una bella melodía inundaba el ambiente. La bella púnica tañía una lira. Cantaba en perfecto griego.

«Inmortal Afrodita, la de trono pintado,
hija de Zeus, tejedora de engaños, te lo ruego: n
o a mí, no me sometas a penas ni angustias
el ánimo, diosa.

Pero acude acá, si alguna vez en otro tiempo,
al escuchar de lejos de mi voz la llamada,
la has atendido y, dejando la áurea morada
paterna, viniste,
tras aprestar tu carro. Te conducían lindos
tus veloces gorriones sobre la tierra oscura.

Batiendo en raudo ritmo sus alas desde el cielo cruzaron el
éter,

y al instante llegaron. Y tú, oh feliz diosa, mostrando tu
sonrisa en el rostro inmortal,

me preguntabas qué de nuevo sufría y a qué
de nuevo te invocaba,
y qué con tanto empeño conseguir deseaba
en mi alocado corazón. “¿A quién, esta vez
voy a traer, oh querida, a tu amor? ¿Quién ahora,
ay, Safo, te agravia?”

Pues si ahora te huye, pronto va a perseguirte;
si regalos no aceptaba, ahora va a darlos,
y si no te quería, enseguida va a amarte,
aunque se resista.

Acúdeme también ahora, y líbrame ya
de mis terribles congojas, cúpleme que logre
cuanto mi ánimo ansía, y sé en esta guerra
tú misma mi aliada».

La púnica notó la presencia del espartano. Dejó de tocar y se volvió a mirarle. Apoyó la lira sobre la mesa delicadamente mientras se recostaba en su silla para contemplarle. Sonreía cálidamente. Estaba radiante. Cartago caería en cualquier momento, o eso decían, pero ella sonreía y, probablemente por primera vez en su vida, hoy lo hacía de verdad. Jantipo saludó con cortesía.

—Bonita canción. ¿Safo?

—Sí.

—Y bonita voz.

—Gracias. —Arishat asintió con humildad.

El mercenario se sentó y comenzó a comer. No decía nada, así que, si él no decía nada, ella tampoco lo haría. Le bastaba con verle.

—Se te nota feliz —dijo el espartano después de un buen rato.

—Lo soy —repuso ella sin más.

—¿Puedo preguntar la razón de tu felicidad, estando como está la ciudad en una situación crítica?

—Puedes —contestó de forma lacónica la delicada sonrisa de la

cartaginesa.

—Bien. —El espartano estaba confundido, no parecía entender la parquedad de palabra de su anfitriona—. ¿Cuál es el motivo de tu felicidad?

—Tu presencia.

—No sé si seré capaz de salvar a Cartago.

—Ni a mí me importa que lo hagas o no.

—¿Entonces?

—Estás aquí. Estás conmigo. Es suficiente.

Siguieron unos momentos de silencio. Los sorprendidos ojos de Jantipo se clavaron en los suyos, profundos y negros como un abismo. El mercenario dejó de masticar ante la impasible sonrisa.

—Amar es entregar rehenes al destino. Los hijos son rehenes del destino, y los amigos y las amantes —dijo Jantipo al fin—. Amar nos hace débiles.

—Y, sin embargo, creo recordar que Platón dice algo así como que no hay nadie tan cobarde como para que el amor no lo transforme en un héroe. Pero, ¿quién ha hablado de amor?

—Nadie —repuso Jantipo desorientado.

—De todos modos, y ya que lo mencionas, nos haga débiles o no, dicen que el amor es bello.

—Solo los poetas dicen eso. Y simplemente lo hacen para que se escuchen sus poemas.

—Pero parece bello.

—Durante unos instantes, puede que así sea.

—Debe ser extraña esa sensación de valorar la vida de alguien por encima de la propia. —Jantipo no masticaba, parecía absorto—. ¿Cree Jantipo que merece la pena amar?

—El amor es otra forma de demencia.

—¿Acaso no lo es la guerra?

—Yo no puedo amar. No debo amar. El amor entumece los sentidos. Al menos, en la guerra uno está despierto, alerta. Sabes quién es el enemigo.

—Pero no se puede guerrear si no se ama algo, ¿no crees? ¿Por qué lucha Jantipo?

—Por dinero. Y porque es lo único que sé hacer.

—Yo también me entrego por dinero. —Arishat hizo una pausa para morder un dátil. Lo paladeó sin apartar la mirada del espartano—. ¿Amó Jantipo alguna vez?

—Sí. Una. ¿Por qué me preguntas sobre el amor?

—Bueno, has empezado tú a hablar de ello, no sería cortés por mi parte desviarme de la conversación. Además, por tus palabras parece saber algo de ello. Llámalo curiosidad. Hablas como quien ha estado ahí. Yo en cambio nunca he amado a nadie. No sé lo que es. No creo que fuese capaz.

—Entonces has sido afortunada.

—¿Y fuiste dichoso?

—Durante poco tiempo. Y mi locura llevó a su muerte y a la de muchos de mis compañeros. —El semblante del mercenario se turbó—. No volveré a dormir en tu lecho. No debo.

—Puedes hacer lo que desees. A nada te obligo.

No hablaron más aquella mañana. A ella no le importó. Sencillamente, sonreía como una madre que ve comer a su hijo. Tomó de nuevo su lira para seguir cantando.

En cuanto Brásidas y los demás aparecieron y saciaron su hambre, los espartanos salieron a las afueras de la ciudad. Allí aguardaba lo que quedaba de un ejército derrotado. Los retales de unos hombres que debían defender la ciudad.

«Derrota tras derrota y así hasta la victoria», había cuchicheado con sorna el necio de Hannón el Grande antes de partir a Hispania, durante la reunión de los máximos dirigentes de la ciudad.

Lo que quedaba del ejército había sido convocado por el sufete a las afueras de Cartago a instancia de Jantipo. Diez mil hombres que hacía unos días habían sentido el terror de la batalla junto con el peso de la derrota. Los mismos diez mil muchachos acobardados y desmoralizados que esperaban fuera de las murallas a que apareciese su nuevo general en jefe. Otro más. Un único hombre que había recibido de los sufetes el mando completo del ejército.

Jantipo apareció cabalgando al paso, seguido de Amílcar Barca y de sus cuatro acompañantes espartanos. Con el yelmo corintio calado y el escudo con la Lambda colgado a la espalda. Muchos le reconocieron al verle, otros sencillamente sabían quién era porque les habían contado cómo vestía el hombre al que debían agradecer tener aún aire en los pulmones. La mayoría estaban sentados en el suelo polvoriento, agotados. Derrotados antes incluso de empezar la mañana. Vestían cada uno a su modo, no había homogeneidad ni confianza en ellos. Eran hombres tristes, vencidos antes de la batalla final que deberían librar.

Jantipo cabalgó por delante de sus hombres, al paso. Observaba las caras, muchas bisoñas, algunas veteranas, de aquel conjunto de hombres desorganizados que en un mes debía convertir en un ejército capaz de hacer frente a las implacables legiones de Roma. Eso, siempre y cuando el sufete cumpliera su promesa de ganar aquel precioso tiempo. Ellos también le observaban. Pocos eran los que se levantaban a su paso, indiferentes ya al destino de su ciudad, como el buey que es llevado ante el altar para ser sacrificado y, aun conociendo su destino, se mantiene dócil y sumiso.

Se detuvo frente a lo que podría considerarse el centro de aquella maraña humana. Ni siquiera llevaban sus armas.

—¡Amílcar!

—¿Señor?

—Obsérvalos bien. Ni un montón de ladrillos es una casa ni esto es un ejército.

—Lo sé, señor.

—Tendremos que empezar desde los cimientos. Ordena que formen los diez mil como una sola unidad. Diez de fondo y mil de ancho.

Amílcar alzó la voz llamando a los oficiales, que lentamente se fueron reuniendo a su lado, y luego, una vez escuchadas las órdenes, comenzaron a formar la línea a base de alaridos. La desgana de aquellos hombres era descorazonadora.

Jantipo observaba paciente mientras el caótico tumulto iba tomando forma. Demasiado tiempo. Incluso si hubiesen ido cargados con las lanzas, las armaduras y los escudos, hubiese sido demasiado tiempo. Aquello era un bullicio de voces y pisadas. Se estorbaban entre ellos, no sabían dónde colocarse, se empujaban los unos a los otros. Brásidas se acercó a su jefe; ambos se quedaron observando aquel desalentador barullo.

—Esto tiene muy mala pinta —observó Brásidas con total tranquilidad.

Jantipo gruñó un asentimiento.

—Quizá deberíamos plantearnos ir a ver al sufete, reclamar lo nuestro tal y como hablamos y que se arreglen ellos.

—Quizá sí. Pero no lo haremos.

Brásidas arqueó las cejas, mirando a su jefe con indiferente extrañeza.

—¿Los has visto bien? No tenemos con qué enfrentarnos a Régulo. Nos supera en número, en calidad y en armamento. Sus tropas están bien alimentadas, enardecidas por las victorias. Y este puñado de túnicas sin cuerpo...

—No les abandonaremos.

—Me parece bien. Pero al menos eres consciente de que con esta turba, y en menos de un mes, no podemos ganar.

—Lo sé.

—Vaya —dijo Brásidas con una sonrisa burlona—. Le has tomado cariño a Cartago.

—Cartago puede hundirse en el mar.

—Me parece que ya he visto esa cara de determinación antes. —Brásidas palmeó la espalda de su jefe soltando una sonora carcajada—. ¡Adoro a este hombre! —gritó—. Será todo un espectáculo.

Cuando la línea estuvo formada en silencio, Jantipo desmontó, se acercó y fue recorriéndola lentamente mientras miraba a algunos de los hombres de arriba a abajo. La presencia misma del espartano provocaba que aquellos a los que observaba procurasen cuadrarse, aunque lo hacían torpemente. Algunos incluso con desgana.

Llegó ante uno, al que se quedó mirando fijamente a través de los huecos de su amenazante casco corintio. Se acercó hasta oler su aliento. Todavía olía a leche materna. El joven, tras unos instantes de escrutinio, tragó saliva. De repente, Jantipo emitió un ensordecedor alarido de carga, acercando la cara a la misma nariz del cartaginés. El muchacho cerró los ojos, dando un instintivo paso atrás, empujándose contra el compañero que tenía a la espalda. Un reguero de orín manó de su entrepierna.

Jantipo miró a Amílcar, que no perdía detalle de los movimientos del espartano y señaló a la pierna del muchacho sin decir una palabra. El chiquillo volvió a su sitio, pero se quedó temblando. Una risilla se oyó al fondo, aunque murió de súbito cuando el mercenario clavó los ojos en la cara del feliz soldado.

—Tú, el que se ha reído. Acércate.

El soldado se abrió paso entre los hombres torpemente hasta cuadrarse frente a él.

—¿Señor?

—¿Por qué te has reído?

—Perdón, señor.

—No, no me pidas perdón a mí. Pídeselo al hombre del que te has burlado, porque está dispuesto a dejarse la piel por ti. Vuelve a tu sitio.

Jantipo siguió su camino, deteniéndose unos instantes ante otros; pero no hizo lo mismo. El silencio era espeso. Le miraban aterrados.

— ¡Tú! —dijo apuntando a uno de los jóvenes—. ¿Hablas griego?

—Sí, señor —contestó el muchacho en lengua helena.

—Acércate. —Observó al soldado de arriba a abajo. Se mostró afable—. ¿Por qué luchas, soldado?

—Por Cartago y por los sufetes, señor —dijo procurando dar a sus palabras cierto aire de marcialidad y firmeza.

— ¿Estás seguro, soldado? Responde de nuevo, ¿por qué luchas?

—Por los sufetes, señor.

—Por favor, acorta las frases. No digas señor al final de cada una, simplemente estamos manteniendo una conversación ¿Tienes madre, soldado?

—Sí.

—¿Mujer, quizá?

—Sí.

—Eres joven. ¿Tienes hijos?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Uno.

—¿De qué edad?

—Cuatro meses hace hoy.

—Bien. Ahora responde. ¿Por qué luchas?

El soldado miró alrededor dubitativo; decir que luchaba por otra cosa que no fuesen los sufetes y Cartago debía suponer para él algo parecido a la traición.

Jantipo esperó paciente la respuesta de su joven y confundido interlocutor. Ante su prolongado silencio, continuó:

—Muy bien, soldado. Te lo pondré fácil. Si pudieses elegir entre salvar a Cartago de ser engullido por las llamas o salvar a tu hijo de cuatro meses, ¿qué elegirías? —El soldado se mantenía en silencio—. Si tu respuesta sigue siendo Cartago, puedes irte a tu casa. No temas, no se te castigará si lo haces.

—A mi hijo de cuatro meses.

—Eso está mucho mejor. En Sicilia podrás luchar por Cartago y los sufetes, si así lo deseas, o si así te lo ordenan. Pero no estás aquí para eso. En la batalla que se avecina, si tú flaqueas, si tiras tu lanza, si huyes, los romanos entrarán en Cartago, violarán a tu mujer antes de degollarla, probablemente lo hagan entre varios y ante tus propios ojos, matarán a tu madre y venderán a tu hijo como esclavo. Eso si no lo despeñan por la ventana o se lo echan a los perros para divertirse. Quiero que imagines a tu hijo llorando impotente, siendo lanzado desde lo alto de tu casa, estrellándose contra el suelo. Indefenso porque su padre corrió aterrado. Quiero que imagines a dos perros hambrientos y rabiosos luchando por sus pequeños miembros en una sucia calle de la ciudad solo porque su padre huyó, queriendo vivir unas horas más.

—Jantipo hizo una pausa ante el conmovido joven y sin dejar de mirarle continuó—: Ahora, dime, soldado: ¿por qué luchas?

—¡Por mi hijo! —gritó el soldado, emocionado, con lágrimas en los ojos.

—Y dime soldado, sabiendo esto —Jantipo alzó su potente voz para que muchos le oyeran—, ¿abandonarás tu puesto en la línea cuando tengas a esos romanos a diez pasos y carguen enloquecidos?

—Nunca.

—¿Cuando tu brazo ya no pueda sostener la lanza?

—¡No!

—¿Cuando la sangre te nuble la vista y tus compañeros caigan al suelo desplomados?

—¡No!

—¿Cuándo, hombre de Cartago, abandonarás tu puesto en la línea?

—¡Nunca!

—¡Más alto, hombre de Cartago!

—¡Nunca!

—¿Por qué no, soldado?

—¡Porque si huyo destruirán todo lo que quiero!

—Muy bien. —Jantipo volvió a bajar la voz, poniendo su mano en el hombro del joven, para proseguir amigablemente—: Habla con todos tus compañeros sobre esto y que ellos a su vez hablen de ello con los demás. De ti depende que la línea no se rompa el día que nos enfrentemos a los hijos de la loba. De ti solo depende la vida de tu familia. Morir no es tan grave para un hombre, soldado. Que mueran ellos sí. Ahora ya puedes llamarme señor. Vuelve a tu sitio.

—¡Sí, señor!

—¡Amílcar!

—¿Señor?

—Que se mantengan todos en esta posición hasta que se ponga el sol. Que no beban. Que no coman. Muchos se desplomarán. A esos apártalos, dales agua y que vuelvan a sus casas. Que descansen. Y mañana quiero aquí a los elefantes.

Cartago. Tan cerca y a la vez tan lejos. Los minutos parecían horas, las horas días, los días semanas. Marco Atilio Régulo paseaba impaciente, a grandes zancadas, por el campamento que sus legiones habían establecido en la colina de Adis. En el mismo lugar donde los cartagineses habían sido aplastados.

Los *lictors* a duras penas conseguían mantener el ritmo del cónsul. Pero, por mucho que anduviese de un lado para otro como un león enjaulado y hambriento, sabía que debía esperar. Los hombres necesitaban recuperar fuerzas. Cartago estaba de rodillas. La ciudad ya solo disponía de un puñado de defensores que, a estas alturas, estarían totalmente desmoralizados después de las derrotas infligidas. Además, tras haberles derrotado en Adis, los superaban en número ampliamente. Si los cálculos eran correctos, en unos cinco mil hombres. Un tercio más.

Sin una flota digna de mención, el enemigo no podía traer más tropas desde Sicilia y las pocas que consiguiesen embarcar dejarían indefensas las plazas que aún ocupaban en la maldita isla. Además, las tribus númeras, sometidas a Cartago, comenzaban a mostrarse inquietas y levantiscas ante la inminente caída de sus opresores. El cónsul había despachado emisarios a aquellas tribus salvajes con la intención de encender aún más su descontento para que abandonasen definitivamente a Cartago a su suerte.

Régulo ordenó que las incursiones continuasen. Cada día, dos manípulos, y cerca de doscientos jinetes, salían del campamento de Adis y saqueaban e incendiaban las regiones circundantes. Las legiones asolaban África sin oposición, llegando al campamento con botín abundante y familias enteras que serían vendidas en los mercados de esclavos. La moral estaba alta y el estómago de los legionarios satisfecho. No así sus pies, que acusaban ensangrentados y plagados de ampollas las últimas marchas. Y es que, de todo el cuerpo, son los pies la parte que más debe cuidar un soldado.

Las noticias que llegaban de Roma no eran buenas. A pesar de la infatigable tarea de su hermano Cayo, y de su propia insistencia, el Senado, embaucado por Longo, se negaba de nuevo a enviarle refuerzos. Eran necesarios en Sicilia, decían los emisarios. Maldito Longo. Mil veces maldito.

Nadie parecía entender que si se capturaba Cartago la guerra en Sicilia también tocaría a su fin. ¿Qué puede hacer un perro sin cabeza? Tan solo

pedía una legión y que la flota se desplazase a Áspis para que, tomando la ciudad como base, pudiese establecer un férreo bloqueo sobre Cartago antes del asalto final. Si, tal y como era de esperar, los púnicos estaban haciendo auténticas piruetas para abastecer a una población que crecía día a día, en cuanto el puerto quedase bloqueado no tendrían esperanza de recibir alimentos, rindiéndose en cuestión de semanas. No haría falta asaltar la ciudad. Y si, por algún casual, el ejército enemigo salía a campo abierto en una acción desesperada por plantar cara de nuevo, no sería difícil derrotarlo. Estaba tan cerca de la gloria que casi podía olerla, acariciarla con las yemas de los dedos.

Tres días. Tres días más, decían los médicos, para que las legiones estuviesen preparadas y pudiesen reanudar la marcha. Luego, otros tantos le separaban hasta llegar a las puertas de la capital enemiga.

Cartago era un gran premio, sin duda. Y sí, tenía prisa. Su magistratura como cónsul expiraría en unos meses; si no completaba la tarea cuanto antes, otro llegaría para ocupar su puesto, llevándose la gloria que tanto sudor y sangre había costado. Muchos senadores estarían frotándose las manos esperando que a Régulo se le acabase el mandato para sustituirle. Otros, Longo entre ellos, parecían estar dispuestos a ponerle trabas para que fracasase porque sabían que, si tenía éxito, su gloria les eclipsaría ante el pueblo de Roma y las legiones. Necesitaba una victoria, la necesitaba ya.

Régulo entró en su tienda de campaña y se sentó de nuevo ante el mapa de África. No decía nada. Tan solo miraba al vacío. Parecía estar enfureciéndose por momentos. De repente, sobresaltando a sus *lictos*, golpeó la mesa con fuerza. Pero se mantuvo en silencio. Por primera vez en su vida maldecía entre dientes al Senado por la ceguera que estaban demostrando.

—Correo de Roma, señor —informó Lucio.

—¿De quién?

—Del senador Cayo Atilio Régulo.

El cónsul arrebató con impaciencia el pergamino que se le entregaba y lo leyó con avidez. Era un desalentador mensaje de su hermano. Otro más.

En su misiva, Cayo lamentaba profundamente la actitud del Senado, informándole de que, en su ausencia, y a pesar de sus protestas, Longo había recibido el honor de un grandioso *triumfo* por la victoria naval de Ecnomo. Régulo no daba crédito.

La III y la IV Legión habían marchado por el centro de la ciudad con

Longo a la cabeza, exhibiendo los espolones de las naves capturadas a los cartagineses y el botín que se había enviado desde África. La ciudad saludaba a Longo como el gran salvador, el general victorioso, el gran Lucio Manlio Vulso Longo. El hombre que había derrotado a los cartagineses en su propio elemento. Cayo decía que, muy a su pesar, aquel había sido el *triumfo* más excelso que jamás hubiese visto Roma.

—¡Que se quede con los despojos! ¡Yo entraré en Roma con los sufetes encadenados a mi caballo! —rugió el cónsul levantándose de su silla. Estaba furioso.

—Hay algo más, señor —dijo Lucio.

—No creo que pueda soportar más cartas de este estilo.

—No parecen malas noticias. —Lucio sonreía.

—¿Y bien?

—Emisarios de Cartago.

—¿Emisarios? —Régulo respondió extrañado.

—Sí, señor. Dicen que vienen a negociar la paz.

Régulo tardó en reaccionar ante la noticia. Miraba al lictor como si no entendiese lo que se le decía. Poco a poco, la cara del cónsul se fue iluminando con una sonrisa. Se levantó bruscamente, agarrando a Lucio por los hombros, inundado de alegría. ¿Podía ser verdad? Después de diez años de guerra, él, Marco Atilio Régulo, iba a recibir en su tienda de campaña a los emisarios de Cartago y estos vendrían rogando como esclavos, como eunucos, como viejas suplicando su clemencia, apelando a su magnanimidad. La paz, qué bella palabra para un vencedor. Toda la ira y la impotencia que había ido acumulando se desvanecieron de repente ante la noticia.

«*Roma Victrix*», pensó para sí mientras asentía.

—Acomódales como se merecen unos diplomáticos tan señalados y que esperen hasta mañana. Sí, que esperen —dijo el cónsul, recostándose en su silla. Ahora se encontraba totalmente calmado—. No tenemos prisa alguna, ¿verdad, Lucio?

—No, señor. No tenemos ninguna prisa.

Llevaban en Adis tres semanas. El cónsul parecía exasperado de nuevo. Bíbulo lo veía de vez en cuando, seguido de sus *lictors* recorriendo el campamento con sus largos pasos, alzando la voz. En una de esas ocasiones había estado lo suficientemente cerca para oírle decir que si los diplomáticos cartagineses se retrasaban un día más les aplastaría como hormigas, sin dejar piedra sobre piedra en Cartago; que ordenaría arar sus campos y los sembraría con sal para que hasta el recuerdo de la ciudad se perdiese en la oscuridad de los tiempos, haciendo que su destrucción quedase ligada al nombre de Régulo por siempre.

Hacía apenas quince días, el cónsul mismo, montado a caballo, había informado a las legiones de que los púnicos deseaban rendirse y de que los legionarios, sus queridos hijos, pronto volverían a casa con todo el botín que les correspondía. Que entrarían en Roma orgullosos, en un majestuoso *triumfo*, aclamados por el pueblo.

Los legionarios ya habían inventado canciones y chascarrillos sobre el cónsul, para recitar cuando marcharan tras él y llegasen a las calles de Roma, cubiertos de oro y gloria.

Nada quedaba aquella mañana de la euforia que había demostrado después de despedir a los diplomáticos cartagineses tras su primera visita. Hoy, aquellos hombres pausados y tranquilos, de vestimenta colorida, que parecían acercarse a su propia casa, llegaban al campamento de Adis por quinta vez. Era esa misma tranquilidad, típica de los diplomáticos, la que parecía exasperar al cónsul, un hombre de acción. Bíbulo no entendía muy bien a qué venía aquello de las negociaciones. Cuando en la Subura dabas una paliza a alguien le quitabas lo que tenía. Y si te la daban a ti, te quitaban lo que tenías. Así funcionaba. No podía ser tan diferente, por muy alto que se estuviera en la escala diplomática.

A pesar de los rumores, la moral estaba alta, aunque los cuestores habían procedido al racionamiento pues, debido a las negociaciones, Régulo se había comprometido a respetar las tierras de África hasta que se llegase a un acuerdo que día tras día parecía inminente. A los legionarios eso no les olía bien, tanto ir y venir, tanto negociar. ¿Qué era lo que tenían que negociar exactamente? No había nada de qué hablar.

Por la legión corría el rumor de que, en realidad, los cartagineses estaban

ganando tiempo para formar un ejército que los derrotase. Bíbulo ya no daba crédito a esas habladurías. Estaba claro que los púnicos querían rendirse, lo más probable es que Régulo, pensaba él, estuviese exigiendo demasiado y a estos les costase dar su brazo a torcer. Pero era cuestión de tiempo. Además, él había visto el terror en la cara de los muchachos púnicos que habían defendido Adis, aquellos a los que había atravesado con la espada cuando cargó con ímpetu.

El suburano barruntaba. Si a lo que se debían enfrentar era a esos hombres de nuevo, o más bien a los que quedaban, la tarea no podía ser tan difícil. Por eso mismo, Bíbulo no creía que los cartagineses tuviesen la menor intención de ser aplastados otra vez y empeorar las demandas, fuesen las que fuesen. Sería estúpido. Por otro lado, no le hubiese importado luchar de nuevo, incluso podría decirse que lo deseaba. El vello erizado cuando el cónsul apareció delante de ellos, la sensación embriagadora de las legiones gritando al unísono, el sudor frío previo a la carga, el estrepitoso choque escudo contra escudo una vez que llegó a las líneas cartaginesas; sentir la espada como una prolongación de sí mismo, proyectándose hacia el cuerpo de un enemigo. Un enemigo que se interponía entre él y volver a Roma con su merecida parte del botín. Con Régulo a su lado eran invencibles.

Pero había algo más importante por lo que Bíbulo quería luchar. El vino ya no tenía el mismo sabor, las mujeres daban un placer demasiado pasajero, hasta los dados le habían llegado a aburrir. En parte, sentía la necesidad de vengar la muerte de Verrucoso y, por otro lado, la de revivir esa sensación de miedo y rabia que hacía que, delante del enemigo, cara a cara con la muerte, la vida supiese muy diferente. La mente se nublaba, uno era más consciente de todo lo que ocurría alrededor, aunque sin serlo.

El simple hecho de matar resultaba embriagador; era como tener el poder de un dios, el poder de quitar vida. Era como joder: ensartabas tu arma con ansia en el cuerpo enemigo, aquel emitía un alarido y sus ojos se volvían blancos, luego lo hacías otra vez, otra más, hasta que aquel se desplomaba con un último suspiro. Luego, la victoria, el rugido animal de miles de gargantas, la fascinante sensación de fuerza que había sentido cuando el enemigo emprendió la huida mostrándole la espalda. La noción de que lo que había ganado a punta de espada ahora le pertenecía por derecho propio como vencedor. Verse rodeado de enemigos abatidos. Después, el descanso. Uno diferente a cualquiera que hubiese experimentado en su vida, un descanso completo y merecido, unido a la sensación de haber cumplido con su deber.

Su deber con el cónsul y con Roma. Estaba dispuesto a morir por ambos.

Sentado en un tronco, ante la hoguera, Bíbulo afilaba la hoja de su gladio. Nunca pensó que el siseo rítmico de la piedra contra el metal fuese a producirle tal sensación de paz, serenidad y seguridad. Ya estaba bien afilada, pero la monótona melodía le tranquilizaba.

Durante las últimas tres semanas, Arishat había sido una mujer dichosa. Los espartanos salían temprano por la mañana, antes de que despuntase el sol, y ella estaba ahí para despedirlos. Cuando llegaban, horas después de que el sol cayese, ahí seguía para darles la bienvenida.

Por primera vez en su vida, la cartaginesa se metía en la cocina, siguiendo las instrucciones de sus esclavas. Se manchaba las manos amasando pan, o cocinando un trozo de cordero. Arishat era muy torpe en la cocina, pero reían, y reían como tres buenas amigas.

Reían en la cocina, reían en el patio, y hablaban. De vez en cuando, las esclavas hacían alguna observación sobre los espartanos, sobre los prodigiosos músculos de Brásidas, con quien la más joven estaba embobada, o sobre la cara, un tanto aniñada, de Cleómenes. O sobre ciertos aspectos que se les antojaban tremendamente curiosos de su forma de actuar y que, en un principio, les habían resultado chocantes. Ahora les hacían gracia.

Cuando los hombres llegaban por la noche, las tres acudían raudas a ayudarles a desvestirse y a asearse. Hubiera parecido que lo hacían por complacer a los mercenarios, pero en realidad disfrutaban masajeando con aceite aquellos músculos poderosos.

Jantipo, fiel a su palabra, no había hecho nada por tomarla. Tampoco la rehuía, aunque lo intentó la primera vez que Arishat le dijo que olía como un auténtico puerco, que se metiese al agua para recibir un buen aseo. La autoritaria voz de la púnica casi consiguió que el mercenario se cuadrara. La cartaginesa no lavó a Jantipo deteniéndose en sus músculos, ni acariciándole, ni intentando provocar en él reacción alguna. Sencillamente le frotó bien, como hubiese frotado a un caballo, con movimientos fuertes y secos. Aquello pareció complacer al mercenario. Al final, ella le dio una sonora palmada en la nalga como señal de que el aseo había concluido, esfumándose a seguir con otros asuntos. Sin quererlo, sin saberlo, Arishat se había convertido en el tipo de mujer que aquel hombre requería a su lado.

—¿Os habéis fijado cómo recoge Brásidas la espada por la mañana?
—dijo la más joven de las tres cuando se encontraban preparando el pan para el día siguiente—. La mira como si fuese un bebé recién nacido. Le he visto susurrarle cosas, e incluso besarla.

Las tres mujeres rieron.

—A mí lo que me gusta de Brásidas es la otra espada, la que no le cuelga del cinto —dijo la otra esclava, provocando las risas de sus dos acompañantes.

Una mano aporreó la puerta.

—¿Ya están aquí? Es muy pronto —dijo Arishat—. Ve a abrir, ya sigo yo con eso.

La risueña esclava no tardó en volver con el semblante serio.

—Señora, es un emisario del sufete. Quiere verte.

El buen humor de Arishat se desvaneció al instante. Subió rauda a su habitación dispuesta a ponerse presentable en el menor tiempo posible. ¿Qué querría el sufete? Sin duda, información sobre Jantipo. Sí, eso sería.

El sufete podía estar tranquilo; Jantipo era intachable y estaba sumido en su cometido de preparar al ejército para enfrentarse a las legiones de Roma. Ella estaría de vuelta en casa antes de que los espartanos llegaran.

La bella púnica caminaba detrás del emisario, a paso ligero. Había hecho ese camino tantas veces que no le hacía falta seguir al hombre menudo del que no sabía ni el nombre. Al llegar a la puerta de la mansión del máximo magistrado de Cartago, sintió como si la vida que hubiese vivido hasta que llegara Jantipo hubiese sido la de otra mujer, una extraña. Se volvió a convencer a sí misma: el sufete querría información. Eso sería todo.

Fue guiada hasta la lujosa alcoba del dirigente. La luz comenzaba a ser tenue, y un esclavo sordomudo encendía pequeñas lámparas de aceite que pronto, cuando el sol buscara reposo en el mar, darían a la estancia un penumbroso ambiente de calidez. Una calidez que la púnica no quería.

El sufete vestía una túnica ligera, como hacía antes de acostarse. Estaba sentado sobre una gran silla acolchada. Le habían servido una copa de vino.

—Pasa, gacelilla, pasa. Siéntate.

El esclavo salió cerrando la puerta con delicadeza. Se quedaron solos. Se hizo un tenso silencio.

—¿Qué desea el gran sufete?

El hombre la miraba con una sonrisa burlona, examinándola, como si la mujer que hubiese entrado por esa puerta no fuese la que él había hecho llamar.

—Te noto diferente —dijo el hombre.

—¿En qué, mi gran señor?

—No lo sé. Estás diferente. Pero bueno, eso poco importa.

—Será la luz.

—Sin duda, Arishat. Será la luz —dijo el sufete no muy convencido—. Siéntate. Cuéntame, gacelilla, cuéntame. Llevas ya bastante tiempo conviviendo con ese Jantipo. ¿Le complaces en todo?

—Sí, mi señor. Procuero complacerle en todo.

—¿Y te ha contado algo que crees que sea conveniente que yo sepa?

—No, mi señor, es un hombre muy callado y reservado.

—Pero te tomará con pasión, imagino. No deja de ser un rudo soldado. —Y dio un sorbo al vino, sin apartar la mirada de los ojos de la púnica.

—No, mi señor, no me ha tomado. —Arishat se arrepintió de haber dicho eso nada más acabar la frase. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no lo había visto venir?—. Pero soy complaciente con él y procuro no apartarme de su lado.

—Entiendo. Los griegos son muy extraños. Y los espartanos también lo son, incluso para los griegos. Quizá debería haberle encargado el trabajo a un muchacho. Griegos —dijo de forma despectiva—. Muy bien. —Volvió a examinarla—. Pues habla tú. ¿Qué me puedes contar de él?

—Es un hombre correcto, sincero y leal, gran señor. Sale de casa antes de que amanezca y vuelve cuando hace rato que ha anochecido. Se toma su labor en serio y además está seguro de que vencerá a los romanos.

—Ya veo —dijo el sufete no muy convencido, antes de incorporarse e ir hacia ella.

El cartaginés comenzó a dar vueltas alrededor de la silla en la que estaba sentada. Se detuvo un instante para, delicadamente, coger parte de la melena de la bella mujer y olerla.

—¿No te has perfumado para venir a verme?

—Vuestro emisario dijo que teníais cierta urgencia.

—Yo no le he dicho eso. Es más, tenemos toda la noche por delante. —El sufete hizo una incómoda pausa—. Verás, Arishat —prosiguió con parsimonia—, los generales están inquietos. Dicen que Jantipo busca la gloria personal, que está creando un ejército de perros rabiosos. Bóstar llega incluso a afirmar que el espartano pretende derrotar a los romanos para luego entrar en la ciudad y hacerse con el poder. Aunque también ha llegado a decir que pretende pactar con ellos, rendirse por una buena suma y entregar Cartago. ¿Qué me dices a eso? ¿Crees que hay algo de verdad en ello?

—Eso no es posible, gran señor.

—Ya. Si como dices es un hombre callado, y no te ha contado nada, es difícil que tú sepas eso, ¿no crees? —repuso el sufete mirándola fijamente a los ojos para luego seguir andando a su alrededor pausadamente—. Bóstar es un auténtico imbécil y un envidioso, por eso no le hago mucho caso. Pero ya sabes cómo son los rumores: a veces hay algo de verdad. Además, Hannón el Grande tiene esa misma sensación, y de él me fío algo más. Tengo mil ojos, gacelilla, y mil oídos. Sé que Jantipo ha prohibido a los hombres decir que luchan por los sufetes y por Cartago. Eso me preocupa. Les incita a que luchen por ellos mismos. Es como si pretendiese crear, con mi dinero, un ejército de mercenarios. Porque eso es lo que hacen los mercenarios, luchar por dinero y para sí mismos. ¿No es así, Arishat? Tú deberías saber algo de eso.

La púnica procuraba parecer lo más tranquila posible, aunque las pausadas palabras del sufete la aterraran. Solo cuando maquinaba hablaba así.

—No es solo eso, mi dulce gacelilla. El pueblo le aclama. ¿Sabes cómo le llaman? —Arishat negó con la cabeza: El escudo de Cartago, nada menos. Jantipo está en boca de todos y, de alguna manera, ha conseguido que el ejército ruja con pasión cuando él aparece. Lo cierto es que intimidan. Incluso a mí. Le vitorean como a un héroe o a un dios, y realmente parecen más dispuestos a morir por él que por mí, o por Cartago. ¿Entiendes lo que te digo? ¿Comprendes la gravedad del asunto?

—Sí, mi gran señor. Pero os garantizo que podéis estar tranquilo.

Arishat supo que no era eso lo que el sufete quería oír. Su propia naturaleza no le permitía entender que alguien inteligente y capaz como Jantipo, pudiendo acceder al poder, no lo hiciera. Más aún cuando aquella opinión provenía de una mujer. Seres simples, embaucados con facilidad por las palabras bonitas, los poemas y la apariencia de honestidad y lealtad.

—Ya. Me garantizas... Verás, mi dulce gacelilla: estoy un tanto decepcionado contigo. Espero no haberme equivocado al encargarte el trabajo. Como sabes, no me gusta que me decepcionen. Arishat: haz un favor a Cartago y a ti misma y mantenle bien vigilado. ¿Harás eso por mí?

Una extraña sonrisa, que pretendía ser afable y paternal, decoraba la cara del cartaginés.

—Por supuesto, mi gran señor —dijo la púnica, levantándose deseosa de salir de allí—. Si ese hombre trama algo contra ti o contra Cartago, me enteraré. Si es así, sé que sabrás darle su justo merecido.

—Y si fuese necesario, ¿acabarías tú misma con su vida?

—Si tal fuese tu deseo, así lo haría.

—Así me gusta, gacelilla —asintió el sufete mientras alargaba la mano y le acariciaba un pecho por encima de la túnica—. ¿Qué es eso blanco que llevas en el pelo? —El cartaginés soltó una carcajada—. ¿Harina? No me digas que has estado metida en una cocina.

—No, mi señor. Estaba azotando a una de mis esclavas cuando llegó vuestro emisario. La chica estaba amasando mal el pan. Será de eso.

—¿Qué sabrás tú de amasar pan? —dijo el sufete divertido—. Desvístete, Arishat.

—No es un buen día, mi gran señor —repuso con humildad.

—Soy yo quien decide cuándo es un buen día, no tú. Desvístete.

Arishat se desvistió lenta y pudorosamente hasta quedar desnuda. No tenía elección. Con un movimiento de la cabeza hizo que sus cabellos le cubrieran los pechos. El sufete, cuya virilidad comenzaba a manifestarse, asió los firmes y morenos senos, uno con cada mano. Una vez hubo satisfecho el tacto y la visión, llevó sus labios a los pezones de la mujer, lamiendo con ansia. Arishat cerró los ojos, aferró con fuerza la cabeza del sufete y la apretó contra sí. No como otras veces para que el hombre se desbocase, sino presa de la impotencia, para que aquel no pudiese ver las dos solitarias lágrimas que recorrían los surcos que las risas y la felicidad de aquellos días habían marcado en su rostro. Maldijo su pasado.

El sufete, ansioso, se desvistió con brutalidad, pleno de deseo, y volteó el cuerpo de la cartaginesa como tantas y tantas veces había hecho, para embestirla con fuerza. Arishat se aferró a la silla que tenía delante, recibéndolo en sus entrañas, sollozando quedamente. El vaivén del hombre era más brutal que de costumbre; embestía, se retiraba, aguardaba un instante y volvía a embestir. No jadeaba de placer. Era como si la castigase.

Arishat quiso que la tortura acabara, pero sabía que, hasta que la virilidad del sufete no se derramase en sus entrañas, no pararía. Ella no podía hacer nada para detenerle. Se sentía sucia y humillada como no se había sentido en su vida. Pensó en Jantipo. Le imaginó entrando por la puerta y degollando al sufete en aquel instante. Pero el espartano estaría sudando en ese momento, a las afueras de la ciudad, ajeno a la hiena que maquinaba su destrucción y que mancillaba un cuerpo que ahora le pertenecía.

Cuando Arishat sintió que el sufete se detenía, adentrándose en ella hasta no poder más para descargar su simiente, no le oyó emitir el profundo rugido de placer con el que solía acabar satisfecho. Simplemente se retiró de ella.

Arishat, procurando esconder sus lágrimas y su cara de aflicción, se vistió con rapidez. Mientras, el cartaginés iba a buscar dos pequeñas monedas de plata que le tiró al suelo, haciendo un gesto con la cabeza para que las cogiese, y volviendo a dar un sorbo a su copa de vino.

—Vamos, vamos, recógelas. No te hagas la digna.

El hombre esperó paciente a que Arishat tuviese las monedas en la mano y entonces su dañina lengua siguió apuñalando el alma de la mujer.

—Te has entregado como una puta barata del puerto. Confórmate con eso. Es lo que vales ahora. Sírveme bien, mi débil e indefensa gacelilla, o puede que el único que esté dispuesto a pagar tus servicios sea el sumo sacerdote. Te ha tomado mucho cariño, ¿sabes? Habla mucho de ti.

El sufete suspiró, negando con la cabeza en un gesto de desaprobación.

—Parece mentira. ¿Acaso el espartano también te ha embaucado a ti? ¿A ti entre todas las mujeres? Al final va a resultar que ese Jantipo es mucho más peligroso de lo que creía.

Muchos curiosos abarrotaban las murallas de la ciudad observando a aquellos hombres que eran su última esperanza. Como todas las mañanas durante las últimas cuatro semanas, Jantipo ordenó al ejército que formase. Como hacía siempre al empezar el día, ordenó que rugiesen y gritasen como dementes. El mercenario observaba satisfecho.

Los elefantes, acostumbrados ya al ruido ensordecedor de diez mil gargantas y al chocar de los metales durante los entrenamientos, permanecían inmóviles y tranquilos. El entrenamiento se había basado en un solo pilar: mantener la posición, no retroceder.

El espartano había valorado la posibilidad de ordenar la fabricación de diez mil lanzas de catorce codos, una para cada hombre. Lanzas larguísimas al estilo de las que había diseñado, tiempo atrás, Filipo de Macedonia. Sabía que aquella partida se jugaría en el centro del campo de batalla, pues los romanos carecían de caballería para suponer un peligro por los flancos. Además, Régulo disponía de una abultada superioridad en infantería, y eso le obligaría a venir de frente. Una falange de *sarissas* al estilo macedonio en un terreno regular era una barrera infranqueable; pero el tiempo que necesitaba para entrenar a los hombres en el uso de aquellas armas hubiera superado el año. Optó por adoptar lanzas algo más cortas y más al uso del país, parecidas a aquellas que utilizaban los *hoplitas* griegos. No haría falta convertir Cartago en una fábrica de armas que, seguramente, tardarían demasiado en hacer. Las que utilizarían no eran tan largas como las *sarissas*, que permitían mantener al enemigo alejado mientras se causaba daño, pero sí eran más manejables y requerían un entrenamiento más básico.

Ordenó que los hombres llevasen consigo las lanzas en todo momento, y cuando Amílcar le pidió que especificase un poco más lo que quería decir «en todo momento», Jantipo fue más explícito.

—En todo momento, Amílcar. No comerán, no dormirán, no cagarán y no mearán sin llevar la lanza encima. El hábito es el mejor maestro.

Efectivamente, llegó un momento en el que aquellos muchachos bisoños se sentían extraños sin la lanza. No tenerla les hacía sentir como si les hubieran amputado un brazo. Las ampollas que afloraron a la semana de llevarlas de un lado para otro, entrenando con ellas de continuo, pronto se convirtieron en ásperos callos. Un peto de lino prensado, una espada como

arma auxiliar y un escudo ovalado que protegía desde el pecho a la espinilla completaban la panoplia de cada uno de los cartagineses. Aquellos pocos que podían permitírsele también llevaban grebas y casco.

Jantipo sabía que el escudo, no obstante, procuraba una defensa más aparente que real en los primeros compases de una batalla contra las legiones, pues había sido testigo de cómo las armas arrojadas romanas, merced a su diseño, una vez impactaban contra la defensa penetraban como un arpón en la madera. Hacía falta la fuerza de un titán para arrancarlas, echar el escudo al suelo, apoyar el pie en él y tirar con fuerza. Algo imposible en el fragor de una batalla. Con esas jabalinas incrustadas los escudos resultaban imposibles de manejar, acabando por ser descartados y dejando a su portador prácticamente indefenso.

De todos modos, si la formación de la falange era lo suficientemente compacta, si se maniobraba correctamente y si los hombres formaban hombro con hombro, se reducía el frente en que la formación se desplegaba. Así se podía crear un impenetrable bosque de lanzas contra el que las *pila* romanas se estrellarían perdiendo su fuerza y minimizando el daño.

Aguantar en el centro, esa era la clave. Que los cartagineses no diesen un paso atrás ante el envite de legionarios curtidos que les superaban ampliamente en número. Resistir, esa era la única consigna.

Según los informes, Régulo carecía de suficiente caballería. Por mucho que quisiese, le resultaría casi imposible flanquear a la falange. Tendrían que venir de frente. La dificultad de responder a un movimiento envolvente era el gran punto débil de la formación que tantas glorias había dado al mundo griego. Si los flancos estaban seguros, como sin duda lo estarían gracias a la caballería nómada, tenían alguna posibilidad. La suerte es caprichosa, más aún en la guerra.

Por otro lado, había que elegir cuidadosamente el campo de batalla y hacer que el enemigo lo aceptase. Una falange en terreno irregular perdía fácilmente la cohesión, se abrían huecos en la formación. Si eso ocurría, acababa por desintegrarse ante el empuje de un enemigo decidido. Era necesario buscar una llanura lo suficientemente amplia como para evitar esto. También para poder sacar el mayor provecho de los elefantes y la caballería. Si el centro resistía lo suficiente, los nómadas, que ocuparían los flancos, podrían poner en fuga a la caballería de Régulo, envolviendo a la densa formación romana para atacarles por la retaguardia. La falange era el yunque, la caballería el martillo. No sería fácil ante hombres curtidos, pero tampoco

había otra opción.

Aquellos que el primer día de entrenamiento se habían desplomado sin poder mantenerse en pie, fueron colocados en primera línea. No como castigo, sino porque si la batalla duraba desde la mañana hasta la noche, como era previsible, era mejor contar con los hombres más resistentes en las líneas traseras, donde pudiesen, en caso de necesidad, tener el resuello suficiente después de haber estado en pie durante horas, para seguir manteniendo la posición. Tras estos se colocarían los pocos veteranos que aún quedaban vivos tras tantas derrotas. Ellos debían formar la última línea de defensa, una pared inquebrantable contra la cobardía que pudiese surgir ente las líneas de la propia falange. El ejército lo completaban mil mercenarios griegos y un nuevo contingente de caballería formado por dos mil expertos jinetes de las salvajes tribus de Numidia. Todos ellos, unidos a los dos mil que se habían salvado en Adis, suponían una importante fuerza de choque y flaqueo. La victoria es siempre del último que echa a correr, del que consigue hacer frente al miedo un poco más que su adversario.

Jantipo paseaba lentamente, como era su costumbre, por delante de la formación. Los hombres se mantenían en posición de descanso, con las lanzas apuntando al cielo. Al fin aquella turba parecía un ejército.

El espartano respiró orgulloso y complacido. Acercó la cara a uno de los jóvenes para, como había hecho días atrás, soltar un estridente alarido de carga a un palmo de la cara del muchacho. El cartaginés no solo no flaqueó sino que, impertérrito, devolvió el grito, uniéndosele a este el del resto de la falange. Jantipo se alejó satisfecho.

—Tú —dijo apuntando a uno de ellos—, camina veinte pasos sin mirar atrás.

Una vez que el muchacho cumplió la orden, prosiguió:

—Ahora cierra los ojos y da media vuelta. Ábrelos cuando yo te lo ordene.

Volviéndose a la falange, ordenó:

—¡En posición!

La orden provocó, durante un instante, un sonido metálico, el de diez mil hombres preparándose para una embestida. Luego el silencio.

—Abre los ojos, muchacho.

El cartaginés se quedó boquiabierto.

—Míralo bien, soldado. Porque cuando veas a los romanos cargar contra ti, decididos a ensartarte con su espada, eso es exactamente lo que van a ver

ante ellos. Recuérдалo bien, tú formas parte de eso. Ese es tu sitio.

El muchacho estaba asombrado, un bosque de lanzas compacto e infranqueable, las cuatro primeras filas proyectando sus puntas hacia delante, el resto hacia el cielo. El muchacho rugió con orgullo y la falange también. Aterrador, sin duda.

Jantipo invirtió el resto del día en que uno a uno todos los hombres abandonasen su puesto y observasen el bosque de picas durante unos instantes. Cuando el último de ellos observaba el despliegue, pleno de orgullo, el espartano se acercó a él.

—Vuelve a tu sitio. —El mercenario aguardó a que el joven ocupase su puesto, montó a grupas de su caballo y habló con su potente voz—: ¡Hombres de Cartago, una ciudad defendida por valientes no necesita murallas! Ayer —gritó Jantipo dirigiéndose a todos— erais tenderos. Hoy sois soldados. Mañana, ganemos o perdamos, seréis el orgullo de vuestra ciudad y el ejemplo a seguir de vuestros hijos. El valor no es la ausencia de miedo, eso es temeridad. El valor es, simplemente, saber mantener a raya ese miedo un instante más y luego otro y otro, conviviendo con él sin hacerle caso. ¡Id a vuestras casas, hacedle el amor a vuestras mujeres, bebed buen vino, reíd y observad por última vez aquello que vais a defender, pues no hay nada más sagrado! ¡Respirad hondo y saboread la bella sensación de libertad absoluta que se apodera de los que saben que se dirigen a una muerte segura pues, dentro de dos días, ganemos o perdamos, estaremos de camino hacia la gloria!

—¡Jantipo! ¡Jantipo! ¡Jantipo! —coreó el ejército al unísono, clavando sus armas en el aire.

Los sufetes de Cartago, a caballo y rodeados de una docena de generales, observaban impasibles en la lejanía. Quien se hubiese fijado, hubiera dicho que con desconfianza.

Marco Atilio Régulo se incorporó lentamente apoyando los puños sobre la mesa. Estaba tranquilo. Miró fijamente a los emisarios cartagineses y estos dejaron de hablar al instante.

—Un mes. Me habéis estado dando largas durante un mes. Habéis venido aquí ya siete veces, solo para decirme, aunque fuese con muchas palabras, que aguardase un poco más, que vuestro Senado aceptaría las condiciones que os impuse de un momento a otro. Pero la paciencia es algo que se agota, amigos míos, y ayer juré por todos mis antepasados que si hoy entrabais en esta tienda y me decíais algo diferente a un sí rotundo, marcharía sobre Cartago.

—Gran cónsul de Roma, debes entender que no es fácil para un pueblo como el nuestro renunciar a lo que nos ha hecho grandes. Pedís demasiado. Sicilia, Córcega, el desmantelamiento de nuestra flota, miles de talentos en oro cada año, la obligación de consultar con el Senado de Roma nuestras acciones de guerra o paz.

—Si tan gravoso os parece, dejad que hablen las armas.

—¡Lo que nos pedís supone el práctico sometimiento a Roma! ¡Debéis rebajar vuestras demandas! —respondió alterado el cartaginés, perdiendo por primera vez la compostura.

—¿Debo? —inquirió Régulo provocador. El cartaginés volvió a su papel suplicante.

—Debéis entenderlo, señor.

—Y lo entiendo. —Régulo se mostraba afable—. Por eso he sido paciente, pero ese es el precio de la paz. La paz la imponen los vencedores. Y vosotros habéis sido derrotados.

—Gran señor...

—De todos modos —interrumpió Régulo—, solo habláis de lo que perderéis, no decís nada de lo que habéis ganado. Si no hubieseis aparecido por aquí, haría ya dos semanas que Cartago estaría en ruinas y vuestra población, y vosotros mismos, estaríais cargados de cadenas rumbo a algún mercado de esclavos. Lo habríais perdido todo, no solo las islas y la flota. Por ahora, el único que ha mostrado que cumple su palabra he sido yo, tengo ese mal hábito. He dejado de saquear e incendiar vuestro territorio. Así que no me hables de comprensión.

—Gran Señor, dadnos tan solo unos días más, los sufetes se muestran receptivos...

—Lo siento, cartaginés. Habéis ido demasiado lejos. Habéis tenido tiempo suficiente. Quizá si salís ahora hacia Cartago podáis decir a vuestro Senado que Marco Atilio Régulo estará a las puertas de la ciudad dentro de tres días a lo sumo. Seguramente eso les haga reflexionar. Antes de atacar aguardaré paciente un día más. Como ves, incluso ahora me muestro razonable. Si para entonces no he recibido un sí rotundo e incondicional a mis demandas, ordenaré el asalto. Ya me encargaré yo de tratar directamente las nuevas condiciones con vuestro Senado, y deberán ser nuevas, sin duda, pues esas negociaciones se harán en medio de una Cartago en ruinas y con vuestros sufetes encadenados.

El cónsul hizo un gesto con la mano para detener una incipiente interrupción de los diplomáticos.

—No tengo nada más que decir y os aseguro que vosotros tampoco. Salid inmediatamente de mi campamento. Salid ahora mismo sin decir una sola palabra, o de lo contrario no puedo garantizar que vuestra vida vaya a ser respetada. No conocéis a mis hombres cuando se enfadan. Y no queréis conocerlos.

El aplomo del cónsul y sus amenazas fueron lo suficientemente explícitas para que los cartagineses hiciesen una reverencia y no dijese al despedirse la cantidad de cosas que solían decir. Lisonjas en su mayoría.

—Quinto, mi armadura. Lucio, que se preparen las legiones. En dos horas quiero estar de camino a Cartago.

—Pensé que no lo diríais nunca, señor —dijo Lucio hinchando el pecho, con una amplia sonrisa.

—Todo llega, mi buen Lucio. Aunque antes pasaremos por el pequeño enclave de Tynes para incendiarlo. Seguro que sus llamas se ven desde Cartago.

Por fin se movían. Después de un mes, el cónsul había ordenado levantar el campamento de la colina de Adis a toda velocidad. Las legiones de Roma serpenteaban en perfecto orden camino de Cartago, dejado tras de sí la pequeña localidad costera de Tynes envuelta en llamas. Régulo había ordenado incendiarlo todo a su paso, y los legionarios, Bíbulo entre ellos, se entregaban con entusiasmo a una orgía de destrucción. Los pocos cartagineses que encontraban en su camino eran masacrados sin piedad, fuesen hombres, ancianos, mujeres o niños.

La primera vez no fue fácil. Bíbulo, que sostenía con la mano derecha una antorcha donde bailaban antojadizas las llamas portadoras de la furia de Roma, dudó. Había acercado a la endeble estructura de paja su destructivo legado para acto seguido retirarlo sin dejar que las llamas llegasen a lamer la reseca techumbre. ¿De qué servía aquello? La humilde vivienda, abandonada por sus moradores en la más absoluta de las urgencias, aún guardaba en su interior las pocas pertenencias de una familia pobre que nada tenía que ver con él.

Fueron los ladridos de su centurión, que instaba a la prisa para proseguir la marcha, los que al final impulsaron su mano hacia delante.

—¡Vamos, Bíbulo! ¡No se va a quemar sola!

Las llamas, aparentemente inofensivas en la antorcha, se revolvieron rabiosas al hacer contacto con la paja, avivadas por una brisa que provenía del norte. Se produjo un repentino calor. En las hipnóticas formas que dibujaban las llamas se fundían imágenes de legionarios victoriosos y humildes familias que lloraban la pérdida de todo cuanto tenían. Solo el soberbio empujón del centurión sacó a Bíbulo de su ensimismamiento.

—¡Que el cónsul te haya abrazado no significa que te vaya a dar por el culo! ¡Muévete, imbécil!

Bíbulo no volvió a dudar más. Al fin y al cabo, ellos tenían la culpa por no someterse a la voluntad del cónsul una vez derrotados. Malditos cartagineses. Ellos habían provocado la guerra. Ellos habían matado a Verrucoso.

Durante el resto del día, el suburano entregó siete viviendas más al fuego purificador. Las chozas ardían al instante, como teas, hasta convertirse en cenizas. Ese era el castigo por resistirse a Roma, el merecido escarmiento por

haber desafiado a la República y sobre todo al cónsul, a su cónsul. Al hombre que, sin saberlo y a cada paso que daba, confería a su antes miserable existencia un sentido superior, una razón por la que vivir y por la que morir, algo más profundo que aquel lejano día a día de la Subura. Mucho más amplio que el simple mañana. Sus actos ahora se proyectaban hacia la eternidad.

Sentía orgullo de pertenecer a algo grande e invencible. La soberbia de Cartago no quedaría impune. Su brazo no temblaría en las calles de la impertinente ciudad cuando esta finalmente se sometiese.

Acamparon muy pronto. Demasiado pronto para lo que era habitual. Se dispusieron a establecer el campamento a toda velocidad, arreados por los centuriones. Debían levantar la empalizada antes de que se pusiese el sol, berreaban los oficiales.

Los tribunos iban y venían raudos de la tienda del cónsul, los exploradores llegaban al galope, aún cubiertos de polvo, espetando su mensaje sin bajar del caballo para, acto seguido, salir disparados como una flecha a recabar más información. Un rumor se extendió por todo el campamento. El desenfrenado ajeteo era suficiente prueba para Bíbulo de que, precisamente ese rumor, era cierto. Un ejército cartaginés, a menos de tres millas de distancia y acampado en una llanura, bloqueaba su avance. La ciudad derrotada se había escudado en las negociaciones para ganar tiempo, haciendo un último e inútil esfuerzo por detener el imparable avance de Régulo. El último estertor de un enemigo tocado de muerte. El último espasmo de un enemigo moribundo.

El ambiente en el campamento era de auténtica embriaguez, a pesar de que no corriese el vino. Los legionarios cantaban a la victoria. Estaban ansiosos de acabar de una vez lo que habían empezado. Deseosos de luchar de nuevo. Cuando acabasen con aquel ejército, no habría nadie que pudiese defender las murallas de Cartago. Era un todo o nada y los dados estaban trucados.

Como todas las madres y esposas, Arishat había ido a despedir al ejército. Aunque, para ella, la despedida real había sido a la puerta de su casa; cuando él, con un tono de voz que a la cartaginesa se le antojó dulce, le había dicho que se verían en unos días; cuando se había quedado mirándola fijamente durante unos instantes, antes de dar media vuelta, montar su caballo y salir al trote levantando el polvo de la calle. Aquella mirada fue para ella como un beso. El beso que tanto anhelaba, pero que no debía buscar.

Durante todo el día, Arishat había estado recorriendo el patio como una pantera enjaulada. Andando a grandes pasos de aquí para allá, sin sentido. Dichosa porque la mirada del espartano desprendía algo más que simple afecto o gratitud. Preocupada por la suerte del hombre que debía salvar la ciudad y por los que iban con él. Temerosa de la situación que viviría Cartago si el ejército fracasaba. Por otro lado, estaba deseosa de ver marchar al ejército enemigo por la ciudad solo por contemplar al sufete suplicando clemencia, cargado de cadenas o ensartado en una espada romana.

Anheló, miedo, frustración, dicha, odio. Incertidumbre absoluta, al fin y al cabo. Tardó en dormirse, las imágenes de toda una vida sin sentido se le agolpaban en la cabeza, pero la última mirada del mercenario daba, sin duda, sentido a todo. Ella esperaría, solo dejaría de esperar cuando él volviera o cuando viese su cuerpo inmóvil privado de vida. Y si ocurría esto último, ella misma se mataría arrojándose en una pira, como había hecho la reina Dido ante la partida de Eneas el troyano.

Le pareció que acababa de quedarse dormida. Una voz de hombre susurró su nombre mientras una mano la movía para intentar despertarla. Abrió los ojos esperando encontrar a Jantipo, pero el terror invadió su alma cuando vio en su habitación, de pie y observándola, al sufete, a Hannón, a Bóstar, a dos soldados del templo y a Sakárbal. El sumo sacerdote la miraba con esos ojos saltones, fuera de sus órbitas; con esa sonrisa lasciva y babeante. Uno de los soldados sostenía un bebé y el otro aferraba con fuerza a Elissa, la esclava a la que la bella púnica había liberado y, asiendo su espada, amenazaba con degollarla allí mismo. Elissa, aterrorizada, no se movía. Tan solo sus ojos, empapados en lágrimas, miraban a Arishat como pidiendo disculpas, como intentando explicarse.

—Mi dulce e indefensa gacelilla, es muy temprano. ¿Qué haces

acostada? —le suspiró el sufete al oído.

La cartaginesa, inmóvil e incapaz de gritar, respiraba agitada. Atrajo la piel que le cubría hacia sí, retorciéndola con unas manos tensadas por el miedo. Como si aquello fuese a protegerla de esos hombres. Su cuerpo temblaba.

—No está bien ir por ahí liberando esclavas que acaban de dar a luz. Sobre todo antes de un sacrificio —dijo Sakárbal en tono paternalista—. Esas cosas ofenden mucho a los dioses. Deberías saberlo.

Los ojos de la cartaginesa saltaban aterrados de un hombre a otro. Jantipo se encontraba lejos, luchando por aquellos malnacidos.

Al miedo se unió una sensación de repugnancia.

—Estábamos todos un poco abatidos con esto de la batalla que se avecina y hemos pensado en ti, seguro que tú nos animas. Siempre supiste cómo hacerlo. Ya dormirás luego, gacelilla.

—Jantipo —susurro agitada intentando gritar.

El sufete rio.

—No seas boba, gacelilla. Gane o pierda no volverás a ver a ese traidor. Ya me he encargado de todo. ¿Quién va primero? —dijo el sufete esbozando una amplia y macabra sonrisa—. ¿Tú, Sakárbal? Al fin y al cabo, la idea ha sido tuya. Deja algo para los demás, no seas demasiado travieso. —El sufete rio de nuevo.

Sakárbal asintió varias veces, incapaz de quitar la mirada de la bella mujer indefensa. Dio un paso dubitativo hacia ella y extendió ambas manos con indecisión, como si no supiese muy bien qué parte de aquel incitante cuerpo tocar primero. Se relamía. Babeaba como un cerdo.

—¡No! —logró gritar Arishat, al fin.

Y se despertó sobresaltada para comprobar que su habitación estaba vacía, que la ciudad dormía y que todo parecía seguir igual. La púnica rompió a llorar al tiempo que sus esclavas entraban por la puerta, alertadas por el solitario grito en la tranquilidad de la noche. Su ama temblaba, sollozando. Tuvo miedo de volver a cerrar los ojos.

Aquel sueño convenció a Arishat de que debía abandonar la ciudad. Lo tendría todo preparado para cuando Jantipo llegase. Huiría con él. Si volvía...

SEGUNDA PARTE

**LA BATALLA DE LOS
LLANOS DEL BAGRADAS**

Un enorme sol anaranjado comenzaba a emerger desde el este. Una solitaria y desdibujada nube blanca surcaba el cielo lentamente merced a una leve brisa. La mañana era fresca, pero el sol no tardaría en castigar la sagrada tierra y a los hombres que en ella estaban dispuestos a morir.

La gran llanura se extendía ante los ojos de Jantipo y sus cinco acompañantes. Vacía, prácticamente inabarcable para los ojos. Tras ellos, a veinte pasos, emitiendo de vez en cuando algún bufido, formaban los elefantes en línea con sus guías encima. Equidistantes los unos de los otros. Las bestias estaban tranquilas. Detrás de estos, la falange de ciudadanos cartagineses con las lanzas en posición de descanso. A cada uno de los flancos, dos mil guerreros nómadas a caballo, y en reserva, detrás de las líneas, los mil mercenarios griegos que habían conseguido reclutar en tan poco tiempo. Siete estadios más atrás, el campamento, a donde habían llegado tres días antes.

—¿Cómo dices que se llama la llanura, joven Barca?

—Bagradas, señor. Toma el nombre del río.

—Bagradas —repitió Jantipo, pensativo—. Buen nombre para nuestra última batalla, ¿verdad, Brásidas?

—Un gran nombre para la posteridad. Me gustan las cosas que empiezan por B —repuso el espartano—. Tienen algo de grandioso.

—¿Ganaremos? —preguntó Amílcar.

—Lo dudo, mi joven amigo —contestó Jantipo, sonriendo mientras le palmeaba la espalda.

Amílcar miró al mercenario sorprendido, pues hasta ese momento Jantipo no había mostrado duda alguna e incluso había defendido con determinación y sólidos argumentos que la victoria sería para los cartagineses. Tal y como había expuesto la estrategia que seguirían, no podían perder.

—Pero dijiste...

—Sé lo que dije. Un comandante no se puede mostrar derrotista. De todos modos, no importa que ganemos o perdamos, joven Barca, lo importante es luchar. Especialmente porque, si no luchamos, estará todo perdido igualmente. Sin embargo, si lo hacemos, aunque minúscula, cabe una posibilidad de victoria. En la guerra, más que en cualquier arte, la fortuna

juega un papel esencial. Tyche siempre fue una diosa caprichosa.

—Pero...

—Mi madre me solía contar una historia antes de dormir —continuó Jantipo, sin hacer caso a las objeciones de su acompañante—. Era sobre una cabra que un día decidió abandonar la seguridad de la granja para ir al monte. Los demás animales le advirtieron de que un lobo hambriento rondaba las inmediaciones y de que muchas cabras habían salido y no habían vuelto. Pero la cabra prefirió ser libre un día entero a vivir atada a una estaca el resto de sus días.

Amílcar escuchaba atónito. Fábulas de cabras y lobos cuando el futuro de su ciudad estaba en el aire.

Jantipo continuó:

—Salió de la granja cuando el sol despuntaba, comió hierba fresca, retozó en el barro y subió a lo más alto del monte. Desde allí contempló la granja y se preguntó cómo podía haber vivido en aquel diminuto espacio. Embelesada, observó el magnífico paisaje que se extendía a sus pies, respiró el aire fresco de la montaña y corrió arriba y abajo por los cerros, libre y feliz. Cuando comenzaba a anochecer, buscó un lugar para dormir y entonces oyó aullar al lobo. Luego le vio. Huyó despavorida, pero el lobo era muy veloz. Además, llegó un momento en el que se vio atrapada y cansada entre los infranqueables y escarpados muros de la montaña. El lobo, babeante, rabioso de hambre, se detuvo en su carrera dispuesto a saltar sobre ella para devorarla. —Tan sólo un profundo respeto por el mercenario impidió que el joven Barca interrumpiese el relato—. Pero la cabra se había prometido a sí misma al menos un día de libertad y, bajo la luz de la luna llena, juró luchar hasta el amanecer. Embistió a su depredador varias veces y este a su vez le dio poderosas dentelladas para menguar su fuerza. La cabra luchó durante horas, aunque ya conocía su destino. Cuando el sol comenzaba a despuntar de nuevo, la cabra se tumbó en el suelo para ser devorada. Podría haber aguantado más, o quizá no, pero había cumplido consigo misma. Ese es el precio de la libertad, mi joven amigo, y ahí radica el honor de la lucha. A veces no se trata de ganar.

Una pequeña nube de polvo se fue convirtiendo rápidamente en un jinete que galopaba a su encuentro.

—Ahí están nuestros lobos —dijo Jantipo, sin dar tiempo a que llegase el jinete para desvelar su mensaje. Sonrió y palmeó con fuerza la espalda del joven Amílcar Barca.

Marco Atilio Régulo cabalgaba al frente de sus tropas seguido de los doce *lictors*. Habían salido temprano, antes de que el sol despuntase. El cónsul no había dicho una palabra desde que saliera de su tienda y fuese aclamado por las legiones en perfecta formación. Estaba tranquilo, frío, meditando la táctica que seguiría en la lucha que se avecinaba. Sus oficiales respetaban su silencio. A cien pasos, se levantó una nube de polvo que galopó en dirección opuesta.

—Un explorador enemigo, señor —dijo Quinto apuntando con el dedo. Antes de que pudiese dar la orden para que fuese perseguido, el cónsul, afable y tranquilo, le detuvo con la mano.

—Tranquilo, Quinto. No malgastes la fuerza de los caballos, nos harán falta. Si fueran varios, quizá merecería la pena seguirles, pero siendo como es solo uno, lo más probable es que simplemente haya sido enviado para avisar de que nos acercamos. Están cerca, ya deben estar en posición. Por eso ha venido solo uno. Bien, caballeros —prosiguió el cónsul como si hubiera despertado de un sueño—. Esta es la idea: en cuanto les veamos formaremos en *triplex acies*, como siempre, pero con una diferencia: Tenemos que contrarrestar el poder de sus elefantes, así que los manípulos formarán en unidades más estrechas y más profundas, ocho hombres de ancho y quince de fondo. De esta manera, por muy fuerte que golpeen las bestias, no podrán atravesar la línea. Nuestro frente será algo más estrecho, pero así también podremos golpear su centro con más fuerza. Si, como dicen, disponen de cerca de cuatro mil hombres a caballo, deberemos aguantar los flancos a toda costa hasta romper el centro. Esa es la clave. Los númidas utilizan armamento ligero, no debería ser difícil detenerles a pesar de su número.

El cónsul se quedó ensimismado unos instantes.

—De todas formas, daremos las órdenes oportunas una vez estemos formados. Puede ser simplemente una demostración de fuerza para rebajar las condiciones. Quiero hablar con el comandante cartaginés. Aún están a tiempo de una paz negociada.

Cuando el cónsul y sus acompañantes llegaron a mil quinientos pasos de las líneas enemigas, Régulo ordenó el alto, observando detenidamente el despliegue cartaginés.

—Qué lástima no tener un puñado de jinetes más —exclamó el cónsul—. ¡Lucio!

—¿Señor?

—Que las legiones formen como hemos hablado. *Triples acies*, como de

costumbre, pero los manípulos más estrechos y profundos. Ocho por quince. Manlio, selecciona cinco manípulos de *triari* de la I Legión y colócate a la derecha, sus lanzas deberían bastar para contrarrestar cualquier carga de la caballería enemiga. Quedas al mando de ese flanco. Coge tres *turmae* de caballería para que te apoyen.

—Sí, señor.

—Ni un paso atrás, Manlio —aclaró el cónsul con severidad—. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor.

—Quinto.

—¿Señor?

—Quedas al mando del resto de la caballería. Llévate a los cinco manípulos de *triari* restantes de la I y colócate a la izquierda. Lo dicho, ni un paso atrás. Dispones de casi toda la caballería. Si en algún momento consideras que puedes avanzar sobre la derecha del enemigo y rebasarlos, hazlo. Aunque no recibas la orden expresa.

—Sí, señor.

—Bien, esperearemos a que todo el mundo esté en su puesto antes de intentar parlamentar.

La gran nube de polvo que se aproximaba a la posición cartaginesa se detuvo a unos mil quinientos pasos de esta durante unos minutos. Se dispersó merced a la brisa que soplabla en la llanura, dejando ver una hilera interminable de escudos, cabezas, lanzas y estandartes que bailaban al son que marcaba el aire.

Jantipo pudo ver a lo lejos la figura del cónsul y los *lictore*s escrutando sus líneas. Acto seguido, la nube de polvo se volvió a formar, diseminándose en todas direcciones muy deprisa, emitiendo un lejano rumor metálico. El espartano se volvió y miró hacia sus hombres. Alzó la mirada a los cielos, pidiendo a Zeus Crónida que la falange aguantase, al menos, la primera embestida; luego ya se vería.

El metálico ruido se fue difuminando hasta convertirse en silencio. La brisa volvió a dispersar el polvo dejando ver perfectamente el despliegue de las fuerzas romanas: estrecha y profunda.

—Pretende derrotarnos en el centro como habíamos previsto —observó

Jantipo.

—Era de esperar —repuso Brásidas.

La figura del cónsul, que había quedado oculta tras el despliegue, emergió de entre las silenciosas líneas romanas seguida de otros doce hombres. Avanzaba hacia el centro del campo, al paso, montando un magnífico corcel blanco.

—¡Vaya! —exclamó Arquíloco—. ¿Tan pronto?

—Tan pronto, ¿qué? —dijo Meleagro.

—¿Ya se quieren rendir?

Los cinco espartanos se miraron entre sí y soltaron una estruendosa carcajada a la que Amílcar asistió impasible, sin entender muy bien por qué reían cuando había tanto en juego. El cónsul y su comitiva se detuvieron a medio camino entre las líneas romanas y las cartaginesas.

—Vamos a ver qué quieren —dijo Jantipo, espoleando su caballo.

Los seis hombres que parecían conformar el Estado Mayor cartaginés y que habían estado observando, imperturbables, el despliegue de las legiones, salieron al galope para ir al encuentro del cónsul. Cinco de ellos vestidos a la manera de antaño, con el casco corintio griego, la capa carmesí espartana y el gran escudo con la Lambda a la espalda. El otro, un joven de aspecto vivo, iba ricamente ataviado a la manera cartaginesa.

Una vez se detuvieron ante ellos, el que parecía el líder se retiró el casco e hizo, a modo de saludo, un respetuoso gesto de asentimiento al cónsul. Este le devolvió el saludo solemnemente y entonces habló.

—Soy Marco Atilio Régulo, cónsul de Roma. Investido con los poderes del pueblo y el Senado para hacer la guerra y firmar la paz, comandante en jefe de las legiones y la flota de África. ¿A quién me dirijo?

—Jantipo —dijo el espartano sin más.

—Tenéis la oportunidad de aceptar mis demandas y así evitar un baño de sangre. Si es así, aquí y ahora, Cartago y Roma se encontrarán en paz. ¿Qué me dices?

—No soy conocedor de vuestras demandas. Pero, aunque lo fuera, no tengo potestad del Senado de Cartago para negociar condiciones, señor. —Jantipo le hablaba al cónsul con respeto y corrección.

—En ese caso quiero dirigirme a quien tenga tal potestad.

—Lo siento, señor. Ninguno de los que me acompañan tiene potestad

para tratar tal asunto.

Al cónsul pareció desconcertarle la respuesta del mercenario.

—Os superamos ampliamente en número, calidad y veteranía —dijo Régulo al fin.

—Lo sé, señor. Pero obviáis algo de vital importancia.

—¿Y qué es?

—Lucháis contra hombres libres y desesperados que defienden lo único que tienen.

El cónsul observó pensativo a Jantipo.

—Admiro el coraje y el honor. Rendíos y se respetarán las vidas de tus hombres y las de sus familias, así como sus bienes.

—Me temo, señor, que eso no es posible.

—Sea pues —dijo Régulo después de una larga e intensa pausa—. Seréis aplastados.

—Lo sé —admitió Jantipo—. Me conformo con aguantar la primera embestida.

El cónsul asintió con solemnidad. El espartano hizo lo mismo. Y ambos grupos volvieron galopando a sus líneas.

—Al fin un adversario digno, Lucio —dijo el cónsul con satisfacción—. Al fin.

JANTIPO



ELEFANTES



RÉGULO

BAGRADAS, 255 a. C.

Jantipo, apostado detrás de la falange, observaba el despliegue romano a través de las lanzas y los huecos que había entre los elefantes. El sol continuaba su lento ascenso. Los romanos se mantenían inmóviles.

Pasaron diez minutos. Luego otros diez. Los romanos no se movían. Ni un ruido invadía la llanura. Tan solo los habituales murmullos y cuchicheos de los hombres llegaban hasta él, incomprensibles.

—¿Qué pretenden? —dijo Amílcar pleno de ansiedad—. ¿Por qué no se mueven?

—Tranquilo, Amílcar, están poniendo a prueba nuestros nervios.

—Pues lo están consiguiendo —rugió el joven Barca.

—Lo sé. No es fácil esperar aquí, en formación, bajo el sol, de pie, prácticamente en silencio. A uno se le pasan muchas cosas por la cabeza. Están haciendo que aumente la tensión entre nuestros soldados porque saben que la mayoría son jóvenes e inexpertos. Confían en que, de esa manera, cuando carguen, nuestra moral se venga abajo en cuanto empiecen a caer los primeros.

—Eso no ocurrirá —afirmó Amílcar seguro de sí.

—Espero que no, mi joven amigo. Pero me temo que eso solo lo sabremos después de la primera embestida.

Bíbulo aguardaba la orden de pie, en silencio, rodeado de murmullos. Sumido en sus pensamientos, como arropado por sus compañeros de manípulo. Todos buenos romanos. Muchos de ellos curtidos en las batallas de Sicilia y África. Se sentía seguro.

Tal y como habían marchado aquella mañana, y después de ponerse de puntillas para mirar a su alrededor, le quedó más o menos claro en dónde se encontraba con respecto al resto de la legión. Los *hastati* de la I Legión ocupaban la primera posición, dejando huecos entre ellos del tamaño justo para que cupiese otro manípulo. Detrás de estos estaban ellos, los *hastati* de la II, con una visión clara de lo que tenían delante gracias al hueco que había entre los de la I. Detrás, los *principes* de ambas legiones, también divididos por manípulos y en la misma formación. Tras ellos, la impenetrable línea de escudos y picas de los *triarii* de la II Legión.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no nos movemos? —cuchicheó intranquilo un joven remero que se había incorporado al manípulo recientemente.

—Tranquilo, muchacho —apuntó uno de los más veteranos con aire de suficiencia—. Puede que estemos aquí hasta la noche, que volvamos al campamento y que mañana volvamos a salir y formar de nuevo. En Agrigento hicimos esto veinte veces seguidas. Aquello sí que fue una batalla, cuando...

—Ya estamos con lo de Agrigento —comentó con fastidio un legionario dos cabezas más allá.

—¿Qué pasa? Estoy intentando tranquilizar al muchacho.

—Es que como te lances eres capaz de contar toda la historia otra vez. Que nos tienes aburridos. Bastante tengo con oírtelo todas las noches. Vete al lupanar donde trabaja tu madre a contárselo.

—¡Serás imbécil!

—¡Silencio! —bramó el centurión.

—¡Que vienen! —susurró otro veterano que se encontraba detrás del muchacho, sobresaltándolo. Los que estaban alrededor rieron quedamente ante la broma.

—¡He ordenado silencio! —repitió el suboficial.

El frescor de la mañana fue dando paso lentamente a un sol radiante. Bíbulo sentía algo de calor. Llevaban allí de pie más de una hora, con los cartagineses enfrente, que no hacían ni amago de atacar ni de retirarse. Tras la línea de elefantes, la muralla de picas de los púnicos se mantenía inmóvil, mostrando sus amenazantes puntas a los cielos. El suburano estaba descansado, no como después de aquella marcha en Adis y, además, estaba deseoso de luchar, como todos sus compañeros. Movié las piernas un poco para cambiar de postura. Mantenía el gran escudo apoyado en el suelo, con las dos jabalinas descansando sobre éste. Notó la primera gota de sudor cayéndole desde la sien y bebió un poco de agua de la cantimplora.

A cada instante que pasaba, Bíbulo se sentía más ansioso, quería que aquello acabase ya. Que el cónsul diese la orden de carga de una vez para correr enloquecido hacia las líneas enemigas, como había hecho aquella mañana en Adis. Y sabía que sus compañeros pensaban igual. Por la noche estarían celebrando la victoria.

—¿A qué estamos esperando, señor? Llevamos así casi dos horas —preguntó

Lucio.

—A tener a los hombres ansiosos de acometer contra el enemigo —respondió el cónsul—. Es como cuando tienes atados a un grupo de perros rabiosos que ladran, deseosos de acabar con su víctima. De repente, los sueltas y no hay nada que pueda detenerlos. Lo mismo pasa con los hombres, solo que no ladran, y eso les hace aún más peligrosos. Se mantienen en silencio, guardan sus pensamientos para sí, eso es todavía más terrorífico. Mientras tanto, los cartagineses, jóvenes con varias derrotas a sus espaldas, se estarán preguntando qué demonios hacen ahí. —Régulo hizo una pausa para mirar a su alrededor—. Pero sí, tienes razón, Lucio, creo que ya va siendo hora de acabar lo que hemos empezado.

El cónsul espoleó su caballo a un lento trote y, seguido de sus *lictos*, atravesó las líneas por los huecos que había entre los manípulos. Los hombres murmuraban a su paso, le miraban con veneración. Cabalgó a la línea frontal para volverse hacia sus victoriosas legiones y hablar. Era imposible que todos le oyeran pero los murmullos de la tropa harían llegar su mensaje hasta el último hombre.

—¡Soldados de Roma! ¡Hijos míos! Ahí tenéis el último escollo para que vuestra gloria sea completa. Ahí tenéis a los hombres que huyeron ante vosotros en Adis, aterrados de ver cómo las implacables legiones de Roma han superado todos los obstáculos imaginables para rendir a su ciudad. —Hizo una pausa para mirar a sus hombres, asintiendo hacia ellos. Tomó aire para proseguir y para que su potente voz llegase todo lo lejos que fuese posible—. Hijos míos, hoy es un gran día, el día que marcará el fin de esta interminable guerra, pues, antes de que el sol desaparezca, Cartago se rendirá a vuestros pies. Y cuando pasen los años, en Roma, cuando el tiempo encanezca vuestros cabellos y vuestra mano no pueda sostener la mortífera espada, vuestros orgullosos nietos dirán: «Mi abuelo estuvo allí. Mi abuelo luchó junto a Régulo el día en que Roma se hizo invencible». ¡Acabad con ellos, hijos míos, mañana seréis más ricos de lo que jamás hubieseis podido imaginar!

El rugido de las legiones se dejó entonces oír por toda la llanura acompañado de los golpes de las espadas contra los escudos. El cónsul levantó su espada a los cielos y galopó recorriendo sus líneas, gritando con toda su alma la consabida consigna que sus hombres coreaban enloquecidos.

—*¡Roma Victrix! ¡Roma Victrix! ¡Roma Victrix!*

Jantipo y sus acompañantes observaron el bramido de las legiones al aclamar a Régulo. Los hombres de la falange parecieron moverse algo en sus sitios, aunque manteniendo la posición. Era el sonido del miedo. Después de tanto tiempo de pie, aquel ensordecedor grito de guerra de los romanos, que parecía que no llegaría nunca, hizo mella en los espíritus de los muchachos.

—Deberías decir algo —apuntó Brásidas.

—¿El qué?

—¿Y yo qué sé? Cualquier cosa. Tú eres el comandante. Algo sobre el valor o el arrojo. O algo un poco más épico, aquello que dijiste de que son la verdadera muralla de Cartago. Qué se yo.

—Sí, puede que tengas razón.

Jantipo espoleó su caballo para llevarlo al frente de la falange. Los cartagineses levantaban la lanza a su paso en señal de reconocimiento. Se detuvo en el centro de la formación y observó a los hombres que tenía delante. Reconoció a más de uno.

—¡Hombres de Cartago! —gritó.

Esperó unos instantes para crear la suficiente expectación, como si estuviese buscando unas palabras adecuadas para el delicado momento. De repente, alzó la voz y el puño.

—¿Acaso necesitáis palabras de aliento?!

—¡Nooooo! —comenzó a rugir la falange—. ¡Jantipo! ¡Jantipo! ¡Jantipo! —Un ensordecedor alarido de guerra surgió de las gargantas de los diez mil hombres dispuestos a enfrentarse al cónsul y a sus legiones. Miles de lanzas subían y bajaban acompañando el compás del rugido.

—Magnífico discurso —observó Brásidas una vez que Jantipo volvió a su puesto—. Has empezado muy bien, luego igual ha decaído un poco, pero lo has sabido llevar. El final te ha quedado bastante redondo.

—Años de práctica en la asamblea de Atenas, amigo mío.

Los espartanos rieron.

—¡Ya vienen! —apuntó Amílcar alarmado.

La gran masa roja comenzó a moverse lenta e inexorablemente hacia ellos, levantando de nuevo el polvo a su paso. La débil y bienvenida brisa transportaba hasta ellos el sonido de miles de pies castigando el suelo rítmicamente.

—Desde aquí no parecen gran cosa —observó Arquíloco con jovialidad.

Bíbulo aún sentía dolor en la garganta tras haber intentado superar a todos sus compañeros a la hora de corear al cónsul. «Roma Victrix». Estaba exultante. Apretaba los dientes y se aferraba al escudo. Retiró la funda de cuero que cubría su defensa y la dejó caer al suelo. Se secó el sudor. Volvía a sentir ese palpito indomable en su interior. Esa sed de sangre. Dentro de sí vivía otra persona que afloraba con la inminencia de la batalla. El centurión ordenó la marcha.

Su pie izquierdo ocupó el espacio dejado por la huella del legionario de delante, luego el derecho. Las legiones, al fin, se movían. Sintió la vigorizante sensación de la sangre regando de nuevo sus piernas.

—Los legionarios, al paso, Lucio. Que suene la orden para que carguen los *velites*. Con un poco de suerte llegarán rápidamente a los elefantes, y si consiguen encabritarlos lo suficiente, puede que esas malditas bestias den media vuelta y hagan todo el trabajo por nosotros.

La gran marea roja avanzaba lentamente cuando, de entre la formación y el polvo, emergieron a toda velocidad los hostigadores romanos, corriendo hacia el frente como un rabioso enjambre de avispas.

—Que carguen los elefantes —ordenó el espartano—. Que no se detengan hasta haber llegado a las líneas romanas.

Bíbulo avanzaba concentrado en el suelo que pisaba cuando la tierra empezó a temblar bajo sus pies. Hasta las piedras del suelo saltaban. Inclino un poco la cabeza para salvar el obstáculo que suponía para su visión el casco del compañero que tenía delante y mirar al frente. Entre los yelmos de su manípulo pudo observar la razón del temblor. Comenzó a oír los barridos de los elefantes, también los gritos de los *velites*.

Las enormes bestias cartaginesas iban ganando velocidad mientras cargaban contra ellos. Los *velites*, a doscientos pasos, después de haber lanzado una primera salva de jabalinas contra los paquidermos, corrían en dirección opuesta, daban media vuelta y volvían a lanzar. No todos, porque a

medida que los elefantes ganaban velocidad, barritando enfurecidos, algunos con dos o tres *pila* clavadas en el cuerpo, iban embistiendo contra los corredores más lentos, ensartándolos en los colmillos o lanzándolos por los aires. Muchos de los jóvenes hostigadores resbalaban o tropezaban, cayendo al suelo solo para ser aplastados bajo las poderosas pezuñas. Los pobres diablos explotaban bajo la presión, incapaces de gritar, salpicándolo todo de sangre y tripas.

Uno de los elefantes, el que el cuarto manípulo tenía enfrente, rodeado por unos veinte *velites*, con cerca de una docena de *pila* clavadas en el cuerpo, enloqueció aún más, como si las saetas aumentasen su vitalidad en vez de menguarla. El paquidermo abatió a media docena de los infelices que lo hostigaban. Derribando a su guía, cargó enloquecido. Bíbulo sintió un escalofrío por todo el cuerpo y titubeó unos instantes, paralizado. Ahora la infernal bestia, que buscaba un corredor entre los dos manípulos de la I Legión, corría desbocado hacia ellos.

—¡Cuarto manípulo! ¡Alto! —gritó el centurión—. ¡*Pila!*

El cuarto preparó las jabalinas para abatir al enloquecido animal que ya no tenía más guía que el dolor. A quince pasos del elefante, los ciento veinte hombres del cuarto manípulo lanzaron sus jabalinas a la vez, acribillando a la bestia que se alzaba sobre las patas traseras. Aún tuvo el animal resuello para cargar contra el foco de su intenso dolor.

—¡Alto! —gritó el centurión con urgencia—. ¡Aguantad!

Bíbulo apretó su escudo contra la espalda del compañero que tenía delante, y este a su vez hizo lo mismo. Por un momento, el terror invadió el alma del suburano. Hubiera echado a correr de haber tenido un hueco libre tras él, de no haber sentido la presión de un escudo en su espalda, de no haber sentido cómo la voz del centurión se incrustaba en sus tímpanos. El animal golpeó la línea frontal del manípulo. El romano tuvo el tiempo suficiente para afianzar las piernas en la tierra antes de que la formación fuese embestida por aquella monstruosa criatura. El choque fue brutal. Bíbulo sintió cómo sus pies se desplazaban contra su voluntad abriendo un surco en la tierra y cómo su escudo, y el del compañero que tenía a la espalda, le aprisionaban hasta no poder respirar. Cerró los ojos, apretó los dientes hasta casi romperse la mandíbula y empujó con todas sus fuerzas hasta sentir que sus piernas estaban a punto de quebrarse. Durante un instante le pareció que sus pies no tocaban el suelo.

Dos legionarios del cuarto manípulo salieron despedidos por los aires

para estrellarse contra el suelo como sacos de harina, con el cuerpo reventado. El paquidermo logró aún que cuatro de los ocho compañeros de la primera línea y dos de la segunda quedasen aplastados por sus propios escudos y los de los hombres que tenían detrás. La formación entera vibró ante la embestida. La presión cesó de repente, Bíbulo abrió los ojos boqueando como un pez fuera del agua. Le dolían las costillas.

La bestia, buscando una salida de aquel infierno que no comprendía, volvió hacia el hueco que tenía detrás, dio dos vueltas sobre sí mismo, barritando de dolor, y se desplomó ensangrentado, falto de aliento.

En ese momento, el centurión ordenó continuar la marcha. El cuerpo entero de Bíbulo, incontrolable, temblaba aterrorizado. Aunque al suburano le hubiese sobrecogido la fuerza del impacto, cuando miró alrededor vio que su manípulo era de los que menos habían sufrido. Algunos, ligeramente dispersos, procuraban recomponerse después de haber perdido a una veintena de hombres.

Seis de los animales aún bramaban, golpeando en otros puntos de la línea; pero se iban desplomando uno tras otro. Bíbulo tuvo que pisar el cuerpo de dos compañeros que yacían en el suelo, para no romper la formación. Luego el manípulo se dividió en dos para sortear a la gigantesca bestia que habían derribado.

El romano se estremeció al ver que el elefante, a pesar del castigo sufrido, aún movía los ojos con su último aliento. Como si intentase comprender.

Jantipo, al principio, observaba satisfecho el caos que había provocado aquella carga en la primera línea romana. Durante un suspiro, pareció que la legión al completo fuese a desintegrarse ante el embate de los paquidermos. Pero no fue así. La formación que había adoptado Régulo era inteligente. Su solidez, y el escaso frente que presentaba, no permitió que los elefantes rompiesen la línea para atravesarla.

El avance romano se había detenido intentando hacer frente a las bestias, muchas de sus unidades estaban dispersas. Sus centuriones gritaban para volver a formarles. Hubiese sido el momento idóneo para hacer avanzar a la línea cartaginesa, pues el enemigo estaba desorganizado y sumido en la confusión; pero una falange necesitaba un alto grado de adiestramiento para no presentar fisuras en una marcha prolongada. Mil pasos resultaban ser

demasiados. Además, aún no tenía claro que la formación fuese a resistir. Las bajas causadas a los primeros manípulos y el efecto psicológico de la carga tendrían que ser suficientes por ahora.

Los romanos se reagruparon con asombrosa rapidez. Pronto pareció que la embestida no hubiese tenido lugar, salvo por las unidades que avanzaban sorteando los cuerpos de los elefantes abatidos, también por las decenas de legionarios que yacían aplastados en el suelo.

—Meleagro, ve y di a los mercenarios griegos que se coloquen en el flanco derecho para apoyar a la caballería. Régulo ha concentrado allí a sus jinetes y a un buen número de infantes pesados.

—Acaban de gastar la única baza real que tenían —dijo Régulo repuesto del estremecedor espectáculo que había supuesto la sobrecogedora carga. Al menos los manípulos, dispuestos de aquella manera, habían aguantado—. Ahora nos toca a nosotros. Que la legión avance hasta encontrarse a quince pasos de la falange, que los manípulos adopten su posición original, que lancen sus jabalinas y a la carga. Que se preparen los *principes*. En cuanto la falange flaquee quiero verles tomando el relevo. No debemos dejar de presionar el centro.

—Es la hora de la verdad —dijo Jantipo al aire—. ¡Formación cerrada! —gritó.

La orden recorrió la falange como una ola, transmitida desde las últimas filas hacia el frente. Los púnicos trabaron escudos al unísono, como un solo hombre, preparándose para recibir un duro castigo.

El suelo estaba resbaladizo merced a la sangre y a las tripas de hombres y bestias. El cuarto manípulo, después de haber sorteado a los *velites* que salpicaban la llanura, ya se encontraba a quince pasos de la falange, alineados con el resto de los manípulos. Era una lástima haber tenido que utilizar las jabalinas contra los elefantes, pues Bíbulo observaba complacido que, por muy amenazante que fuese la falange que tenían delante, los hombres lucían la bisoñez de Adis en sus rostros. Casi podía verles el blanco de sus ojos.

Hicieron un alto para reorganizar la formación. Bíbulo bebió agua de su cantimplora. El sol comenzaba a castigar desde su cénit. Sentía que sudaba.

—¡Pila!

El cuarto manípulo lanzó sus jabalinas restantes sobre los hombres que tenían delante; pero el efecto no fue el esperado. La formación era tan compacta que muchas de ellas chocaban contra las lanzas de la falange sin abatir a ningún hombre, o se ensartaban en los escudos dejándolos inservibles. No obstante, algunos cartagineses cayeron, siendo relevados por el soldado que tenían detrás. Los alaridos de dolor de aquellos infelices se mezclaban con los gritos de los oficiales que instaban a mantener la posición.

La inminente carga de los legionarios no tardaría en llegar. Era ahora cuando Jantipo comprobaría si su trabajo había merecido la pena.

—Brásidas, ve al flanco derecho. En cuanto los romanos ataquen el centro, quiero que la caballería y los mercenarios griegos ataquen con toda su alma la izquierda de Régulo. Amílcar, ve y ordena lo mismo en el flanco izquierdo. Nuestra única posibilidad está en envolverles cuando golpeen.

Ambos jinetes salieron al galope a cumplir con sus órdenes en el instante en que los romanos batían rítmicamente sus espadas contra los escudos, rugiendo mientras se preparaban para la carga. Jantipo pudo oír, orgulloso, el alarido de los cartagineses prestos a recibir la embestida. Las lanzas descendieron hasta adoptar la posición de combate.

—¡Aguantad! —gritó el espartano—. ¡Aguantad! —Y los veteranos comenzaron a esparcir con sus voces la sencilla orden—. ¡Aguantad! —Ésta se propagó por la formación cartaginesa como el mismo viento—. ¡Aguantad!

A diez pasos, los romanos echaron a correr. El choque fue estrepitoso. Escudo contra escudo, lanza contra escudo, espada contra lanza. La falange se estremeció. El clamor de la lucha y el choque de los metales inundaron el ambiente. Los gritos de esfuerzo, los alaridos de dolor de miles de hombres que luchaban por su vida, se extendieron por toda la línea. Era el ensordecedor e impreciso rumor de la batalla.

Régulo observaba complacido desde su posición. La falange cartaginesa no se había quebrado por la carga de los legionarios, pero se había desplazado en algunos puntos ligeramente. En otros, donde la carga había sido más

impetuosa, la formación enemiga presentaba algunas hendiduras. Además, la caballería cartaginesa embestía contra sus flancos en aquel momento, y tanto Quinto como Manlio parecían resistir bien el envite. Había tiempo de sobra para quebrar el centro.

Muchos de los primeros en cargar habían quedado ensartados en las astas púnicas hasta tal punto que sus portadores eran incapaces de recuperarlas, teniendo que echar mano a las espadas. Fue a uno de estos al que Bíbulo, sediento de sangre, abatió primero, clavándole el gladio en el vientre. El desgraciado se había deshecho de su escudo al quedar este inutilizado por un *pilum*. Un chorro negro le salpicó la cara; el enemigo quiso abrazarse a él para no caer. Bíbulo recuperó la hoja del cuerpo sin vida y lo apartó a un lado para buscar a su siguiente víctima. El joven púnico se desplomó en el suelo. El suburano estuvo a punto de resbalar al pisar sus tripas.

No era un combate fácil, pues, a cada paso, el escudo tenía que servir para separar la lanza que tenía delante solo para que otra ocupase su lugar, y esta, a su vez, bloquearla con la espada antes de buscar un hueco que permitiese dar una certera estocada. Era agotador.

Bíbulo sentía cómo la lengua comenzaba a hinchársele, pero saber que sus compañeros estaban a su lado, y la ayuda del recuerdo de la relativa facilidad con que el enemigo había huido en Adis, le sirvió para seguir apartando lanzas, buscando un hueco para lanzar una certera estocada en medio de la confusión. Agachándose para evitar un lanzazo, alcanzó a otro cartaginés, esta vez en la pierna. El muchacho cayó de rodillas, postrado, pero no soltó su arma mientras se desangraba. Incluso la proyectaba hacia el suburano con rabia. Aunque sin fuerza. Pudo percibir el odio en los ojos de aquel cartaginés; era una mirada muy diferente a la que había observado en Adis.

Después de cierto tiempo, comenzó a sentir los miembros agotados de tanto golpear y esquivar. El escudo y la espada pesaban cada vez más. Necesitaba descansar. Bíbulo oyó agradecido el silbato del centurión, retirándose para dejar el paso franco al compañero que tenía detrás, recorriendo la línea para ponerse al final. Con suerte no le tocaría enfrentarse a aquel infernal bosque de nuevo. Al menos había cinco o seis hombres por delante de él. Jadeaba. Volvió a sonar el silbato. El legionario que había ocupado su puesto ante la falange no volvió para ponerse a su espalda. Otro

pitido. Ya no era el último de la fila. Otro más. Aún estaba cansado. Otro más. Aferró el escudo con fuerza. Podía sentir el sudor del legionario que le precedía, el calor sofocante producido por el sol inclemente, por el esfuerzo, por estar rodeado de cientos de hombres que transpiraban. Otra vez el pitido. No le dio tiempo al legionario que le precedía a llegar muy lejos. La punta de una lanza atravesó la garganta del desgraciado compañero. Bíbulo embistió con rabia sin intentar esquivar a un caído que yacía en el suelo, arrastrándose para ponerse a salvo. Bloqueó con el escudo un ataque del hombre que tenía delante y lanzó una estocada que se ensartó en el aire. A punto estuvo de perder el equilibrio.

Entonces, para su sorpresa y alivio, sonó la orden general de repliegue.

El entusiasmo cundió en la falange cuando los romanos se retiraron. Jantipo respiró aliviado, ordenando a voz en grito avanzar unos pasos al frente mientras los hijos de la loba recomponían sus formaciones. Estos no se habían retirado en desorden, sino caminando lentamente hacia atrás, sin dar la espalda al enemigo, haciendo gala de una envidiable disciplina, dejando a lo largo de la línea cientos de cuerpos tendidos. Aquellos romanos que yacían en el suelo, incapaces de retirarse, eran atravesados por las espadas púnicas sin piedad.

En los flancos continuaba la lucha, aunque con menos ímpetu que tras la estrepitosa carga. Los númidas no habían podido romper a los *triarii* romanos, y Jantipo ordenó que se retirasen. Tocaba lamerse las heridas. Ambos bandos, en la distancia, comenzaron a retarse con insultos.

Régulo esbozaba una mueca de fastidio. No había querido dar la orden de repliegue, pues estaba convencido de que la falange no tardaría en quebrarse, pero la insistencia de Lucio, junto con la visión de cómo sus hombres eran abatidos más rápidamente que en ningún combate anterior, que sus movimientos eran cada vez más lentos y pesados, hicieron al cónsul reconsiderar la situación. Los *hastati* necesitaban un descanso. Los flancos aún resistían, había tiempo.

—Que avancen los *principes* —ordenó el cónsul.

Después de observar a sus enemigos avanzando, Bíbulo sintió miedo. Había dado lo mejor de sí. Pero estos, lejos de huir, daban unos firmes pasos al frente, volviendo a detenerse para mostrar las amenazantes picas. También se dio cuenta de que la sangre manaba incontrolable de su hombro izquierdo, empapando su túnica. Se tocó la herida y solo entonces comenzó a dolerle. Una mueca afeó su cara. No lo había notado en medio de la refriega, pero ahora su brazo ardía, le costaba mantener firme el escudo. Lo que quedaba de agua en la cantimplora resultó no ser suficiente para calmar su sed, así que tuvo que despojar de la suya a un compañero muerto.

El sol comenzaba un lento descenso desde su punto álgido. Formaron como pudieron, solo entonces se dio cuenta de lo brutal del combate. El

manípulo se mostraba mucho más pequeño. Entre los elefantes y las picas debían de haber perdido a treinta o cuarenta hombres. Varios de los que quedaban jadeaban agotados o sangraban. Otros eran arrastrados fuera del alcance del enemigo con horribles heridas, aunque a muchos veteranos aún les quedaba resuello para gritar improperios a los cartagineses. Eso le hizo sentir mejor. También él se unió a los insultos. Malditos hijos de puta.

Sintió un tremendo alivio cuando los *principes* les rebasaron en perfecta formación, camino del enemigo. No pudieron más que vitorearles. Avanzaban lentos, seguros, golpeando sus escudos con las espadas.

—Ahí vienen de nuevo —dijo Jantipo para sí—. Meleagro, toma algunos númeritos de la derecha y llévalos a la izquierda, por detrás de las líneas. Rebasas nuestra izquierda e intenta sorprender a la derecha de Régulo, es su flanco más débil. Que carguen con ímpetu, sin importar las bajas. Tenemos que romper alguno de los dos flancos o esto se pondrá muy feo. Confiamos en los griegos para mantener nuestra derecha.

Los *principes* llegaban frescos y enardecidos. Formaron y lanzaron sus jabalinas, pero la mayoría se estrellaba contra el infranqueable bosque de lanzas.

Los cartagineses aguardaron la carga, afianzando las piernas sobre el castigado suelo de la sagrada tierra. En este momento ya no eran los oficiales púnicos los que instaban a aguantar, sino los propios hombres que, al ver que el primer ataque romano había acabado en repliegue, comenzaron a soñar con la victoria. Pero los *principes* cargaron. Resultaron ser un hueso muy duro de roer. Eran ciertamente más hábiles que los *hastati* y no habían tenido que soportar el embate de los elefantes.

La falange volvió a temblar. El sonido de las armas volvió a extenderse por todo el frente.

El cónsul estaba concentrado en ver si sus *principes* por fin conseguían acabar con la enconada resistencia. La falange parecía ceder. Estaba ansioso por ver el momento en que los cartagineses empezasen a deshacerse de sus escudos y a correr despavoridos. El momento tenía que estar cerca. Muy cerca. Podía sentirlo.

Aquellos muchachos que habían corrido en Adis no serían capaces de soportar tanta presión durante tanto tiempo. Pero la sonrisa del cónsul provino de otra dirección. Lucio llamó su atención apuntando con el dedo hacia la izquierda romana. Régulo observó complacido cómo Quinto, al mando del ala, se había lanzado al ataque y, tras una dura lucha, estaba poniendo a la derecha cartaginesa en fuga.

—Les tenemos —dijo el cónsul, golpeando su puño derecho contra la palma de la mano izquierda—. Bien por Quinto.

Amílcar llegó desbocado a la posición de Jantipo, tuvo que alzar la voz para hacerse oír en el fragor de la batalla, que se extendía a lo largo de toda la llanura. Su caballo se movía encabritado.

—¡Jantipo! ¡Los romanos rebasan nuestra derecha! ¡Han destrozado a los griegos y se lanzan en su persecución! ¡No tardarán en envolvernos!

Jantipo se revolvió sobre su montura, Meleagro aún no había tenido tiempo de rodear a los *triari*, así que la derecha romana se mantenía incólume. Si la caballería romana aparecía por la espalda, sería el fin. Nunca pensó que acabaría dando la orden que estaba a punto de dar: hacer avanzar a una falange de hombres inexpertos, y cansados, para desplazar a un enemigo formidable.

Pero había que hacerlo, tenían que intentar hacer retroceder a los romanos para tener tiempo de organizar una respuesta a la amenaza que se cernía sobre ellos.

—¡Avanzad! ¡Avanzad! ¡Adelante! —comenzó a gritar Jantipo recorriendo la retaguardia de la falange de derecha a izquierda.

Los veteranos de las últimas líneas repitieron la orden y esta se fue extendiendo por toda la formación.

Contra todo pronóstico, la falange comenzó a avanzar paso a paso, en buen orden; lenta e implacable. Pronto, Jantipo entendió por qué. Esa orden había hecho creer a los cartagineses que tenían la batalla ganada. El ímpetu del vencedor se apoderó de ellos aliviando sus cansados músculos, reavivando el fuego con que habían encarado el enfrentamiento.

Lentamente, empezaron a desplazar a los temibles *principes* que se batían con denuedo pero que, aún sin darles la espalda, retrocedían lentamente. El sol ya había recorrido otro cuarto de su lento camino hacia las profundidades del mar.

—¡Por Júpiter Óptimo Máximo! ¿Qué está ocurriendo allí? —El cónsul observaba atónito lo que en un principio le había parecido un espejismo—. ¿Dónde está Quinto? ¡Debería estar envolviéndoles! ¡Debería estar cargando contra ellos! ¿Dónde se ha metido? —Régulo sacó la espada, espoleando su caballo hacia las posiciones de los *triari* de la II Legión.

Tenía que romper aquella falange y lo haría él mismo, comandando a sus mejores hombres que estaban frescos, ansiosos por combatir.

El repentino galope del cónsul cogió por sorpresa a sus *lictors*, que no dudaron en azuzar sus monturas.

Régulo se puso a la cabeza de sus veteranos. Con la espada desnuda, dibujaba círculos sobre su cabeza para alentar a la lucha.

—¡Adelante, hijos míos! ¡Adelante!

Y los *triari*, con sus grandes escudos y sus largas lanzas, avanzaron lentamente siguiendo al cónsul de Roma hacia la refriega.

Cuando quiso darse cuenta, Quinto se encontraba persiguiendo a doscientos mercenarios griegos hasta el campamento cartaginés. Los helenos huían despavoridos. Malditos mercenarios.

El simple hecho de haber puesto en fuga al enemigo, el no dejarles tiempo para respirar, abatiéndoles desde lo alto del caballo cuando miraban hacia atrás desarmados y con cara de terror, había hecho que el tribuno, orgulloso de su éxito, no se percatase de la distancia que había recorrido agotando a sus caballos. El rumor de la batalla llegaba lejano.

Volver a reunir a una fuerza de caballería que se había dejado llevar por la embriagadora sensación que produce la persecución del enemigo en fuga era una tarea muy complicada. Pero Quinto, a voz en grito, procuró hacerlo. Ahora, los *principes* deberían estar agotando a la falange cartaginesa. Su aparición por la retaguardia supondría la victoria final.

Bíbulo había presenciado con horror la paulatina retirada de los *principes* ante el empuje de la falange enemiga. La herida del hombro estaba empapando en sangre la sucia venda que le había colocado un compañero, pero el suburano se sentía repuesto de su fatiga, especialmente ahora que el cónsul en persona entraba en combate seguido de sus *triari*.

Régulo avanzaba rebasando su posición para relevar a los *principes*, que recibían la orden de replegarse para dejar el camino libre a los más veteranos.

Hubo otro de esos momentos en los que callan los metales y el ambiente se colma de insultos y retos.

Las líneas volvían a estar separadas por unos quince o veinte pasos. Era el momento en que muchos celebraban el simple hecho de seguir respirando.

Habían caído muchos. Jantipo no se explicaba cómo la falange aún resistía, y no solo eso, sino que en el momento en el que la segunda oleada de tropas romanas comenzó a retirarse, las gargantas reseca de los cartagineses aún pudieron ofrecer a los cielos un aullido de victoria.

Jantipo ordenó el alto. Miró al suelo, dándose cuenta de que habían llegado hasta el punto donde los hostigadores romanos se habían enfrentado a los elefantes. Era grandioso. El espíritu combativo que había insuflado en aquellos muchachos durante un mes estaba yendo mucho más allá de lo que jamás hubiese soñado.

Alzó la mirada. El cónsul en persona se acercaba, comandando una nueva oleada roja enardecida, fresca. Avanzaba al paso. Era el fin. Los cartagineses estaban agotados, la caballería romana que había conseguido romper el flanco derecho no tardaría en envolverles. Tampoco había noticias de la maniobra de flanqueo encargada a Meleagro. Pero habían luchado bien y eso, en sí, era una victoria para Cartago y para él.

Jantipo estaba orgulloso de aquellos muchachos. Desmontó del caballo, embrazó el gran escudo decorado con la Lambda y desenvainó la espada. Brásidas no necesitó palabras para hacer lo mismo. Desmontó y siguió a su compañero, comandante y amigo hacia el corazón del combate.

Muy despacio, Jantipo fue haciéndose hueco entre los hombres. Un pasillo fue abriéndose ante él. Avanzaba observando los rostros que lo rodeaban, que asentían con un gesto de reconocimiento. Estaban sudorosas, llenas de sangre y suciedad. Los ojos, rojos de cansancio, aún rebosaban de entusiasmo, resueltos a luchar. Y a hacerlo hasta el final.

Se puso en primera línea. Allí venían. Brásidas ocupó su derecha para proteger el flanco de su amigo. Se calaron el yelmo. Los dos escudos de la Lambda se trabaron con un metálico sonido.

—Es un buen final —susurró Brásidas con una sonrisa de satisfacción.

Jantipo asintió.

Algunos de los que les rodeaban apenas podían sostener la lanza por las heridas y el cansancio; otros ni siquiera la tenían, pero se mantenían en sus

puestos blandiendo unas espadas que de poco iban a servir. El espartano se puso en guardia.

—¡Ya son nuestros! —mintió Jantipo a voz en grito desde primera línea—. ¡Una más y son nuestros!

El cónsul, a medida que avanzaba, no conseguía explicarse que aquellos hombres aún se mantuviesen en pie desafiantes, y mucho menos aullando como auténticos locos.

A medida que iba atravesando los manípulos de *hastati*, se percataba de la dureza del combate que estaban librando. Algo imposible de apreciar en toda su crudeza desde la posición, un tanto elevada, que había ocupado hasta el momento. No obstante, iba ordenando a viva voz que, a su señal, los manípulos de *hastati* y *príncipes* se reorganizaran para cargar con toda la furia de la que fuesen capaces. Que buscasen huecos entre los *triari* una vez que estos hubiesen trabado combate para acabar con aquellos locos que se resistían a ser derrotados. Quinto llegaría en cualquier momento y sorprendería a los cartagineses por la espalda. Tenía que llegar.

Bíbulo y todos sus compañeros de manípulo alzaron las espadas al cielo, vitoreando a los *triari* cuando estos embistieron contra el enemigo.

—¡Acabad con esos hijos de puta! —aulló Bíbulo.

La falange cartaginesa retrocedió ante el implacable y decidido empuje de los veteranos.

A una orden del centurión, el manípulo se reorganizó. Pronto el cónsul daría la orden de cargar. La batalla pronto tocaría a su fin.

Jantipo no conseguía mantener la posición. Aquellos demonios empujaban y empujaban con sus grandes escudos, proyectaban su lanza, abatían a un cartaginés, y volvían a empujar.

Por primera vez en la batalla, la falange, exhausta, comenzaba a perder terreno y cohesión. Lentamente al principio, pero cada vez un poco más rápido. Jantipo bloqueaba con furia, daba un paso atrás con el resto, lanzando mortíferas estocadas, pero eran demasiados, llegaban descansados, sabían lo que hacían.

Encontrar un hueco entre los grandes escudos y las pesadas armaduras de los veteranos romanos era prácticamente imposible. Los púnicos caían por decenas. Ninguno hacía amago de huir.

La orden de carga llegó. La falange enemiga mostraba puntos muy débiles a medida que daba pasos atrás, dejando a los suyos tendidos en el suelo a merced de los *triari*, que los remataban y pisoteaban con la fría precisión del veterano.

A Bíbulo no le dio tiempo a correr hacia el enemigo cuando oyó al centurión instando al ataque. Bajo sus pies comenzó a temblar la tierra de nuevo. Miró a su espalda por instinto, como todos los demás en su formación. Miles de jinetes bárbaros cabalgaban hacia ellos a toda velocidad, gritando, blandiendo sus armas; con el gesto enloquecido, chillando como si estuviesen poseídos por algún extraño espíritu.

—¡Cuarto Manípulo! ¡Media vuelta! —grito el centurión.

A su vez, otros centuriones de los *hastati* daban la misma orden para hacer frente a la amenaza que se cernía a sus espaldas. Otros muchos ya no podían detener la carga que el cónsul había ordenado contra el debilitado enemigo.

Tito miró hacia los caballos que se aproximaban a ellos a todo galope, eran miles. Luego miró hacia la falange a su espalda. Con cara de terror, en un momento dado, antes de que las monturas húmedas chocasen contra ellos, el fanfarrón amigo de Verrucoso soltó su escudo y su espada y corrió. A Tito comenzaron a seguirle otros y el manípulo pareció desintegrarse. Bíbulo se quedó petrificado. Entre tanto, el centurión se desgañitaba amenazando con la muerte en la cruz a aquellos que abandonasen la posición. Fue lo último que bramó su veterana garganta antes de ser arrollado brutalmente por el pecho del caballo de un guerrero húmedo, desplazándolo más de diez pasos, desfigurándolo con sus pezuñas.

Al tiempo, cientos de jinetes desbordaban el manípulo tumbando a sus dispersos compañeros, que se veían incapaces de reaccionar ante los rápidos animales, ante las cuchilladas que descargaban aquellos locos desde lo alto de sus monturas. Bíbulo mismo fue derribado por la fuerza de la embestida. Cayó pesadamente al suelo y todo el aire salió de sus pulmones, sus costillas se resintieron por el impacto. Sólo el casco evitó que su cabeza se destrozase contra el suelo. El metal vibró en su cráneo. Se protegió como pudo de las veloces pezuñas que pasaban a su alrededor, directas a la espalda de los *triari*.

Cuando la tormenta de cascos cesó, observó con alivio que no tenía ni un rasguño. Se incorporó. Tras él, el sonido de la batalla era ensordecedor. Los *triari* parecían haber sido engullidos por los miles de caballos.

Observó la devastación a su alrededor: olor a sangre, tripas y orín; gritos y chocar de metales, hombres heridos e incapaces de moverse, elefantes abatidos, armas abandonadas hasta donde alcanzaba la vista. Su respiración se hizo cada vez más rápida, todo empezó a darle vueltas y fue presa del pánico. Algún dios le protegía. Y, si ese dios quería que viviera, sería por algo.

Sintió cómo la sangre de todo su cuerpo se le desplazaba hacia los talones. Así que, siguiendo el ejemplo de Tito, Bíbulo se deshizo del escudo, del yelmo y corrió para salvar la vida. Se desató la armadura a la carrera para dejarla caer. Perdió una sandalia que no se molestó en recuperar. Esquivó cuerpos tendidos, también a legionarios suplicantes que tendían la mano para que les ayudase a salir de aquel infierno. No se detuvo. Era como si el mismísimo Mercurio lo llevara en volandas.

Corrió como el viento solo para darse cuenta de que no era el único, sino que miles de legionarios huían en todas direcciones. Hacia ningún sitio.

Jantipo sintió con aliviado desconcierto que el empuje romano perdía fuelle hasta que se percató de que, por encima de los amenazantes yelmos emplumados de los *triari*, hombres tostados por el sol, enloquecidos, a caballo, ensartaban saetas y daban tajos a las espaldas de los temibles legionarios. Los números.

Rodeados por todas partes de repente, y sorprendidos, los *triari* detuvieron su constante avance. Con las líneas de retaguardia romanas desbaratadas, los invasores procuraron hacer frente a la amenaza. Pero el choque había sido brutal, había provocado serias hendiduras en la formación.

Delante, un bosque de picas. Detrás, la caballería númera. En medio, los *triari*, cada vez con menos espacio, luchaban en pequeños grupos que se iban desorganizando a medida que caían. Eran abatidos por decenas. La presión que se ejercía sobre ellos desde todas las direcciones comenzó a apiñarlos más y más hasta que fueron incapaces de blandir sus armas. Muchos boqueaban como peces al ser aplastados por sus propios compañeros; pero luchaban poseídos por algún tipo de demencia.

El gran casco de plumas rojas de Marco Atilio Régulo se movía de un lado a otro en medio de la refriega, cada vez con menos espacio, gritando órdenes que ya nadie podía cumplir. Poco a poco, los temibles legionarios

dejaron de luchar, arrojando sus lanzas y espadas al suelo. El choque de las armas fue muriendo lentamente, dejando lugar a súplicas de clemencia.

Un alarido de victoria anegó la llanura del Bagradas.

—¡Seguid combatiendo! ¡Vamos! ¡Quinto aparecerá en cualquier momento!

—Señor, es inútil —dijo Lucio jadeante, cubierto de polvo y sangre.

Cuando el cónsul se dio cuenta de que el clangor de las armas se había detenido, de que sus *triari* arrojaban las espadas al suelo y de que lo único que oía era el nombre de aquel al que había estado a punto de derrotar, Marco Atilio Régulo, cónsul de Roma por segunda vez, general en jefe de las legiones y la flota de África, cayó de rodillas al suelo. Apoyó la punta de la espada en la tierra para no caer. Mareado, jadeante, impotente, confundido, exhausto...

Una pared de picas enemigas fue rodeando el espacio que ocupaba el romano junto a sus *lictors* y un puñado de legionarios. En el centro de aquel círculo, como el escorpión que se ve rodeado por el fuego, Régulo miró a su alrededor. Solo entonces fue consciente de la derrota y de todas sus consecuencias. Dio la vuelta a la espada con gesto de desesperación, apuntando la fría hoja hacia sí, buscando un hueco en la parte baja de su armadura. De repente su vida carecía de sentido alguno.

—¡Señor! —Lucio se abalanzó sobre el cónsul.

Forcejearon. El joven lictor aferró la espada por la hoja para evitar el suicidio. Sus manos comenzaron a sangrar.

—¡Aparta! ¡Déjame al menos morir con honor!

—¡No hay honor en esta muerte! —gritó Lucio con lágrimas en los ojos, al ver al hombre que tanto admiraba, y amaba, convertido, de repente, en una vaga sombra de sí mismo. Consiguió arrancarle la espada—. Vivid, señor, os lo ruego.

Los hombres, gritaban afónicos. Lloraban, abrazándose entre ellos. Un enorme pasillo humano se abrió delante de Jantipo para mostrar, al fondo, al cónsul de Roma postrado en el suelo, rodeado de sus fieles *lictors*, siete de ellos muertos, dos malheridos. Jantipo pidió su caballo y Amílcar apareció con él. El espartano montó de un salto.

—Ocúpate de todo, Amílcar —dijo desde su montura—. Nos veremos en Cartago.

Jantipo, sin siquiera reconocer el campo de batalla, como era habitual en él, salió al galope en dirección a la ciudad que acababa de salvar.

El sol se apagaba lentamente iluminando con un destello rojizo la llanura del Bagradas.

Un jinete solitario, con el escudo de la Lambda colgado a la espalda, abandonaba el lugar en dirección a Cartago. Dejaba tras de sí una pequeña estela de polvo que se iba alejando. Miles de cuerpos, cada uno con su historia de miedos, deseos y anhelos, yacían tendidos en el suelo.

TERCERA PARTE

CUATRO DESTINOS

Arishat se revolvió inquieta en el lecho. Dormía, pero el simple crujir de la madera, o el ladrido de un perro en la lejanía, sobresaltaba a la bella cartaginesa.

El recurrente sueño de noches anteriores cada vez se hacía más real. Le aterraba de tal manera que, una vez despertaba sobresaltada, nada lograba sacarla de un profundo ensimismamiento.

Temblaba con cada ruido como un cervatillo acorralado. Como una gacela indefensa y asustada. Se había mirado al espejo de bronce bruñido antes de acostarse. Los ojos hinchados, la túnica desgarrada que no se había quitado en dos días, el pelo enmarañado, la cara pálida y sin rastro de maquillaje. Se acarició la mejilla con pena al ver cómo su belleza se había desvanecido. Como si hubiese huido de un cuerpo atormentado para buscar otro huésped. Se maldijo. Parecía una vulgar esclava de campo. Volvió a la cama.

Debía faltar poco para el amanecer. La noche era oscura, más de lo habitual. Dos golpes secos en la puerta de su casa se mezclaron en su ligero sueño. En el instante en que se daba cuenta de que eran reales, sonaron otros dos, aún más fuertes que los anteriores.

Arishat se sobresaltó, oyó un súbito grito de sorpresa emitido por una de sus dos esclavas y el golpe de la puerta empotrándose con fuerza contra la pared. Aterrada, presa del pánico; su corazón comenzó a palpar queriendo huir de aquel cuerpo. Temblaba. La sangre desbocada martilleaba sus sienas.

Venían a por ella. Saltó del lecho mirando nerviosa en todas direcciones. Huir. Debía huir. Unos pasos firmes y pesados subían por la escalera a toda velocidad. La ventana. Asomó la cabeza por la ventana de su habitación que daba a la calle. Demasiado alto. Se estrellaría contra el suelo sin remedio si saltaba.

De repente, la puerta de su habitación se abrió con ímpetu. Arishat ahogó un grito tapándose la boca con las manos.

En dos zancadas, el espartano, apestando a sudor humano y equino, envuelto en magulladuras, salpicado de sangre seca, sucio como un puerco recién salido de un lodazal, se puso ante Arishat y, sin decir una palabra, la agarró de la cintura con su poderoso brazo, besándola con pasión.

Aún no había desaparecido en la púnica el temblor del miedo cuando a

este se unió el temblor del amor y el deseo. Saltó sobre el espartano el cuerpo convulso de la cortesana, abrazando con las piernas su cintura y con los brazos el poderoso cuello, mientras su lengua se perdía en la boca del hombre al que amaba.

Las lágrimas y los sollozos se mezclaban con los besos. Lloraba de alegría, de alivio. Los besos eran frenéticos, ardientes; las cabezas se movían incapaces de saciar tanta ansia. Las poderosas y encallecidas manos del espartano se deslizaron por los firmes muslos que abrazaban su cintura, desplazando a su paso la ligera túnica de la mujer, buscando sostener y acariciar las nalgas de Arishat, que le revolvía el pelo con las manos, invadida de deseo.

Resoplaban como toros, intentando, con besos cada vez más intensos, fundirse en un solo ser; pero estos no eran suficientes para calmar el fuego que les consumía. Las ásperas manos del espartano recorrieron la suave y torneada cintura de la púnica llegando a los firmes pechos. Arishat, desnuda ya hasta las costillas, descolgó las piernas sin dejar de besarle para que la túnica se deslizase aún más cuando sus pies tocaran el suelo, ofreciendo así al espartano sus pechos descubiertos. Dejó de besarle un momento para retirarse la túnica por encima de la cabeza y los hombros, solo para lanzarla al suelo, volviendo a saltar sobre su amante completamente desnuda. El impetuoso salto de la mujer a punto estuvo de derribar al curtido soldado. La presión ejercida por el miembro del mercenario sobre el taparrabos era ya tal que, sin dejar de besar y sin soltar a su amante, Jantipo se deshizo del corsé que le oprimía, retirándose el faldellín.

Ares estaba vestido, desbocado, enhiesto; Afrodita, abrazada a él con sus cuatro extremidades como la sierpe que acabó con la vida de Laocoonte, desnuda, ansiosa y anhelante. La mujer recibió al hombre en su interior con un suspiro que pareció arrancado del alma, que abortó sus besos obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás. Los ojos cerrados, el labio inferior mordido y la espesa melena rebotando en el aire al compás del deseo.

Ella, aferrada a su cuello. Él, sosteniéndola por las nalgas, con las piernas arqueadas. Se atraían y alejaban, jadeando al ritmo que marcaban sus corazones. Primero al paso. Luego al trote y, por fin, al galope. Gemidos acompañados del tintineo de las armas.

La cartaginesa sintió la cúspide del placer envolver su cuerpo tres veces. El espartano, sabedor de que su fuerza se vendría abajo cuando alcanzase el cénit de su pasión, sintiendo que aquel momento estaba cercano y que pronto

anegaría el interior de la cortesana, apoyó el cuerpo de ésta contra una pared justo a tiempo de derramarse, penetrándola con fuerza; quedándose inmóvil unos instantes mientras ella gritaba de nuevo, alcanzado por cuarta vez el punto máximo del amor al sentir fluir en su interior un río de vida.

Los besos desenfrenados dejaron paso a miradas mudas y profundas, a caricias en las mejillas. A otros besos más espaciados y sosegados, pero sin palabras. Arishat desmontó delicadamente, esbozando una sonrisa, haciendo amago de alejarse. El espartano la tomó de la mano con firmeza para evitar que el cuerpo desnudo se separase de él. La atrajo hacia sí y la besó de nuevo.

—Voy a buscar agua y aceite para asearte —dijo la belleza púnica—.
Aguarda aquí.

Jantipo se observó a sí mismo. Solo entonces pareció darse cuenta del estado de sus ropas; de que la había tomado quitándose lo indispensable. La espada aún estaba colgada en el tahalí, el escudo colgado a la espalda y su armadura de lino prensado repleta de suciedad y sangre.

Cuando Arishat volvió a la estancia, Jantipo estaba desnudo. Se había deshecho de su indumentaria, dejándolo todo amontonado en una esquina de la habitación. Ella no se había preocupado siquiera de volverse a vestir. Así trabajosamente una gran jarra con agua que dejó delante del hombre para luego volver a salir en busca del aceite.

Cuando volvió, el mercenario elevaba la jarra sobre la cabeza, derramando parte del contenido sobre su melena. Resoplaba complacido con el frescor que el agua le brindaba. Ella se acercó a él con el aceite y con una pequeña hoz para el aseo. Empapó bien las manos en el viscoso líquido y comenzó a embadurnar al hombre. No como había hecho otras veces, como a un caballo, sino delicadamente, sometida a la penetrante y continua mirada de Jantipo, que la seguía con los ojos. Él se mantenía en silencio para, de vez en cuando, acercarla hacia sí y besarla de nuevo. Ella recibía los besos con agrado antes de proseguir su camino por el musculoso cuerpo, que ya brillaba a la tenue luz de las pequeñas lámparas. Sonreía. Con la hoz fue retirando el aceite convirtiendo un cuerpo sucio en uno limpio y radiante. Acabado el aseo, Arishat tomó la mano del hombre, acercándole al lecho, donde ambos se tumbaron. Jantipo parecía hipnotizado, pues en ningún momento desviaba los ojos de la cara de la cartaginesa. De sus labios no salía otra cosa que no fuesen besos.

Tumbados en el colchón, sosegados tras haber consumado la pasión que desde hacía tanto a ambos consumía, Jantipo, suavemente, hizo que su amante se tumbase boca arriba. Sus férreas manos, pausadas y tiernas, acariciaban el cuerpo de Arishat que, de nuevo, volvía a estremecerse de deseo. Los labios del espartano seguían el camino que iban abriendo sus manos, deteniéndose en el cuello de la cortesana, luego en los pechos, las costillas, el ombligo. Deteniéndose, deleitándose, suave y delicado, convertido de nuevo en hombre después de haber expulsado de sí al animal.

Se sintió amada. Por primera vez en su vida un hombre buscaba en su cuerpo algo más que su egoísta deleite. Por primera vez, alguien desataba sobre ella una lluvia de caricias delicadas que le producían auténticos escalofríos, haciendo que deseara al hombre más y más.

Jantipo, como si supiese perfectamente lo que la cortesana quería, busco sus labios. Volvió a besarla mientras un leve movimiento de las manos en el muslo indicó a la cartaginesa que él también la deseaba de nuevo. Ella se abrió para él como una flor ante el sol y pudo sentirle dentro de sí. Esta vez metódico, lento, besándola a cada vaivén. Sus poderosos brazos, como las columnas de un templo apoyadas a los lados de su cara, se flexionaban para que los labios se juntasen. Sus ojos fijos en ella. Ni una palabra.

Arishat se dejó hacer. Por primera vez ese no era su oficio. Por primera vez, un hombre la tomaba pensando en ella...

Amanecía en Cartago. Un sol radiante bendecía la ciudad. Jantipo dormía, extenuado por la guerra y el amor. Arishat, sonriente, buscó reposo con la cabeza en el pecho desnudo del hombre y lo acarició. Solo entonces se dio cuenta de que no habían cruzado una sola palabra, de que no solo no sabía si la batalla había sido una victoria o una derrota para su ciudad, sino de que poco le importaba. Él estaba allí, estaba bien y ella no quería nada más. El miedo, que había anidado en su alma como un cuervo que le devoraba las entrañas, había desaparecido de repente, sin darse cuenta. Se sentía segura, amada, protegida, feliz. Completa. Cerró los ojos para conciliar un sueño que, sabía, no sería interrumpido por ninguna pesadilla. No tardó en volverlos a abrir. Una distante algarabía comenzaba a tomar forma. Aguzó el oído.

La ciudad fue poco a poco estallando en un lejano murmullo que se convirtió en una tormenta de voces que gritaban, corriendo por las calles, alborotándolas. Arishat pudo oír los cascos de un caballo al galope y una voz

que gritaba «Victoria» hasta quedar afónica. Se incorporó y miró al hombre que descansaba a su lado. Dos lágrimas, una de dicha y otra de orgullo, surcaron sus mejillas.

Una vez más, Marco Atilio Régulo cumplía su palabra. Cinco días después de abandonar Adis, las puertas de Cartago se abrían ante él.

Las murallas de la ciudad sobrecogieron al cónsul. Sus legiones, o lo que quedaba de ellas, le seguían. Una triste columna que serpenteaba lentamente hacia el cautiverio. Eran cerca de seis mil hombres desarmados, sucios y agotados entre los que era imposible distinguir a tribunos o centuriones de los más bajos legionarios. Caminaban pesadamente, con las sandalias deshechas, muchos apoyando sus agotados o ensangrentados miembros sobre los hombros de un compañero que apenas podía consigo mismo. Alguno, incapaz de mantener el lento paso de la columna, se desplomaba, levantando el polvo con su pesada caída, incapaz de volver a levantarse; abandonado en el sitio a morir de sus heridas y sed.

Cientos de pacientes buitres dibujaban círculos en el cielo aguardando el festín que les brindaban los hombres. El sol, inclemente, absorbía las fuerzas en vez de darlas. Eran la misérrima cara de la derrota. Régulo iba en cabeza, con las manos atadas a una cuerda y esta, a su vez, al caballo de un joven cartaginés. Despojado de su armadura y sus ropas, vestido con una simple túnica ajada, cubierto de sudor y polvo, con la lengua pastosa e hinchada por la sed, la garganta reseca y los miembros entumecidos; el cónsul de Roma trastabillaba cada vez más, sin llegar a caer al suelo. Régulo procuraba mantener la dignidad del vencido, lo único que queda tras la derrota y la captura. Se había convertido en un trofeo.

Una multitud enardecida, frenética y famélica después de meses de privaciones, atestaba las calles, vitoreando a los soldados cartagineses que marchaban jubilosos e insultando a los romanos que iban entrando a la ciudad. No solo eran insultos y abucheos lo que recibían los legionarios, también pedradas que impactaban con mayor o menor puntería en los cautivos sin que ninguno de los vencedores hiciese nada por evitar las brutales muestras de odio. Qué lejos estaban los sueños de gloria que le habían acunado hacía unos días. Qué luminosa se mostraba la mortal enemiga. Qué desafiante.

No hubiera sido necesario que los carceleros cartagineses le empujasen para que entrase al oscuro calabozo. Hubiese entrado por su propio pie, con dignidad. Pero la humillación también sirve para recordar una derrota, y el

cuerpo del cónsul cayó de bruces en el suelo húmedo merced al brutal empujón. Los carceleros reían. Uno de ellos, en un griego rudimentario, le dio irónicamente la bienvenida a Cartago.

El cónsul se irguió trabajosamente mientras los carceleros cerraban con dificultad la pesada y chirriante puerta, negra de suciedad e hinchada de humedad. La pequeña rejilla, que quedaba a la altura de la cara, se cerró dejando al otro lado la tenue luz de la antorcha, sumiendo al cónsul en la oscuridad y el silencio. En un extremo, una solitaria gota marcaba el paso del tiempo. Un tiempo que, sin la luz del sol, sería imposible calcular. Régulo palpó las húmedas paredes con la mano, buscó el centro de la hedionda estancia y, ya sin fuerzas para maldecir su suerte, se tumbó a dormir, rogando a los dioses que le llegase la muerte cuanto antes. Debería haberse quitado la vida cuando pudo. Sintió profundamente haber caído víctima de la devoción de Lucio. ¿Dónde estaría ahora aquel buen romano? ¿Y dónde aquellos que le habían acompañado en la triste marcha desde Bagradas?

Cargaba con sus *triari* y la falange cartaginesa se venía abajo. El enemigo huía en todas direcciones y sus hombres le vitoreaban cuando el chirrido de la puerta que se abría lo despertó. Tuvo que cubrirse los ojos para que no le dañase la danzarina luz de la antorcha.

—Dejadnos —dijo una voz en un griego autoritario.

El hombre que había hablado buscaba un hueco para colocar la antorcha. Régulo entrecerraba los ojos, cubriéndose la cara con el brazo, incapaz de ver a quien había hablado. Al final, el intruso colgó la antorcha en un enganche de hierro roñoso incrustado en la pared. Los ojos del cónsul tardaron en hacerse a la luz. Entonces reconoció al espartano que, doblando las piernas, dejaba un petate en el suelo, sentándose frente a él.

—Jantipo —dijo el cónsul con sorpresa.

Este deshizo el nudo del petate para descubrir el contenido: pan, higos, cordero, queso, agua y vino.

—No necesito tu caridad —espetó Régulo al espartano que lo miró extrañado.

—No es caridad —dijo Jantipo cogiendo un poco de pan y cortando un trozo de queso—. Es una comida para dos adversarios que se respetan, uno de los cuales ha tenido más suerte que el otro. Eso es todo. Come, te sentará bien.

A Régulo le rugían las tripas, pero optó primero por saciar su sed. El vino era excelente. Luego se deleitó con un trozo de cordero. Ambos comían despacio en la penumbra, sin decir una palabra, observándose de vez en cuando. La antorcha emitía un leve crepitar. Por fin, el romano habló.

—¿Cómo lo conseguiste? ¿Por qué no se rompió la falange?

—Yo mismo me quedé asombrado. Sencillamente supe hacerles ver que si abandonaban, todo lo que querían desaparecería. Lo demás fue suerte, solo eso.

—No creo en la fortuna, griego, luchasteis mejor y con más arrojo. Eso es todo. Tu caballería consiguió desbordar mis flancos. Lo hiciste bien. Yo fui un imbécil al creer que la falange se derrumbaría como en Adis. Enhorabuena. —Jantipo agradeció el comentario con un leve gesto de asentimiento. Régulo se quedó pensativo—. Pero tú, ¿por qué luchaste? Tú mismo dudabas de vuestra victoria. Tu actitud no es la de un mercenario. No parece que lucharas por dinero; cualquiera hubiese aceptado una oferta honrosa de rendición como la que os hice. Y, para colmo, pusiste tu vida en riesgo cuando estábamos a punto de desbordaros en el centro.

El romano miró fijamente al espartano esperando una respuesta.

—Puedo decir que mis servicios han sido retribuidos más que generosamente por la ciudad. Y sí, lo de Adis me hizo ver que me enfrentaba a una situación imposible. Habría abandonado entonces. Pero no, no luché por el dinero. Sencillamente luché por una mujer, por preservar su ciudad. Porque no soportaba la idea de verla convertida en esclava o en divertimento de un puñado de soldados ebrios.

De nuevo reinó el silencio entre los dos curtidos generales; salvo por una rata que, atraída por el olor de la comida, hizo una tímida aparición en la estancia meneando sus bigotes, emitiendo su característico chillido cuando un hueso de cordero, ya blanco, le impactó en la cabeza.

—Siento que los cartagineses no hayan tenido la decencia de alojarte como merece un adversario digno —dijo Jantipo—. Al fin y al cabo, has luchado con honor y valentía. Quizá sea el miedo. Te tienen miedo. Los mismos cimientos de la ciudad han temblado ante tu avance.

—Algo es algo —repuso el romano, esbozando una triste sonrisa.

—Casi les tenías, Régulo. Lo hiciste bien. Ninguno de tus conciudadanos podrá reprocharte nada.

—No conoces Roma. Allí solo se juzga el resultado.

El cónsul suspiró resignado.

—No creo que los sufetes vayan a respetar tu vida ni tu rango.

—Poco me importa. Si salgo vivo de esta y vuelvo me juzgarán por incompetencia. Tenlo por seguro. Los idiotas suelen tener muchos seguidores. No sé qué es peor.

Se hizo de nuevo una larga pausa, el silencio entre dos avezados soldados que no necesitan muchas palabras para entenderse.

—Tengo la sensación de que si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias hubiésemos sido amigos —murmuró el espartano.

—Sí, yo también.

—Tengo que irme, Régulo —dijo Jantipo incorporándose—. Procuraré que no te falte de nada. Venía también a decirte que mostrases entereza ante el futuro que, seguramente, te aguarda. Pero veo que no es necesario.

—Gracias, Jantipo —dijo Régulo, también incorporándose—. Ha sido un honor conocerte y, aunque te pueda parecer extraño, me alegra que hayas sido tú y no otro quien me derrotase. Al menos he caído ante un digno adversario. Es más de lo que pueden decir muchos.

Bíbulo llevaba cuatro días andando, escondiéndose entre los matorrales como una alimaña; temiendo, a cada paso que daba, ser sorprendido por los númeridos que batían todo el territorio en busca de los romanos de Régulo para darles caza y matarles. Iba solo. Miles de moscas lo acosaban atraídas por el calor de su cuerpo y el olor de su herida. Ya no se molestaba en espantarlas. No había probado bocado desde la batalla, salvo por unos dátiles que consiguió encontrar y que, andando el día, le provocaron una implacable diarrea.

Caminar bajo el sol era agotador, especialmente con la tripa vacía. Tan solo llevaba su raída túnica, llena de polvo, sudor seco y sangre, que había tenido que rasgar para procurarse un trapo que le protegiese la cabeza del inclemente astro. Al cuello llevaba su pequeña bolsa con los dados, el sueldo de diez años que le entregara el cónsul hacía ya una eternidad y el mechón de pelo de Verrucoso.

El hombro dolía mucho. La herida comenzaba a oler muy mal. Se la había lavado en un riachuelo donde pudo calmar su sed, pero a la sangre se le había ido añadiendo el pus. Caminaba pesadamente, con la mano derecha sobre la herida. Había perdido una de las sandalias en la huida hacia ninguna parte y los pies, llenos de ampollas, ardían a cada paso. Si hubiese sabido dónde se encontraba habría caminado de noche, descansado de día; pero solo sabía que debía dirigirse hacia levante, confiando en encontrar alguna referencia en la marcha que le llevase a Áspis.

Las noches eran frías y los días cálidos. Pero no podía detenerse. No mientras le quedase un resquicio de aliento.

Áspis. Sabía que la ciudad estaba hacia el este y hacia allí encaminaba sus tristes, lentos y temerosos pasos. Si los cartagineses no habían asaltado el pequeño enclave amurallado quizá la guarnición siguiese allí. En caso contrario, su suerte estaría echada y moriría a merced de los elementos o, lo que era peor, a manos de los númeridos. Aquellos despiadados salvajes que rastreaban el camino como lobos hambrientos buscando carne romana con la que ejercer toda su crueldad con absoluta impunidad.

Bíbulo maldijo el día en que se alistó para luchar en África. Nada quedaba ya en aquella tierra maldita de la gloria de Roma; él era la viva imagen de las altivas legiones. De vez en cuando, Bíbulo encontraba alguna

pieza del equipo de un legionario que examinaba por su posible utilidad, elementos inútiles para la huida, abandonados para que su portador pudiese seguir la marcha más ligero. Una espada, una cantimplora que se llevó con temblorosa avidez a los agrietados labios solo para comprobar que tan solo una miserable gota quedaba en ella, un casco, el estandarte de la I Legión con el Águila polvorienta y semienterrada en la tierra. Nada, al fin y al cabo.

A pesar de todo, aquellos restos que pertenecían a un ejército derrotado que se desmembraba a cada paso también le daban ciertos ánimos en cuanto a que la dirección que seguía debía ser la correcta. Eso cuando lo que encontraba no era el cuerpo desnudo de un legionario colgado de un árbol atravesado de saetas, con los ojos arrancados y la nariz y las orejas mutiladas, pasto de los cuervos y de miles de insectos.

Era consciente de que cada día recorría menos y menos estadios, aterrado, agotado, dolorido y hambriento como estaba. Se dio cuenta de que comenzaba a arrastrar los pies, pero no podía hacer nada para evitarlo. Era cuestión de dar un paso más, de concentrarse en dar uno, luego otro y otro, sin tan siquiera saber si su intuición le llevaba por el buen camino o si cuando llegase a Áspis, si es que llegaba, sería presa de alguna patrulla de esos nómadas enloquecidos.

Una piedra en el camino le hizo tropezar. Cayó al suelo como un saco, privado de fuerza. Masticó el polvo en su boca y procuró escupirlo, pero éste se adhería a la reseca saliva que bordeaba sus labios. Intentó levantarse. El esfuerzo resultó ser demasiado para su debilitado cuerpo. Volvió a desplomarse. Entonces vino a él la imagen que había presenciado un par de días atrás, cuando, entre los juncos de un arroyo, mientras se limpiaba la herida, y bebiendo ávidamente, había escuchado los cascos de unos caballos y los gritos de un legionario pidiendo clemencia. No pudo evitar mirar entre la maleza para presenciar horrorizado cómo cuatro nómadas perseguían a un romano que corría agotado, lo derribaban y lo ejecutaban atando sus cuatro extremidades a otros tantos caballos, haciendo que los equinos tirasen en direcciones opuestas desmembrando al pobre desgraciado. Así que Bíbulo, recordando aquella visión que le atormentaba y agujijoneaba, tuvo que buscar en su interior fuerzas de flaqueza para alzarse de nuevo y proseguir su lenta marcha. No caería en manos de esos salvajes. Él no.

Arishat, sentada a la mesa y recostada en su silla, observaba complacida, en la tranquilidad del jardín, al que ya era su hombre. El temor en la ciudad se había desvanecido de la noche a la mañana, los mercados y las calles volvían a poblarse, las gentes volvían hablar de cosas banales, volvían a oírse risas. Ella callaba, disfrutando de la animada conversación de sus invitados. Él comía satisfecho, de muy buen humor junto a sus cuatro compañeros de armas y el joven Amílcar Barca. Reían, cantando viejos himnos de guerra de un tal Tirteo. Hablaban continuamente sobre la batalla que había salvado Cartago, también sobre lejanos y exóticos países donde habían prestado sus servicios.

Hoy sí bebían vino. Hoy celebraban su última campaña, el adiós a una vida guerrera. Recordaban anécdotas e historias de valor y honor. Brindaban por algún compañero muerto, deseando que estuviese bien cuidado en el Hades, el lugar donde los griegos creen que van a parar sus almas una vez que abandonan la vida.

Arishat llegó a saber que hacía quince años cien espartanos habían salido de su ciudad siguiendo a Jantipo; de aquellos, hoy tan solo quedaban los cuatro que compartían su mesa.

Amílcar observaba a los mercenarios embelesado, boquiabierto, preguntando miles de detalles, como si quisiese abarcar todas las experiencias de los espartanos, intentando hacer suyos aquellos conocimientos e historias.

—¡Por Cinisco! —brindó Brásidas, coreado por sus compañeros—. Aún recuerdo al muy bribón defendiendo él solo aquel desfiladero en Tesalia contra los tracios, mientras nosotros poníamos a salvo al ejército detrás del río. Aquellos bárbaros se cagaron encima.

—¡Por Aristón! —rugió Cleómenes—. Hasta los elefantes huyeron de él en el Hidaspes. —Se dirigió a Amílcar y bajó la voz—. Al final cayó a manos de una jovencita que había desvirgado. Ningún arma pudo con él y al final tuvo que ser una salvaje despechada. Menudo era.

Jantipo, desde el otro lado de la mesa, le regalaba a la púnica profundas miradas unidas a largas sonrisas. Por las noches, la pasión les consumía. Ya era su hombre y le seguiría al fin del mundo si él así se lo pedía. Sí, podía decir que, por primera vez en su vida, estaba enamorada. Para ella nunca había existido otro hombre, y jamás existiría después. Había tomado la

decisión de no volver a vender su cuerpo, porque ya no le pertenecía a ella, sino a él; y uno no puede comerciar con lo que no le pertenece. Así se lo había hecho saber hacía unos días a un enviado de Bóstar que la requería para una multitudinaria fiesta en celebración de la victoria. Ya no se imaginaba dando placer a otros hombres. De hecho, le repugnaba la idea.

—¿Qué hay del cónsul? —preguntó Brásidas dirigiéndose a Amílcar.

—Lo juzgarán esta tarde —repuso el cartaginés—. Imagino que se le condenará a muerte. Sabiendo la manera de ser de los sufetes, dudo que vaya a ser una muerte agradable.

—¿Juzgarle? —rugió Brásidas, extrañado—. ¿Igual que a un vulgar criminal?

—Sí, eso pretenden hacer. Imagino que quieren desprestigiarle a ojos del pueblo —confirmó Amílcar.

—¡Qué desfachatez!

—¿Y no pedirán rescate por él? —preguntó Arishat extrañada— Ese hombre debe valer su peso en oro.

—Quieren dar un escarmiento y un espectáculo a la vez. El pobre diablo lleva ya diez días metido en un calabozo, imagino que estará deseando que alguien ponga fin a sus días. —Amílcar se limpió las manos utilizando miga de pan y se excusó—. Eso me recuerda que debo irme; tengo que pasar por mi casa y prepararme para la sesión del Senado; se me ha ocurrido una idea que espero convenza a los sufetes y los senadores respecto de nuestro glorioso enemigo. —Antes de llegar a la puerta, Amílcar se volvió a los espartanos—. Imagino que no faltaréis a la fiesta del sufete. ¿Me equivoco? Cartago os debe mucho.

—No, mi joven amigo, no faltaremos —dijo Jantipo.

—El sufete sabe agasajar a sus invitados, no faltarán ni los más deliciosos manjares ni las mejores *hetairas*.

Amílcar observó un instante a Arishat como si deseara no haber dicho aquello último. Él también había participado de los encantos de la púnica en alguna ocasión.

—Pues yo no creo que vaya —repuso Arishat con una sonrisa encaminada a quitar importancia al comentario del joven. Una importancia que para ella no tenía, pues no podía negar lo que había sido—. Mi lugar ya no está en esos sitios. Hay que dejar el camino abierto a otras generaciones, ¿no crees?

—Más de uno se va a llevar un disgusto al conocer tu decisión —dijo

Amílcar con una amplia sonrisa antes de despedirse.

—Alguno ya se lo ha llevado.

Jantipo miró a Arishat extrañado antes de hablar.

—Eres libre de hacer lo que quieras. Yo no te pido nada.

—Pues exactamente eso es lo que pretendo hacer con mi libertad.

Entregarme a ti y solo a ti, hasta que tú lo desees. Tampoco yo te pido nada. Solo que cuando te hayas cansado de mí, me lo digas.

Jantipo se alzó de su silla, acercándose a ella, bordeando la mesa.

—Amigos —dijo mirándola fijamente—, disculpadnos. —Y cogió la mano de la púnica para llevarla al lecho.

Arishat se levantó complacida.

—¡Jantipo! —gritó Brásidas—. ¡No te entretengas demasiado, recuerda que esta noche no podemos faltar al gran banquete del sufete!

—¡Tranquilo, Brásidas, no tardaremos mucho! —Y cogió a Arishat con ambos brazos para subirla escaleras arriba mientras la besaba.

—¡Recuerda, Jantipo! ¡Las batallas contra las mujeres solo se ganan huyendo!

Todos rieron.

Jadeando en el lecho podían oír las risas de los espartanos que brindaban por aquella, su última campaña. Y por un pedazo de tierra a la sombra del Taigeto.

La puerta del calabozo se abrió pesadamente. La luz de la antorcha nubló los ojos de Marco Atilio Régulo que, de nuevo, tuvo que entrecerrar los ojos. Utilizó las manos para cubrirse. Procuró levantarse con toda la agilidad de la que fue capaz, pero la humedad había debilitado sus articulaciones. El alma misma le dolía. Lamentó no haber caído blandiendo su espada en batalla, merced a la estocada de un hábil adversario. Lamentó otra vez no haberse quitado la vida cuando pudo. Maldijo a Lucio por haber amado su existencia más incluso que él mismo. Se sentía viejo, débil, cansado, derrotado... ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Dos días? ¿Dos meses? Aunque si los dioses querían que viviese quizá tuviesen algún otro designio para él. Quizá los inmortales aún le considerasen útil a Roma. Quizá simplemente fuesen caprichosos con el destino de un hombre que había estado a punto de hartarse de gloria y que al final se había atragantado.

—Vamos, romano, sal de ahí —dijo la embrutecida voz que ya reconocía como la del carcelero—. Tienes audiencia con el Senado al completo. Es un gran honor, ¿no te parece?

El hombre soltó una sonora carcajada mientras le agarraba de la túnica con fuerza, sacándolo de allí como a un perro.

La luz del sol resultó cegadora cuando salieron al exterior. Los doloridos músculos del cónsul agradecieron la caricia del astro. Caminaba lentamente, con la espalda encogida, empujado de vez en cuando por uno de sus guardianes para que apurase la marcha. Cuando pudo ver algo más que sombras, se dio cuenta de que atardecía. Para entonces, ya se encontraba a las puertas del Senado de Cartago.

El sol, rojo, se reflejaba en la estructura. Su imaginación quiso ver el grandioso edificio engullido por las llamas, chorreando sangre, convertido en un montón de cenizas. Pero éste se alzaba ante él, majestuoso e impertinente. Al cónsul le extrañó que no hubiese una airada muchedumbre abucheándolo. Quizá no parecía más que un delincuente común. Se irguió como pudo luchando contra el dolor de sus vértebras. Él era Marco Atilio Régulo, cónsul de Roma, el que había metido el miedo en los huesos a esa gente. Hablaría con aquellos hombres de igual a igual, porque así era. Fue entonces, justo antes de entrar en el edificio, cuando uno de los guardias se acercó a él con un gran espejo de bronce bruñido que le puso delante, no para que adecentase

su apariencia, sino para que tomase consciencia de lo que era ahora, con el fin de que cualquier imagen que tenía de sí mismo se desvaneciese. Querían robarle su dignidad mostrándole a un mendigo anciano, flaco, de barba reciente y desigual, con la túnica negra de suciedad y los ojos hundidos en las cuencas. Ahí estaba, observándole de arriba abajo, lo que quedaba de Marco Atilio Régulo, el triste esbozo de una sombra.

Fueron esos mismos restos debilitados los que entraron indecisos, atormentados por su apariencia, procurando mostrar un paso firme y altivo en el edificio del Senado de Cartago.

Miró alrededor. Allí estaban todos aquellos a los que su carro victorioso nunca pasearía por Roma. Conejos convertidos en lobos.

—¿Esto que nos traéis es el temible Régulo? —Una sonora carcajada llenó el Senado. Había hablado, en griego, uno de los dos sufetes—. Dan ganas de ofrecerle limosna en vez de condenarle a muerte —continuó diciendo el mismo hombre. La sala rio de nuevo.

Un puñado de jinetes más y Bagradas hubiera sido tan diferente... Un puñado de jinetes más y aquellos hombres que hacía unos días temblaban en sus asientos cuando su nombre se pronunciaba, porque se encontraba a unas pocas horas de marcha de la ciudad, hubieran estado pidiendo clemencia como eunucos. Algo a lo que, Marco Atilio Régulo, no se rebajaría. Cuando las risas fueron muriendo, el sufete llamó al orden, aunque también entre risas.

—Por favor, no es digno del Senado de Cartago recibir así a un cónsul de Roma. —Y dirigiéndose al cónsul, prosiguió—. Marco Atilio Régulo, estamos aquí para juzgarte y, en caso de hallarte culpable, condenarte. ¿Entiendes lo que se te dice, prisionero de Cartago?

—Sí —consiguió decir Régulo con un hilillo de voz que no era la suya.

—Se te acusa de la quema de nuestras cosechas, de la captura de ciudadanos cartagineses para venderlos como esclavos, del robo de ganado, del incendio de ciudades. ¿Qué dices, prisionero de Cartago?

—Nunca me gustó el teatro, es demasiado griego —dijo Régulo con una voz algo más firme, arrancando una mirada de incredulidad del sufete.

—¿Qué tiene que ver el teatro con esto, prisionero?

—¿Puedo hablar libremente?

—Sí, ahora que has escuchado de lo que se te acusa, tienes derecho a decir cuanto quieras.

—Pues aludo al teatro porque ya tenéis toda la obra escrita y sabéis el

final. De lo que me acusáis es de hacer la guerra —dijo tomando cada vez más confianza, olvidándose del mendigo que había entrado en la cámara—. Y la guerra, nobles cartagineses, se hace así. Aunque, ¿qué vais a saber vosotros de eso, si hasta habéis tenido que contratar a un general extranjero para hacer el trabajo? —La sala estalló en un murmullo desaprobatorio ante el insulto. Régulo alzó más la voz para hacerse oír—. Pero lo curioso es que esos cargos que os habéis inventado son más propios de bandoleros y ladrones. Si lo que queréis es ejecutarme, adelante. ¿Para qué hacer un juicio absurdo? ¿Para lavar vuestras mezquinas conciencias? ¿Para mostrarme ante vuestro pueblo como un asesino que ha recibido su merecido? Lo lógico, sin duda, sería pedir rescate por mí; una buena suma que, tanto mi familia como el pueblo de Roma, estaría dispuesta a pagar. Pero, ¿sabéis por qué no lo hacéis y preferís acabar conmigo? —Régulo hizo una pausa para dejar que la pregunta quedase suspendida en el ambiente—. Porque me tenéis miedo, senadores de Cartago. —El cónsul sonrió mientras paseaba la mirada por los abarrotados bancos—. Porque os he atormentado en vuestros sueños. Porque vuestras mujeres les cuentan a vuestros hijos que si no se van a dormir vendrá Régulo a llevárselos y, porque si Régulo vuelve a Roma, tarde o temprano también volverá a África. Y entonces no cometerá los mismos errores. Puede que cometa otros distintos, sin duda, pero nunca los mismos, ínclitos senadores de Cartago. Y lo cierto es que no hay suma en el mundo que pueda apartaros de ese miedo. Esa es para mí una gran victoria sobre vosotros. ¿Queréis que implore por mi vida? ¿Queréis que me arrodille y solloce como una vieja pidiendo clemencia? No, hombres de Cartago, yo no haré lo que haríais vosotros de estar en mi lugar. Un romano prefiere una muerte digna a una vida infame. —El cónsul hizo una pausa y caminó mirando al suelo—. Pero diré más: lo mismo da que me ejecutéis. Roma acabará con vosotros, porque sois mercaderes y tenderos, no soldados. Porque habéis tenido que recurrir a un extranjero para conseguir la victoria. Volveréis a temblar, senadores, os lo aseguro. Algún día, Cartago no será más que un montón de escombros que nadie recordará.

La sala había enmudecido al escuchar las últimas palabras de Régulo. Las leyes de Cartago no permitían interrumpir a un reo que hablaba en su defensa. Aunque más que defensa, las palabras del cónsul eran una amenaza.

—Muy bien, prisionero —dijo el sufete, que había abandonado el tono cordial y parecía enfurecido ante la impertinencia del reo—. ¿Es eso todo lo que tienes que decir?

—Sí. Para qué decir más.

—En ese caso, procederemos a votar sobre tu suerte. Debes saber que, si eres hallado culpable, la pena es la muerte por aplastamiento.

Régulo observaba impasible con las manos enlazadas a la espalda y la cabeza bien alta, como si en vez de su harapienta vestimenta luciese su immaculado traje de campaña.

—Habéis oído los cargos y la defensa del prisionero —dijo el sufete dirigiéndose al resto de la sala, levantando la mano para emitir su voto—. Alzad la mano aquellos de vosotros que le creáis culpable.

Uno a uno, todos los senadores fueron levantando la mano, pidiendo con el mudo gesto la muerte del cónsul. Todos menos uno. El joven que le había llevado atado a su caballo al entrar a la ciudad. Este se irguió para hablar atrayendo la mirada de toda la cámara. El sufete le concedió la palabra.

—Hombres de Cartago —dijo el joven Barca—. Yo no soy partidario de la muerte de este hombre, pero lo soy de pedir rescate por él y por todos aquellos que le acompañaban y que hemos capturado. No digo nada nuevo al afirmar que las arcas de la ciudad están necesitadas de dinero. Bien se ha discutido ya este problema en sesiones anteriores. Si Roma no accede a la paz después de la derrota que les hemos infligido, ¿duda alguno de los presentes que se avecinarán más campañas por tierra y por mar? —La cámara se mantenía en silencio escuchando al joven Barca—. Soy joven y, por lo tanto, soy ignorante de una gran cantidad de cosas, pero hay algo en lo que todos estaremos de acuerdo: la guerra solo tiene un engranaje; el dinero. Si habéis votado a favor de condenar a este hombre, poco puede hacer la humilde opinión de un joven senador. Al fin y al cabo, no hace ni dos meses que murió mi padre y que me he unido a vosotros. De todos modos, pido que hable la sensatez. Si el Senado pretende pedir rescate por el resto de los prisioneros, y espero de corazón que así sea, quiero proponer que se retrase la ejecución del romano y que sea el mismo Régulo el que viaje a Roma para tratar el asunto, acompañando a los dos diplomáticos que partirán a la ciudad enemiga para negociar la paz. Yo le he visto luchar. Ama a sus hombres, y si alguien puede conseguir una buena suma por ellos, es él mismo.

—Eres un ingenuo; o un loco, joven Barca —espetó Hannón el Grande desde su escaño. Había vuelto recientemente de Iberia al calor de la victoria—. ¿He oído bien? —dijo incrédulo—. ¿Pretendes que enviemos a Régulo de vuelta a Roma?

—Régulo es hombre de palabra, algo que tú probablemente no llegues a

entender nunca. Sé que si jura ante todos nosotros que volverá, lo hará.

—¡Es absurdo! —rugió Bóstar—. Ese hombre debe ser ejecutado. Y mejor hoy que mañana.

—¿Lo dice el glorioso defensor de Adis? —dijo Amílcar Barca con aplomo.

La sala estalló en gritos, murmullos e imprecaciones. Bóstar se levantó de su asiento pleno de ira, irradiando odio. Entonces el sufete se alzó y se fue haciendo el silencio.

—Lo que propones, joven Barca, es temerario. Es cierto que el Senado de Roma vería con sus propios ojos a un cónsul derrotado rogando por sus hombres, y quizá por sí mismo. Es indudable que eso tiene que ser un duro golpe. Imaginaos que alguno de vosotros viniese aquí a negociar el rescate de nuestros prisioneros. Pero, ¿debemos dejar escapar a este hombre? ¿Tanto confías en su palabra?

—Si, una vez en Roma, Régulo rompiese su palabra y mendigase por su propio rescate, estaría traicionándose a sí mismo. A los ojos de su propio pueblo se le vería como a un traidor.

—Joven Barca —dijo Hannón alzándose y procurando hacerse el afable—, si tan seguro estás de que este hombre volverá, aun habiendo sido condenado a muerte, tendrás que darnos alguna prueba de tu confianza. No sé... Por ejemplo: en caso de que no volviese, ¿estarías dispuesto a ocupar su puesto bajo las pezuñas de un elefante para ser aplastado hasta la muerte y a que tus bienes y los de tu familia sean confiscados y queden en beneficio de la ciudad? ¿Tan seguro estás de lo que dices?

—Sin duda alguna —dijo Amílcar Barca sin titubeos.

—En ese caso —repuso Hannón mientras volvía a sentarse pausadamente—, tanto yo como todos los que me acompañan estaremos encantados de votar a favor de tu propuesta.

Amílcar Barca asintió solemnemente, aceptando el reto de los enemigos políticos de su familia.

—Joven Barca, tu impetuosa actitud es propia de tu edad —intervino el sufete en tono paternalista—. Tu padre fue un gran amigo mío, y mi deber para con él es, al menos, pedirte que reflexiones. Eres la cabeza de una de las más insignes casas de la ciudad, tienes partidarios por el mero hecho de llevar un apellido. No necesitas hacer esto.

—Gran sufete, agradezco tus palabras, pero si algo me enseñó mi padre fue que, en mi vida en general, y en esta cámara en particular, solo he de

tener dos consignas: una, seguir mi criterio, y dos, pensar siempre en el bien de Cartago. Mi criterio es que la ciudad necesita dinero, que ese dinero nos lo puede proporcionar la entrega de los prisioneros a un precio razonable y que el mejor garante de que consigamos el más alto precio es que enviemos al propio romano a negociar las condiciones.

—Sea pues, joven Barca —dijo el sufete al fin.

Amílcar descendió lentamente las escaleras del Senado hasta encontrarse ante Régulo. Ambos se observaron con respeto. El joven cartaginés era consciente de que, si Régulo no regresaba, sus adversarios políticos se beneficiarían pidiendo su muerte y haciéndose con su patrimonio, pero antes estaba el bien de la ciudad que el suyo propio. La suma que podía suponer el rescate de cerca de seis mil prisioneros sería esencial para engrasar la anquilosada maquinaria de guerra púnica si no se llegaba a un acuerdo de paz. Además, una vez que los prisioneros fueran llevados a Roma contarían historias de derrota y sufrimiento. Eso supondría, con suerte, un duro golpe a la moral de la ciudad enemiga.

—Marco Atilio Régulo, cónsul de Roma, el Senado de Cartago te encarga la labor de viajar a tu ciudad a negociar el rescate de tus hombres. Consigas o no tu cometido, deberás volver a Cartago para ser ejecutado. ¿Juras que así lo harás?

—Juro ante Júpiter Óptimo Máximo que así lo haré —respondió Régulo completamente recuperado en su dignidad.

De vuelta en su oscuro calabozo, el cónsul se sintió renacer. Una intensa luz iluminó su alma cuando se quedó a oscuras. La vida de Marco Atilio Régulo, y su muerte, aún servirían de algo a su amada ciudad. Vería Roma de nuevo, e iría al Senado para hablar sobre el rescate de los prisioneros, pero no de la forma en que los cartagineses se lo habían pedido.

Bíbulo se desplomó en el suelo, incapaz de dar un paso más. Los labios agrietados se le llenaron del polvo que levantó con la caída. Tosió espasmódicamente. De la piel, roja por el sol, habían empezado a brotar numerosas y pequeñas ampollas. No había un recoveco en el cuerpo que no le doliese. Era un dolor intenso e inhumano. Ya no sentía la herida del hombro, pero tampoco podía mover el brazo. No quiso hacer ni un esfuerzo más, quizá debería esperar a que lo encontrara la muerte para librarse al fin de tanto sufrimiento, ya fuese en la forma de un nómada a caballo o tendido allí para que el sol del día, o el frío de la noche, acabase con sus últimas fuerzas.

Ya todo era inútil. El dinero que llevaba no le servía de nada en aquel lugar: si no tenía aliento para levantarse tampoco lo tenía para desabrocharse la bolsa del cuello, que le pesaba como una maldición. Ni siquiera pudo llorar de impotencia, angustia o tristeza, pues el dolor que sentía era básico, completo, animal. Quiso observar por última vez el maldito lugar que le había llevado a la muerte y recordó la impotente mirada del elefante que su manípulo había abatido en Bagradas.

Abrió los ojos y, para su sorpresa, vio Áspis. Una extraña bruma gris hacía que el enclave pareciera un espejismo. No estaba muy lejos, mil pasos a lo sumo, pero el cansancio no le había permitido mirar más allá del suelo que pisaba. No se había percatado de lo cerca que estaba de su objetivo. Su cuerpo, deshidratado, no pudo ni siquiera soltar una lágrima. Vio las puertas de la ciudad astilladas, entreabiertas. Se percató de que no era una bruma lo que emborronaba las murallas, sino humo. Un humo agonizante que daba a entender que el fuego ya lo había devorado todo. Procuró buscar fuerzas dentro de sí para alzarse. Su cuerpo se resistía, tuvo que luchar como un titán emitiendo quedos gemidos para lograr ponerse en pie y dar un dubitativo paso más. Luego otro. Y otro. Arrastraba los pies. Si volvía a caer, ya no se podría levantar.

No tuvo que empujar las puertas de la ciudad, había hueco suficiente para que pasara. Nada quedaba en pie en Áspis. Todo había sido destruido, salvo la muralla. El aspecto era desolador. El olor a carne quemada era insoportable. Aún se oía la madera de las casas resquebrajarse y caer pesadamente al suelo, incapaces las consumidas vigas de soportar ya el peso de las techumbres. Ni un alma recorría las consumidas calles negras de

hollín.

Tosió a causa de la humareda. Todo su cuerpo se estremeció ante el inconsciente impulso de sus pulmones. Los cadáveres de los ciudadanos yacían ensartados en la posición en la que la muerte les había sorprendido. Si la guarnición romana había partido no había sido hacía mucho tiempo. Sin Régulo, Áspis y su población se habían convertido en pasto de la frustración y la ira de los legionarios derrotados.

El resuello estaba a punto de abandonarle. Tuvo que sortear lentamente una piedra en el camino, una piedra que hacía días no hubiese supuesto un obstáculo, pero que en ese momento era la diferencia entre la vida y la muerte. Encaminaba sus tristes pasos hacia el puerto. Debía intentarlo. Su única esperanza residía en que aún quedase alguna embarcación romana, algún compañero. Alguien. Si no, se dejaría morir frente al mar que lo trajo hasta allí.

Oyó tras él el ruido de unos cascos de caballo al trote. Alarmado, el romano se volvió lentamente. No podía correr, no tenía fuerzas para esconderse. Bíbulo se dejó caer sentado al suelo. Exánime. Derrotado, agachó la cabeza, solo para volver a alzarla cansada y sumisa.

De entre la humareda fueron surgiendo unas monturas que poco a poco se materializaron ante los ojos del suburano. Pudo contar diez en total. No eran húmedas, no gritaban enloquecidos. El primer caballo se detuvo ante él, resoplando. El jinete, con las ropas deshechas y sucias, le observó de arriba abajo, inquisitivo, extrañado. Era Quinto, uno de los tribunos de Régulo. Parecía cansado.

—Otro más —dijo después de una larga pausa que utilizó para observar a aquel deshecho humano—. Ayudadle a subir al barco. Este es el último, no podemos quedarnos aquí ni un instante. Esos locos llegarán de un momento a otro. —Dirigiéndose a Bíbulo, preguntó—: ¿Cómo te llamas, legionario?

—Aulo —dijo suspirando—, Porcio —y tragó la saliva que no tenía—, Bíbulo.

Dos de los jinetes desmontaron para asistir al hombre, agarrándole por la espalda, pasando los brazos del desvalido por detrás de sus cuellos. Dolía mucho, pero Bíbulo ya ni siquiera podía quejarse. Se dejó caer sobre los hombros de sus compañeros. Pudo ver un barco en el puerto, un quinquerreme. Solo uno. Otros tres ya estaban en el mar a diferentes distancias.

—Se acabó —dijo Quinto con tristeza y resignación a uno de los

hombres que le acompañaba—. Aquí termina la expedición a África. La historia juzgará. ¿A cuántos hemos podido salvar, Septimio?

—No hemos llegado a los dos mil, señor.

—*Sic transit gloria mundi*¹ —dijo el tribuno pensativo, emitiendo un largo y sentido suspiro de resignación. Un lamento.

El quinquerre se hizo a la mar en cuanto depositaron a Bíbulo en la cubierta. El agua que le daban le escocía en los labios como si fuese un hierro al rojo vivo. Le colocaron bajo un toldo donde la luz del sol no pudiese dañarlo más. A lo lejos oyó los gritos enloquecidos de los nómadas, que acababan de atravesar la ciudad persiguiendo a los últimos jinetes romanos. Lanzaban amenazas a unas naves que ya no podrían alcanzar.

¹ La gloria del mundo es efímera.

Hacía tiempo que los espartanos habían entrado en la mansión del sufete. Iban ligeros, vestidos con sencillas túnicas rojas. Muchos les palmeaban la espalda y dedicaban palabras de reconocimiento, agradeciendo su presencia; alabando su astucia y buen hacer. La gran victoria de Bagra das se celebraba varios días después, una vez más. Todo eran flores y música, risas, hombres ebrios y mujeres semidesnudas, manjares por doquier y esclavos yendo y viniendo, sirviendo a unos y a otras. El ruido era ensordecedor.

Los lacedemonios parecían un mundo aparte dentro de aquella bacanal, formando una pequeña piña de cinco que hablaba poco y observaba mucho. Todos los notables de la ciudad estaban allí, salvo Sakárbal, el sumo sacerdote, que se había excusado aludiendo a su avanzada edad y a lo inapropiado de su presencia en la reunión. Los espartanos parecían tener ganas de irse, pero el sufete había insistido en que se quedasen, diciendo que la fiesta era en su honor, que su falta haría que todo el banquete desmereciera. Era un tipo amable y agradable, con un auténtico don de gentes. Jantipo sentía cierto aprecio por el máximo dirigente de la ciudad.

Pequeños grupos de hombres hablaban o cantaban; otros, sin el menor pudor, tomaban a alguna *hetaira* en medio de la sala; algunos sencillamente se centraban en comer o hablar de negocios y estrategia. «Estrategia de taberna», pensó Jantipo. Ahora que los romanos habían sido expulsados de África, podían volver a sus asuntos. La flota se reconstruía a buen ritmo. El ejército cartaginés desembarcaría de nuevo en Sicilia, donde las plazas que aún resistían aguardaban impacientes la llegada de refuerzos y suministros. Los dioses también sonreían a la ciudad en otro sentido. La flota que había sido enviada desde Italia para recoger los restos del ejército de Régulo había sufrido el embate de una poderosa tormenta, y decenas de barcos habían sucumbido, estrellándose contra las costas de Sicilia o engullidos por las aguas. Roma ya no tenía el dominio de los mares. Pronto la líquida llanura pertenecería a Cartago de nuevo.

La ciudad al completo parecía sentirse eufórica. Hacía días que un grupo de diplomáticos había partido llevándose al cautivo Régulo para entablar negociaciones, pedir rescate por los prisioneros romanos y discutir la paz en términos favorables a la ciudad africana. Roma, decían, no sería capaz de encajar tanto desastre, y pronto, si no aceptaban la paz, los hijos de la loba

serían expulsados de Sicilia. Después, el enemigo imploraría clemencia y Cartago recobraría su poder e incluso lo ampliaría.

Cinco de los generales cartagineses cuchicheaban en un lugar de la gran estancia junto con el joven Amílcar Barca que, excusándose con una amplia sonrisa, desapareció poco después de la mano de una *hetaira* preciosa de generosas caderas. Brásidas y Meleagro, inmensamente agradecidos por la generosidad del sufete, tampoco pudieron resistirse a estas diosas del amor. Según les había dicho Amílcar, allí estaban las mejores *hetairas* de Cartago; todas menos una.

El tiempo pasaba lentamente para Jantipo. Una de aquellas bellas mujeres, sorteando cuerpos como una gacela, se acercó al espartano luciendo una sugerente mirada de gata en celo. Era la misma que había yacido instantes antes con el joven Barca.

—¿Desea el salvador de Cartago disfrutar de las mieles del Olimpo? —dijo en griego.

—Gracias, muchacha —dijo Jantipo divertido—. Las mieles del Olimpo me aguardan en casa.

—Pues dice Amílcar Barca que deberías probarme. Dice que, si lo haces, quizá cambie tu destino.

—Te lo agradezco, mujer, eres extremadamente bella y amable, pero no me apetece.

Ella, lejos de molestarse, se agarró a su cuello y acercó la boca a su oreja. Jantipo fue a hacer el amago de apartarla de sí, pero entonces ella le susurró al oído.

—Amílcar Barca es cliente mío desde hace mucho tiempo, tengo un mensaje para ti. Es de vital importancia.

Desde el otro lado de la estancia, el joven cartaginés movió la cabeza haciendo una disimulada seña para que el mercenario siguiese a la muchacha. Fue entonces cuando Jantipo se dio cuenta de que algo no marchaba bien.

—Vayamos a un lugar apartado, mi señor. Deberéis parecer ansioso.

Jantipo, de la mano de la mujer, fue recorriendo el mar de gente que se interponía entre ellos. Tuvo que soportar los parabienes de más de un borracho hasta llegar a un lugar apartado. Detrás de unas cortinas, la cara jovial de la muchacha cambió de repente.

—Señor, dice Amílcar Barca que vuestra vida y la de vuestros hombres corre peligro. Los generales recelan de vuestra gran victoria, están carcomidos por la envidia. Han convencido al sufete de que planeáis un golpe

de estado. Dicen que lo que en realidad pretendéis es haceros con el ejército y derrocar al gobierno desde dentro de las murallas. Dicen que tanto los hombres como el pueblo aman a Jantipo y odian a sus propios dirigentes, que les habéis embaucado; que conspiráis con los romanos, especialmente con ese Régulo, para entregar la ciudad. Dicen que habéis visitado al prisionero en su celda en un par de ocasiones. Los sufetes se muestran inquietos.

—¡Eso es absurdo! —protestó Jantipo.

—Lo sé, señor. Pero planean vuestra muerte esta misma noche. Por eso el sufete insiste en que os quedéis. Os temen, señor, y el miedo hace insensatos a los hombres. —El mercenario no daba crédito—. Antes de hablaros, he estado con el capitán de *El Delfín*, el barco más rápido de la flota, y le he dado otro mensaje de Amílcar instándole a que prepare la nave y la tripulación para salir esta misma noche. Él os aguardará en el puerto, ya está de camino hacia allí. Es amigo del joven Barca, le debe muchos favores. Es de fiar. Me ha dicho Amílcar que conocéis el barco, es el mismo que os trajo hasta aquí.

Jantipo estaba atónito. Boquiabierto. Solo el hecho de que el mensaje fuese del joven Barca hizo que le diese credibilidad. Así que tanta fiesta y tanta insistencia, al final, no era más que una excusa para tenerles a todos en un mismo lugar, desarmados, posiblemente borrachos, y poder así darles muerte con mayor facilidad.

Lo que la muchacha decía por orden de Amílcar tenía lógica, especialmente si comenzaba a analizar ciertos gestos y comentarios de los generales, que parecían haberse tragado su orgullo cuando se dirigían a él.

—Gracias, muchacha —dijo Jantipo levantándose bruscamente, separando la cortina con ímpetu para dirigirse a sus hombres.

Caminó a grandes zancadas, en línea recta. Tuvo que apartar muchos cuerpos desbocados de su camino.

—Muchachos, nos vamos de este banquete. Quieren matarnos. Saldremos de uno en uno, para no levantar sospechas. Nos veremos en casa de Arishat. Armaos con la panoplia al completo. Luego al puerto, allí nos espera un barco. Así que, en marcha.

Acostumbrados a obedecer órdenes sin planteárselas, los espartanos fueron desapareciendo poco a poco sin decir una palabra.

Fueron instantes de muchísima tensión. Jantipo confiaba en que, si se escabullían rápidamente, el sufete y los generales no se percatarían de su ausencia hasta pasadas unas horas. Al fin y al cabo, eran unos invitados

discretos. Amílcar, mientras tanto, entretenía con su habitual discurso agradable a los sufetes y a los generales, que reían complacidos. Jantipo fue el último en salir a las desiertas calles. Solo cuando respiró el aire puro de la noche se percató de lo viciado del olor en la mansión del sufete. Echó a correr como el viento hacia la casa de Arishat. No la dejaría allí, intentaría convencerla de que se fuese con él. Pero, ¿a dónde? Eso era lo de menos.

Cuando Jantipo enfilaba la calle de la casa en que se alojaba, el corazón le dio un vuelco. Los cuatro espartanos aguardaban su llegada armados al completo, tal y como había ordenado. Las dos esclavas de Arishat lloraban desconsoladas. Detrás de ellos la puerta de la casa estaba rota.

—¡Se la han llevado, señor! —se lamentó la más joven, lanzándose al suelo para abrazarse a las rodillas del espartano.

—¿Quién? ¿A dónde? —decía Jantipo mientras Brásidas le tendía el escudo y la armadura.

—Los soldados del templo de Baal, señor. Para juzgarla por impiedad —lloraba la esclava.

Jantipo comenzó a resoplar como un toro. Su corazón comenzó a anegarse de odio y sed de sangre. Su mirada se perdió bajo un ceño fruncido. Se caló el yelmo corintio, embrazó el gran escudo y desenvainó la espada.

—Brásidas, id al puerto. *El Delfín* nos espera allí. Zarpad sin mí si veis que empiezan a llegar soldados. Poned rumbo a Antioquía, allí podréis recoger el botín que dejamos a cargo de Antíoco.

—Lo siento, amigo —dijo Brásidas—. Vamos contigo.

—Brásidas, poneos a salvo. No puedo permitirme arrastraros en una cuestión personal.

—Tus cuestiones personales vienen a ser lo mismo que las nuestras. Así que no perdamos tiempo.

Jantipo suspiró, esbozando una mueca de fastidio. Aquel era el único tipo de orden que el terco de Brásidas no cumplía jamás.

—¡Al templo! —rugió Jantipo.

Al fin, los cuatro espartanos echaron a correr detrás de él como un viento huracanado.

Serpenteaban por las calles, a la carrera. A toda velocidad. Brásidas ya había visto así a Jantipo en otra ocasión, pero aquella vez no habían llegado a tiempo. Y es que a los cobardes les resulta más fácil vengarse utilizando a aquellos a quienes quieres para causarte dolor.

Entraron en la explanada de los templos sin detenerse a valorar la

situación. Jantipo sencillamente corría hacia el Templo de Baal, la sede del loco de Sakárbal. Su mente, ofuscada, estaba nublada por la ira. Veinte guardias, dos por escalón, tiesos como estatuas, protegían la gran escalinata marmórea que llevaba a la estatua del dios y a las eternas llamas sagradas. Jantipo apretó el paso dispuesto a embestir como un toro.

Viendo cómo cinco locos se acercaban a la carrera hacia ellos, los dos primeros guardias dieron el alto, proyectando sus lanzas hacia delante. Acostumbrados a que su mera presencia impusiese respeto, a los soldados del templo no les dio tiempo a reaccionar. Jantipo no se detuvo y, al igual que Aquiles, el de los pies ligeros, aceleró la carrera cuando se encontraba a cinco pasos del primero de los guardias, que no parecía entender lo que ocurría.

El mercenario apartó la lanza de su primer contrincante con el gran escudo de la Lambda mientras plegaba las rodillas y lanzaba una certera estocada con su pequeña espada, buscando el flanco descubierto de su enemigo, hundiéndosela al guardia en las costillas, al tiempo que Brásidas hacía lo mismo con el otro.

La furia de los espartanos subió imparable por la escalinata, dando cuchilladas y derribando a un guardia tras otro, dejando, en un abrir y cerrar de ojos, doce cuerpos tendidos, desangrándose en posturas imposibles. Una pequeña cascada de sangre comenzaba a despeñarse por los escalones a modo de sangriento ritual. Los ocho defensores restantes subieron las escaleras de dos en dos, procurando organizarse en lo alto, sorprendidos aún por la brutal e inesperada acometida. Procuraron formar una línea de escudos. Miraban a derecha e izquierda, desconcertados.

Los espartanos no se detuvieron ni siquiera a retomar el aliento, tampoco para observar la posición de los defensores. Cuando Jantipo hundía su espada en la carne del último de los doce, sencillamente cargó hacia arriba de nuevo, poseído por el infame Ares, con los ojos inyectados en sangre, emitiendo un grito que helaba la sangre. Chocaron de nuevo los metales. Su escudo se empotró con fuerza contra la defensa de uno de los púnicos. Primero crujió la madera, luego los huesos del infeliz que cayó de espaldas, falto de aliento. La espada del mercenario buscó las costillas de otro de ellos, que aulló de dolor antes de caer desplomado al suelo. A continuación, la espada espartana se volvió como rayo y remató al que había sido derribado con el escudo. En un suspiro, Brásidas se plantó a la derecha de Jantipo mientras los otros tres espartanos cargaban con ímpetu escaleras arriba. Así, en un abrir y cerrar de ojos, cayeron otros siete defensores, empujados por los escudos y atravesados

por las cortantes hojas. El octavo corrió despavorido para salvar la vida.

La gran puerta del templo estaba cerrada, pero eso no evitó que Jantipo cargase contra ella con el escudo para intentar derribarla. Corría para tomar impulso y se empotraba con furia contra la recia madera una y otra vez, emitiendo un extraño alarido de fuerza e impotencia. Ningún resultado.

Jantipo solía ser un hombre frío y tranquilo, pero cuando la furia se apoderaba de él era imposible contenerla. Hacer que se detuviese y buscara otras opciones era inútil. Así que Brásidas tomó la iniciativa. Necesitaban un ariete. Observó la explanada. Ordenó a los otros tres mercenarios que le siguieran hacia el recinto de postes y cuerdas, donde las madres solían aguardar la monstruosa llamada de Sakárbal para entregar a sus hijos. Descendió la escalinata esquivando los cuerpos, procurando no resbalar con la cascada de sangre que aún manaba, densa y viscosa.

Los espartanos tomaron las cuerdas y volvieron arriba, al tiempo que Jantipo emitía otro alarido de frustración, incapaz de derribar la puerta. Un extraño eco sonaba dentro del templo a cada embestida. Brásidas y los demás lanzaron las cuerdas por encima de la estatua del dios hasta que estas reposaron en sus hombros. Entonces tiraron con todas sus fuerzas.

Viendo lo que ocurría, Jantipo se unió a ellos. Tiraban con fuerza, gruñendo, apretando los dientes, intentando utilizar toda su fuerza, cargando sobre la estatua el peso de sus cuerpos. Justo cuando parecía que derribar la imagen del dios sería imposible, esta empezó a desencajarse por los pies con un chasquido. Al final, la imagen cayó pesadamente, chocando contra el suelo, emitiendo un hueco sonido metálico al encontrar reposo.

Entre los cinco asieron la estatua y comenzaron a aporrear la puerta con fuerza. Retrocedían, corrían hacia la puerta y la golpeaban. Diez embates después, un crujido indicó que la puerta empezaba a ceder. La cabeza de la estatua se desprendió con un último e impetuoso golpe, dejando la puerta desencajada y espacio suficiente en ella para que cupiese un hombre. Jantipo fue el primero en entrar, deslizándose por el hueco del portón.

Los espartanos irrumpieron en el templo para descubrir que otros doce defensores les cortaban el paso, dispuestos a resistir. La lucha fue encarnizada. No había lugar para pensar en lo que se hacía. Los metales chocaban, los gritos de esfuerzo y muerte se mezclaban con chorros de sangre que mancillaban el sagrado lugar. Meleagro cayó abatido por tres de los cartagineses. Jantipo recibió una herida en el brazo cuando lanzaba una estocada. Dos de los púnicos se arrodillaron ante Brásidas pidiendo

clemencia, y este apartó su espada del cuello de uno de ellos, solo para ser sorprendido por Jantipo que, ciego de ira, los mató a ambos.

Allí acabó la resistencia del templo. Tres sacerdotes se acurrucaban en una esquina de la estancia principal, rogando a sus dioses con una monótona letanía. De nada sirvieron sus plegarias. Sollozaban como plañideras. Jantipo les miró con asco. Allí mismo fueron sacrificados sin miramientos por la letal hoja del mercenario. Sus dioses se mostraron incapaces de protegerles de la ira de los mortales.

—¡Buscadles por todas partes! —rugió Jantipo—. Cleómenes, tú a la puerta, que no salga nadie.

El templo no era muy grande, pero sí laberíntico. Pequeñas estancias iluminadas tenuemente guardaban montones de oro, otras estaban abarrotadas de armas, las típicas ofrendas de guerreros victoriosos. Un grito alertó a Jantipo. Un grito de mujer: Arishat. Corrió hacia él.

En la penumbra de una pequeña estancia, intentando confundirse con las sombras, Sakárbal procuraba mantener a Arishat callada tapándole la boca. El sumo sacerdote estaba aterrado y soltó a su presa, que corrió llorando hacia Jantipo para abrazarle. La túnica de la cartaginesa estaba raída, mostrando un pecho. De su espalda brotaban pequeños ríos de sangre producidos por algún siniestro látigo. Jantipo la apartó de sí sin más miramiento, empujándola a un lado sin la menor delicadeza. Caminó lentamente hasta el sumo sacerdote. Se puso ante Sakárbal acercándole la espada al cuello. Mirándole con odio.

—No le he hecho nada —decía el viejo, medio riendo y medio llorando, con esos ojos saltones enloquecidos—. Solo quería que contestase a unas preguntas, alguien la ha acusado de impiedad. Es mi deber.

—No, Jantipo —dijo Arishat tras él.

Jantipo parpadeó al oír la voz de la cortesana, como si hubiese despertado. Apartó la espada del cuello de Sakárbal. La suave voz de la mujer parecía haber encontrado un hueco para calmar su locura.

—¿Lo ves? —dijo el viejo—. Escúchala. No te enemistes con los dioses por un malentendido. —E irguiéndose levantó la palma de su esquelética mano para ponerla, con solemnidad, a un palmo de los ojos del espartano—. Yo te perdono.

—Aquí no —dijo Arishat—. Debe ser purificado.

Al principio el viejo observó a Arishat sin comprender, con una media sonrisa. Pero, cuando Jantipo le cogió del brazo y lo sacó de allí, comenzó a gritar como un cerdo, mezclando amenazas divinas con peticiones de

clemencia.

Salieron del templo seguidos de Brásidas y los demás. No había tiempo de ocuparse del cuerpo de Meleagro. Sortearon el cuerpo sin cabeza del dios y se acercaron a las llamas. Sakárbal observaba a su alrededor la fugaz e inesperada carnicería que habían desatado los demonios griegos y que, tembloroso, había escuchado desde el interior del templo. Jantipo, aún preso de la ira, aferró con su mano derecha el cuello del anciano quien, sin poder apenas respirar, golpeaba impotente el poderoso brazo del espartano. Este lo mantuvo suspendido en el aire hasta llevarlo al precipicio donde las llamas eternas de Baal crepitaban hambrientas e insaciables. Jantipo miró a Arishat buscando aprobación y esta simplemente asintió.

—¿Vas a hacer caso a una mujer? ¡Esa mujer te volverá loco! ¡Ya lo ha hecho con muchos! —decía el aterrado sacerdote, sintiendo en los pies el intenso calor del fuego que amenazaba con devorarlo—. Suéltame y serás rico. Más rico de lo que jamás soñaste.

—Ya soy rico, maldito necio —dijo Jantipo soltando al viejo de repente.

Arishat se acercó impasible al foso de las llamas para presenciar cómo Sakárbal se revolvía gritando, rugiendo. La cortesana se quedó ensimismada. Se podría decir que disfrutaba del espectáculo. El viejo no sufrió durante mucho tiempo. Pero sí sufrió mucho.

—¡Al puerto! —gritó Jantipo.

No habían descendido la escalinata cuando todos los accesos a la gran explanada de los templos comenzaron a verse invadidos por cientos de soldados púnicos que avanzaban lentamente hacia ellos, bloqueando todos los accesos al sagrado y amplio recinto.

—Bueno —dijo Brásidas satisfecho—. No ha estado mal del todo. Otro buen final. Parece que este va a ser el bueno.

—¡Espartanos, alrededor de ella!

Los cuatro espartanos hicieron un cuadrado perfecto con Arishat en medio, cada uno de ellos mirando a un punto cardinal. Mientras, cientos de hombres avanzaban hacia ellos. Estaban rodeados por multitud de cabezas. Daba igual dónde mirasen. No había salida posible. Arishat jadeaba aterrada.

A diez pasos de las Lambdas, los soldados recibieron la orden de detenerse y proyectaron sus lanzas hacia los mercenarios. De entre todos ellos surgió el sufete, abriéndose paso a empujones junto con Bóstar y Hannón el Grande. El silencio era espeso, cortante.

—No me lo pongas difícil, Jantipo —dijo el sufete, con esa sonrisa

afable tan estudiada—. Entrega las armas y quizá encuentre algo de compasión para perdonaros la vida.

—Ven tú a por ellas, maldito cobarde.

El sufete esbozó un tranquilo gesto de desaprobación y negó con la cabeza.

—Vienes a mi ciudad, pides un precio excesivo por tus servicios, conspiras con los romanos, profanas nuestros templos y te aprovechas de nuestras mujeres. Entenderás que esté molesto. Vamos, Jantipo, sé razonable.

Jantipo se limitó a escupir al suelo.

—Muy bien, sea como desees. —Y volviéndose a los soldados dijo secamente—: Matadlos.

Nadie se movió. Los hombres parecían desconcertados.

—¡Matadlos! —bramó el magistrado.

Pero los soldados se mantenían impassibles, perplejos.

—Tú —dijo el sufete dirigiéndose a uno de ellos—, cumple lo que se te ordena.

El joven, lejos de abalanzarse contra los espartanos, adoptó la pose de descanso, apoyando la lanza en el suelo. Jantipo lo reconoció, era el muchacho que en el primer día de entrenamiento se había orinado encima ante el grito de carga del mercenario.

El sufete, con cara de fastidio, acercó la mano a la empuñadura de la espada del desafiante soldado. La desenvainó y con suma brutalidad la ensartó en las tripas del desgraciado, que se inclinó hacia delante por el intenso dolor, abrazándose incrédulo al sufete, con los ojos bien abiertos, mientras de su boca comenzaba a manar negra sangre. El soldado emitió un quedo gorgoteo. Cuando el sufete retiró la espada, el muchacho se desplomó.

—¡Y ahora, malditos cerdos indisciplinados, matadlos!

Poco a poco, ante la incredulidad de los notables, todos fueron dejando sus lanzas en posición de descanso. Aquellos que se encontraban a la espalda de Jantipo comenzaron a abrir un pasillo humano, dejando el camino expedito hacia el puerto.

—¡Matadlos!

Los espartanos, sin dar la espalda al sufete y sin ser molestados, empezaron a andar pausadamente por entre los cuerpos y las lanzas de los hombres que los rodeaban. Los gritos del sufete fueron ahogados por un repentino alarido que le heló la sangre. A aquel grito se le fueron uniendo más y más gargantas, hasta producir el ensordecedor rugido que había

anegado las llanuras del Bagradas días atrás.

Roma parecía la misma. La delegación cartaginesa que negociaría el rescate de las tropas capturadas en África había tenido que esperar dos días a las afueras de la ciudad, pues, aunque el desastre de la expedición había supuesto un duro golpe a la moral de los romanos, el Senado no se quería mostrar demasiado ansioso por repatriar a sus soldados o incluso llegar a firmar la paz con Cartago. La posición de la República se había vuelto delicada después de Bagradas. Más aún, la flota encargada de repatriar a los hombres que habían sobrevivido al desastre de la expedición africana había sufrido el furioso embate de Neptuno. Una tormenta a la altura de Sicilia la había diezmado. Rehacer la flota resultaría costoso y llevaría tiempo. Mucho tiempo.

Los cartagineses reforzaban la isla de Sicilia día a día, sus naves bloqueaban cualquier intento de enviar refuerzos y suministros. La situación había dado un vuelco. Cartago ya no estaba de rodillas, parecía haber renacido más fuerte de sus cenizas.

Régulo sabía que habría dos corrientes de discusión en el Senado. Una que seguramente estaría abogando por la paz y por el pago del rescate, y otra estaría dispuesta a llevar el conflicto a sus últimas consecuencias. Una tercera opción, que sin duda alguien estaría proponiendo, sería pagar el rescate y continuar la guerra. Régulo podía imaginar las sesiones airadas, los argumentos, los gritos y los abucheos, los senadores levantándose bruscamente para increpar a sus adversarios políticos, haciendo cualquier tipo de comentario para menoscabar sus palabras. En la curia todo valía para desprestigiar a un contrario, ya fuesen verdades o mentiras, acciones políticas o descalificaciones personales.

Un fuerte contingente legionario custodiaba a los diplomáticos cartagineses ya que, estando como estaban los ánimos de caldeados en Roma, cualquier pequeña chispa podía encender el fuego en una plebe que no entendía el significado de la diplomacia.

Régulo se mantenía oculto. Una capa negra con una gran capucha escondía su rostro. No quería mostrarse hasta estar en el edificio del Senado, pues pretendía que su aparición fuese impactante. Y no solo su aparición, también las extrañas demandas que había ido fermentando en su cabeza en el viaje desde Cartago. Los púnicos se mostraban corteses con su prisionero, hasta el punto de entablar amistosas conversaciones tras su llegada a Ostia y

durante los días que esperaron a ser recibidos por el Senado. Hasta ellos parecían embelesados por la personalidad del cónsul.

El día llegó. Cien matones a sueldo, pagados por el senado, relevaron a los legionarios a las afueras de la ciudad y escoltaron a la comitiva hasta el foro de Roma, donde los plebeyos gritaban amenazas y los senadores observaban inquisitivos a los enviados de la mortal enemiga. Régulo caminaba por el corazón de la ciudad, un corazón que latía con la fuerza del odio hacia Cartago. Se sintió, una vez más, orgulloso de ser romano. Porque la derrota de sus legiones, a pesar de suponer un duro golpe, no había supuesto una merma en el vigor que percibía entre muchos de sus compatriotas; más bien lo incrementaba. Roma era ahora un jabalí herido.

El pueblo, en su incomprensible y alborotado murmullo, pedía seguir adelante y, si algo sabía hacer el cónsul cautivo, era traducir ese griterío en palabras. El Senado estaba acobardado, el pueblo pedía venganza. Hoy comenzaba su viaje a la posteridad.

Las puertas del edificio se abrieron lentamente, los diplomáticos entraron y éstas se cerraron tras ellos, quedando amortiguados los gritos del exterior. Oculto por su capucha, Régulo observó lentamente a sus compañeros de toga. Qué lejos quedaba el día en que, justo en el lugar donde se encontraba ahora, había abogado por su expedición a África. Qué cerca había estado de llegar a aquel mismo lugar cubierto de gloria y riquezas, aclamado por el pueblo como un nuevo Hércules. Pero no era ni el momento ni el lugar para ser invadido por la melancolía y por ensoñamientos de lo que pudo haber sido.

Los dioses tenían otros designios. Hoy entraba de incógnito, como prisionero y, lo que era peor, como parte de una delegación que pretendía hacer que el pueblo de Roma se doblegase a las demandas de un poderoso enemigo, henchido de orgullo por la reciente victoria. Allí estaba Longo, presidiendo la asamblea al ser el único cónsul presente en la ciudad. A su lado, la silla de Régulo, vacía. El quedo murmullo que emitían los senadores se fue desvaneciendo. Los padres de la República se mostraban expectantes. Se creó el silencio que había de recibir las demandas del enemigo. El pueblo seguía gritando más allá de las puertas.

—¡La ciudad de Cartago saluda al pueblo de Roma! —comenzó a decir uno de los diplomáticos, no sin cierta sorna—. Vuestra derrota en África ha sido completa y más de seis mil prisioneros abarrotan nuestros calabozos. La

sangre de cerca de diez mil romanos abona ahora nuestros campos. Pero, a pesar de nuestra gran victoria, Cartago está dispuesta a negociar un precio justo por cada uno de los prisioneros y, una vez tratado eso, estaríamos dispuestos a negociar una paz de treinta años en la que cada uno de nosotros respete los territorios que se tenían antes de que diese comienzo la guerra. —Los murmullos de los senadores colmaron el ambiente, las peticiones parecían razonables—. Pero no soy yo quien viene a tratar estos asuntos, sino uno de los hombres a los que hemos capturado y a quien todos reconoceréis.

El cartaginés se hizo a un lado para mostrar su trofeo. Régulo hizo que la capucha que llevaba se deslizase y se mostró ante la cámara sin decir una palabra, con la cabeza bien alta. Durante unos instantes nadie reconoció al cónsul, pero poco a poco fue extendiéndose la voz entre los que se iban dando cuenta de quién era. Régulo se mantenía en silencio, esperando a que todos los presentes supiesen que le tenían delante.

Cayo, el hermano del cónsul, no pudo evitar alzarse jubiloso al verle, pero sus incipientes palabras fueron interrumpidas por Longo, que, repuesto de un inicial vuelco al corazón, como si estuviese viendo ante sí una pesadilla que se convertía en realidad para atormentarle, habló el primero.

—¡Mi buen Marco! —dijo el cónsul que presidía la asamblea, con esa repugnante apariencia de afabilidad. Como si estuviese gratamente sorprendido—. Te creíamos muerto. —Longo hizo una larguísima pausa para pensar lo que iba a decir—. Entenderás que, como amigo, me alegre mucho de verte; pero presido el Senado como máximo representante del pueblo de Roma y no puedo dejarme llevar por la alegría que me embarga.

—Lo entiendo perfectamente, Longo.

—Así que vienes a hablar en nombre de nuestros enemigos. —Longo levantó la mano y cerró los ojos ante una incipiente réplica de Régulo para que este guardase silencio pues, como presidente de la asamblea y máximo magistrado, Longo podía decir cuanto quisiese sin ser interrumpido—. Como cónsul de Roma, y como romano, no alcanzo a entender qué haces vivo. ¿Acaso huiste de la batalla dejando a tus hombres a merced del enemigo? Un enemigo que, por cierto, estaba debilitado; vencido más bien, y al que superabas en número, según tengo entendido.

—La falta de caballería...

—Sí, Marco, sí —dijo Longo cortante—. Un mal albañil siempre se queja de sus herramientas. —Régulo se preguntaba por qué siempre empezaba hablando con aquel hombre como si esperase respuestas sensatas.

Así que calló y Longo prosiguió—: ¿Sabes, Régulo? Desde que se conoció el desastre de tus legiones en África se han alzado muchas voces en el Senado pidiendo un juicio contra ti por incompetencia. Voces que, por otro lado, he conseguido acallar. Hemos compartido muchas cosas y te aprecio. Pero ahora vuelves hecho prisionero, vistiendo andrajos y además pretendes suplicar por tu rescate. —Longo puso cara de fastidio, negando con la cabeza como si estuviese regañando a un chiquillo—. No es propio de un romano, mi buen Marco, y mucho menos de un cónsul de Roma. Tu suicidio, por ejemplo, nos hubiera ahorrado algún problema.

El cónsul se levantó de su silla para dar más fuerza a sus palabras. Allí, rodeado de partidarios aduladores, Longo era un valiente.

—No sé, mi querido Marco, si debo dirigirme a ti como enviado cartaginés o como cónsul de Roma, porque traidor me resulta una palabra demasiado fuerte unida a la de cobarde.

Los partidarios de Régulo estallaron en un clamor desaprobatorio, que fue acallado por las numerosas gargantas de los que apoyaban a Longo.

—Te dejé en África con la situación bajo control, Marco, con el enemigo de rodillas y suplicando misericordia. Fuiste tú quien dijo que dos cónsules no eran necesarios en África. Ahora lo sé, pero, ¿para qué propusiste tal cosa? Yo te lo diré: para llevarte la gloria de mi duro trabajo, para acabar la tarea tú solo dando el golpe de gracia. Me conoces bien, Marco. Sabes que soy un hombre de gustos sencillos. No ambiciono gloria ni riquezas, sino el bien de la República, por eso no me costó salir de África y dejarte al mando aun sabiendo que recibirías un excelso *triumfo* una vez que cayese Cartago. Pero nunca pensé que fueses tan incompetente.

Otra vez se alzaron voces de desaprobación entre los que rodeaban a Cayo Atilio Régulo. Se mezclaban con los gritos afirmativos de la mayoría de la cámara a la que Longo había ido poco a poco llevando a su terreno como general victorioso.

—Soy un hombre con ciertas rarezas, Marco. Pero soy un buen romano, y tú eres la vergüenza de nuestra ciudad. Di lo que tengas que decir, Marco. Pide clemencia, pide por ti y por tus hombres, pide una paz que el Senado y el pueblo de Roma aceptarán gustosos, pero no pidas que en Roma se te recuerde como otra cosa que no sea el cobarde que perdió a sus legiones en una batalla que tenía ganada de antemano y por quien Roma tuvo que doblegarse de forma ignominiosa ante la poderosa Cartago.

Longo se volvió a sentar, aplaudido por sus muchos partidarios y

censurado por sus pocos detractores.

Régulo esperó a que los aplausos y las increpaciones fueran decayendo. Era inútil hacerse oír en el Senado cuando estallaban esas trifulcas. Lo mejor era mantenerse tranquilo hasta que todos estuviesen calmados y atentos. Dio, sereno, unos cuantos pasos con las manos enlazadas a la espalda, como distraído, con la serenidad del hombre de honor que ya nada tiene que perder. Finalmente, el prisionero de Cartago, en medio de la sala, fue guiando su mirada por los bancos donde estaban los senadores. Asintió, con una cálida y triste sonrisa, en dirección a su hermano a modo de saludo.

—Senadores, amigos, compañeros, pueblo de Roma —dijo Régulo pausado y tranquilo—. Como prisionero de Cartago, se me envía para negociar un rescate que asciende a miles de talentos en oro y plata y a ofrecer una paz en los siguientes términos: que después de diez años de conflicto, Roma reconozca el dominio cartaginés sobre Sicilia, volviéndose a la situación anterior a que se declarase la guerra; que se les permita comerciar en Italia y que no se interfiera en sus asuntos o en los de sus aliados. Del mismo modo, Cartago no influirá en los asuntos de la República.

Longo esbozó una mueca de fastidio. Régulo hizo una pausa para que los senadores pudiesen valorar las propuestas mientras cuchicheaban entre ellos. Mientras tanto, los diplomáticos cartagineses observaban satisfechos.

—Sí, lo sé, son términos razonables. Al fin y al cabo, lo que piden no es ni más ni menos que volver al *statu quo* anterior. Hasta aquí lo que he prometido transmitir a la cámara y a lo que la palabra que he dado me obliga. También debo decir que, ocurra lo que ocurra, deberé volver a Cartago para ser ejecutado, pues así lo juré y, aquellos que me conocen, saben que siempre cumplo mi palabra. Sólo a vosotros, senadores de Roma, corresponde aceptar o no estas condiciones. En este respecto tan solo soy un mensajero.

Régulo hizo otra pausa y caminó cabizbajo durante unos instantes, antes de respirar hondo para proseguir con lo que realmente tenía en mente. Alzó la cabeza y la voz como si le hablase a sus legiones.

—No obstante, queridos amigos, y aunque la decisión sea exclusivamente del Senado de Roma, quiero hablar ahora como cónsul y como ciudadano, no como enviado de nuestros enemigos, pues soy ambas cosas y por lo tanto tengo dos voces. Poco importan ya las razones de mi derrota, poco importa si me consideráis un cobarde o un traidor. No hablaré sobre la opinión que me merece la actuación de Longo en África, pues el pueblo de Roma necesita héroes para continuar la lucha, aunque estos sean

ficticios. Lo único que realmente importa es que Roma no se doblegue nunca. Jamás. Así que, como miembro de esta cámara, no como prisionero de nuestra mortal enemiga, insto a todos los presentes a que no escuchen las demandas que Cartago hace a través de mis labios. La guerra debe continuar hasta vencer o morir.

Los enviados cartagineses, alarmados, procuraron acallar a Régulo; sin éxito. Mientras, Longo se quedaba boquiabierto ante una actitud que su propia cobardía y mezquindad no lograba entender.

—Tanto los que me queréis como los me odiáis sabéis una cosa de mí, y es que siempre cumplo lo que prometo. Por tanto, una vez que hayáis votado sobre las propuestas de nuestros enemigos, yo partiré a Cartago para ser ejecutado, pues empecé mi palabra tan solo para poder venir aquí y poder deciros que no les escuchéis hasta que no vengan rogando clemencia para su ciudad y sus seres queridos. Sé también que mis palabras suponen el cautiverio de seis mil de mis hombres. Hombres a los que quiero más que a mis propios hijos y por los que daría cien vidas si las tuviera; hombres que me han seguido ciegamente y que se pudrirán en África si no aceptáis estas condiciones; que morirán de hambre y enfermedad; hombres que, de estar aquí, de poder pasar ante vosotros uno a uno para expresar su opinión, aun sabedores de su cruel destino, os dirían lo mismo que yo os estoy diciendo ahora: no permitáis que nuestro sacrificio haya sido en vano. No paguéis rescate alguno que pueda servir para hacer que nuestros enemigos sean más fuertes. No firméis una paz deshonrosa con Cartago. Fuimos a África a vencer o morir, y moriremos gustosos si eso sirve a la grandeza de Roma. Que nuestro sudor y nuestra sangre sirvan de argamasa para la grandeza de la ciudad.

Régulo alzó el brazo como lo hacía antes de una batalla, elevando la voz más aún.

—Las legiones de África os ruegan... no, os exigen, senadores de Roma, que seáis dignos de nuestro sacrificio y que lo aceptéis. Nada más tengo que decir.

Desde los asientos de los detractores de Régulo se escuchó un palmeo rítmico. Lo que en un principio pudo parecer un aplauso irónico, una burla, se fue convirtiendo poco a poco en un clamor que decía «Guerra, guerra, guerra». Los senadores se levantaban aplaudiendo y coreando la nueva consigna. No hizo falta votar, comprendían el mensaje. Roma seguiría adelante. Cayo Atilio Régulo, hermano del cónsul cautivo, descendió de su

escaño para abrazar a su hermano con fuerza, envuelto en llanto. Los cartagineses observaban espantados aquel estallido de demencia. Longo sencillamente miraba la escena atónito; hasta sus más fervientes seguidores habían sido poseídos por las palabras de Régulo. Decir cualquier cosa hubiera supuesto que le tuviesen por un cobarde.

—Quédate, hermano —tuvo que gritar Cayo para que Régulo le oyese en medio de la algarabía.

—Solo me queda una cosa en este mundo, Cayo. Todo lo demás lo he perdido en África. No faltaré a mi honor, no me fallaré a mí mismo. Si esto sirve para que sigáis la lucha, bienvenida sea mi muerte. Partiré mañana. Despídeme de mi mujer y mis hijos.

El legionario paseaba por sus nuevas tierras a las afueras de Roma seguido de dos esclavas egipcias y dos esclavos galos. Las primeras, inigualables en las labores del hogar y del lecho; los últimos, excelentes para las labores del campo: hombres recios, rubios y peludos. El sol resplandecía en lo alto y un suave viento del sur acariciaba su cara. Hacía tiempo que aquel terruño no se labraba y las malas hierbas se habían apoderado de todo. El brazo izquierdo del romano se balanceaba como un péndulo, privado de fuerza, siguiendo desacompañadamente el movimiento del cuerpo. Aquel brazo contrastaba brutalmente con el derecho, más musculoso y activo.

Desde allí se divisaban a lo lejos las siete colinas de Roma y sus imponentes murallas. Los esclavos le seguían sumisos, en silencio. Se arrodilló para rascar un poco la tierra. Parecía fértil, aunque él poco sabía de esas cosas. Pero era esa, sin duda. Los dos cipreses al lado de la humilde morada como haciendo guardia, el pequeño banco de madera deshecho por el mero paso del tiempo, los seis árboles frutales en un lugar apartado y la pequeña roca en forma de asiento que parecía presidir el armonioso lugar. La puerta de la vivienda estaba astillada y entreabierta, labor sin duda de algún ladrón que habría entrado buscando fortuna fácil, o un lugar para pasar la noche. El tejado mostraba el desgaste del tiempo y se encontraba derrumbado en algunos puntos.

El romano se sintió algo más viejo, algo más sabio. Sintió su juventud sosegada por la guerra y la derrota. Una guerra con la que parecía haber nacido, que aún seguía devorando los recursos y los hijos de la ciudad, que acudían a una nueva llamada a la gloria y la riqueza. Una guerra lejana y cruel. Un conflicto que aún no entendía, especialmente ahora que tenía un trozo de tierra que podía llamar suyo.

Se sentó en la piedra lentamente, observando los alrededores. Acarició la pequeña bolsa de dinero que llevaba colgada al cuello, donde aún tintineaban algunas monedas que utilizaría para comprar semillas y un par de bestias que permitiesen labrar el campo. Tenía tiempo. Mucho tiempo. Ya aprendería todo aquello de las estaciones, de las lluvias, de los pájaros. Aprendería también el valor del contacto con la tierra e intentaría olvidarse de las pesadillas que lo acosaban por la noche e impedían su descanso. Aquellas pesadillas en las que era perseguido y capturado por una partida de bárbaros a

caballo, tostados por el sol. O aquellas en las que paseaba por una enfermería llena de cadáveres y dos legionarios se acercaban a él para llevárselo y enterrarle vivo mientras pateaba e intentaba gritar impotente. Había muerto tantas veces ya en sus pesadillas, de tantas formas horribles, que conciliar el sueño suponía siempre un reto.

El sol de África aún le quemaba el alma y no sabía si en realidad había luchado por algo o no. Tampoco sabía decir si había tenido suerte. Hubiese preferido no haber conocido nunca a su amigo con tal de que siguiese vivo, disfrutando de sus tierras, llevando una vida sencilla; o haber sido él quien hubiese caído en batalla, pues no se sentía digno de haber sobrevivido. Menos incluso de haber sido recompensado por matar a gente que nada tenía que ver con él, e incendiar casas como la que acababa de comprar.

No hablaba de esto con nadie. Nadie le hubiera entendido, pues no es así como debe pensar un romano. O quizá sí, quizá Verrucoso hubiese dicho algo parecido a «A mí me pasa lo mismo», y quitando importancia al asunto hubiera proseguido con un irredento «Qué, ¿echamos unos dados?». Bíbulo, a pesar de haberse alistado contando tan solo con el aire de sus pulmones, a pesar de ser ahora propietario de un trozo de tierra y de cuatro esclavos, sentía que había perdido más de lo que había ganado.

Se arrodilló para volver a rascar la tierra, enterrando en el hueco el mechón de pelo que llevaba en su bolsa. Miró al cielo, el otoño avanzaba lentamente. Pudo ver una bandada de pájaros volando hacia el sur, hacia tierras más cálidas al otro lado del mar.

—Tus tierras vuelven a ser tuyas, amigo mío. Ya estás en casa.

Desde la modesta vivienda se veía, a lo lejos, la pequeña ciudad de Esparta y el plácido e inmutable cauce del Eurotas. Arishat nunca imaginó que podría vivir tan lejos de una gran ciudad, tan apartada del bullicio, los mercados y el mar. Mucho menos que sería dichosa como no lo había sido nunca.

Desde que pisaron el Peloponeso no podía recordar una sola ocasión en la que hubiera llorado de pena, o en la que hubiese temido por su vida. Tan solo disfrutaba de la sensación de una paz completa. A veces, pensaba que si existía una vida después de la muerte debía ser así: placida y tranquila. Un lento transcurrir de días, estaciones y años.

No temía por el futuro, pues la vida en la pequeña granja era la de un presente continuo. Su vida en Cartago era un lejano recuerdo desdibujado al que volvía, muy de vez en cuando, de la mano de Jantipo. Cuando hablaba de ello se le antojaba estar robando los recuerdos de otra mujer. Hacía tanto tiempo de aquello...

Veinte esclavos trabajaban la fecunda tierra que procuraba dos cosechas al año. En ocasiones, aunque cada vez con menor frecuencia, Arishat y el ya viejo mercenario caminaban hasta Esparta para ir al mercado o visitar a algún conocido. La ciudad era diminuta.

Todas las historias de grandes guerreros que Jantipo le había contado una y otra vez, y que ella escuchaba como si fuera la primera, parecían de otra tierra, pues aquel lugar, ahora plácido, había sido la cuna de unos hombres hechos para la guerra que habían llegado a dominar la práctica totalidad de Grecia.

El tiempo pasaba apacible a la sombra del Taigeto. A los días le habían seguido los meses. A los meses los años, que habían ido mermando el fuego y la pasión de los encuentros sexuales con su amado para dar paso a una calidez diferente, la de dos personas que se han convertido en una, que saben lo que piensan con solo mirarse, que ríen recordando el primer día que se conocieron y todo lo que les llevó hasta el tranquilo lugar que Jantipo anhelaba. Ella también lo anheló toda su vida sin saberlo. Dos personas que se acarician los cabellos plateados, que se sonríen y se regalan un beso de cariño antes de dormir. Las caras surcadas por el diminuto arado del tiempo.

Los sentidos adormecidos por la edad.

También se habían convertido en uno, aunque de otra manera, al dar a luz Arishat a dos niños, fuertes y sanos, y a una niña vivaz e inteligente. Nunca les faltó de nada, pues a las cosechas se añadía el dinero que, con la regularidad de las estaciones, llegaba desde Alejandría, donde se había establecido Brásidas tomando como propio el nombre de Jantipo. Aquel se había mostrado incapaz de soportar la quietud del Taigeto. En Alejandría, Brásidas había servido a los Ptolomeos como mercenario y había comandado el ejército del faraón en una nueva guerra contra los seléucidas.

Además de eso, todas las primaveras, un mensajero de Cartago, enviado por Amílcar Barca, llegaba a la modesta vivienda. Traía noticias sobre la lejana ciudad y pedía consejo en temas tan variados como la política, la estrategia o la táctica. Casi veinte años después, Jantipo seguía llamándole joven Barca.

Cartago perdió la guerra, tal y como había predicho el espartano nada más zarpar de la ciudad. Pero aún tardó cerca de trece años más en capitular. Los romanos, después de Bagradas, no volvieron a enviar una expedición al norte de África, temerosos de la suerte corrida por sus legiones y por uno de sus más capaces generales.

Puede que lo que más le doliese a Jantipo fuese la forma en que habían acabado con los días de Régulo, un enemigo que se había mostrado honorable y recto hasta el final. Contaban que lo habían tenido encerrado en un calabozo durante años y que un día le cortaron los párpados, sacándole al sol para acto seguido ser pisoteado hasta la muerte por un elefante. Aciago final aquel para un hombre de honor. También decían que la esposa de Régulo había ordenado capturar a dos dignatarios cartagineses en una de las interminables negociaciones que se llevaron a cabo durante la guerra. Contaban que, durante meses, les mantuvo cautivos en su mansión sometiéndoles a horribles torturas hasta que se cansó de oír sus gritos. El necio de Bóstar era uno de ellos.

Pero no todo fueron reveses para Cartago, Amílcar Barca consiguió grandes éxitos en Sicilia y su prestigio en la ciudad aumentó considerablemente ante el pueblo, antes de que su gobierno capitulara finalmente entregando la isla. Amílcar se sintió dolido con sus compatriotas, pues, después de años de campaña, había conseguido tomarles la medida a los romanos y derrotarles en repetidas ocasiones. En una carta plagada de rabia y lamentos, el joven Barca afirmaba que, de haber tenido más apoyo de

su Senado, habría conseguido expulsar a los hijos de la loba de aquella isla. Cartago se vio obligada también a desmantelar su antaño orgullosa flota y a pagar grandes cantidades de dinero como indemnizaciones de guerra. Al final, las exigencias fueron menos duras que aquellas que había propuesto Régulo después de Adis, y es que ambas ciudades habían luchado hasta la extenuación. Las dos potencias habían esquilado sus recursos y los de sus aliados como dos gallos de pelea, ensangrentados y medio muertos, que se han estado picoteando salvajemente durante horas, que han clavando los espolones en la carne del adversario hasta que uno de ellos se desploma ante el otro sin sangre ya que corra por sus venas, instantes antes de que el vencedor caiga también al suelo a causa de sus mortales heridas. El pueblo de Roma, exhausto, agradeció la paz. Cartago asumió la ignominia de la derrota.

Una vez acabada la contienda, Hannón el Grande y sus partidarios se negaron a pagar los sueldos de los mercenarios que habían servido en Sicilia para poder así hacer frente a las fuertes indemnizaciones que exigieron los romanos. Esto llevó a una rebelión a gran escala en todas las tierras que Cartago aún dominaba. Los mercenarios se organizaron para pedir lo que se les adeudaba y su alzamiento puso en peligro la propia existencia de la ciudad, ya que los amotinados habían llegado a sitiar Cartago. Aquella no fue una guerra despreciable. Cartago tuvo que soportar muchos y grandes horrores. Fue una lucha sin cuartel.

La ciudad parecía perdida de nuevo cuando entregó el mando de una milicia ciudadana a Amílcar Barca, que por aquel entonces era aclamado como el único general capaz de Cartago. El púnico no defraudó a sus compatriotas. En clara inferioridad, pero con tesón, valor y cabeza, logró derrotar a los mercenarios sublevados para así traer por fin la paz a la ciudad y, más tarde, una nueva era de prosperidad a la que Cartago parecía destinada.

Ante estos acontecimientos, y dada la palpable debilidad de los púnicos, los pérfidos romanos ocuparon la isla de Cerdeña en un acto de incalificable desvergüenza, ante lo que el Senado cartaginés no hizo nada, a pesar de las protestas del Barca, que propuso una expedición a la isla para sacar a los romanos de ella. Los sufetes se negaron, temerosos de azuzar de nuevo la ira de la loba italiana. Amílcar sentía su orgullo herido porque no hacía más que ganar batallas y perder guerras. Su odio por los romanos fue creciendo hasta

formar parte inseparable de su alma.

Jantipo seguía con interés el desarrollo de los acontecimientos, alegrándose enormemente de los progresos del que consideraba, hasta cierto punto, su pupilo. El espartano guardaba con cariño todas y cada una de las misivas del cartaginés. Las leía y releía hasta que llegaba una nueva. Luego le dictaba al mensajero alguna misiva para llevar de vuelta a Cartago repleta de consejos y preguntas, pues no todo había sido guerra en la vida de Amílcar Barca sino que, además, en aquellos años, el cartaginés había sido padre de tres niñas y tres niños.

«Mi querido y joven Amílcar, recibo con interés las noticias que me haces llegar sobre tu intención de desembarcar en Iberia con el ejército que has reclutado en Cartago a tus expensas.

Si Iberia es tan rica en metales y población como afirmas, no solo estarás sentando las bases para que tu ciudad pueda hacer frente a los pagos que a Roma se le adeudan, sino que también estás en el camino de hacer una Cartago más fuerte de lo que era incluso antes de la guerra. No obstante, debes tener en cuenta que Roma no verá con buenos ojos tu intervención en aquellas tierras, tan apartadas como misteriosas, pues, aunque pueda parecer que en ningún momento el tratado de paz impide que Cartago tome ese camino, pronto los romanos se interesarán por tus progresos, más aún si tienes éxito, ya que te convertirás de nuevo en una amenaza para ellos.

Debes procurar, por tanto, establecer condiciones respecto a tu expansión por Iberia una vez que ésta se haya consumado, pues de lo contrario entraréis en un claro rumbo de colisión. Los intereses de Roma quedan lejos de Iberia, es cierto, pero no será así en cuanto desembarques como planteas.

Una vez allí, recuerda no solo utilizar la fuerza contra los bárbaros de aquellas tierras. Debes ser hábil en tus tratos con sus habitantes, no se debe únicamente recurrir a la fuerza de las armas, utiliza también la diplomacia, haz aliados.

De todos modos, recibo con curiosidad la noticia de que hayas hecho jurar a tu hijo Aníbal, ante vuestros dioses, odio eterno a los romanos. Esto me lleva a pensar que tus intenciones van más allá del simple pago de las indemnizaciones a Roma y que, más bien, llegas a Iberia con otro propósito: el de crear una base económica y militar desde la que poder doblegar a quien

os humilló hace veinte años.

Si esta última es tu intención, recuerda que Roma ha demostrado ser un enemigo implacable y constante que solo se conforma con la victoria absoluta y al que, por tanto, hay que derrotar de forma contundente. No ya en una batalla, como ocurre en otros reinos y repúblicas, sino llevando la guerra a sus tierras y las de sus aliados. Tal y como hizo Régulo.

Recibo con agrado la petición que me haces de un preceptor para tu hijo Aníbal. El que lleva este mensaje es mi propio hijo Sósilo, quien, a pesar de su juventud, está entrenado en el arte de la guerra, la estrategia y la táctica, así como en los escritos de los grandes pensadores.

Es joven, activo e inteligente, ha servido con Brásidas en Alejandría, y allí ha adquirido experiencia en el arte de la guerra. No se me ocurre nadie mejor para lo que me pides que él mismo. Dice Arishat que fue concebido la noche de nuestra victoria en Bagrahas. Confío en que el joven Aníbal sepa hacer uso de sus enseñanzas. Espero que crezcan juntos como amigos y compañeros de armas.

Y recuerda que la victoria siempre es del más perseverante».

NOTA DEL AUTOR

La primera Guerra Púnica duró veinticuatro años, desde el 264 hasta el 241 a.C. y concluyó con ambos bandos exhaustos, firmando una paz que llevaría a Roma a crear su primera provincia: Sicilia. También llevó a Cartago a buscar nuevas tierras en Iberia, sembrando así la semilla para una segunda contienda.

Lo primero que viene a la mente al hablar de las Guerras Púnicas en general suele ser Aníbal, el gran general y estratega cartaginés, atravesando los Alpes con sus elefantes o infligiendo, en inferioridad numérica, una estrepitosa derrota a los romanos en Cannae. Pero eso sucedió durante la segunda Guerra Púnica, casi cuarenta años después de los hechos narrados en *El Águila y la Lambda*.

Creo que no es demasiado pretencioso aseverar que la primera Guerra Púnica es una gran olvidada en la novela histórica, a pesar su importancia. Pero es comprensible, pues, a pesar de haber sido un conflicto largo y sangriento, poco es lo que se sabe de ella. Además, los personajes que aparecen en las fuentes no suelen tener la sustancia ni el reconocimiento colectivo de un Aníbal Barca o un Publio Cornelio Escipión.

No obstante, hay dos personajes de la primera Guerra Púnica que, aunque su aparición resulte fugaz en las fuentes, a mí me cautivaron. No son otros que Jantipo y Marco Atilio Régulo. Dos hombres de los que apenas se sabe nada, a los que envuelve una densa bruma histórica, pero que tienen los suficientes ingredientes como para que uno eche a volar la imaginación sobre cómo pudieron ser aquellos días del 256 y 255 a.C. en los que la suerte de Cartago parecía estar echada.

Polibio, historiador griego del siglo II a.C., es en quien baso gran parte de la narración, utilizando las licencias que me han parecido apropiadas y ajustadas al momento histórico. El historiador griego, uno de los más fiables a los que podemos recurrir para este periodo en cuestión, parece sentir admiración por Jantipo y sus acciones. Dice de él que era lacedemonio y que había recibido una educación militar espartana. No es de extrañar que sienta admiración por él, pues Polibio era griego y militar. Del mismo modo, en la tarea didáctica que trata de emprender con sus *Historias*, procura advertir al lector sobre los errores de Régulo. Creo que el siguiente fragmento de su obra merece la pena ser leído:

«Quien considere correctamente este episodio puede deducir de él muchas cosas que contribuirán a corregir la vida de los hombres. Por lo ocurrido al cónsul Marco Régulo se hizo evidentísimo a todos que se debe desconfiar de la Fortuna, sobre todo en los éxitos. El hombre que poco antes no sentía ni compasión ni misericordia para con los vencidos, un momento después se vio obligado a pedirles su propia salvación personal. Aquella sentencia de Eurípides, que ya antiguamente parecía muy sabiamente formulada, de que “una decisión sabia vence las manos de muchos”, entonces se vio confirmada por los hechos. Un solo hombre y una sola inteligencia aniquilaron a una muchedumbre que parecía invencible y aguerrida, y levantaron al máximo un estado totalmente caído, y los ánimos de unos soldados que ya se habían resignado al dolor. Es recordado esto para que aproveche a los que lean libros de historia. Todos los hombres disponen de dos métodos para perfeccionarse: o bien mediante lo que les ocurre a ellos mismos, o mediante lo que le ocurre a los demás. El método más eficaz es el de las peripecias personales, pero el más in-ofensivo el de las ajenas. Por eso, el primero no debe ser elegido voluntariamente jamás, puesto que logra la corrección a base de grandes sufrimientos y peligros; hay que perseguir siempre el otro, porque en él es posible ver lo mejor sin sufrir daño. Quien considere este asunto desde esta perspectiva deberá juzgar que la mejor educación para las realidades de la vida es la experiencia que resulta de la historia política: ella es lo único que, sin causar perjuicio, produce en toda situación y circunstancia jueces correctos de lo mejor. Y baste con lo dicho hasta aquí acerca de este tema».

A pesar de la dureza de Polibio con las demandas de Régulo, Adrian Goldsworthy sostiene, y a mi humilde entender con acierto, que es improbable que cualquier otro comandante romano hubiese exigido menos en vista de sus éxitos, pues estos solían demandar que los vencidos admitieran haber sido derrotados por completo y que las condiciones de cualquier tratado reflejaran este extremo.

Régulo debió pasar al ámbito de la leyenda años después como el paradigma del buen romano: impetuoso, valiente y fiel a sí mismo hasta el punto de volver a Cartago para someterse a la pena de muerte tal y como había prometido. Puede que el viaje a Roma de Régulo para pedir el rescate de sus soldados forme parte de esta leyenda que debió ser embellecida con los años, pero que, en mi opinión, no puede ser omitida en una novela que trate sobre él.

Quizá deba una disculpa a Lucio Manlio Vulso Longo, pues aunque lo describo como un hombre mezquino, altivo y ruin, debió ser un comandante capaz y un romano respetado y respetable. Ruego que me disculpe tanto el aludido como el lector, pero toda novela necesita un malo. También quiero comentar que, aunque sea habitual considerar que el emblema de la legión es el águila, en realidad este símbolo no se estandarizó en el mundo militar romano hasta las reformas de Mario, ya a finales del siglo II a.C. (en el año 107 a.C. concretamente). Por tanto, en este sentido, he cometido un anacronismo consciente que espero pueda serme disculpado. Máxime cuando forma parte del mismo título. También creo necesario apuntar que, aunque utilizo el «apellido» Barca para Amílcar, es posible que aún no se le conociese con ese sobrenombre que significa «rayo». Es probable, aunque no está claro, que a Amílcar se comenzase a conocer como «Barca» después de sus campañas en Sicilia, tiempo después de Bagradas.

La batalla de Bagradas supone, en mi opinión, un aperitivo de lo que serán las grandes batallas tácticas de la segunda Guerra Púnica, ya que, en la primera, estos encuentros entre ejércitos se dieron poco, pues fue más un conflicto de asedios, batallas navales y desgaste. Bagradas me recuerda poderosamente a la Cannae de Aníbal. Quiero pensar, aunque no tenga pruebas para afirmarlo, que de alguna manera la estrategia que siguió Jantipo en aquella llanura inspiró a Aníbal para su obra maestra. Ambas batallas se parecen demasiado como para no dejarse seducir por esta idea.

En mi opinión, lo más fascinante de la historia antigua es lo mismo que la hace frustrante a veces: la falta de información. Y es eso, exactamente, lo que hace que se preste, como ninguna otra época, a la novela histórica. Animo al lector a que acuda a los escritos de Polibio, y también a la magnífica obra de Adrian Goldsworthy *La caída de Cartago* para acercarse a esta época que cambió el rumbo de la historia y que marcó el devenir del mundo, pues es a partir de las guerras Púnicas cuando Roma adquiere la inercia que la llevará a dominar el mundo conocido.

AGRADECIMIENTOS

El Águila y la Lambda se gestó y se escribió durante el verano de 2011, cuando esperaba ansioso la salida al mercado de *Okela*, mi primera novela.

En cuanto puse el punto final a *Okela*, pensé que ya no escribiría más. Al fin y al cabo, había cumplido un sueño y ahora se trataba de ir en pos de otros.

Realmente no sé qué pasó. Recordé a estos dos personajes: Jantipo y Régulo, y tuve que escribir sobre ellos. Durante los días de agosto de ese caluroso verano me encerraba en mi pequeño estudio (que además era la habitación de invitados), escribiendo durante horas. Mi mujer, mi madre y mi suegra asistieron atónitas a mis encierros, que podían prolongarse hasta 12 horas seguidas. De vez en cuando, abrían la puerta para ver si seguía vivo y preguntarme si necesitaba algo.

Mi única necesidad solía ser algo de beber. Mónica, mi mujer, se acercaba a mí, me preguntaba que qué tal iba, observaba durante unos instantes la pantalla, me daba un beso y salía de la habitación sigilosa como un *gatuco*.

De vez en cuando, mi hija de tres años asomaba la cabeza por la ventana que daba a la terraza para decirme «Papi, más escribir y menos fumar».

La puerta se solía abrir antes de anochecer y alguien me traía la cena.

Al otro lado de la red, a unos 30 kilómetros de mí, estaba Federico Pacheco, mi gran amigo, recibiendo uno a uno los capítulos de la novela a medida que ésta se iba escribiendo (y digo bien, se iba escribiendo; pues parecía escribirse sola). Mi buen Fede creyó que estas fiebres me durarían un par de días, una semana a lo sumo. Pero se prolongó a lo largo de agosto y conseguí poner el punto final antes de que acabase el mes.

Así que a estas cuatro mujeres y a mi gran amigo debo en gran parte la creación de *El Águila y la Lambda*, por ese cariño continuo y desinteresado que muestran, por ser como son y por ser quienes son. No puedo más que agradecerse de todo corazón.

Aun así, me ha llevado casi un año revisar y rescribir este texto, y a ello me han ayudado inmensamente dos escritores. Uno veterano, don Javier Lorenzo, y otro novel, Yeyo Balbás. Además de ser unos excelentes novelistas, y mejores personas, ambos se han tomado a pecho la tarea de leer mis humildes palabras, me han dedicado su valioso tiempo y han hecho una

crítica constructiva y sin tapujos, constándome, además, que lo han realizado con sumo placer. Os quedo inmensamente agradecido, descubriéndome nueva y públicamente ante vuestras obras.

No puede faltar aquí mi agradecimiento a Carlos Alonso, un hombre valiente que, contra viento y marea, sigue apostando por nuevos autores españoles. Un entusiasta de las letras. Una bocanada de aire fresco en el mundo editorial.

También a Pablo Díaz González, a quien a día de hoy no conozco en persona, pero que me ha ayudado lo indecible a corregir el presente texto con un entusiasmo y una sinceridad que merecen no solo este agradecimiento, sino todo mi respeto.

Y, cómo no, mi agradecimiento a Rafael Traba, el excelente dibujante y gran amigo que ha recreado fielmente los esquemas que tienes ante ti. Gracias de todo corazón, Rafa.

Pero el que no puede faltar de ninguna manera en este apartado eres tú, querido lector. Espero haber estado a la altura. Espero que al cerrar estas páginas puedas asentir satisfecho y decirte a ti mismo «Ha merecido la pena». Al fin y al cabo, sin ti, nada de esto sería posible. Gracias por acompañarme en esta humilde máquina del tiempo que tienes entre las manos. Gracias por haber recorrido este camino conmigo.

GLOSARIO

Afrodita: Diosa griega del amor y la sexualidad.

Agogé: Sistema educativo militar espartano.

Aqueronte: Río del inframundo en la mitología griega que había que atravesar para llegar al Hades.

Baal: Deidad suprema cartaginesa de origen semítico. Literalmente «Señor».

Caput aut navis: Literalmente «cabeza o nave», que se podría traducir por «Cara o cruz».

Codo: Unos cuarenta y seis centímetros. No obstante, las medidas griegas, aunque con la misma denominación, solía variar ligeramente de un lugar a otro.

Cognomen: Tercer elemento de los nombres romanos. Puede considerarse un apodo, aunque en muchos casos acababa por definir la rama de una familia.

Cónsul: Máximo magistrado de la república romana. Se elegían dos al año.

Cuestor: Literalmente «el que pregunta». En el contexto de la novela, oficial encargado de la administración en las legiones.

Corvus/Corax: Artilugio parecido a un puente levadizo que fue utilizado durante un corto espacio de tiempo en las naves romanas durante la primera Guerra Púnica. Permitía enganchar un barco enemigo para abordarlo.

Diádocos: Literalmente «sucesores». Con este nombre se identifican aquellos generales de Alejandro Magno y sus descendientes que gobernaron los reinos en los que acabó desmembrado el imperio del macedonio.

Fasces: Símbolo del poder de los magistrados de la república romana para impartir justicia. Era un haz de varas atadas entre sí, con un hacha. Las varas simbolizan la fuerza de la unión y la capacidad del magistrado para infligir castigos corporales. El hacha simboliza el poder de impartir la pena máxima.

Gladio: Palabra romana que se refiere a la espada corta del legionario.

Gran Rhetra: Conjunto de leyes espartanas atribuida al legendario Licurgo.

Hades: Utilizado para nombrar al dios y también para señalar el lugar donde residían las almas de los muertos.

Hastati: Tipo de infantería romana. Solían ser los hombres más pobres y jóvenes de las legiones manipulares, y ocupaban la primera posición en la batalla.

Helios: Dios griego que simboliza el sol.

Hetaira: Prostituta de alto nivel.

Hoplón: Escudo del hoplita. Generalmente redondo y cóncavo.

Hoplita: Guerrero griego de infantería pesada. Ciudadano-soldado.

Imperator: Término que equivale a comandante durante el periodo republicano. Tras una gran victoria, los hombres podían aclamar a su comandante como *Imperator*, dando a entender que lo consideraban merecedor de un *triumfo*.

Ínsula: Edificio de varios pisos de viviendas, generalmente habitados en régimen de alquiler.

Jactus: Juego de dados romano. Se utilizan cinco dados. El jugador tiene que conseguir con cuatro tiradas cinco seises, cinco cuatros o cinco unos. Se pueden reservar los dados que hayan mostrado un resultado y volver a tirar los restantes. El siguiente jugador puede reservar los dados de la tirada del anterior.

Júpiter Optimo Máximo: Dios supremo de los romanos, similar al griego Zeus.

Lambda: L mayúscula del alfabeto griego. Se escribe como una V invertida.

Lictor: Especie de guarda personal. También eran ayudantes directos de los magistrados romanos.

Loto: En el contexto de la novela, flor mítica que al comerla elimina los recuerdos.

Lupanar: Prostíbulo (de *Lupa*: loba).

Manípulo: Unidad táctica básica de la legión manipular (época republicana) de unos ciento veinte hombres en el caso de los *Hastati* y *Principes* y de sesenta en el caso de los *Triari*.

Moiras: En la mitología griega, las diosas encargadas de tejer el destino de los hombres.

Nomen: Segundo elemento del nombre romano, que puede traducirse como «apellido».

Númidas: Gentes salvajes de la antigua Numidia (más o menos la actual Argelia).

Panoplia: Conjunto de armas.

Pentecontera: Pequeño barco de guerra de cincuenta remeros.

Pilum: (Plural: *Pila*) Jabalina utilizada por los legionarios romanos.

Prenomen: Primer elemento del nombre romano, o nombre particular de la persona. Era elegido por los padres.

Principes: Segunda línea de la legión manipular. Generalmente más adultos que los *Hastati* y con un armamento similar, aunque probablemente algo mejor armados.

Proletarii: Literalmente «Los que crían hijos». La clase social más baja de la antigua Roma, demasiado pobres para pagar impuestos o para formar parte de las legiones.

Púnico: Referido generalmente a los cartagineses por su origen fenicio. La palabra, después de las Guerras Púnicas se convirtió en un adjetivo, significando «traicionero».

Quinquereme: Evolución del trirreme clásico. Más grande y robusto y con más remeros. Según Polibio, trescientos. Probablemente (aunque no es seguro) contara con tres pisos donde los remos superiores e intermedios eran manejados por dos hombres y los inferiores por uno.

Roma Victrix: Literalmente «Roma victoriosa».

Sarissa: Pica de unos seis metros de longitud y unos cinco kilos de peso (aunque su longitud podía variar sensiblemente) introducida por Filipo de Macedonia en el siglo IV a.C.

Silfio: Planta originaria del norte de África desaparecida durante el primer siglo de la era cristiana (se dice que Nerón contempló el último ejemplar). Se le atribuían propiedades culinarias y medicinales, entre ellas la de provocar la menstruación y el parto. La fuerte demanda por la planta pudo ser la razón de su extinción.

Subura (La): Barrio de Roma de clase baja.

Sufete: Literalmente «Juez». Máximo magistrado de Cartago, análogo al cónsul romano.

Saturnales: Festividades romanas en honor a Saturno, que coincidirían en fechas con la navidad cristiana (17 al 23 de diciembre). Suponían un periodo de excesos y desenfreno donde se asistía a banquetes públicos y privados, se intercambiaban regalos, se permitían los juegos y las apuestas. En definitiva, una especie de carnaval que invertía, por unos días, las normas sociales de Roma.

Talento: Medida griega de peso. Dependiendo del lugar, entre 25 y 40 kilos.

Tártaro: El infierno en la mitología clásica (aunque tiene varias acepciones).

Triari: Legionarios más adultos y experimentados que formaban la tercera y última línea de la legión manipular. Al portar grandes escudos y largas lanzas su modo de lucha era similar al de los hoplitas griegos.

Tribuno: Oficial del ejército romano de rango superior al centurión. Aunque la palabra sea la misma, nada tiene que ver con el tribuno de la plebe.

Triunfo: Ceremonia civil y religiosa de la antigua Roma, de carácter público, para celebrar una gran victoria militar de un general.

Tyche (Diosa): Diosa griega de la suerte, similar a la diosa romana Fortuna.

Velites: Hostigadores romanos pertrechados a la ligera.

